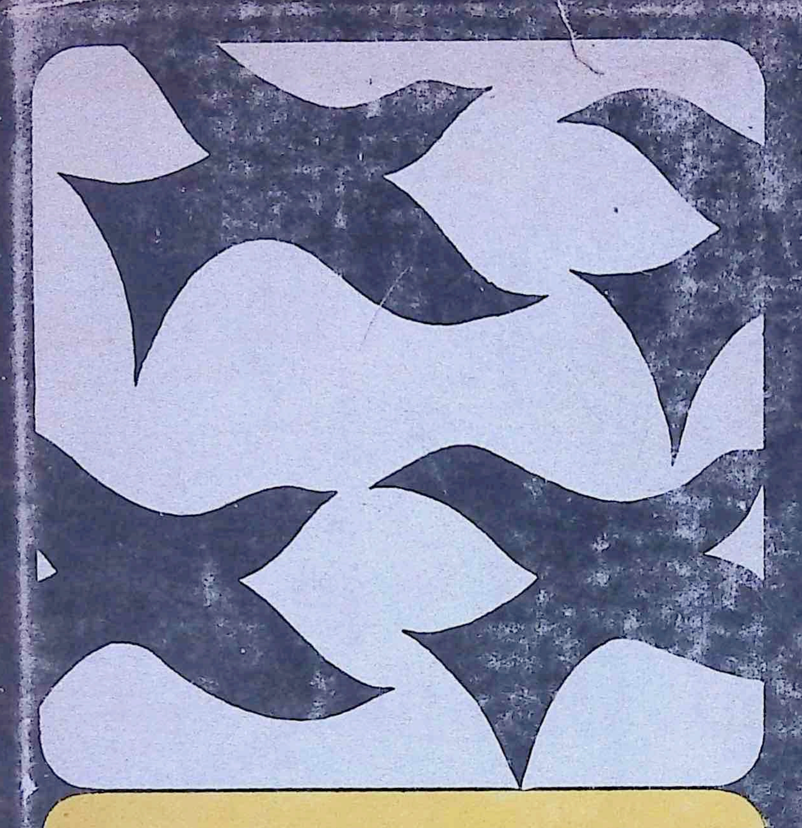


LOS PAJAROS Y SU INDIVIDUALIDAD

Len Howard

BREVIARIOS

cfe

Fondo de Cultura Económica

BREVIARIOS
del
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

102

LOS PÁJAROS Y SU INDIVIDUALIDAD



Los pájaros y su individualidad

por LEN HOWARD

prefacio de JULIÁN HUXLEY
fotografías de ERIC HOSKING



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
México

Primera edición en inglés, 1952
Primera edición en español, 1955
Primera reimpresión, 1971

Traducción de
Ernestina de Champourcin

Título original de esta obra
Birds as Individuals

Impreso en México

LA AUTORA

agradece a los editores de *Countrygoer* y *Out of Doors* por haberla autorizado a reproducir algunas secciones de las Biografías de Pájaros y de otras partes del libro.

Igualmente expresa su sincero agradecimiento al Dr. Julián Huxley por su prefacio y por el interés mostrado.

La mayor parte de las fotografías se tomaron expresamente para este libro en la Casa de los Pájaros, por lo que le queda muy reconocida a Eric Hosking, el que hubo de hacer dos visitas para poderlas tomar.



PREFACIO

La señorita Howard nos ha dado un libro excepcional. Y lo es porque existen contadas personas que quieran a los pájaros como ella, que hayan consagrado tanto tiempo a observarlos tan de cerca y que se hayan tomado la molestia de anotar sus observaciones y de reunirlas en un libro.

El título de su obra se refiere a uno de los puntos interesantes destacados por la autora. Cuando se observa a los pájaros día tras día, año tras año, se llega a conocerlos uno por uno y se saca la conclusión de que su conducta individual difiere mucho más de lo que la gente supone. Recomiendo las observaciones de la señorita Howard sobre el particular a mis colegas biólogos, así como al público en general.

Otro punto de interés reside en cómo el miedo inhibe la conducta normal. Sólo cuando los pájaros consiguen perder el miedo puede el observador humano penetrar en el secreto de sus vidas, y descubrir el grado de su inteligencia. Esta cuestión merece asimismo que los biólogos profesionales le presten mucha atención.

Por último, la señorita Howard ha dedicado una gran atención al canto de sus pájaros, y, siendo ella misma música de profesión, sus observaciones y conclusiones adquieren valor e interés extraordinarios. Me ha impresionado de modo especial la historia de ese mirlo macho que compuso (la palabra es de la señorita Howard, y parece justa) una frase casi idéntica al Rondó del Concierto para violín de Beethoven. Por lo menos la elaboró gradualmente partiendo de un sencillo comienzo.

La señorita Howard nos da un capítulo estimulante y entretenido sobre los juegos de los pájaros, haciendo cierto número de observaciones incidentales de

considerable interés, como que las rivalidades y la agresividad territoriales se mitigan durante los períodos de sequía.

La señorita Howard no puede esperar que los biólogos acepten todas sus conclusiones. Pero le agradecerán los datos que presenta, y yo mismo me complazco en declarar que su libro me ha interesado mucho y su lectura me ha producido gran placer.

JULIÁN HUXLEY

PRIMERA PARTE

LA CONDUCTA DE LOS PÁJAROS

CAPÍTULO I

PRELIMINARES: CONFIANZA, JUICIO Y CONDUCTA INTELIGENTE

Muchas personas han manifestado interés hacia mis pájaros silvestres domesticados. Hay extraños que los ven con frecuencia en la carretera posados en mi mano y se detienen a preguntar cómo los domestiqué. En este "mundo mejor" que se está proyectando ahora para las generaciones futuras, ¿seguirá siendo tan raro el ver a los bellos pájaros silvestres posarse sin miedo en las manos humanas? Recuerdo siempre las palabras de un electricista que vino en cierta ocasión a arreglar las instalaciones de mi casita de Sussex. Se detuvo sorprendido en mi puerta, contemplando a los innumerables pájaros que volaban desde los árboles a posarse sobre mí. Parecía un hombre ordinario, de expresión ruda, hasta que divisó a los pájaros; entonces todo su aspecto cambió, se iluminó su rostro, le brillaron los ojos y exclamó: "¡Qué maravilla!" Luego dijo: "¿Y por qué no es así siempre? Debería ser siempre así."

Claro que el vivir como yo, en la constante compañía de tantos pájaros, acarrea grandes dificultades. Muchas de orden práctico, como la limpieza, el deterioro de las cosas, el aspecto de las habitaciones, que parecen siempre dispuestas a recibir la visita del deshollinador, con los muebles y los libros cubiertos de periódicos y trapos. También hay que contar con las interrupciones del sueño, pues golpean rabiosos los cristales si cierro las ventanas al amanecer para que no entren cuando las noches son cortas, y hacen lo posible para que no pueda concentrarme en nada fuera de ellos. Pero hay otros problemas aún más graves. Conviviendo con pájaros resulta imposible no

encariñarse con cada uno de ellos. En sus breves vidas hay muchas tragedias. Los gatos causan estragos si dejo de estar vigilante. Mi casita no se encuentra aislada; está construída en un trozo de huerta de una vieja granja situada al extremo de una aldea de Sussex bastante grande. Esta granja fue dividida en varias propiedades particulares cuyas casas rodean la mía, sin contar otras que han surgido en la carretera. Pero el jardín se halla bien resguardado por árboles y setos altos y dejo que gran parte de él crezca semisalvaje, a su modo, con zarzas, acerolos, ciruelos y saúcos silvestres que se siembran solos y una hiedra espesa que trepa por los elevados troncos de los perales y los viejos manzanos. Éstos brindan alimento y abrigo a los pájaros, y les son especialmente útiles las bayas de la hiedra, puesto que maduran en un tiempo en que la escarcha hace escasear cualquier otra comida. Cuando llega la época de cría dejo crecer la hierba bien alta en los límites de mi propiedad, lo que dificulta a los gatos la entrada en días húmedos por el rocío o la lluvia; pero no hay nada que los aleje del todo.

Las cornejas y las urracas les arrebatan los pajarillos. Estas últimas abundan tanto que prácticamente han barrido de estos lugares a los paros carboneros y a los paros de los pantanos. Mis pájaros cuentan conmigo para mantener a raya a estos saqueadores. Últimamente me despertaba la mayor parte de los días a las cinco un carbonero mayor que volaba agitadamente de mi lecho a mi ventana lanzando fuertes gritos de alarma. Me decía que saliera pronto porque la urraca amenazaba a sus pequeños; salté de la cama y puse en fuga a su enemigo con un palo. Volví a acostarme, pero al poco tiempo surgió otro incidente; el mirlo me llamó tras los cristales con nervioso "chii" y salí de nuevo a asustar al gato lanzándole un gran jarro de agua. A pesar de todos mis esfuerzos hay pájaros que caen víctimas de los gatos y de las urracas. Si me tomo unas vacaciones ocurren tantos

desastres que no me alejo casi nunca, aunque quisiera observar a otras clases de pájaros campo adentro.

Con frecuencia hay entre ellos algunos heridos que dependen de mí para restablecerse. De un modo o de otro mis pájaros requieren atención del amanecer al ocaso. Hacen todo lo que pueden para interrumpir cualquier trabajo que exija concentración; mientras trato de escribir esta página algunos se posan sobre la máquina, otros me tiran del pelo, vuelan hasta mis manos y se caen cuando empiezo a teclear. Hay otra persona que sabe por experiencia lo exigentes que pueden ser mis carboneros mayores. Se trata de un viejo apodado el "Tío Quique", que ama como yo a todas las criaturas silvestres. Vive en su propia choza a unos diez minutos de mi casa. Este año uno de mis carboneros mayores tuvo que irse de mi jardín por falta de sitio y anidó cerca de él. Hasta que sus pequeños salieron del cascarón venía a verme por las mañanas y por las tardes en busca de buena comida. Entonces el buen viejo, que también da de comer a los pájaros, fue víctima de sus modales imperiosos. "Es una verdadera pécora, dijo el Tío Quique; me llama de madrugada tirando de las mantas y picoteándome la cara. No hay modo de que se esté quieto y es preciso darle lo que pide, y pronto." Adiviné en seguida por esta descripción de qué pájaro se trataba, pues la pequeña pécora se había portado conmigo de la misma manera.

Tal vez mi gran cariño hacia los pájaros hace que acudan a mí sin dificultad y que no me cueste trabajo ganarme su confianza. En cuanto me mudé a la Casita de los Pájaros puse una mesa y un baño para ellos junto a la ventana, y llegaron en seguida un petirrojo, un herrerillo y un mirlo, a los que pronto siguieron muchas más especies, incluyendo al carbonero mayor. He hablado siempre a mis pájaros con voz normal, pues aprenden pronto a entender algo de lo que se les dice, por el tono. Nuestra gran intimidad brotó rápidamente

y aumentó presto su número. Me encanta su compañía y además me interesa mucho estudiar sus distintos caracteres, y por medio de esta estrecha relación consigo entender mejor su mentalidad.

Cuando llegué por vez primera a la Casa de los Pájaros no había podido aún estudiar la conducta de los pájaros por mí misma, aunque las bibliotecas de Londres me hubiesen provisto de mucha bibliografía sobre el tema. No esperaba que manifestasen una gran inteligencia y, por lo tanto, me causó gran sorpresa el incidente que voy a relatar. Una mañana de primavera, tres meses después de haber sido terminada mi casita, yo estaba ocupada dentro, junto a una puerta abierta, cuando llegó revoloteando un herrerillo hembra, lanzando gritos de angustia. Aleteaba agitadamente frente a mí, con sus ojos fijos en los míos, lamentándose como yo no había oído nunca lamentarse a estos pájaros; era evidente que algo iba mal y que pedía auxilio. Su compañero estaba con ella, pero posado fuera, mirándome fijamente. En cuanto salí, la hembra dejó de quejarse y me guiaron a la caja donde estaba su nido, volando delante de mí, deteniéndose a veces en su marcha y volviéndose para ver si los seguía. Todo el nido había sido arrancado en trozos de la caja y los doce huevos estaban diseminados por el suelo de madera de ésta. La tapadera estaba cerrada y por lo visto algún gato había sacado el nido en pedazos por el orificio de entrada. (Esta experiencia me enseñó que las cajas de los nidos deben tener una profundidad de unos veinticinco centímetros, o más.)

Ambos pájaros esperaban cerca, mirando en silencio. mientras yo cogía del suelo los fragmentos del nido, sacaba los huevos y volvía a formarlo dentro de la caja lo mejor que podía y colocaba después los huevos del lado derecho, porque suponía que querían que estuvieran más o menos igual que antes. En cuanto terminé la madre voló dentro, y después de trasladar

sus huevos al otro lado de la caja, que era bastante grande, volvió a empollar su nidada. Los pequeños salieron diez días más tarde, y si a pesar del desastre pudo sacarlos adelante fue porque se le ocurrió la idea tan sensata de venir a pedirme ayuda. ¿Qué otra cosa sino el pensamiento la indujo a obrar así? El instinto del pájaro no lo mueve a buscar al hombre, sino a evitarlo en todo lo que se refiere al nido. Yo no llevaba mucho tiempo en la casita y aun no había ayudado a ningún otro pájaro en tales menesteres ni en cualquier otro. Me había limitado a darles de comer y a observarlos sin ser vista mientras hacían sus nidos. Pero muchos pájaros se volvieron mansos y confiaron ya en mí.

Resultó interesante ver a aquel herrerillo y a su compañera mientras hacían su nido. Él trató primeramente de atraerla hacia un agujero en un tronco de árbol, pero ella se negó a prestarle mucha atención, encaprichada ya con la gran caja sujeta a otro árbol. Perdió mucho tiempo entrando y saliendo de ella mientras él se quedaba en el borde, fuera, espiando cautelosamente por el orificio de entrada o examinando la tapadera y los lados de la caja. Luego empezó a entrar con ella y a oírse un intenso gorjeo de los dos; el macho se mostraba juguetón y la perseguía después alrededor de los árboles hasta que ella volvía a volar a la caja-nido que había preferido. Las cosas siguieron así más de un mes antes de que llevaran al nido el primer material, que no consistió en la lana o las pajitas consabidas, sino en virutas de embalar, que sirvieron de base. Ella voló con las virutas al nido, mientras él la seguía mirando por la entrada hasta que salía por más. Luego usó pajitas y finalmente crines blancas y plumas; siguió añadiendo estas últimas aún después de haber puesto los huevos. Su compañero no la ayudó prácticamente en la construcción que duró un mes, pero su entusiasmo al acompañarla y

contemplarla no era menor que el gusto que ella experimentaba en su trabajo y su presencia.

No todos los herrerillos congenian así. Su adhesión no llega siempre al mismo grado y es más frecuente que su conducta, una vez que empiezan a anidar, sea apacible y callada. Creo que esto se aplica a los pájaros viejos y experimentados que juzgan este procedimiento más prudente, pues esta extática pareja adoptó más tarde mayor sosiego y cautela al empezar su nido.

Ya entrado el año dos petirrojos, todavía emplumecientes, cayeron de un nido inseguro hecho en el agujero superficial de un tronco. Los dos que quedaban corrían el mismo riesgo y sus progenitores se mostraron preocupados. Yo puse a los cuatro pequeños en una cáscara de coco, donde se acurrucaron satisfechos, y até este nido improvisado al asiento de una silla colocada debajo del árbol; rodeé el asiento de ramitas con hojas y lo cubrí con tela de saco; dejé sólo un agujero por donde pudiesen entrar los papás petirrojos. Éstos andaban mientras ocupados en el seto cercano, revoloteando y "tic-tiqueando" al gato de mi vecino. No parecían advertir mi intervención, pero los petirrojos se vuelven de espaldas y fingen despreocupación cuando están realmente interesados. Me retiré, preguntándome si encontrarían a sus hijuelos, especialmente con un orificio tan chico, pero pronto se alejaron del seto y volaron sin vacilar al nido de coco aunque los polluelos no habían chistado. No regresaron nunca a su antiguo nido, aunque había sido yo, y no ellos, quien había sacado de él a los dos pequeños. Éstos no intentaron salir de su refugio hasta una semana después, cuando ya podían volar.

Es indudable que los herrerillos y los petirrojos no se hubieran portado inteligentemente si hubiesen temido mi presencia. A menudo se juzga la conducta de los pájaros cuando éstos se encuentran atemorizados por el que los observa. Pero muchos seres hu-

manos preferirían no pasar una prueba de inteligencia en momentos en que ellos o sus hijos corrieran el peligro de una muerte inmediata. Creo que lo normal en los pájaros, especialmente en los paros, es actuar inteligentemente en circunstancias insólitas, a no ser que el miedo los agite.

En cierta ocasión levanté a medias la tapa de la caja donde anidaba un herrerillo, pero al ver que estaba empollando, la cerré en seguida. Se alarmó, pues nunca había visto abrir la tapa, y salió por el orificio de entrada volando al otro lado de la casita hacia su compañero, el cual no pudo ver lo ocurrido. Volvieron junto al nido, ella a empollar sus huevos y él a portarse como si supiera exactamente lo que la había asustado. Primero examinó cuidadosamente la tapadera, luego la miró a ella a través del orificio y después de inspeccionar de nuevo la caja, se instaló en un estrecho borde por fuera de la entrada, por lo visto para hacer de centinela o darle confianza. De vez en cuando la miraba por el orificio. Nunca se había conducido así cuando ella empollaba. Después de media hora salió a comer; el macho no volvió nunca a quedarse allí fuera cuando ella incubaba; esto hubiera ido en contra de su comportamiento natural, pues atraía la atención sobre el nido.

Parece evidente que los pájaros pueden comunicarse entre sí mediante leves inflexiones de voz y movimientos, pues observo que los que me conocen bien entienden muchas cosas por su sensitiva interpretación de mi voz o de mi menor movimiento. Por ejemplo, cuando los carboneros mayores quieren picotear mi mantequilla, cosa que saben prohibida, se posan a cierta distancia y miran primero la mantequilla y luego mi cara, vacilando aunque deseando darse gusto, pues les entusiasma la mantequilla. Si les digo cariñosamente "adelante", avanzan con aplomo y la devoran. Si digo "no" con cierta severidad se quedan donde están, pero continúan mirando con aire

suplicante, a mí primero y luego a la mantequilla. Un "no" más severo los manda volando hasta la abierta ventana, pero si los llamo de pronto, "venid", en un tono muy afectuoso, regresan en seguida, y si me estoy quieta, saltan de pulgada en pulgada a través de la mesa y hacia la mantequilla, mirándome siempre por si hago alguna señal reprobatoria. Una vez puestos en guardia con el primer "no", no avanzan con la seguridad que manifiestan si los estimulo diciendo "adelante". Interpretan correctamente cualquier signo reprobatorio en la voz o el movimiento, y sin un matiz de voz que los anime no tocarán la mantequilla mientras los miro, porque se lo prohibí una o dos veces con una negativa enojada. Su extraordinaria sensibilidad les hace aprender con gran rapidez. Necesito conocer al pájaro antes de poder comunicarme con él mediante inflexiones de voz; los extraños dudan a causa de su nerviosidad, pero los carboneros mayores suelen comprenderme en seguida.

He observado a algunos mirlos y algunos otros pájaros con igual sensibilidad. Un mirlo vecino (llamado Ladrón, y al que me refiero en el capítulo III) pudo conmigo de un modo muy singular después de haber estado obedeciendo como los paros en el caso de la mantequilla. Como único alimento sólo había recibido pan y papas por total obediencia y camaradería, mientras que había en mis rodillas un plato con carne —¡mi almuerzo y alrededor de la mitad de la ración semanal! De pronto, Ladrón abandona por completo su prudencia, vuela bajo mis propias narices, arrebata el pedazo de carne y corre al seto emitiendo una nota burlona antes de que yo pudiese protestar o comprender lo ocurrido. Entre los mirlos, sólo Ladrón, con su conducta de ratero, se atrevería y realizaría con éxito semejante robo a mi vista.

Los carboneros mayores cometen a veces robos similares cuando ven que estoy pensando en otra cosa. A la vez que interpretan las inflexiones de voz y

los ademanes, parecen saber muchas cosas observando los ojos y los gestos, pues he notado que cuando los miro con el pensamiento absorto en otro asunto se portan como si estuviera de espaldas, y entonces cometen fechorías que no se atreven a hacer cuando los contemplo conscientemente, observándolos y pensando en ellos.

Vigilando a los pájaros de cerca e íntimamente se advierten actos que no explican el instinto y la reacción automática, pero la inteligencia varía mucho de uno a otro, así como entre las distintas especies, y puedo afirmar que, de los pájaros que conozco mejor, los carboneros mayores son los que presentan un nivel de inteligencia más alto, y, en consecuencia, también de personalidad, dentro de la misma especie.

Algunos creen que los carboneros mayores son crueles con otros pájaros y todo por el cuento del difunto vizconde Grey de Fallodon, en el que un carbonero mayor devora los sesos de un gorrión estando ambos prisioneros en la misma jaula. En diez años durante los cuales observé sin cesar a dicho pájaro, no he visto un sólo acto de crueldad cometido por él. Los gorriones molestan con frecuencia a los demás pájaros, incluyendo a los carboneros mayores y éstos ni siquiera responden. Se limitan a desplegar sus alas a modo de protesta y a emprender el vuelo, pues tienen buen carácter y en circunstancias normales no suelen pelear con otras especies. Es injusto juzgar a un pájaro en estado de frenesí a causa del hambre y el cautiverio. Los carboneros mayores tienen una enorme vitalidad y es posible que el del cuento sobreviviese al gorrión en la jaula y creyese evitar la muerte por hambre comiendo los sesos del otro pájaro. Y si realmente lo mató, es probable que aquél iniciara la lucha, según su costumbre, y que el carbonero mayor, cautivo, no pudiera retirarse como suele hacerlo cuando goza de libertad. Los herrerillos son más agresivos con otras especies que el carbonero mayor. Resulta

divertido ver a un herrerillo atacando a un carbonero mayor, el cual se limita a exhibir sus alas desplegadas, tratando con extraordinaria tolerancia a su pequeño pariente. He visto a un herrerillo atacar a un mirlo que picoteaba un pedazo de sebo que se le había caído al primero. El mirlo replicó alzando al herrerillo con su pico y mandándolo a unos dos pies de distancia, como si su agresor fuera una hoja. Después siguió comiéndose el sebo, vuelto de espaldas al vencido, que se levantó en seguida y echó a volar.

Estos tres últimos años, durante el otoño y el invierno mi casita ha sido testigo, al atardecer, de la siguiente escena. Un herrerillo hembra revolotea por la sala, vacilando por la poca luz, hacia las puertas corredizas que separan mis dos habitaciones. Están abiertas en honor suyo y lo que ella quiere es deslizarse por una estrechísima hendidura entre la corredera de las puertas y la viga. Mueve las alas mientras busca donde hacer pie, pero falla a menudo al primer intento. Se retira un instante al respaldo de una silla, luego prueba otra vez; sus alas baten con fuerza mientras procura guardar equilibrio y desliza despacio su pequeño cuerpo a través de la ranura hasta un hueco sobre la viga —espacioso dormitorio para una de estas aves. Si las puertas están cerradas a la hora de acostarse vuela a mí con un grito lastimero, y se las abro; pueden cerrarse cuando ya se instaló y al despertarse al amanecer da golpecitos en la viga si no las encuentra abiertas. A veces duerme demasiado, las puertas están abiertas y yo estoy alzando las cortinas antes de que se levante; entonces sale de su escondite —le resulta fácil salir— y vuela a la ventana, adormilada aún. Ya al aire libre sus movimientos respiran vida y energía y empieza la jornada limpiando vigorosamente su plumaje en los árboles que están junto a mi ventana. Se ha aficionado de tal manera a este retiro que ni siquiera se desanimó cuando el año pasado se equivocó de ruta al salir de la cama

y fue a caer al otro extremo de la puerta, donde quedó atrapada en desconocidas y oscuras regiones, mientras tuve que buscar a un albañil para que la sacara. El accidente no la turbó y volvió esa misma noche, como de costumbre. Este otoño su compañero revolotea detrás de ella hasta la puerta en cuanto cae la tarde; es todavía un principiante y fracasa muchas veces antes de lograr un sitio junto a ella en la viga interior.

CAPÍTULO II

BIOGRAFÍAS DE PÁJAROS: LOS CARBONEROS MAYORES

1

Observando en mi jardín a los pájaros en la época del celo he advertido una gran diversidad de conducta dentro de la misma especie, y sobre todo entre los carboneros mayores. Es lógico que a una mayor inteligencia corresponda una mayor variabilidad de la conducta. Aunque he descubierto que se aparean para toda la vida, algunos se muestran indiferentes hacia el compañero, excepto en la época de cría, y otras parejas permanecen siempre juntas y si uno de los dos se pierde de vista unos minutos el otro conserva la expresión alerta y la misma postura hasta que aparece. Si en una de estas parejas tan adictas uno de ellos muere, el sucesor recibe un trato de relativa indiferencia, incluso en el celo. Los casos de especial afecto se dan en pájaros jóvenes, que no se aparearon antes. Lo mismo puede aplicarse a otras especies.

Tengo diversos modos de reconocer a cada uno de mis carboneros mayores. Me es más fácil distinguir a éstos que a otras especies. Como mantengo tan estrecho contacto con ellos, llego a distinguir sus diferentes expresiones, sus modales y posturas características. Hay también considerables diferencias entre el color de sus cabezas y a veces en la forma de las blancas manchas de ambos lados de la cara, o ligeras variaciones en los matices de su plumaje. Pero yo puedo reconocer a los pájaros que más resaltan en estas biografías, aunque sus plumas estén oscurecidas o enredadas después del baño, faltándoles entonces en

esos momentos sus signos personales. Todo su aspecto es demasiado individual para que pueda equivocarme cuando los tengo cerca. Generalmente su plumaje conserva las mismas señales después de la muda, exceptuando, como es natural, la muda de los polluelos al transformarse en adultos. Pero en esos casos puedo seguir día por día sus cambios, pues aquellos que mejor conozco pasan largas horas en mi regazo, lo mismo que sus progenitores.

Durante seis años observé muy de cerca a un carbonero mayor hembra. Se crió en el huerto de mi vecino y se apareó con un pájaro de su misma edad procedente de mi jardín. Durante tres años tuvieron dos crías anuales; formaron una pareja modelo, siempre juntos, incluso en invierno. Si uno de ellos aparecía en mi ventana solo, se quedaba inmóvil, sin probar las golosinas más tentadoras hasta que el otro estaba presente. Por lo general entraban y salían de mi cuarto juntos.

Esta hembra, llamada Juana, tenía la peculiaridad de cantar una deliciosa cancioncilla en la época del celo. Era un don insólito. Otras hembras de dicha especie no cantan aunque poseen una gran variedad de notas de llamada, notas de enojo, etc. Pero la canción de Juana era muy superior a la del macho. Variaba un poco de año en año y en los primeros de su vida se parecía algo al "ti-chu" del macho, pero mucho más musical. En vez de repetir las mismas notas recorría la escala descendente en tercios aproximados y sobrepuestos. La canción empezaba en tonos alegres, vibrantes, y gradualmente se hacía más suave y más dulce al ir bajando. Sugería un repique de campanas desvaneciéndose en el viento.

Al cuarto año murió el compañero de Juana al herirse una patita. Ella se apareó con otro pájaro de un año, parecido al anterior, que era de un tamaño excepcional, con la mancha de la cabeza mayor de lo común. Esa primavera anidó en un tronco del cami-

no, pues fue expulsada de su morada habitual en mi jardín por una agresiva pareja de carboneros mayores que querían todo el terreno para ellos solos. Cuando la primera cría de Juana con el nuevo cónyuge tuvo plumas, quiso traerla a mi jardín, pero la agresiva pareja los echó. Incluso si yo intentaba darle de comer junto al arroyo, al otro lado de la carretera, el belicoso macho se lanzaba sobre mi seto haciendo iracundas manifestaciones a fin de impedir que Juana y su compañero cogieran en mis manos alimento para sus polluelos. Pero mientras la segunda cría era pequeña, un gato mató al segundo marido de Juana. Ella siguió alimentando a sus polluelos con redoblado esfuerzo y la vi con frecuencia detenerse a la entrada del nido después de salir, con expresión preocupada; [1] luego solía volar hasta la copa del árbol mirando en todas las direcciones como si buscase a su pareja. En cuanto su cría empezó a volar la trajo a mi jardín. Esta vez los agresivos carboneros no protestaron, aunque no toleraban que otros de su especie entraran en el jardín, pues también tenían su segunda cría. En ocasiones el macho, llevando en su pico algo de comida para sus polluelos, se paraba como si escuchase el ruido que hacían los ocho críos hambrientos de Juana, y en vez de llevar el alimento a su propio nido volaba al de la viuda soltando el gusano en el gaznate de uno de los pequeños.

Al año siguiente Juana se apareó con otro pájaro de un año, vástago de la belicosa pareja. Había vuelto a escoger un macho de gran tamaño y oscura la mancha de la cabeza. Era un tipo interesante y dio lugar a curiosos sucesos de tipo conyugal. Juana llevaba algún tiempo compitiendo con otra hembra de su es-

1 Esto podrá parecer antropomórfico, pero su comportamiento y su aspecto todo mostraban la preocupación que sentía. En mis observaciones directas de los paros he aprendido a adivinar por su conducta y sus gestos si algo los conturba, y en este caso estoy segura de que era esto lo que ocurría.

pecie llamada Gris, por una gran caja colgada de un árbol en mi huerta. A primeros de abril ambas empezaron a llevar musgo a la caja; cada una trabajaba en ausencia de la otra, pero yo creo que Juana suprimía las aportaciones de Gris, pues cuando entraba en la caja con su propio material, echaba pajitas por el orificio de entrada. Gris no hacía nunca eso.

Yo estaba intrigada en esa época porque parecía que Gris no tenía pareja y vivía sola o bien con Juana y su tercer compañero. Unos días más tarde vi a Juana entrando en la caja con Gris tras ella. Permanecieron allí varios minutos haciendo ese ruido continuo de tono elevado que se parece a los gritos que lanzan los carboneros mayores en determinadas fases de la formación de sus nidos. Luego salieron juntas volando amistosamente. Esto ocurrió varias veces mientras Juana terminaba su nido. Gris había dejado de aportar material.

Mientras tanto el tercer compañero estaba ocupado cantando con fuerza y defendiendo de los intrusos el árbol, cosa que le costó su corona de plumas. Desde entonces lo llamamos Cabeza Pelada. En ocasiones entraba en la caja, como para comprobar cómo marchaban las cosas. Nunca he visto a ningún carbonero mayor ni a ningún herrerillo ayudar a la construcción del nido, aunque muchos machos atentos escoltan a sus hembras cuando van y vienen recogiendo material. Esta atención del macho se observa en muchas especies, dando la falsa impresión de que ayudan a hacer el nido.

La deliciosa cancioncilla de Juana, ahora mas original que nunca, vibraba con frecuencia en el huerto. Volaba desde su nido en busca de material, cantando en pleno vuelo como si rebosara de dicha. Gris volaba tras ella cual sombra silenciosa.

Cuando Juana puso su primer huevo ya no permitió a Gris que entrase en la caja. Entonces ésta se hizo rápidamente un nido propio en otra caja del

huerto; un nido precioso tejido de muchos colores, pues había tirado de mis alfombras, mis abrigos y mis mantas de color, saliendo por la ventana con el pico lleno de lana brillante y esponjosa. Pero no tuve ánimos para detener los destrozos, pues yo sabía que tenía muchísima prisa. Había descubierto que el compañero de Juana lo era también suyo. Cabeza Pelada custodiaba con la misma fidelidad los dos nidos, siguiéndolas y vigilándolas. Las hembras seguían amigas y los tres andaban juntos. En tres días Gris terminó su nido y puso su primer huevo. Cabeza Pelada alimentaba cuidadosamente a sus dos compañeras en sus nidos cuando empollaban, y cuando estaban fuera, cosa que sucedía frecuentemente al mismo tiempo. Ambas revoloteaban ante él emitiendo gritos infantiles, y les daba de comer por turnos, siempre galante y sin demostrar favoritismos. A veces daba de comer a Gris en los árboles cerca del nido de Juana, cuando empollaba. Ésta debía tener un intersticio por donde espiar, pues parecía adivinarlo todo, y para llamar la atención cantaba su cancioncilla varias veces desde su nido, y luego sacaba la cabeza por el orificio como si estuviera impaciente. En cambio Gris esperaba su turno sin chistar cuando las circunstancias cambiaban.

Los polluelos de Juana empezaron a salir del cascarón el 8 de junio y desde el día en que Cabeza Pelada empezó a alimentar a los pequeños, Gris quedó completamente abandonada. Revoloteaba ante él lanzando sus gritos infantiles, pero no la tenía en cuenta. El 11 de mayo los polluelos de Gris comenzaron a nacer. Al salir del nido siguió a Cabeza Pelada hasta la caja de Juana con temblor de alas y nerviosos chillidos. (Esto debía ser para comunicarle que los pequeños nacían.) Su compañero tampoco le hizo caso y Juana la echó. La pobre parecía muy disgustada; emitía extraños gritos y notas de enojo al volver a su nido. Durante uno o dos días más al ver a Cabeza Pelada repitió las mismas patéticas llamadas sin éxito

alguno, y el 14 de mayo voló a mi cuarto en el momento en que yo le daba a él queso para los pequeños de Juana. Se detuvo en seguida con el mismo revoloteo y el mismo temblor. Cabeza Pelada la miró de pronto curiosamente y, con el queso en el pico, montó sobre ella, pero Gris abrió enojada la cola y le hizo caer. Emprendió entonces el vuelo y no volvió jamás a ocuparse de ella. Lo llevé al nido de Gris y le hice mirar los polluelos. Los contempló un momento pero voló al nido de Juana y no regresó más al de Gris.

Siempre que la abandonada veía a Juana o a Cabeza Pelada se colocaba ante ellos con lamentos y temblores cada vez más exagerados y a veces, cuando ya se habían ido, volaba hasta mi hombro mientras sus alas temblaban aún violentamente y me miraba a la cara con una expresión patética y suplicante. Siempre había comido en mi mano y yo le daba alimento para sus polluelos, pero ya no quería nada para ella misma. No le angustiaba el criar a los pequeños, pues la hembra suele hacerlo siempre que el macho muere, como Juana cuando mataron a su segundo compañero, sin gastar energías en manifestaciones de dolor. Era evidente que Gris sufría porque la habían abandonado.

La mañana del 19 de mayo Gris no vino como de costumbre a buscar comida para sus polluelos, y pasó casi todo el tiempo cerca del nido de Juana, en una excesiva manifestación sentimental. Resultaba muy angustioso verla; tan agónico era su gemido y tan patético su aspecto mientras hacía temblar sus alas con un esfuerzo afectado. Incluso abandonó a sus pequeños durante esa última súplica. Murió esa tarde, por lo visto de pena. Los polluelos sólo le sobrevivieron unas horas.

Juana y Cabeza Pelada sacaron adelante a su cría y tuvieron aún otra con éxito, pero ella se quedó cansada y nunca recobró sus fuerzas después de la muda. Ni ella ni su compañero se demostraron el menor

interés durante el invierno, aunque estaban a menudo juntos. El sonido de las alas de Juana había cambiado y su vuelo era más torpe. Pasó el duro invierno, pero murió a primeros de abril de 1947, a los seis años.

2

Cabeza Pelada fue un pájaro interesante aún siendo polluelo, de carácter bien definido. Sus progenitores, los carboneros agresivos, empezaron a hacer preparativos para la segunda cría dos semanas después de su salida, y Cabeza Pelada mostró un interés insólito por observar lo que pasaba. Normalmente la primera cría de carboneros mayores no se ocupa de la segunda (sólo algunos tienen doble cría). El resto de los polluelos no iba nunca cerca del nido, pero Cabeza Pelada pasó mucho tiempo inclinado sobre el orificio como si tratara de resolver el misterio y de averiguar por qué su padre se ocupaba de pronto de alimentar a su madre en vez de darle de comer a él. Cuando la madre salía del nido, su curioso vástago metía la cabeza por el agujero y miraba los huevos hasta que ella volvía, empujándolo con frecuencia y extendiendo sus alas sobre la entrada a modo de protesta. Como si le hubiesen magnetizado volvía diariamente una y otra vez al orificio del nido. Fue gracioso observar su sorpresa la primera vez que vio unos picos abiertos. Se echó hacia atrás y luego se atrevió a mirar de nuevo con la cabeza vuelta primero de un lado y después de otro, como para asegurarse de que no había visto visiones. Por las trazas, los polluelos implumes lo fascinaban; no dejaba de contemplarlos, estremeciéndose siempre la primera vez, cuando, como supongo, los picos se habrían hacia él en espera de comida. Molestaba a los padres en su labor de alimentar a los pequeños, pues cuando llevaban comida al nido metía la cabeza en el orificio de entrada para mirar y sus progenitores salían a regañarlo y echarlo de allí. Si lo expulsaban

adoptaba modales de crío, temblando y gimiendo. Le daban gusanos rara vez ahora, pero comía a menudo en mi mano y mientras cogía un pedazo de su queso predilecto, miraba hacia el nido, soltaba el queso, y volaba aprisa como si temiera perderse algo de lo que ocurría tras el agujero.

Cuando la segunda cría echó a volar y uno de los polluelos se mecía inseguro en una rama con esa tendencia a caer hacia adelante común en los carboneros mayores cuando se posan por primera vez, Cabeza Pelada echó a volar haciendo una sorprendente exhibición de gracias frente al pequeño, el cual lo contemplaba con gran interés. Después de dar una voltereta alrededor de una rama colgándose de ella cabeza abajo con una sola pata mientras la otra se mecía en el aire, a la vez que arrancaba las hojas y las tiraba al suelo, acabó golpeando la corteza con un sonoro ruido y echó a volar para no volver a ocuparse nunca de los polluelos ni del nido.

Cuando Juana murió, a primeros de abril, Cabeza Pelada encontró pronto otra compañera. Ésta eligió para su nido una caja nueva en un árbol del huerto, pero él no manifestó el menor interés por ella ni su nido y sólo la acompañó y alimentó raras veces. Lo dominaba otra obsesión; la del antiguo nido de Gris. Lo había defendido con gran aparato contra los otros pájaros, aunque nunca se ocupó de los antiguos nidos de Juana, que había puesto su segunda cría en otro lugar. A menudo, cuando su nueva compañera se apartaba de sus huevos y lo llamaba esperando que se ocupase de ella, él estaba absorto y excitado en la antigua caja de Gris y no le prestaba atención. Ella esperaba cerca unos momentos y luego su dulce llamada se convertía en grito de enojo mientras partía a arreglárselas por sí sola. Cabeza Pelada continuaba sus frenéticas manifestaciones ante la caja vacía como si no viese a su compañera. Ésta se llamaba Monóculo, porque tenía alrededor de un ojo una especie de

círculo, como un cristal. Resulta difícil describir la extraña conducta del pájaro, que se caracterizaba sobre todo por sus ademanes excitados y su preocupación. Primero espiaba con empeño la entrada como si esperase ver algo; luego con los chillidos del celo entraba en la caja lanzando una serie de gritos en *crescendo* hasta que se ponía a entrar y salir de prisa, con movimientos cada vez más rápidos, como si su vida dependiese de su velocidad. De vez en cuando saltaba sobre la tapa de la caja con un extraño grito, para volver adentro, repitiendo toda la ceremonia, aunque nunca exactamente igual. Su prisa frenética y sus gritos de urgencia correspondían a una conducta anormal. Para unos ojos hechos a observar pájaros, su compañera Monóculo tenía mucho menos encanto o personalidad que Juana o que Gris. ¿Lo comprendía Cabeza Pelada y deseaba que Gris volviera a su antiguo nido, o tal vez se sentía insatisfecho por tener una sola compañera? Es rarísimo que los carboneros mayores sean bígamos, pero su personalidad es tan acusada que no siguen una norma fija en sus apareamientos, aunque es más usual en ellos el tener una sola cría y que el macho cuide de la hembra mientras empolla y alimente luego con entusiasmo a los polluelos, incluso cuando ya llevan dos o tres semanas volando. Pero aún este modo de anidar llamado con frecuencia "instintivo" varía en sus detalles y no hay dos parejas que se conduzcan de igual manera mientras hacen su nido y crían a sus pequeños.

La furia manifestada por Cabeza Pelada ante el nido de Gris cesaba de súbito, y entonces volaba sereno en dirección opuesta al nido de su compañera. Todo esto difería mucho de su conducta con sus dos compañeras el año anterior. Cuando empollaban ambas las alimentaba constantemente, las acompañaba cuando salían del nido y ejercía sobre éstos una continua vigilancia.

Su preocupación por el nido de Gris duró hasta

que su compañera acabó de empollar y entonces se consagró a alimentar a los ocho pequeños. También adoptaron a otros ocho que pertenecían a uno de sus vástagos con Juana.

Esto sucedió de la siguiente manera. Un polluelo de la segunda cría de Juana, llamado Gordito, era grande y audaz como su padre y resultaba curioso observarlo. Lo mismo que Cabeza Pelada permaneció en mi jardín todo el año y sus nidos estaban en terreno vecino. Cabeza pelada era dueño del huerto, Gordito y otra pareja compartían el jardín delantero. Cabeza Pelada y Gordito se peleaban a causa de los límites con mucho aparato y extraño lenguaje. Sus compañeras también tenían animadas disputas, llegando a veces a rodar por el suelo con sus patitas enredadas. Las discusiones de las hembras eran enconadas pero breves, mientras que los machos parecían gozar convirtiendo en juego prolongado o en un arte fantástico sus diversas maneras de exhibirse, en ocasiones durante tres horas seguidas.

Gordito era un compañero fiel, como sucede con tanta frecuencia entre los pájaros de un año. Acompañaba a su esposa mientras recogía material para el nido, vigilando todos sus movimientos pero sin ayudarla de un modo práctico. Ella lo empujaba si él quería entrar en el nido; así que la aguardaba fuera pacientemente, echando algún vistazo por la entrada, hasta que iba por más material. Es probable que la razón por la que los machos de muchas especies no ayudan a hacer los nidos sea el que las hembras no se lo permiten.

Una tarde, mientras su compañera descansaba en una rama sobre su nido, Gordito se animó a entrar y emitió desde allí la suave llamada del celo. Ella voló en seguida a otro árbol llamándolo, hasta que se le reunió. Entonces, después de haberle hecho salir del nido, volvió a la rama de antes y siguió descansando posada sobre una pata. El macho regresó al

nido, pero esta vez se quedó quieto en el borde frente a la entrada, mirando a la hembra con frecuencia.

El 2 de junio el pobre Gordito perdió a su compañera. Hubo una intensa ola de calor y parecía muy agotada mientras alimentaba a sus polluelos. Estos serían volantones dentro de cinco o seis días, si todo marchaba normalmente. Durante dos más Gordito siguió dándoles de comer, pero se le veía inquieto y triste. Cuando acudió a mi mano para comer como de costumbre, tiró cada trozo que cogía y se marchó sin probar bocado.

El 4 de junio alimentó a sus hijuelos hasta las once de la mañana, pero su aspecto era extraño y parecía ausente. No volvió a mi mano por entonces; por primera vez en su vida no acudió cuando lo llamé. Ni parecía ver sus golosinas predilectas cuando se las presentaba: las nueces y el queso que le habían encantado siempre para él o para sus polluelos. Sus ojos no parecían ver nada de lo que tenía cerca y su expresión era insólita. A las once salí y al volver a las dos y media noté que Gordito había desaparecido. Los polluelos gritaron sin cesar hasta las cinco de la tarde. Luego Cabeza Pelada, atraído sin duda por sus gritos, los miró por el agujero de entrada con aire interesado, pero voló a alimentar a sus propios pequeños que tenían plumas desde el 31 de mayo y seguían en el huerto.

¿Adoptaría Cabeza Pelada a los ocho polluelos de Gordito si yo se los daba? Las probabilidades no eran grandes, pues ya tenía ocho suyos, pero cogí dos del nido y los puse en su caja. El mayor salió en seguida fuera arrastrándose, en el momento justo en que llegaba Monóculo. Entonces revoloteó hasta una rama próxima. La hembra lo miró intrigada, emitió un grito de enojo y luego la dulce llamada que usan cuando un hijuelo vuela por primera vez. El hambriento pequeño gritó y estremeció sus alas al verla. Ella miró a los árboles, por lo visto para asegurarse de

que los progenitores no venían; luego cogió de prisa algunos gusanos como si comprendiera el hambre del pajarillo. Después se dirigió a su nido y miró por la entrada. El otro polluelo seguía acurrucado y silencioso, pero la hembra no entró. Lo coloqué en la rama al lado del otro. Como era más pequeño y no podía volar, perdió el equilibrio y cayó en la hierba. Monóculo manifestó gran preocupación y revoloteó sobre él, lo llamó dulcemente y procuró animarlo a posarse en lugar más seguro. Pero él no hacía otra cosa que gritar, así que le dio de comer allí mismo.

Traje otros dos hijos de Gordito. Cabeza Pelada llegó cuando los estaba colocando en la rama, junto al primero. Como su compañera, pareció estupefacto al verlos cerca de su nido. Primero inspeccionó los árboles en busca de los padres; un grito de enojo débilmente iniciado se extinguió en silencio y miró a su hembra, que le devolvió la mirada. Luego ésta se volvió a los polluelos y los llamó suavemente. Cabeza Pelada desapareció de repente y volvió con una gran oruga que pendía del pico y, aunque los pequeños no gritaban los atascó de comida que les iba trayendo a gran velocidad. Ambos parecían comprender que los críos estaban hambrientos, aunque no lo manifestasen.

Todo marchaba tan bien que traje a los otros cuatro, dos cada vez. Cabeza Pelada y Monóculo se excitaron más y más; los llamaban y alimentaban nerviosamente y cambiaban miradas con frecuencia. Luego Cabeza Pelada voló a su nido, con su compañera detrás, y charlando discretamente, examinaron la caja por detrás, por debajo y por encima, y aún por dentro, sin duda para explicarse la llegada de esos pequeños. Como Cabeza Pelada no los había visto salir de su nido parece que su compañera se lo comunicó.

Poco a poco animaron a los mayores para que se reunieran con sus propios pequeños en los árboles, al otro lado de la huerta, pero había cuatro demasiado

chicos para volar bien y necesitaron mi ayuda. La adopción tuvo tal éxito que cuidaron más a los hijos adoptivos que a los suyos. Cabeza Pelada parecía en su elemento con esta novedad e incluso cambió su comportamiento para con la hembra. Ahora buscaba su compañía cuando volaba cerca del nido y ambos aleteaban e imitaban los gritos del celo, cosa que no habían hecho desde que sus hijuelos empezaron a volar. Esta repetición del ritual que precede a la nidada, hecha a veces con más entusiasmo que entonces, es usual en los carboneros mayores y herrerillos que han puesto mucho fervor en esas cuestiones. Aunque Cabeza Pelada no lo hizo con Monóculo cuando sus polluelos volaron, el año anterior él y Juana aletearon jubilosos cada vez que voló una de sus crías.

El 29 de junio, tres semanas después de la desaparición de Gordito, éste volvió con tres pequeños ya bien desarrollados, de unos cinco días menos que los suyos. Voló derecho a su lugar habitual en mi hombro, y luego a mi mano en busca de comida que llevó a sus hijos adoptivos. Alguna viuda debió persuadirle para que le ayudase a criar a su familia, pero no apareció con ella por mi jardín.

Los polluelos de Gordito habían mermado en número para entonces y sus padres adoptivos les habían enseñado a ser independientes. Como los alimentaban poco, perseguían a su padre tratando de arrebatarle del pico las orugas que destinaba al trío adoptado. Aunque no les dejaba cogerlas mostraba una paciencia sorprendente con esos críos importunos y nunca los rechazaba con enojo como suele hacerse cuando los pequeños ya desarrollados de una cría molestan a los padres que llevan de comer a los de otra; pero esos gritones eran los vástagos de Gordito y tenían más derecho a las orugas que el trío advenedizo. No podemos demostrar que Gordito se daba cuenta de ello, pero ante la tolerancia que manifestaba cuando lo perseguían obstinadamente, nos inclinamos

a suponer que reconocía a sus hijos legítimos. Le dieron tanta guerra que inventó el hábil truco de llevarse la comida dando una vuelta a través de mi casa, ya que los polluelos no conocían el baño y la cocina tan bien como él. Cuando uno de ellos tuvo la viveza de seguirlo frustró sus intenciones corriendo alrededor de los árboles con tal rapidez que el tunante sólo lo alcanzó a tiempo para ver al codiciado gusano devorado por un miembro del trío.

Gordito tuvo que luchar de lo lindo a su regreso. Cabeza Pelada le tomó manía y lo expulsó del jardín de delante siempre que lo veía allí. Como el territorio de Cabeza Pelada era el huerto de atrás, esto no tenía nada que ver con la defensa territorial. Los otros carboneros mayores con vástagos que anidaban en ese mismo jardín no lo molestaron nunca, ni Cabeza Pelada se irritó jamás con otro carbonero mayor que no fuese Gordito. Parecía considerar que por abandonar a sus hijuelos Gordito no tenía derecho a regresar a su nido y éste no resistió tan iracundas manifestaciones.

En el otoño una hembra —posiblemente la madre del trío— acompañó a menudo a Gordito hasta la casa y Cabeza Pelada dejó poco a poco de molestarlo, excepto en los días más templados de octubre y noviembre en que Gordito se veía atacado si se asomaba a cualquiera de los nidos del jardín. Nunca volvió a anidar allí, pero me visita con frecuencia fuera de dicha estación.

Cabeza Pelada y su compañera siguieron juntos durante el otoño y el invierno, aunque sin demostrarse gran interés. Tuvieron algunas peleas respecto a las nuevas cajas para dormir. Cabeza Pelada esperaba poder elegir a su gusto, pero no era capaz de conservar la misma toda una noche, ni de decidir cuál prefería. Monóculo se posaba en un árbol vigilante mientras él revoloteaba de una caja a otra, metiendo las narices dentro, pero sin entrar. Por fin ella se impacien-

taba y trataba de asegurarse un refugio. En cuanto lo había elegido Cabeza Pelada la empujaba y regañaba para que no entrase. Entonces ella se iba lejos, pero por lo visto había escogido para él, pues entraba en la caja mientras ella elegía otra. (Los carboneros mavores no suelen dormir juntos aun cuando son inseparables de día.) Creo que era un juego para la hora de acostarse, ya que he visto a muchos pájaros juguetear antes de dormir. Cuando vuelva el tiempo de anidar Cabeza Pelada dejará otra vez a su compañera que lo decida todo, pero, en especies que conviven todo el año, en otoño y en invierno el macho predomina siempre. He observado que hay un período de transición en este predominio, en que ambos vacilan cortésmente, esperando, por ejemplo, que sea siempre el otro el que coge el primer bocado.

En mis relaciones personales con Cabeza Pelada me veo vencida con frecuencia. Las nueces son su golosina predilecta y el último otoño traje varias a casa en una bolsa de papel. Le di una que comió bajo una silla, sobre los travesaños. Sabiendo que rompería la bolsa para coger otra, la envolví en una tela doble y metí las puntas por debajo de cierto modo que un pájaro pequeño no pudiera deshacer el envoltorio. Puse el paquete en una mesita auxiliar. Estaba de espaldas a Cabeza Pelada al hacer estos preparativos y no era posible que desde su escondite bajo la silla hubiese visto lo que yo hacía. Voló hasta mis manos en busca de más nueces, pero le di queso, lo que más le gustaba después de aquéllas. Lo tiró con un ademán impaciente y me miró expectante. Volví a ofrecerle queso. Hizo una curiosa mueca con el pico entreabierto, se negó a coger el queso y voló por el cuarto buscando la bolsa de papel, que no encontró. Salí unos minutos; cuando regresé voló de la ventana con la precipitación habitual en él después de un robo. Varias nueces rodaban en la mesita auxiliar. Había sacado la tela rompiendo la bolsa de papel y había cogido una

nuez. Nunca envolví comida antes en esa tela ni en ninguna otra, ni nunca puse la comida de los pájaros en esa mesa que yo utilizaba para poner los útiles de pintar; así que no tenía motivos para sospechar que la tela ocultaba la bolsa, sólidamente cubierta con tela doble.

A Cabeza Pelada también le encanta la mantequilla, pero sabe que no debe robarla del plato y cuando yo estoy en la habitación nunca lo intenta sin mi permiso. (Los pájaros son tan sensibles que aprenden en seguida lo que está prohibido y lo que está permitido, aunque no vacilan en desobedecer cuando se les vuelve la espalda.) Pero cuando hace frío y la mantequilla está dura y se extiende mal, vuela y la coge en grumos sobre el pan, con habilidad de carterista, cuando estoy a punto de llevármelo a la boca. Como lo animo a que coma en mi mano no sería razonable regañarle por esto, pero, por si acaso, vuela por la ventana con su botín, en vez de comerlo en casa, como hace con lo que yo le doy.

Como todos los carboneros mayores, Cabeza Pelada encuentra siempre el procedimiento de abrir las cajitas donde guardo golosinas para los pájaros. En vez de golpearlas para ver si se abren, inspecciona detenidamente cualquier nuevo tipo de caja, observando, por lo visto, su construcción. Luego intenta abrirla como es debido, cosa que suele lograr después de breve lucha, a no ser que yo misma no pueda tampoco abrirla fácilmente. Coge con las patas las cajas de cerillas y las abre con el pico; si son demasiado ajustadas para abrirlas del todo, las vuelca y las sacude para que salgan las cerillas. Una caja de pastillas, de lata, articulada en uno de los lados, fue examinada primero con gran atención, luego estudiada por encima, sin intentar nunca abrirla por la articulación. Lo malo de dicha caja era que si sólo entreabría la tapa ésta se cerraba antes de que pudiera coger su contenido, pero tras algunos fracasos la

abrió del todo e interpuso el pico rápidamente antes de que se cerrara. A veces la sostenía abierta con una pata. Estos son unos ejemplos de la inteligencia de Cabeza Pelada. Algunos carboneros mayores igualmente familiarizados con mi casa nunca pasaron de golpear las tapaderas aunque tuvieran la ventaja de ver a los más listos abrir las cajitas. La inteligencia varía mucho dentro de la misma especie.

3

Uno de los vástagos de Juana y de su primer compañero era otro pájaro excepcional, con la peculiaridad de que no podía poner huevos. Fué una de las tres hembras de la primera cría. Sus dos hermanas se querían mucho y andaban siempre juntas, pero ésta parecía tener miedo a otros pájaros y andaba sola. Cuando las demás se acercaban echaba a volar dando un chillido y después examinaba nerviosamente los dedos de sus patas. Tenía unas patas muy cortas, lo cual explica tal vez su temor, pues son su defensa. Recién nacida perdió algunas plumas de la mancha de la cabeza; después de esto huía de los otros pájaros más que nunca, pero buscaba mi compañía, pasando mucho tiempo en los travesaños de mi silla. Por la noche dormía en una moldura de mi habitación, sobre mi cabeza, siendo la primera de los muchos carboneros mayores que descansaban de este modo. Cuando se le volvió a poblar la mancha de su cabeza las plumas parecían rizadas, por lo cual se le puso el nombre de Rizos, y como otros de mis pájaros pronto atendió por su nombre.

Lo mismo que sus padres, Rizos tenía mucha personalidad; nunca pude confundirla con otros de su especie, incluso de pequeña, y sus modales respiraban a veces cierta afectación. Si los otros pájaros se amontonaban a mi alrededor a la hora de comer, ella desaparecía. Cuando todos se habían ido se me acer-

caba cautelosamente por detrás, trepaba por mis piernas y me pellizcaba ligeramente bajo la rodilla, volando luego a posarse frente a mí, mientras se miraba los dedos o me echaba rápidas ojeadas. En cuanto la llamaba por su nombre venía a comer en mi mano. Estos pellizcos se convirtieron en un juego frecuente. Cuando me veía entregada a algún trabajo apacible, se deslizaba detrás de mí y me pellizcaba en algún lugar insólito, o saltaba sobre mí y buscaba el punto más vulnerable de mi ropa; entonces apartaba con cuidado los hilos de la tela hasta formar un agujero por el que me pellizcaba y luego me miraba a la cara para ver el efecto. El juego seguía hasta que yo lanzaba un chillido agudo; en sus ojos brillaba un chispazo de satisfacción mientras continuaba posada enfrente, mirándome y examinando sus dedos.

Si Rizos tenía hambre y no lograba hacérmelo comprender volaba a las cortinas y arrancaba las hebras de terciopelo, o desgarraba las páginas del directorio del teléfono, a la vez que me lanzaba miradas expectantes, pues sabía que dichos estragos estaban prohibidos y llamaban siempre mi atención.

Su plumaje adulto era más brillante y más liso que el de los otros paros hembras, pero en otros aspectos era francamente femenina, lo mismo en su apariencia que en sus hechos. Su primer compañero fué un apuesto pájaro de buen tamaño, ya que el de los carboneros mayores varía mucho. Rizos le dio quehacer, pues siempre tardaba en tomar una decisión. Él trabajó de lo lindo para que eligiera el emplazamiento del nido, pero ella vaciló varias semanas entre cuatro cajas de mi huerto, mientras que su impaciente compañero tenía que defender cada una de ellas contra otros paros. Solía agrandar la entrada de una de las cajas, luego miraba dentro, daba un chillidito como de miedo, y volaba hacia otra caja. Él la seguía, animándola y persuadiéndola, entrando él mismo en las cajas y llamándola desde dentro con el

remedo de gritos de nidada. Todos los carboneros mayores hacen esto pero generalmente la hembra pasa más tiempo que el macho en las probables cajas y nidos; también lo llama con el mismo grito peculiar.[1] Rizos entraba y salía de cada caja aprisa y en silencio, excepto algún chillido nervioso antes de volar a la otra.

Estas vacilaciones se prolongaron hasta que todos los paros vecinos tuvieron sus pequeños; entonces el compañero de Rizos se mostró muy inquieto y ambos abandonaron mi jardín por un mes. Rizos reapareció después sola y anduvo ociosa entre los árboles tomando baños de sol y dándose buena vida. Su plumaje estaba en excelentes condiciones y yo estaba segura de que no había empollado mientras anduvo fuera.

Al año siguiente se condujo más o menos de igual modo pero con otro compañero. No tenía polluelos, faltó del jardín tres semanas y volvió con la cabeza pelona, quizá por culpa del exasperado macho que se había mostrado tan impaciente antes de salir del huerto.

El tercer año eligió para compañero a un pájaro extraño y nervioso con dos grandes patillas callosas que se cruzaban sobre su pico, haciéndole difícil agarrar la comida. Era demasiado nervioso y excitable y al comer en mi mano soltaba lo que había cogido en medio de su agitación por marcharse. "Patillas" era de aspecto descuidado, con movimientos confusos y espasmódicos, pero fué un pájaro leal que crió él solo a sus pequeños el año anterior, pues su compañera murió apenas nacieron.

Rizos tenía ahora un plumaje primaveral maravillosamente brillante y liso, habiendo dominado poco a poco su miedo a otros pájaros. Sabía defenderse e incluso tomar la iniciativa en pequeñas disputas. De-

1 Ya hemos hablado antes de esta imitación que es muy distinta al grito de la hembra cuando le pide al macho que le dé de comer.

duje de mi continua observación de ambos pájaros, durante el invierno y el comienzo de la primavera, que se habían apareado sin preliminares antes de la época del celo. Ese año Rizos eligió la caja más grande y más bonita de mi jardín, sin vacilar un momento, y Patillas, con sus fuertes patas y su alarmante pico, parecía defenderla con súbitos y aparatosos arranques nerviosos frente al árbol donde estaba colgada. Rizos se hizo brava para proteger el lugar y sus pequeños pies parecían igualar en fuerza a la de una o dos hembras con las cuales se enfrentó. Así que entre ambos conservaron su atrayente y codiciada caja.

Pero la construcción del nido adelantaba poco. Rizos daba la impresión de que jugaba. Patillas, como sus otros compañeros, pasaba mucho tiempo animándola para que se apresurara —según parecía— con gritos tan fuertes como los de todo un coro, desde dentro y fuera de la caja, pero Rizos sólo emitía un ruidito de vez en cuando y nunca contestaba al estímulo de Patillas. Todas las mañanas llevaba al nido unas pajitas, y transcurrían largos intervalos en que arrancaba cortezas de una rama de manzano encima del nido. Patillas empezó a mostrarse impaciente, persiguiéndola sin cesar, pues la deseaba, pero ella lo alejaba siempre y, según creo, no consintió nunca.

Los pájaros anidaron pronto ese año (1946); el 26 de mayo los pequeñuelos de otros carboneros mayores ya volaban mientras Rizos seguía trayendo todas las mañanas sus briznas de paja; y, cada vez, antes de continuar cogiendo, arrancaba hojas de un escaramujo cerca de su nido y las desgarraba y tiraba los pedazos. Había gran impaciencia en esos ataques destructivos, que se debían sin duda a un sentimiento de frustración ante su incapacidad para producir huevos. Desde entonces Patillas perdió interés en el nido y Rizos se pasaba sola la mayor parte del tiempo. Aún lo defendía vigorosamente, y el 28 de mayo ex-

pulsó de su territorio a los pequeños de Juana con iracundo estrépito. El 31 de mayo había reunido pajitas suficiente para el nido pero éste no estaba forrado ni debidamente acabado. Dormía en él todas las noches y por la mañana salía y entraba varias veces, pero sin traer ya más material. Ocupaba gran parte del día en morder ramas y arrancar hojas de escaramujo con más impaciencia que nunca. Patillas aparecía alguna vez en su ausencia. Ella llevaba algún tiempo sin comer apenas nada, aunque parecía sana y en buena salud. Durante la quincena siguiente ella o su compañero guardaron el nido pero nunca se les vio juntos. Él estaba más agitado que nunca, me arrancaba la comida espasmódicamente y casi siempre la dejaba caer al arrancar a volar.

El 14 de junio encontré un viejo huevo de perdiz en un campo y lo puse en el nido de Rizos. En seguida empezó a empollarlo y aunque Patillas no estaba allí cuando coloqué el huevo, en la caja o cerca de Rizos cuando empezó a empollar, al minuto llegó excitadísimo, con una oruga colgando de su extraño pico. Rizos sacó la cabeza por el agujero para recibirlo y al fin parecía que ambos pájaros eran felices. ¿Cómo supo Patillas que ella estaba empollando? No pudo verlo ni oírlo; nunca la había alimentado antes ni ella había emitido el grito que lanza la hembra cuando está en estado de que el macho le dé de comer; ni siquiera se les vió juntos en mi jardín durante dos semanas, y sin embargo, sin ver el huevo ni estar cerca cuando ella entró en el nido para empollar, él vino precipitadamente atravesando el jardín de mi vecino con su oruga, en cuanto ella empolló el huevo. En su entusiasmo, esa mañana le trajo comida a cada minuto y Rizos, en vez de seguir sentada, se asomaba por el agujero, esperándole. Por la tarde salió del nido tres horas, desconcertando al macho que llegaba con sus orugas y no la veía allí. Voló por el jardín llamándola dulcemente y al no encontrarla hizo cen-

tinela junto al nido hasta que volvió, y él pudo seguir dándole de comer.

Al día siguiente sólo empolló media mañana y en ese tiempo recibió puntualmente su comida; pero como antes, no se estuvo quieta y asomaba la cabeza a menudo por la entrada. Durante dos semanas jugó a empollar el gran huevo una hora todas las mañanas mientras Patillas le seguía el juego alimentándola cuando ella estaba sentada y luego se separaban para el resto del día, turnándose para custodiar el nido o salir del jardín. El compañero de Rizos no le ofrecía nunca comida fuera del nido como cuando las cosas siguen un curso normal. Y observé que su apetito aumentó al llegar el huevo de perdiz.

Del 1 al 6 de julio ambos pájaros se iban con frecuencia; y siempre volvían solos. Rizos ya no intentaba empollar, aunque vigilaba estrepitosamente su nido ante la proximidad de otros pájaros. Había engordado y tenía magnífico aspecto mientras que las otras hembras, agotadas por las faenas de la cría, estaban macilentas y marchitas.

Del 6 al 31 de julio Rizos apenas se dejó ver en el jardín; ya no entraba en su nido. Patillas apareció raramente y sólo para agarrar, agitado, algo de comida y desaparecer de nuevo. Como en años anteriores, Rizos regresó para quedarse en el mes de agosto, volviendo a sus viejos hábitos de vagar al sol, examinarse los dedos de las patas y pellizcarme. Patillas no regresó con ella. La muda afectó a Rizos mucho menos que a otros paros, como había sucedido anteriormente.

En otoño volvió a regañar a todos los pájaros que se acercaban a su nido y a dormir en él. En los días templados de octubre llevó un poco de pajitas a su caja, cosa que no he visto hacer a los carboneros mayores en otoño. Patillas volvió en octubre a arrebatarme espasmódicamente la comida, la que dejaba por

lo general caer al irse. A primeros de invierno desapareció del todo.

Una noche, a fines de diciembre, la pobre Rizos murió a manos de un gato vecino y se encontraron sus restos junto a su nido, que el gato había tirado al suelo después de cortar la gruesa cuerda que lo sujetaba al árbol.

4

Las dos hermanas de Rizos, aunque inseparables de pequeñas, camparon por sus respetos en otoño. Una abandonó definitivamente el jardín —o la mataron sin que yo lo supiera— mientras que pude observar de cerca a la otra, que era un pájaro de inteligencia excepcional. La llamamos Torzal porque su cola estaba torcida de un modo peculiarísimo, de oprimirla hacia un lado al dormir. Después de la muda se le enderezó, pero luego se le fué curvando cada vez más hasta que quedó hirsuta y en forma de hoz.

Torzal parecía entender siempre lo que yo le decía y, al contrario que a otros pájaros, de joven le gustaba que la acariciaran. Nunca me tuvo miedo, lo mismo que todos los vástagos de Juana; cuando le crecieron las plumas dormía la siesta posada en mi cuello o se alisaba el plumaje en mi mano o mi hombro. Yo podía alzarla en mi mano hasta mi rostro y acariciar su lomo con mi mejilla. Entonces ella volvía la cara y me miraba a los ojos, pero no interrumpía la caricia con el menor movimiento. En general a los pájaros les molesta que se les toque el lomo, aunque no les importa que se les roce con dulzura las plumas de la pechuga y el plumón de los costados. Creo que esto se debe a que los pájaros se yerguen a veces sobre el lomo de sus polluelos para alejarlos de un lugar peligroso si el gavilán vuela cerca y también a que si los pequeños, ya desarrollados, piden comida con demasiada obstinación, los hacen callar subiéndoseles en el lomo.

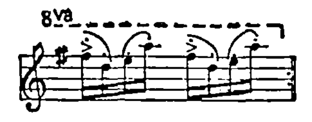
Un día en que acariciaba de este modo a Torzal le dije: "bésame". Con gran sorpresa mía se apresuró a rozar mi nariz con su pico —que es el beso del pájaro. Imaginé que esa reacción era casual pero al día siguiente contestó a mis palabras de la misma manera y siguió haciéndolo así toda su vida. Si volvía a pedírselo en seguida me miraba con expresión preocupada sin responder, y si repetía mi petición tratando de animarla entonces se enojaba claramente. Pero al cabo de una o dos horas reaccionaba de nuevo. Cuando tenía hambre y veía que yo le iba a dar queso, era capaz de besarme aprisa tres veces seguidas, pero incluso en estos casos no lo hacía si se lo pedía dos veces. No lo ofrecía nunca sin que se solicitara y tampoco lograba el beso al pedírselo con otras palabras.

Los pájaros tienen diversos modos de pedir comida. Torzal se posaba siempre en mi hombro y me miraba a la cara con expresión de súplica. Si yo le decía "no tengo" su expresión cambiaba, parecía molesta, se iba de mi hombro y se posaba en frente con la mirada fija. Si decía "¿voy por algo?" volaba en seguida a la puerta, con aire ansioso y como a la expectativa. Mientras yo iba a la cocina en busca de queso me esperaba sobre la puerta de la sala o bien me seguía y estirando el cuello miraba el queso que yo le preparaba. Sólo comía queso o nueces; si se le ofrecía pan o sebo lo miraba un momento, lo cogía y lo tiraba al otro lado del cuarto y me miraba después con expresión suplicante. Si le daba otro alimento que no le gustaba giraba rápidamente sobre mi mano para dar la espalda a la comida. Luego se volvía de nuevo y me contemplaba, esperando que yo entendiera que quería queso o nueces. Yo le daba entonces lo que deseaba, pero sin estimularla a tirar cosas por el suelo, dándole queso cuando lo hacía así.

Muchos de mis carboneros mayores son habilísimos para averiguar donde guardo la comida, pero

Torzal era más lista que ninguno. Le bastaba ver una sola vez dónde escondía su golosina predilecta para recordarlo luego. La he visto tratando de quitar una taza de su plato porque cuando esperaba en la puerta de la cocina a que yo le diera queso el día anterior, me vió poner una taza sobre lo que había quedado en el plato.

El compañero de Torzal era un pájaro procedente de un matorral del campo de enfrente. Su canto era una variación insólita del "ti-chu":



La cantaba muy de prisa repitiéndola una y otra vez con un maravilloso ritmo vital.

Fué Torzal, y no su compañero, quien eligió el emplazamiento de su primer nido. Peleó con bríos para quedarse en mi jardín, pero los agresivos carboneros la echaron y el lugar más próximo disponible estaba en el tubo de un respiradero junto a los edificios de una granja, al otro lado del camino. Cuando sus pequeños estaban a punto de volar vino a dormir en la moldura de la pared, encima de mi cama. Una tarde se acostó más pronto que de costumbre. Tres de sus hijuelos habían volado ya, los otros quedaban aún en el nido. Parecía agotadísima y pasando por alto su alisado habitual se durmió en seguida con la cabeza bajo el ala. Pero un minuto después se irguió alerta con la cabeza hacia adelante; en seguida voló por la ventana y la carretera hasta donde estaban los pajarillos, sin duda para asegurarse de nuevo que todo iba bien. Volvió al instante y entonces no se movió hasta la aurora, cuando voló como de costumbre por sobre las cortinas cerradas y a través del ventilador.

A la noche siguiente parecía más exhausta que nunca. Sus nueve pequeños ya podían volar y ese día es siempre el más agotador para un paro hembra con mucha familia. Torzal durmió más de la cuenta esa noche. No despertó hasta que yo levanté las cortinas a las siete y media. Comprendió inmediatamente que era tarde y se estremeció con una expresión preocupada; y emitiendo un grito de enojo bien fuerte voló por la carretera, aprisa, hacia sus pequeños. No volvió a dormir en casa. El empleo del grito de enojo en este caso resulta interesante; tal vez estaba enfadada consigo misma o temía que le hubiera sucedido algo a sus pajarillos.

Durante los dos años siguientes Torzal anidó en el matorral de su compañero en el campo, quizá porque el tubo del respiradero había desaparecido y a él le gustaba su bosquete. Cuando florecieron las violetas blancas bajo el matorral, las visitas de Torzal a mi casa se hicieron más breves y menos frecuentes. Para la época en que las campánulas azules estaban en toda su gloria empezó a mostrarse muy apresurada en sus raras visitas, pues había en el matorral un fresno con un orificio limpiamente tallado en su tronco, donde se centraban todos los pensamientos de Torzal. Cuando las velloritas cubrieron los prados dejó de visitarme; mientras, criaba a sus hijuelos. Tratándose de pájaros, la época de cría es más fácil de señalar por las flores que acudiendo a las fechas del calendario.

Como yo paseaba con frecuencia por los matorrales pude seguir en contacto con Torzal, que acudía a mi llamada con su compañero. A veces volaba a mi encuentro sobre las praderas esmaltadas de velloritas antes de que yo la llamase; posada en mi hombro comía el queso que les había traído mientras su esposo lo picoteaba en mi mano.

Cuando pasó la época de cría Torzal volvió a mi jardín diariamente, haciéndome largas visitas y acom-

pañándome dentro de casa mucho tiempo en otoño e invierno. Contrariamente a su madre, Juana, que fué inseparable de su primer compañero, Torzal venía sola, pues él parecía preferir el matorral, mientras a ella le gustaba el jardín; el lugar donde había nacido. Pero observé que a veces, estando dentro de casa, se ponía de pronto rígida, con una expresión tensa, y dejando caer la comida que sostenía entre sus patas, volaba precipitadamente por la ventana y a través de los prados hacia el matorral. En ocasiones se detenía un momento en un árbol cerca de la ventana, con la misma expresión tensa, antes de reunirse con el macho, pues a veces la he seguido comprobando que iba en busca de él. La súbita tensión de su cuerpo y de su expresión, como si viera algo hacia adentro, mientras sus ojos no se fijaban en lo que tenían delante, sugerían que reaccionaba a alguna forma de comunicación con su compañero. Tal vez sus sensibles oídos podían escuchar, por las ventanas casi cerradas, la llamada de él a través de los campos, y su voz lejana, acordada al oído de ella, podía dominar los ruidos del tráfico o de los tractores. ¿O es que la pareja disponía de otra índole de comunicación vibrante o telepática? Esta última posibilidad puede ser apoyada por otros casos de comunicación sin vista ni sonido, como el de Patillas, al saber que Rizos empollaba al fin, aunque no estuvo allí cuando puse el huevo en el nido, ni a la vista de Rizos, que había guardado absoluto silencio. Ésta había estado en su nido antes, todas las mañanas, sin que él la alimentase una sola vez. ¿Cómo supo que el huevo estaba ahí, si Rizos no se lo había comunicado por telepatía?

Cuando Torzal llegó a su cuarto invierno su cola se torció y estropeó más todavía a causa de las grandes nieves. Y en febrero de 1947 murió de frío, helada mientras dormía, cinco semanas después que su hermana Rizos.

Rizos y Torzal no se habían querido mucho nunca

y siempre reaccionaban de la misma manera al encontrarse en mi cuarto. Torzal volaba al hueco de mi brazo con aire sombrío, mientras Rizos se subía a la barra de una cortina. Si Torzal se quedaba conmigo más de unos minutos, lo pagaba la trama de las cortinas, pues Rizos empezaba a tirar del terciopelo y aunque yo le gritara que se estuviese quieta no se detenía hasta que yo me dirigía hacia ella y entonces Torzal volaba por otra ventana. Luego Rizos se posaba frente a mí y examinaba sus dedos; cuando yo la llamaba por su nombre venía a comer en mi mano. Ambas estaban en buenas relaciones con Juana —su madre— y los otros carboneros mayores, incluso con los no residentes que sólo acudían a mi jardín y a mi casa en invierno.

5

Al año siguiente, 1948, Cabeza Pelada tuvo su tercera cría. Él y Monóculo sacaron adelante la primera y una semana después de volar los pequeños empezó a interesarse de nuevo en los lugares propios para anidar. Su compañera no parecía muy entusiasmada con la idea de una segunda cría, pero la vehemencia de Cabeza Pelada ante las cajas la hizo reaccionar y empezó a construir su nido en otro sitio. Cuando los pajarillos salieron del cascarón Cabeza Pelada se ocupó de ellos mucho más que la madre. Ésta se tomaba mucho tiempo para ella, comiendo y descansando en los árboles mientras él se consagraba a los pequeños, interrumpiéndose apenas para comer y sin descansar un momento en el día. Por la noche solía dormir sobre mi cama.

Otra pareja de carboneros mayores, Puggy y su segundo compañero, tuvieron también su segunda cría, una semana más tarde que Cabeza Pelada, y su nido estaba en la parte delantera del jardín. Aquí cambiaron las cosas. Ella era una madre abnegada. Ella y su

primer compañero fueron los "carboneros agresivos" y una pareja muy adicta —ambos tenían un año al aparearse—. Tal vez Puggy no era agresiva por naturaleza, pero adoptó los modales dominantes de su esposo para con otros paros, pues cuando aquél murió y se emparejó con un pájaro apacible que nunca peleaba, se volvió tímida y nerviosa con los demás. Tras la muerte de éste, al verla tan tranquila parecía que echaba de menos el espíritu de su belicoso compañero. Aunque anidaban en el mismo agujero, ella y su segundo esposo permitían a otros pájaros que llevasen a sus polluelos a su territorio. Pero él no le manifestaba gran afecto. Ella sacaba a menudo la cabeza por el orificio esperando que él la alimentara mientras empollaba; pero acudió rara vez, si se compara con su primer compañero. Ni tampoco se interesaba en la comida de los pequeños. Había sido siempre una madre abnegada de dos crías por año, durante ocho. Tal vez Cabeza Pelada heredó de ella su entusiasmo por anidar, pues era su madre.

El 24 de junio volaron los pajarillos de la segunda cría de Puggy, abandonando el nido ordenadamente, echando a volar sin vacilaciones uno tras otro. Eran pájaros bien desarrollados con largas colas, pues Puggy no animaba nunca a sus pequeños a volar prematuramente; quería que sus alas fueran robustas. Algunos carboneros mayores los incitan a volar cuatro o cinco días antes. La primera mañana llevó la cría fuera de mi jardín, al campo, por unas horas; por la tarde volvieron todos a casa, mientras Puggy marchaba a la cabeza usando ese lenguaje de encantadora dulzura común en los paros. A la hora de dormir los condujo al roble que se yergue junto a la ventana de mi dormitorio y allí pasaron la primera noche. Su compañero participó bien poco en el cuidado de la familia, y unos días después la abandonó del todo y se escondió entre unos arbustos, descansando mientras ella lo hacía todo.

El 25 de junio volaron los hijuelos de Cabeza Pelada, tres o cuatro días antes de tiempo. Eran muy pequeños y de alas débiles. Su madre los dejaba solos una hora seguida, pero Cabeza Pelada fue un padre modelo para esa cría; los animó poco a poco a posarse en sitios seguros en el seto de mi huerto, donde los alimentó cuidadosamente todo el día. El 2 de julio su compañera dejó de llevarles comida, pero él siguió haciéndolo hasta el 8. Sólo sobrevivieron dos de los siete que eran; ambos pajarillos llamados Majadera y Choque eran encantadores y desde entonces me acompañaron mucho.

Al contrario de la compañera de Cabeza Pelada, Puggy seguía alimentando aún a sus cuatro pequeños, aunque tenían unos días más que los de aquél. Todavía el 13 de julio les daba de comer de vez en cuando y llamándolos con dulzura los llevaba a cazar orugas entre los arbustos. Ese día los pequeños de Cabeza Pelada comían en mi mano cuando ella vino a buscar queso para los suyos. Se posó en mi muñeca y les silbó con el pico semiabierto. Pero siguieron comiendo sin hacerla caso. En realidad esa hembra era muy tolerante con todos los pajarillos y no volvió a silbar cuando dejó de alimentar a los suyos. Ese mismo día tomé las siguientes notas acerca de la conducta de Cabeza Pelada para con los hijuelos de Puggy.

13 de julio. A Cabeza Pelada parece que le incomoda que cuando desea comer haya pajarillos comiendo en mi mano. Cuando los cuatro pequeños de Puggy la rodean no le queda lugar para alcanzar el queso en la palma de mi mano, así que se posa en mi brazo y da grititos quejumbrosos con una ligera manifestación de su enojo que nadie parece advertir. Entonces salta a mi hombro y me pica enérgicamente la mejilla. Le digo "no" y él se pasea por mi cuello, me pellizca agitadamente y me tira del pelo; luego vuelve a mi mano, estira el cuello y empuja a los pajarillos, dando a cada uno un ligero golpe en la cabe-

cita. Pero no se mueven y con mi otra mano le doy queso a Cabeza Pelada.

Puggy y Cabeza Pelada estaban cansados y con el plumaje marchito mientras los dos progenitores despreocupados parecían en magníficas condiciones y más tarde, durante la muda, no sufren tanto como los otros.

El 9 de enero apunté lo siguiente:

Unos carboneros mayores empiezan a disputar con calor, macho contra macho y hembra contra hembra. La pelea es por la caja que Cabeza Pelada ha ocupado todas las noches desde el último otoño y durante el invierno. Está colgada en un árbol junto a mi ventana al lado derecho de la casa y se encuentra en el trozo de huerta que corresponde a Cabeza Pelada. Al mediodía los veo a él y a su rival rodando por el suelo con las patas entrelazadas y les tiro una caja de cerillas para separarlos. Vuelan por la ventana persiguiéndose. Media hora más tarde un carbonero mayor cojo y con aspecto de enfermo vuela por la ventana y aterriza jadeante en mi regazo, incapaz de tenerse de pie. Al principio no reconozco a Cabeza Pelada, tan cambiado lo veo, con ojos nublados por el dolor, las plumas despeluzadas y la cabeza doblada sobre la pechuga de modo que no se le ve su mancha oscura. De vez en cuando se estremece y su cuerpo late al respirar. Está demasiado enfermo para comer debidamente, pero consigo darle un poco de queso mientras sigue echado. Otros paros entran en la habitación y parece no darse cuenta hasta que de pronto, aunque no oigo nada y ningún pájaro entra en el cuarto, abre los ojos y su expresión se aviva en medio del dolor; inmediatamente vuela a un rincón y se esconde detrás de un zapato, junto al armario. Luego el vencedor entra. Es un pájaro fuerte, poderoso y dominante. Se llama Tinta porque la mancha de su cabeza es azul negra. No se crió en mi jardín ni apareció en él hasta el pasado otoño. Cabeza Pelada, tan valeroso defendiendo su refugio, había sido derrotado por este extranjero; aun-

que se reponga perderá el territorio que fue suyo toda la vida, pues incluye este lado de mi casita.

10 de enero. Cabeza Pelada está muy grave, tiene los ojos nublados y no puede sostenerse sobre sus patas. Vuela por la ventana y se deja caer en mi regazo varias veces al día eligiendo el momento en que no hay otros pájaros en el cuarto. Si entra Tinta después que él se esconde rápidamente en el suelo tras algún mueble, pero por lo general evito el encuentro cerrando todas las ventanas en cuanto llega Cabeza Pelada. Entiende la seguridad que esto le brinda y cuando está escondido y cierro las ventanas sale en seguida y se apoya en mi mano para comer. Lo tengo en mis faldas el mayor tiempo posible, pero los demás pájaros volando alrededor de las ventanas, tratando de entrar y golpeando rabiosamente los cristales, lo intranquilizan; después de un rato abro la ventana y vuela hacia los árboles. Otros carboneros mayores no le molestan nunca ahora que está débil. Tinta se halla a veces fuera cuando él echa a volar, pero el vencedor no persigue al vencido.

Después de una o dos semanas Cabeza Pelada mejoró. El 7 de febrero ya movía normalmente una pata, pero la otra colgaba inútil cuando se posaba en algún lado. Desde que perdió su refugio habitual en su terreno había dormido todas las noches en una caja colgada al otro lado de mi casita. Pero ahora todos los carboneros mayores empezaron a buscar lugares para sus nidos y Cabeza Pelada pese a su debilidad tuvo que defender su nueva caja. Resultó interesante observar que aunque sus rivales podrían haberlo derrotado fácilmente empleando la fuerza bruta, parecían restringir sus métodos bélicos a los que él podía utilizar, y de esta manera se mantuvo en su terreno varias semanas. Se esforzó mucho, adoptando posturas diversas y originales e inventando un lenguaje extraño; también sacó a relucir el truco de su adolescencia, pues lo encontré varias veces colgado de la rama por una

sola pata mientras la enferma oscilaba en el aire (p. 31). En ocasiones caía en mi regazo, jadeando y exhausto después de tanto esfuerzo, pero en cuanto se recuperaba un poco volaba nuevamente a defender su nido. Su compañera, Monóculo, se había mostrado muy huraña desde el accidente del pájaro; esquivaba la presencia de los otros carboneros mayores, pero venía a comer a casa varias veces al día.

El 29 de marzo Puggy empezó a construir su nido habitual en el agujero del tronco, del mismo lado de mi casa donde estaba la nueva caja de Cabeza Pelada, pero a unos treinta metros de distancia. El roble donde sus hijuelos dormían el año anterior extendía sus ramas sobre la Caja de Cabeza Pelada. En los dos días siguientes éste sólo apareció en mi jardín tres veces para comer, y su compañera desapareció por completo. El 31 de marzo el compañero de Puggy expulsó a Cabeza Pelada del lado izquierdo de mi casa y lo persiguió hasta el territorio de Tinta, a la derecha. Vi a este último siguiéndolo por la huerta. Un poco más tarde Cabeza Pelada entró en la casa, y aterrizó en el suelo, a mis pies. Respiraba con dificultad, tenía las plumas erizadas, le faltaba la mancha de la cabeza, el lado derecho de su rostro estaba pelado y vi un chorrito de sangre cerca de su oreja. Al principio temí que estuviera muriéndose, pero pasados unos instantes un poco de comida y de agua lo reanimaron; a los diez minutos me pedía que abriera la ventana —cerrada para alejar a los otros— y aunque parecía un náufrago con su cabeza sin plumas y su patita coja, su espíritu seguía indomable, aún hacía valer sus derechos de entrada a mi jardín y mi vivienda.

Pero esa mañana no lo vi más. Me preocupé, mas después de buscarlo di con él y su compañera en un gran roble de la parte superior —o norte— de mi huerto. Se posó en mi hombro para comer queso y luego empezó a volar en torno al árbol con su compañera, buscando sin duda un sitio donde hacer el nido,

pero no halló nada a propósito. Fui por una de mis cajas y la puse primero tras el seto de mi huerta, demasiado próximo al territorio de Tinta. Cabeza Pelada se mostró muy excitado al divisar la caja, pero me reconvino con su grito de enojo al ver donde la puse y voló al otro lado del roble. Trasladé la caja al lugar elegido por él y entonces entró en ella anhelante haciendo los sonidos propios del caso. Su compañera miró por el orificio de entrada, luego se mostró inquieta, pues deseaba que él saliera para verlo por sí misma. Brincaba incesantemente de una rama a otra y se puso a arrancar cortezas y a golpearla con el pico, pero Cabeza Pelada no se movió. Por fin entró con él, salieron juntos, inspeccionaron la caja por fuera todo alrededor y después entraron por turnos, siendo Cabeza Pelada el que se quedaba más tiempo dentro. Era evidente que estaban encantados con la caja; ella empezó a hacer el nido la misma tarde mientras Cabeza Pelada cojeaba por allí cerca y echaba a cualquier paro que se aproximaba a la caja. Dejé comida y agua junto al nido, pero a la mañana siguiente Cabeza Pelada acudió a mi casa varias veces, para lo que eligió una ruta a lo largo del seto de la huerta para evitar que de nuevo se irritara Tinta si volaba junto a su nido. Ahora que Cabeza Pelada había anidado lejos de los respectivos territorios de Tinta y de Puggy, nadie se oponía a que entrara en la casa a comer siempre que quisiera, pero su compañera no se atrevió a volver a mi jardín hasta que sus pequeños salieron del cascarón.

Tinta y Cabeza Pelada pasaban horas enteras en disputa de límites territoriales, en la parte alta de mi huerto, mientras sus compañeras hacían el nido o empollaban. Es interesante advertir que el más fuerte de los machos no aprovechaba nunca la debilidad física de su rival durante estas peleas. Cabeza Pelada cojeaba alrededor, defendiendo sus derechos con distintos alardes, y ahora, por primera vez ese año, cantó su

"ti-chú" desde la copa de los árboles con voz bastante débil y cascada, pero llena de confianza y ánimos. Aunque parecía un despojo con su rostro y su cabeza sin plumas, manifestaba más vitalidad que en cualquier otro momento desde su primera derrota; su apetito aumentó y su pata se fortaleció algo, aunque ya cojeará de por vida. Parece habérsele dislocado la pata —no adopta la postura normal cuando está de pie. Él y Monóculo sacaron adelante su cría, pero ese año no intentó tener otra, estaba demasiado exhausto. Después de la muda se puso precioso con su plumaje nuevo y en excelentes condiciones, excepto la cojera.

La hembra de Tinta, llamada Humo, escogió para su nido una gran lata de petróleo en vez de la caja que le cogieron a Cabeza Pelada, y pude observar un interesante caso de conducta territorial en relación con dicha caja. Una pareja de carboneros siempre completamente ajena a mi jardín, se apoderó de dicha caja, que se encontraba en el terreno de Tinta, a la vez que conservaron su terreno propio, más allá del de Puggy, sobre la carretera. Volaban allí directamente, desde el nido, sin pararse nunca en el territorio de Tinta, excepto en la caja. Mientras Humo andaba ocupadísima dando los últimos toques en su nido, la hembra forastera llegaba silenciosamente por el camino, volando detrás de los arbustos y entrando en la caja con sus briznas de musgo, para volver en seguida con más material recogido siempre en su territorio, aunque en mi jardín abundaba el musgo. Al principio Tinta estaba tan entusiasmada disputando con Cabeza Pelada en la parte alta del huerto que tal vez no advirtió a estos solapados extranjeros, pero cuando ya llevaban unos días ocupando la caja vi a Tinta mirando hacia dentro con expresión interesada. Con gran sorpresa mía no presentó la menor objeción a estos silenciosos extraños, que jamás emitieron una sola nota ni amenazaron cuando él se acercaba al nido o espiaba dentro de la caja. Ni una sola vez expulsó a

los forasteros ni alardeaba en los límites, como solía hacer durante la mitad del día con Cabeza Pelada. No *había* límites, pues los extraños no reclamaron el terreno, ni comieron nunca en el jardín, ni siquiera en el comedero de los pájaros; sólo querían la caja, pues en su territorio de la carretera no encontraron agujero adecuado.

Cuando nacieron sus pequeños, traían toda la comida de su territorio, llevándola a lo largo de la frontera de Puggy al terreno de Tinta y hasta su nido. Cuando los polluelos de Tinta volaron se posaban a menudo en la caja de los forasteros o la rama de encima y allí los alimentaban sus padres sin que los extraños protestaran jamás de que esos pajarillos parlanchínes estuvieran sobre su nido cuando los suyos no salían aún. No podían protestar, pues era el territorio de Tinta y sus vástagos tenían derecho a posarse sobre aquella caja. Si cualquiera de los forasteros estaba en el nido cuando la familia Tinta lo rodeaba, se quedaba dentro hasta que los dueños legítimos se alejaban. Sus pequeños eran muy silenciosos para ser paros, tal vez a causa del ambiente en que se criaban, pues los pajarillos de los otros gritaban en coro a la llegada de sus progenitores y después de su marcha, y la fuerza de su voz aumentaba de día en día. La cría forastera empezó a volar dos semanas más tarde que la de Tinta, aunque los pajarillos tenían cuatro o cinco días menos que los de ésta. Sólo dos volaron el primer día; el padre los condujo a través de la carretera y posaron por primera vez en los árboles de mi jardín, mientras los animaba a que lo siguieran. Mientras tanto, la mamá cuidaba de los otros. Volaron dos días después y su madre los llevó rápidamente por la carretera. Tinta miraba a esos críos haciendo sus primeros vuelos con gran interés y revoloteó junto al nido, inquieto pero sin intervenir, hasta que se fueron todos. Parece que había permitido a esos paros usar la caja mediante el posible

acuerdo de no reclamar el terreno adjunto y que se llevara a los polluelos en cuanto volaran. O quizá la conducta de los silenciosos forasteros hizo que Tinta y Humo, tan dominantes con los otros carboneros mayores que no osaban entrar en su terreno, no intervinieran en esta ocasión.

En todos los demás casos, los carboneros mayores forasteros que han penetrado en mi jardín tratando de anidar en cajas cuyo territorio pertenece a otras parejas se han visto obligados a abandonar sus nidos a medio hacer, pero esto sucedió siempre que ocupaban además parte del terreno.

Cuando la cría silenciosa desapareció de mi jardín, me interesó ver que los padres, especialmente la madre, venían con frecuencia a buscar comida para los pequeños en mi casa y en el comedero de los pájaros, cosa que no habían hecho nunca cuando usufructuaban la caja. Esto puede deberse en parte a que todos mis paros volaron dos o tres semanas antes, aflojándose por lo tanto las reglas territoriales, pero mientras los forasteros anidaban, siete parejas de carboneros mayores entraban en mi casa por comida que llevaban a sus pequeños, aunque no todos los nidos estaban en mi jardín, ya que Puggy y Tinta eran los únicos que poseían terreno alrededor de mi casa. Mis paros permiten la entrada para comer a los que suelen utilizar mis habitaciones en invierno. Pero los forasteros no se atrevieron a entrar mientras usaban la caja a dos pies de una de mis ventanas, por miedo, según creo, a ser expulsados del nido si los residentes protestaban. El mismo día en que los polluelos abandonaron mi jardín, los padres vinieron en busca de alimento, pues ya no corrían el riesgo de que los separaran de su cría.

Del 29 de enero al 11 de febrero. Cabeza Pelada durmió todo el otoño y el invierno en su caja predilecta, la que le había arrebatado el año último Tinta después de la batalla que le costó su cojera. Ahora ambos paros pelean de nuevo por la caja y el terreno circundante. Tinta es grande y fuerte, Cabeza Pelada está debilitado en su físico, pero su espíritu sigue indomable. Durante una semana gallardea de la mañana a la noche de varios modos todos originales, siendo su invento más notable una serie de brincos voladores, de dos o tres pies de altura, por encima de Tinta mientras conserva una postura de tieso pavoneo y emite muchas extrañas notas. Tinta se limita a pasear marchoso en postura erguida, con la cabeza alta, la cola extendida y las alas para abajo, mientras Cabeza Pelada salta sobre él. Entonces Tinta vuela a la codiciada caja, y Cabeza Pelada se precipita y carga sobre él a gran velocidad; entonces Tinta se retira; Cabeza Pelada repite la feroz carga. Tiene en la punta de la mandíbula superior una excrecencia que hace parecer muy largo su pico y le da un aspecto impresionante. A veces lo veo echado en el borde de la ventana cerca de la caja, agotado y con una expresión extrañamente violenta. Pero conserva su terreno con incansables esfuerzos y aparatosas bravatas, deteniéndose apenas para comer lo que le doy; lo tira a medio masticar.

Desde este verano lo sigue persistentemente una hembra gris con un lucero blanco en la cabeza. Su vieja compañera Monóculo no lo busca nunca. No tenía suficiente vitalidad para él y le daba pereza alimentar a los pajarillos. Esta nueva hembra, llamada Lucero, está llena de vida y comparte con él la lucha por el terreno. Con frecuencia llega a las manos con Humo —la compañera de Tinta— y mientras ruedan juntas por el suelo con las patitas entrelazadas Cabeza Pelada revolotea sobre ellas agitado y chillando

sus elevadas notas. De un combate como éstos salió cojo, por lo que quiere separarlas, aunque no siempre lo logra. Las hembras no se hacen daño y parecen de igual fuerza. Para el 15 de febrero Tinta y Humo habían sido expulsados de los dominios de Cabeza Pelada, el cual, por este año, conserva intacta la mancha oscura de su cabeza. Ganó la batalla sin llegar a las manos con su adversario. Luego pasó dos días descansando en un árbol cerca del límite de su territorio, del lado de Tinta. Devoraba con ansia toda la comida y por la noche se retiraba muy temprano a dormir en su bien ganado refugio. Desde que quedó cojo se retira temprano, pues se cansa antes que los otros pájaros.

18 de febrero. Lucero, la nueva compañera de Cabeza Pelada, entra en la caja de éste a las 8 de la mañana y se queda allí largo tiempo; luego entra en otra caja cercana. El 20 de febrero él se va a dormir temprano como de costumbre, pero pronto vuela fuera con síntomas de excitación, meneando la cola y las alas y rompiendo después a cantar. Canta en la copa de todos los árboles de su territorio, anunciando la noticia a la vecindad, pues su compañera ha elegido su nido y duerme en él por primera vez. Luego regresa a su caja y mira a su compañera por el orificio de entrada. Trata de entrar pero ella lo echa, pues los carboneros mayores no suelen dormir juntos y a las hembras les molesta a menudo ver a los machos en su nido (hábito que probablemente se debe al uso de agujeros muy pequeños cuando el espacio falta, y es preciso conservar el nido libre de excrementos). Cabeza Pelada se muestra agitado e insiste en entrar, pero reaparece pronto sofocado y picoteado. Da una vuelta por sus dominios y después hace otra intentona con igual éxito. Entonces golpea impaciente la entrada, vuela por el jardín y ensaya de nuevo. Entra; se oye un batir de alas dentro de la caja y sale

muy enojado. Este juego se prolonga por espacio de una hora. Todos los demás paros, que se acuestan después que él, están en la cama; los mirlos buscan las perchas donde duermen, el crepúsculo cede el paso a la noche, pero Cabeza Pelada sigue queriendo entrar en su retiro. Ha ensayado una docena de veces, pero en todas su compañera le obliga a batirse en retirada; él se vuelve cada vez más molesto y enojado, mas no quiere ceder. Hace diversas escenas en que se manifiestan sus deseos frustrados: movimientos inquietos, martilleo de las ramas, tirones a las hojas, etc. y emite gritos lastimeros, hasta que por fin, cuando salen las estrellas, entra en la caja y permanece allí. Todo está en paz.

23 de febrero. Todas las noches la misma lucha a la hora de acostarse, aunque ella cede un poco antes, tal vez porque tiene demasiado sueño para aguantar más. Puse otra caja muy parecida, justamente sobre la vieja. Cabeza Pelada la probó pero salió pronto empeñado en dormir con su compañera.

28 de febrero. El problema sigue en pie, pero Cabeza Pelada está ganando poco a poco. Ayer noche, cuando Lucero lo echó fuera por séptima vez, revoloteó en torno del nido emitiendo descargas de iracundas notas. Ella saltaba dentro de la caja tratando de verlo sin sacar la cabeza por el orificio. Él dejó de regañar, voló a la caja a punto de entrar, pero unos fuertes golpes dentro lo alejaron. Más gritos de enojo. La nueva compañera del petirrojo Dobs, una hembra joven y desenvuelta, voló hacia Cabeza Pelada, le picoteó el anca y voló de nuevo aprisa a su árbol. Esto quería decir: "¡Calla la boca!" Pronto logró entrar y todo quedó en calma.

10 de marzo. Cabeza Pelada ha vencido poco a poco sus obstáculos. Lucero le deja entrar sin dificultades.

24 de marzo. Ella empieza a llevar pajitas a la caja. A la hora de acostarse Cabeza Pelada no tiene complicaciones.

Los esfuerzos de Cabeza Pelada en sus continuos alardes con Tinta acentuaron ligeramente su cojera, así que no protestó mucho cuando unos carboneros mayores forasteros ocuparon otras cajas en sus dominios. En total nueve parejas anidaron en mi jardín. Además, Majadera, un vástago de Cabeza Pelada vino a mí con sus pequeños; había anidado siempre en la huerta del vecino. Un día conté sesenta carboneros mayores en mis árboles y mis setos. Podía distinguir las distintas crías por sus voces e inflexiones en las llamadas de los polluelos, pues cada cría volantona tiene algún rasgo característico en el grito o la llamada, en la calidad tonal, la elevación, detalles de expresión rítmica o la velocidad con que repite las notas que constituyen la llamada del hijuelo. En algunas crías uno o dos miembros tenían desde el principio llamadas propias. A medida que crecían la llamada se alteraba un poco y luego cada pájaro tenía su voz personal. Los carboneros mayores conocían siempre la llamada de sus pequeños y nunca se confundían al alimentar a las innumerables crías. Cada una de éstas permanecía unida de un modo notable, y si a veces el polluelo de una cría se encontraba entre los de otra, primero intentaba que el padre ajeno le alimentase, gritando y batiendo las alas; si fracasaba gritaba y volvía la cabeza de un lado y de otro para escuchar el son de su propia familia; al oír las notas de sus hermanos se unía rápidamente a ellos, sin equivocarse nunca ni volar hacia otra de las crías que gritaban desde otro punto del jardín. Solo una vez vi a Cabeza Pelada alimentando a un polluelo que no era suyo, pero en cuanto le dio la oruga miró con expresión rara y de sorpresa al intruso y le dio un





golpecito en la cabeza que lo mandó volando al seno de su propia familia.

Existe gran variedad de los colores entre los hijuelos de los carboneros mayores; algunos tienen mejillas blancas, por ejemplo, otros amarillas, y estas últimas son de un matiz más dorado en los lugares donde las primeras son blancuzcas.

Claro que había una diferencia en las fechas en que las crías se desarrollaron.

1. El 28 de mayo echaron a volar los siete pequeños de Monóculo. Salieron del cascarón el 8 y por lo tanto estaban todos bien desarrollados y tenían colas bastante largas. Ella los sacó del jardín durante varios días y los llevó a un seto vivo muy visitado por las urracas. Cuando regresó no sobrevivían más que tres. Monóculo, la antigua pareja de Cabeza Pelada se había apareado con un macho más joven y su nido se hallaba en un lugar de la huerta vecino al de aquél. Monóculo se mantenía lejos de su frontera rehuyendo cualquier contacto con Lucero o Cabeza Pelada; al parecer la ponían muy nerviosa. Los dos machos penetraban con frecuencia en sus mutuos territorios en busca de comida; el propietario correspondiente intentaba tímidamente oponerse pero sin prohibir la entrada.

2. El 3 de junio los Forasteros Silenciosos del año pasado tuvieron su cría en una caja próxima a mi verja. Conducían a su familia sobre la carretera; lo mismo que antes, se mostraron muy apacibles al anidar y apenas se oía a sus pajarillos.

3. El 3 de junio volaron los ocho pequeños de los Forasteros del muro de atrás, muy ordenadamente, dirigiéndose uno tras otro a los mismos árboles hasta la parte trasera del seto de mi huerto, lejos del nido de Cabeza Pelada. Habían anidado en una caja atada a la pared norte de mi casita —la de Cabeza Pelada estaba en el lado oeste— y todo su alimento procedía

de los árboles al norte de mi huerto. Evitaban el contacto con los carboneros mayores residentes.

4. El 4 de junio volaron los diez hijuelos de Cabeza Pelada. Habían empezado a salir del cascarón el 18 de mayo. (Dejo otros detalles para después.)

5. El mismo día echaron a volar dos miembros de la familia de Forasteros de la pared delantera. El resto voló el 8 de junio. Estos extraños eran tan callados que no me di cuenta de que la caja, colgada entre la camelia japonesa, contra la pared de delante de mi casita, estaba ocupada. Había visto al macho galleando frente al de Puggy, fuera de la ventana, pero creí que este extranjero era el marido de una hembra llamada Puntillas.

6. El 11 de junio volaron los pequeños de Puntillas. Era una hembra afectuosa que llevaba un año conmigo. Cuando llegó tenía una patita inutilizada; se curó y le quedó el pie un poco torcido, de modo que no podía hacer fuerzas con él. Su compañero era un recién llegado que nunca llamaba la atención. Su nido estaba en un manzano junto a la cerca oeste, de manera que buscaba toda su comida en el jardín vecino. Puntillas, quizá a causa de su cojera, desde los pocos días de nacer sus pajarillos los alimentaba principalmente con lo que yo le daba. El macho suministraba todo el alimento natural. Cabeza Pelada y Lucero no objetaron a su presencia, aunque la hembra se aproximaba frecuentemente a su nido, muy cerca del suyo, pero oculto por un *macrocarpus*. Creo que esta tolerancia se debía a la cojera de Puntillas, pues he observado que los carboneros mayores suelen mostrarse indulgentes con los pájaros cojos o heridos. Puntillas tuvo a su cría generalmente en mi jardín y en la parte oeste. Los siete pequeños se posaban sobre mí mientras ella les daba de comer y luego seguían a la cría de Cabeza Pelada para que yo los alimentara. Era divertido verlos a todos entrar por la venta-

na con mucho parloteo. Los miembros de cada cría formaban siempre su grupo.

7. El 11 de junio volaron los pajarillos de Hoyuelo. Esta y su compañero anidaron en la parte más lejana del seto norte, en mi huerto. Ella tuvo disgustos con Monóculo, cuyo territorio lindaba con el suyo, cuando me trajo su cría. Hoyuelo defendió su lugar aunque le costó la pérdida de muchas plumas.

8. El 14 de junio volaron los hijuelos de Humo. Había anidado en secreto, más tarde que los demás, en una caja oculta entre el follaje en el seto este de mi huerto. Casi puede decirse que hizo su nido por las tardes, cuando otros carboneros mayores de mi jardín se bañaban y alisaban en el seto del campo de juego, donde hay un pequeño arroyo. Trabajó con gran ímpetu, pero empleando más tiempo que las otras hembras en la construcción de su nido porque no se atrevía a hacer nada si ellas andaban cerca. Tinta se quedaba siempre al otro lado del seto para evitar el contacto con otros machos. Cuando los hijuelos de Humo echaron a volar Monóculo ya no alimentaba a los suyos y Cabeza Pelada y su pareja estaban demasiado ocupados con su propia cría para fijarse en Humo, que dispuso libremente del jardín y del huerto para los tres pajarillos que conservó con ella. Tinta se llevó al resto de la cría y no lo he vuelto a ver aún.

Majadera y su compañero Tímpano adoptaron el sistema de la separación, aunque éste no es común entre los carboneros mayores. Ella trajo a cuatro de sus pequeños a mi jardín y Tímpano crió a los otros en el del vecino, y más lejos, en los campos de juego. Majadera se reunía a veces con Tímpano, pero él nunca vino aquí; Cabeza Pelada y el compañero de Puggy no querían verlo en el jardín. En ocasiones yo llevaba la "despensa" de los paros al campo de juego y le daba a Tímpano queso para sus muchachos; entonces Majadera, que indudablemente me veía desde una copa de árbol del jardín, se precipitaba

hacia nosotros con sus cuatro pequeños detrás. Entonces hacía turnos con Tímpano para bajar de los árboles y coger queso de mi caja para sus crías.

9. *18 de junio.* Enojado y su nueva compañera trajeron a su cría, que salió del cascarón el 30 de mayo. Este pájaro era el segundo compañero de Puggy. Sus modales fueron apacibles en vida de ella, pero su sucesora no le dio buena vida y sin duda, frustrado ante su falta de cariño, se volvió hosco para con otros carboneros mayores, de ahí su nombre. El 24 de marzo Puggy había empezado a construir su nido en la caja donde dormía su compañero, fuera de la ventana este de mi dormitorio. Diez días más tarde desapareció, tal vez víctima de un gato, pues el día antes espanté en dos ocasiones a uno que la miraba silenciosamente mientras recogía pajitas para su nido. Tenía diez años y desde hacía un tiempo tenía menos viveza y sus movimientos eran más tardos. Su nido estaba casi terminado. Al contrario que otros carboneros mayores hembras, no le molestó que su compañero entrase en el nido a la hora de dormir, así que descansaron juntos aun cuando ella había empezado a anidar en la caja de él. Después que Enojado perdió a Puggy entró muchas veces en el nido de día, pero no dormía en él, sino en un canalón cercano.

La nueva compañera de Enojado era un pájaro de aspecto de viejo, sin brillo en las plumas. Era nerviosa y extraña, pero supo de algún modo que él necesitaba compañera. Es un misterio cómo surge de pronto un pájaro cuando hay otro que necesita pareja. Después de desaparecer Puggy había seguido Enojado cantando en lugares visibles de su territorio, a la manera como lo hacen los carboneros mayores cuando anidan y exactamente como cantaba cuando Puggy vivía y construía su nido. Así que, por lo tanto ¿cómo sabía esta forastera que le hacía falta esposa? Sin duda él quiso que se portara como Puggy, pero era muy distinta. Esperaba que aceptase el nido ya

hecho e hizo todo lo posible para estimularla a entrar en él, pero no quiso. Durante quince días pasó gran parte del tiempo revoloteando sobre el nido, emitiendo sus gritos peculiares dentro y fuera, y procurando que ella se interesara por el nido de Puggy; pero después de observarle un momento volaba a los árboles. A veces él iba por una oruga, la llamaba y se la tendía, pero antes de que ella pudiese cogerla volaba a la caja y se volvía para ver si lo miraba; llamaba de nuevo, luego entraba y asomaba rápidamente la cabeza por el orificio, enseñándole la comida y retirándose al nido; repetía esta maniobra varias veces emitiendo sin cesar nerviosas llamadas. Pero la hembra no daba nunca la menor respuesta y echaba a volar, dejándolo dentro de la caja. Él lanzaba gritos de angustia al ver que se había ido y, tirando la oruga, marchaba tras ella. Se volvió afanoso e inquieto; no comía y si cogía algo en mi mano lo tiraba después del primer mordisco. Durante esa quincena su hembra pasó largo tiempo en la ventana, pegada al marco y mirándose en el cristal. A veces se pavoneaba un poco, siendo el único entre mis carboneros mayores y herrerillos, residentes y forasteros, que hizo esto; ni he visto nunca que esta clase de pájaros se interesen por su imagen en un espejo. Cuando se ven por primera vez suelen mirar detrás del espejo, después de lo cual quedan satisfechos y no vuelven a ocuparse del asunto. La compañera de Enojado estaba intrigada y torcía la cabeza en todas las posturas posibles mientras examinaba su imagen y golpeaba a menudo el cristal. Al ver que ese ruido me llamaba la atención empezó a dar golpes para conseguir comida. En cuanto se puso a anidar, el vidrio de la ventana dejó de interesarla.

Pasados quince días empezó a hacer su nido en otra caja que puse junto a la de Puggy, pero hasta que empolló dormía en una pequeña percha cerca de mi ventana este. Esto fastidiaba a Enojado, pues la

mayoría de las hembras duermen en su nido cuando empiezan a construirlo, si no antes. Él trataba todas las tardes de hacerla entrar allí con grititos infantiles y volando de su dormitorio al nido, pero como no solía responder, entonces intentaba entrar con ella en la percha. Pero no se lo consentía. Entonces volaba agitadamente en derredor, emitiendo a intervalos notas aisladas y mirando primero dentro de la caja de Puggy y luego en el nido de su nueva compañera. Estas maniobras solían continuar hasta media hora después de haberse ido ella a dormir; por último la llamaba con gran dulzura, volaba a su percha y la miraba, pero ella extendía sus alas a modo de protesta para que no entrase. Luego el macho visitaba nuevamente ambos nidos y, por fin, se iba a descansar al canalón. Cuando ella empezó a empollar él dormía en la percha de ella junto a mi ventana. Se había vuelto inquieto y malhumorado con todos los carboneros mayores, excepto con su compañera. Parecía pálido y sucio como si empezase a mudar prematuramente, pero su inquietud cesó en cuanto su compañera se puso a empollar. Esta no ha entrado nunca en mi casita por la ventana pequeña, como los otros carboneros mayores, y parece tonta en muchos aspectos si la comparo con ellos. Come en mi mano al aire libre o junto al ventanal grande.

Sus pequeños sólo tenían dieciséis días cuando volaron. Los de Monóculo tenían tres semanas y los de Cabeza Pelada tres semanas menos un día. La edad en que las crías de los carboneros mayores dejan el nido varía mucho. Los tres arriba mencionados tenían nidos del mismo tipo con entradas de igual altura. He visto a algunos padres empujar a los pajarillos hacia adentro con suaves gritos de enojo si intentan volar antes de tiempo.

Los diez hijuelos de Cabeza Pelada volaron todos el mismo día aunque su tamaño variaba mucho; algunos de los mayores se mostraron más nerviosos al

lanzarse que los pequeños. Los vi dejar el nido, unos por la mañana, otros por la tarde, a distintos intervalos. Primero dos machos bien desarrollados volaron con fuerza a los árboles. El tercero que apareció en la entrada era el menor de la familia, una hembra. Su conducta fue diferente; en vez de mirar a los árboles y los objetos distantes dentro de su campo visual, conservó los ojos fijos en el suelo y durante cinco minutos contempló la tierra a sus pies mientras sus hermanos y hermanas mayores saltaban dentro del nido, impacientes, en espera de su oportunidad. Por fin aquélla extendió sus alas y en parte flotando y en parte cayendo, llegó al suelo en el lugar que había mirado con tanta insistencia. Era extraña, con la frente completamente calva y un brote de espesas plumas que formaba una especie de cresta en su coronilla. Su pico bocón, de polluela, le llegaba casi hasta los ojillos relucientes. Al escabullirse por el suelo sobre unas patitas demasiado largas en relación con su cuerpo diminuto, parecía un raro duende, hasta el punto que la llamamos Duenda, con *a*, para indicar su sexo. Trató de esconderse en una mata de flores mientras su madre la llamaba desde arriba a fin de hacerla subir a una percha segura, pero Duenda no podía volar aún. Extendí mi mano para ayudarla a alcanzar una rama, pero se volvió indignada, me silbó muy fuerte e hizo chasquear varias veces su pico, en actitud de desafío. Como no quería intervenciones ajenas la dejé en paz; entonces corrió a ocultarse entre la yerba alta, bajo un árbol.

El resto de la cría voló a distintas horas hacia árboles seguros. A la hora de acostarse los progenitores se mostraron muy preocupados por Duenda, pues no podía volar al árbol frondoso en que los otros se habían instalado para la noche, sobre ramas y tallos delgados a donde los gatos no pudieran llegar. Duenda durmió en el suelo, rodeada de largas yerbas y flores silvestres. Procuré no andar cerca para que

ninguna senda hollada permitiese que los gatos la descubriesen. Por la mañana seguía viva pidiendo de comer a gritos. No podía volar, pero por medio de pequeños brincos y revuelos logró posarse en la horquilla baja de una rama de perifollo, a un pie del suelo, más Duenda que nunca en ese trono entre las flores. La guardé cuidadosamente para que ni las urracas ni las cornejas pudiesen cogerla en esa percha tan a la vista. Pasó su segunda noche escondida en la yerba pero al día siguiente ya pudo volar hasta los árboles. Tenía la frente cubierta de plumas, pero conservaba su especie de cresta. Era encantador observar su aspecto y raros modales. Estaba todavía muy pequeña comparada con otros carboneros mayores de su edad en el jardín, y realmente no he visto nunca sobrevivir ninguno tan chico. Tenía gran apetito para alimentos naturales pero no le gustaba el queso y solía escupirlo. Cabeza Pelada y Lucero se acordaban de esto al darle de comer y le traían rara vez comida artificial, aunque para entonces el resto de la cría recibía muchos trocitos de queso y de cacahuates —estos últimos picoteados primero por los padres con objeto de desmenuzarlos. Duenda estaba decidida a llenarse con alimentos naturales y se estaba abanicando con las alas y llamando la atención hasta que le daban más de lo que le correspondía. A menudo vi a Cabeza Pelada tratando de introducirle grandes orugas; le gustaban, pero incluso en sus primeros días, este precoz pajarillo, si le daban bocados tan grandes que no pudiera tragárselos con facilidad, prefería comerlos, como los carboneros mayores adultos, teniéndolos apresados entre sus patitas. Así que esas grandes orugas acababan siempre siendo devoradas de esta manera. En general los carboneros mayores no aprenden a apresar la comida entre las patas hasta que llevan ya varios días fuera del nido. Pero mucho antes que sus hermanos encontraba orugas por sí misma, oculta entre las plantas bajas de los macizos.

El 11 de junio, cuando hacía cinco días que volaron los pequeños, la pata de Cabeza Pelada se enfermó de nuevo. No se cómo sucedió tal cosa, pero pudo ser por una tensión excesiva de la articulación, dislocada al parecer. Esa mañana, a las siete y media observé que Lucero andaba por ahí histéricamente, y que me arrebataba la comida con mucha más prisa que de costumbre, pero Cabeza Pelada tardó una hora en aparecer. Entonces voló y cayó en mi regazo, incapaz de sostenerse. Le ofrecí agua y bebió sediento, y luego comió algo de queso. Estuvo inmóvil diez minutos; luego Lucero voló hacia él y empezó a mostrarse excitada, abriendo las alas y lanzando los gritos del celo. Cabeza Pelada contestó con un leve sonido, pero permaneció quieto hasta que ella se reunió con los pequeños. Un momento más tarde él volvió al trabajo sobre una sola pata. Aunque sin duda le dolía y a menudo guardaba el equilibrio extendiendo un ala, se esforzó por dar de comer a los pequeños. Manifestó mucho valor, pues parecía muy enfermo y durante unos días apenas pudo comer él mismo. Lucero lo estimulaba con gran revoloteo; ella trabajaba mucho más que antes e intervino más que él en la alimentación de los pajarillos, mientras Cabeza Pelada aprovechaba los intervalos para tomarse un descanso bien merecido. Nunca abandonaron mi jardín. Tenían a la cría en el huerto o en la parte delantera.

El día que los padres dejaron de alimentar a la cría, Duenda se dislocó también la pata y no le fue posible buscar comida por sí sola. Dependió de mí varios días, pero no me era posible suministrarle la dieta natural que le gustaba. Inventó un grito insólito que sonaba como un sollozo siempre que veía a sus padres, pero éstos no le traían comida. Cabeza Pelada y Duenda se posaban con frecuencia uno al lado del otro, sosteniendo sus patas de la misma manera. Ella sollozaba al oído de su padre mientras

temblaban sus alas; Cabeza Pelada no la rechazó jamás, pero tampoco respondía a sus gritos. Cogí moscas verdes y saltamontes para ella y a veces algunas arañitas que le gustaban, pero cuando le ofrecí una grande, negra, ella y todos los demás pajarillos retrocedieron asustados. La araña se escapó por el cuarto, y la devoró con mucha satisfacción un carbonero mayor adulto, pues es uno de sus platos predilectos. Duenda seguía muy chiquita y ahora tenía que pasar el tiempo durmiendo, o bien inmóvil, acurrucada en una percha. Dos de sus hermanos menores la observaron y con frecuencia trataron de hacerla mover deslizándose hacia ella por la rama donde se había posado y dándole empujoncitos mientras parloteaban. Ella se mantenía en sus trece rechazándolos lo mismo que había rechazado mi esfuerzo para ayudarla a encontrar una percha más segura. Sus hermanos retrocedieron cuando hizo chascar su pico y les silbó, pero volvieron pronto a continuar su maniobra. Eran muy cariñosos con ella y es probable que esto la animara, así que no reprimí nunca la conducta juguetona de sus hermanos.

La pata se curó en quince días. Duenda se había vuelto bastante brusca con los otros pajarillos, quizá como consecuencia de todas las molestias que le había causado su accidente. Pero cambió después de unos días durante los cuales creció rápidamente hasta alcanzar el tamaño normal de una hembra.

Duenda no olvidó nunca por completo su grito sollozante, que utilizó más tarde, en una versión abreviada, cuando quería algo. Durante algún tiempo durmió todas las noches sobre mi cama, alternando entre dos cajas, una redonda y otra cuadrada, que los otros paros no habían intentado ocupar. Pero una tarde a fines de julio, otro carbonero mayor joven estaba en la caja redonda cuando ella vino a acostarse; vaciló un momento, luego brincó a la caja cuadrada, sin turbarse aparentemente, pero un segundo

después voló y como un vendaval hizo revolotear sus alas ante la caja ocupada y picoteó ferozmente al huésped hasta que salió fuera y ambos pájaros con las patitas entrelazadas rodaron juntos sobre mi lecho. Grité "¡Quietos!" y entonces los dos volaron al borde de la ventana, sacudiendo sus erizadas plumas y emitiendo gritos de enojo, que fueron prolongados por muchos otros pájaros, dentro y fuera. Durante diez minutos Duenda y el paro macho que ella había atacado permanecieron a unos pies de distancia en el borde de la ventana, mirando los dos a la percha y por lo visto cada uno esperando a que el otro tomara la iniciativa. Finalmente él volvió a la misma percha y entonces Duenda voló por la ventana. Unos minutos más tarde estaba de vuelta, miró a la percha, dio un chillido nervioso, se sacudió las plumas y desapareció de nuevo. Esa noche durmió fuera. A la tarde siguiente el otro paro se acostó temprano en otra caja, junto a los dos dormitorios de Duenda. Cuando ella vino un poco después parecía nerviosa ante la idea de entrar en cualquiera de las dos cajas, tal vez porque no sabía si el paro estaba en una de ellas. Tras unos minutos de vacilación posada en la barra de la cortina, se deslizó a lo largo de la moldura de la pared hacia las perchas, y entró rápidamente en la cuadrada. No miró para ver si su otra caja estaba ocupada, y me figuro que de haberlo estado no hubiese protestado mucho, pues desde aquel súbito estallido su conducta con los otros paros había sido muy tímida y dócil. Los paros acostumbran a defender sus perchas y a tratar de echar a otros si las ocupan, pero no había visto nunca a un paro joven pretendiendo conservar dos perchas, aunque los adultos evitan que otros entren en las cajas de su territorio.

A la tarde siguiente el macho ocupó de nuevo la caja redonda de Duenda y ésta se deslizó por la moldura de la pared hasta la cuadrada. Apenas se había

instalado allí cuando él salió de su caja, con los ruidos preliminares de un ataque, y cuando extendió sus alas a la entrada de la caja redonda de Duenda, ésta se quedó quieta dentro. Luego el macho quiso echarla y entrar a su vez. Yo dije "¡Quieto!" No me hizo caso, así que subí a la cama y le toqué la cola. En seguida dejó en paz a Duenda y volvió a la caja redonda. Muchas noches después el joven macho ocupó esa percha y Duenda la cuadrada. Ella esperaba siempre para acostarse que él estuviese ya en su lecho.

Acerca de otros carboneros mayores a los que tuve en observación diez años en mi casita, anoté lo siguiente: el primer compañero de Nicolasa murió pasados tres años; siempre estuvieron juntos en invierno, otoño y verano, en la misma rama o arbusto, llamándose al ir de un árbol a otro. Tenían una sola cría y hacían su nido siempre en el mismo agujero. El segundo compañero de Nicolasa, Golpete, no iba mucho con ella fuera de la época del celo, pero anidaron en ese mismo sitio dos veces seguidas. Luego murió Nicolasa. Golpete llamaba siempre en mi ventana antes de entrar para avisarme, cuando venía a comer en mi mano.

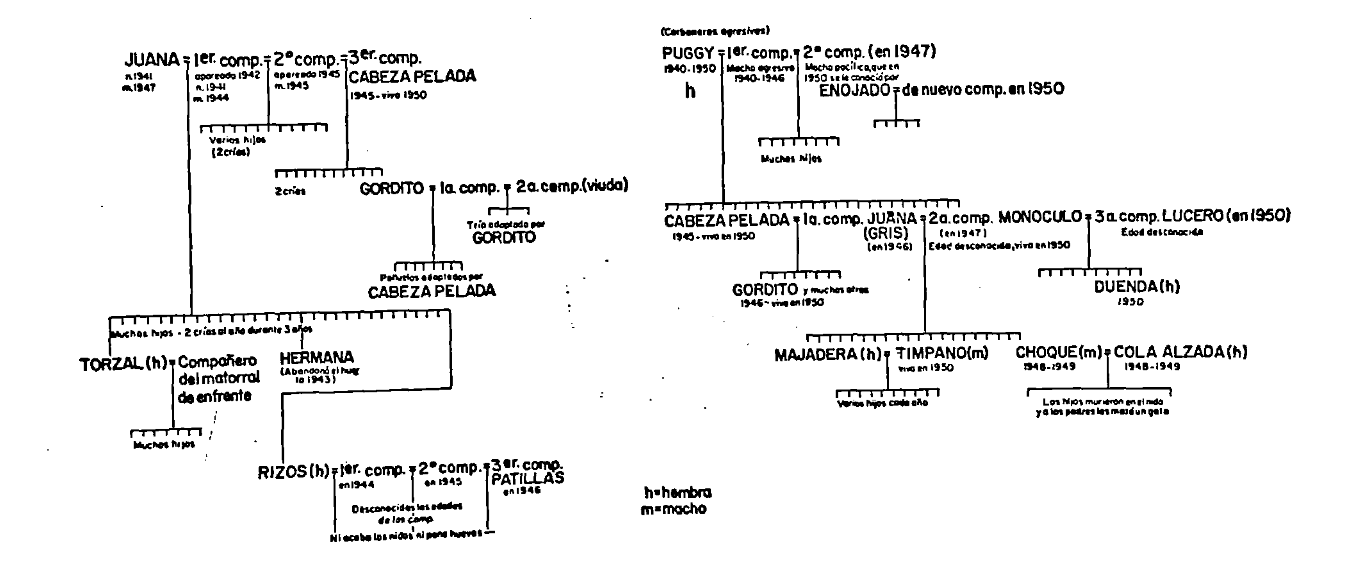
Agarrón y su compañera Arrebato eran dos pájaros vivarachos e inseparables, muy parecidos de aspecto y carácter. El macho tenía una mancha frontal muy estrecha, más propia de una hembra. Ambos parecían tener siempre muchísima prisa; volaban con mayor rapidez que casi todos los carboneros mayores y sus movimientos eran más nerviosos. Me arrebataban la comida de un modo salvaje aunque sin miedo, pues entraba en el cuarto como si tuvieran una cita urgente y les fuera preciso agarrar la mayor cantidad posible de comida en su único momento libre. Cuando murió Arrebato, Agarrón eligió una compañera completamente distinta, de ademanes tranquilos, más pequeña y de plumaje más gris, ya que otros paros suelen ser verdosos. Era tan mansa con-

migo que solía sentarse en mi mano y arrancar hebras de un ovillo de lana para su nido. Se agarraba a mi manga y me llamaba dulcemente cuando no tenía lana en la mano para que fuera a buscarla. Al otro invierno Agarrón desapareció. Nunca se había mostrado muy atento con su compañera. Ésta escogió a Patillas —el que fue después pareja de Rizos— como segundo compañero y murió mientras sus polluelos eran chiquitos. Patillas los crió con grandes dificultades y era evidente que estaban poco alimentados, pero él hizo lo que pudo por tan numerosa cría. Creo que una hembra gris, vástago suyo, fue la compañera de Cabeza Pelada, llamada Gris, tan iguales eran,su aspecto y sus modos, y he observado que estas pequeñas variaciones de color y tamaño son con frecuencia hereditarias, así como la dulzura, audacia u otros caracteres..

Otra pareja, especialmente afectuosa entre sí y muy emotiva en el celo, trajo un desastre a sus pequeños por culpa de sus entusiasmos. Su voluble excitación y sus aspavientos cuando criaban a sus pajarillos eran tan estrepitosos que atrajeron la atención de todos sus enemigos. Probaron tres veces el mismo nido sin éxito y después abandonaron el jardín y no volvieron más. Su nido fue ocupado luego por los "carboneros agresivos", que tuvieron dos crías cada año durante muchos, pero su estilo era muy diferente.

No he visto nunca a dos hembras poniendo en el mismo nido. La nidada usual es de nueve, con un huevo que no llega a abrirse, o de ocho que se abren todos. Cada pajarillo llega casi siempre a volar sin percance, pero la mitad de la cría cae luego víctima de sus enemigos, a los dos o tres días de dejar el nido. Los herrerillos tienen a veces doce hijuelos de la misma cría, así que las crías mayores que se encuentran a veces proceden de algún pájaro excepcionalmente prolífico.

ARBOL GENEALOGICO DE LOS CARBONEROS MAYORES



CAPÍTULO III

BIOGRAFÍAS DE PÁJAROS: LOS MIRLOS

1

En la primera parte del capítulo anterior, al referirme al cambio de conducta de los "carboneros agresivos" hacia Juana, cuando la cría de ésta se quedó sin padre, aludí a algunos pájaros que adaptan a las circunstancias sus leyes territoriales. El siguiente caso corrobora mi aserto.

Durante la época de la cría uno de mis mirlos defendía estrictamente su territorio contra todos los mirlos vecinos, incluyendo uno llamado Ladrón, del huerto adjunto al mío. Como segué unos caminitos en la alta yerba de mi huerto, y tiré allí restos de comida para los pájaros, mi Negrillo (el mirlo) tuvo que esforzarse para mantener a los otros lejos y lo logró mientras los alimentos abundaban en otros lugares. Su compañera no tuvo suerte, pues una rata o una corneja se llevó un huevo de su nidada. Huyó e hizo de nuevo otro nido, pero sucedió lo mismo. Los hijuelos de Ladrón nacieron al fin y él intentó varias veces robar comida para ellos, pero Negrillo estaba al acecho y lo evitaba. Cuando la compañera de éste empezó a incubar su tercera cría la de Ladrón empollaba la segunda. A causa de una sequía el suelo de arcilla se endureció como el hierro y escasearon los alimentos para la tribu de los tordos. A Ladrón le costaba ya bastante trabajo encontrar lo suficiente para sus tres pequeños y entonces mi Negrillo, que no tenía a quién alimentar, alteró su conducta territorial. Permitió a Ladrón que viniese por comida, pero él lo escoltaba cada vez a la

ida y la venida, quedándose siempre a su lado mientras alimentaba a sus hijuelos.

En condiciones normales, Ladrón mantenía a Negrillo fuera de su territorio, así que ambos tuvieron que ajustar su comportamiento a las circunstancias. Era divertido ver a Negrillo acompañando a Ladrón en su propiedad, esperándole cerca de donde se posaba; y en cuanto los jóvenes habían comido ambos volvían por más alimento, Ladrón el primero y Negrillo pisándole los talones. En un par de días los tres hijuelos seguían a su padre por los caminos de mi huerto, siempre con Negrillo cubriendo la retaguardia. Cada vez que Ladrón encontraba comida los pequeños lo rodeaban con el pico abierto y Negrillo se quedaba tras ellos con la cabeza hacia delante y la expresión alerta, mirando cómo tragaban los bocados. A los otros mirlos vecinos les negaba la entrada en su terreno, pero creo que los polluelos de éstos no volaban aún.

Al fin terminó la sequía y al ablandarse el suelo se hizo rigurosa la defensa territorial de Negrillo. Echaba a Ladrón y a su familia todas las veces, aunque Negrillo no tenía aún pájaros que alimentar. He conocido otros muchos casos en que se relajaron las leyes de inviolabilidad territorial durante la sequía o con motivo de una nevada o una escarcha que se prolongó. Normalmente mis mirlos se muestran muy severos en relación con la defensa de sus fronteras, quizá más que de costumbre, debido a la enorme popularidad de mi jardín. Pero las sensatas excepciones parecen probar que esta clase de conducta no es del todo automática, como sostienen algunos ornitólogos, sino que está regulada de modo racional.

La compañera de Ladrón era un ave extraordinaria con orillas blancas en las alas y en la cola, y un lucero del mismo color en la frente. Iba siempre muy peripuesta con cada pluma en su sitio, y era en todo un pájaro precioso. En cambio, él solía ser vergonzosa-

mente descuidado; parecía que nunca había alisado sus alas y sus ojos estaban como maltrechos, con el cerco amarillo desigual. Su compañera no sostenía trato usual con otros mirlos, tal vez porque su decorativo albinismo la alejaba y suscitaba el desvío o el respeto de los demás.

El andrajoso Ladrón bien merecía su nombre. Nunca conocí un mirlo tan listo para robar. En verano yo comía en el huerto mientras observaba a los pájaros. A la hora del almuerzo Ladrón elegía una percha de su territorio, desde la cual podía verme y no perder de vista mi plato. Si había carne, esperaba que yo volviese la cabeza para mirar a algún pájaro que estaba detrás de mí; entonces planeaba silenciosamente, pero con la velocidad del rayo y, antes de que yo comprendiera lo que pasaba había arrebatado la carne del plato y echado a volar con una fuerte risa, mientras mi Negrillo lo perseguía acaloradamente. Las proezas rateriles de un pájaro ladrón de primera son algo que no puede aprenderse; algunos carboneros mayores poseen este don natural, otros se muestran relativamente torpes en sus innumerables intentos.

Incluso los cantos de Ladrón eran plagiados; los copiaba de los mirlos vecinos con algún adorno —como sucede siempre cuando los mirlos se imitan unos a otros.

(Véanse, en el capítulo del canto de los pájaros, las pp. 210-215.)

Durante seis años Ladrón y su linda compañera criaron a su familia al lado mío en el mismo escaramujo. Luego la hembra murió y él se apareó con otra, ordinaria, que se instaló en el mismo arbusto. Él falleció dos años más tarde.

Uno de los vástagos de Ladrón tenía extrañas características y como este pájaro incluyó en su territorio parte de mi jardín delantero, pude observarlo muy de cerca.

2

El hijo de Ladrón no conquistó fácilmente sus dominios, pues el viejo mirlo dueño de toda la parte delantera de mi jardín era muy tenaz.

Mientras el viejo pájaro estaba en la muda permitió a muchos jóvenes que comiesen en su césped, entre ellos el hijo de Ladrón, aun adolescente. Cuando llegó el otoño el viejo mirlo con su plumaje nuevo se sintió vigoroso y severo respecto a su propiedad. Todos los pajarillos se marcharon excepto el vástago de Ladrón que se rezagó en el extremo del pasto, oculto por unos arbustos y el seto que bordea la carretera. Su percha favorita era un alto manzano; allí se alisaba las plumas y tomaba el sol, cantando también a veces una cancioncilla muy discreta, que sólo podía oírse estando cerca del árbol. Vigilaba al viejo mirlo aprovechando todas las oportunidades para escapar al pasto por comida o correr al comedero junto a mi ventana, cuando el viejo estaba ocupado con otros vecinos detrás de mi casa.

El invierno fue templado y en enero el pajarillo empezó a esforzarse en conquistar la mitad del jardín delantero para anidar en él. Este pájaro extraño eligió cuidadosamente una ancha hoja de roble entre las muchas muertas que había en el suelo y, con ella en el pico y la cabeza muy erguida para que la hoja oscura y seca se viese bien, se lanzó a pelear con el viejo mirlo en medio de sus dominios. Hubo un revuelo en los macizos de flores mientras se perseguían entre los arbustos y volaban pico con pico. De pronto el más joven se volvió de espaldas y echó a correr al otro extremo del pasto. Puso cuidadosamente la hoja de roble sobre la yerba y volvió al combate. La batalla fue larga y feroz. El pajarillo salió de ella molido, pero el mirlo viejo, que fue el primero en ceder, parecía en muy buen estado.

Una o dos horas más tarde el pajarillo cogió la

misma hoja y blandiéndola muy alto con gran aplomo atravesó los dominios del mirlo viejo. Esta vez combatieron con menos encono, reduciéndose la lucha en gran parte a perseguirse andando para atrás y para adelante, como lo hacen los mirlos, dentro y fuera de los arbustos, mientras el más joven blandía su hoja de roble con aire de gallito. De vez en cuando volaban pico contra pico y después de un rato el pajarillo se retiraba a cambiar su hoja, deteriorada en la guerra, por otra, volviendo a la carga con el cuello estirado, y la hoja enhiesta sujeta muy en alto en su pico.

Ambos mirlos pelearon durante muchos días, el joven siempre con la hoja de roble en su pico, como un talismán. Una vez trató de llevar varias hojas, pero le molestaban, así que las dejó pronto y eligió una ancha y tiesa. Nunca escogió otra clase de hoja, aunque había muchas en el suelo. A fines de mes, Hoja de Roble, como lo llamamos desde entonces, era un pájaro aporreado pero dueño de la mitad del pasto. Entonces empezó a ocuparse mucho en sus cantos y en los nidos.

La originalidad de Hoja de Roble se manifestó nuevamente en su canto, pues su empleo del *vibrato* era el más eficaz que he oído; su frase:



la cantaba de un modo soberbio, y el tono del largo sostenido final, con el apasionado *vibrato*, forzaba a escucharle concentradamente y a cavilar sobre el alma de los pájaros. Posado muy arriba en el viejo manzano, este extraño mirlo con sus cicatrices de guerra, cantaba horas enteras, perfeccionando una serie de cantos originales. Al contrario que su padre, no copió jamás una frase de otro mirlo, pero continuó compo-

niendo sus propias melodías, embelleciéndolas, volviéndolas de mil modos y experimentando distintos efectos tonales, tiempos y tonos.

Empezó la época de cría y sacó adelante a un polluelo de la primera puesta. Aunque el mirlo viejo estaba también alimentando a sus hijuelos, Hoja de Roble entraba con frecuencia en su territorio, desenterraba una oruga y la sostenía bien alto, como si retase a su viejo enemigo. Sus peleas continuaron y antes de que la compañera de Hoja de Roble empollara su segunda puesta el mirlo viejo había muerto a consecuencia de las heridas infligidas por el robusto pico del impetuoso pájaro cubierto de cicatrices. Ahora tenía un aspecto grotesco, sin plumas en la coronilla y calvas encima de los ojos.

Hasta la primera semana de agosto Hoja de Roble siguió cantando, pero su compañera no pudo criar a ningún pajarillo de su segunda y tercera puesta. Tal vez esas extraordinarias facultades musicales atraían a los enemigos del nido. El resto del mes Hoja de Roble pasó mucho tiempo espatarrado en el pasto, la cabeza calva vuelta y el pico levantado al cielo con una expresión atontada en los ojos. Al contrario que lo que acostumbran los mirlos, no se escondía entre los arbustos o los árboles durante la muda, sino que se colocaba como un espantapájaros en lugar visible, por lo visto para expulsar a los intrusos de los dominios que tanto trabajo le costó conquistar.

El 4 de septiembre, en las primeras horas de una mañana de viento, Hoja de Roble se ausentó del jardín y vi a un joven mirlo con su plumaje a medio crecer, danzando de modo insólito en su pasto. Había elegido una franja abrigada, rodeada de flores, con una pérgola de rosas detrás. Alzando muy alto sus alas, de modo que dejaba ver sus pálidos flancos, las movía rápidamente dando un pequeño brinco en el aire, luego se lanzaba al suelo y con más aleteo giraba en redondo, abalanzándose, saltando y girando de nuevo,

con un ligero batir de alas de vez en cuando. Cada uno de sus movimientos tenía la rapidez del rayo y una gracia aérea. De pronto se detuvo y picoteó el pasto con ahinco, esparciendo pequeños grumos de tierra arcillosa. Cogió uno de éstos y lo lanzó con un rápido movimiento de cabeza; corrió tras él, lo cogió de nuevo y lo tiró, como si jugase con una pelota. Volvió a saltar y barriendo las alas a intervalos giró en redondo tres veces en un círculo de unos cuantos pies, manteniéndose en el suelo pero con un movimiento tan rápido que no se distinguía si estaba corriendo, brincando, o es que avanzaba impelida por sus curiosos aleteos. De repente se paró y su cuerpo cayó al suelo boca arriba.

Fue un espectáculo de lo más sorprendente, pues los movimientos de la bailarina no eran típicos de un mirlo. Para el observador de los pájaros esta danza exuberante armonizaba con el espíritu del indómito viento sureste. Se levantó al momento y extendió las alas para aletear, saltó y repitió un rápido círculo como si rebotara, con la ayuda de algún que otro aleteo. Luego se quedó quieta y cabizbaja, como si buscara comida, y otro mirlo joven, hijo de Hoja de Roble, voló hacia ella y empezó a picotear el suelo. Por unos momentos ambos pájaros permanecieron de espaldas, picoteando afanosamente la tierra; después la danzarina saltó sobre el pasto y voló a un extremo de la pérgola. El hijo de Hoja de Roble la imitó, volando al otro extremo. Pero la danzarina le volvió la espalda y se puso absorta a cortar hojas de escaramujo, comiéndoselas, mientras el joven Hoja de Roble brincaba despacio hacia ella. De pronto la bailarina se volvió y con un rápido salto y un revoloteo, aterrizó al otro lado de él. Permanecieron un momento de espaldas, inmóviles como efigies; luego la danzarina voló al pasto iniciando de nuevo su danza graciosa y salvaje, contemplada desde arriba por el hijo de Hoja de Roble.

Ambos pajarillos se colocaron otra vez espalda contra espalda sobre el pasto; él picoteando con ímpetu la tierra; ella revolviendo las hojas secas, como distraída. De pronto, voló a un árbol y él la siguió un momento después.

Ese mismo día, pero más tarde, la danzarina voló nuevamente al pasto. El macho la miraba desde detrás de la pérgola cuando inició su ligero revoloteo y su brinco; pero esta vez apareció el grotesco Hoja de Roble, una criatura insignificante, calva, con el cuerpo enano y sin cola, pero dueño todavía de un robusto pico amarillo. Al ver este extraño pájaro la danzarina desapareció precipitadamente. Tal vez sabía que Hoja de Roble había asesinado hacía dos meses a su padre con su pico dorado, después de muchas batallas que libró con una hoja de roble en el pico.

Así que este resto de mirlo se contoneó despacioso arriba y abajo, por el pasto, dueño orgulloso de la tierra, pero sin ánimos para disfrutarla. Atrás quedaba su hijo, por quien libró tanta batalla. Él también temía ahora a este pájaro herido, de extrañas costumbres y gran cantor.

3

La conducta de Hoja de Roble fue distinta por completo el segundo año. En octubre otro mirlo de la misma edad que él anidó en mi huerto, se apoderó del territorio del mirlo viejo y Hoja de Roble cedió a este pájaro la mitad del pasto sin lucha alguna. Parece que llegaron a un acuerdo por medio de juegos discretos y amistosos en torno al nuevo límite de los dominios de Hoja de Roble, un macizo florido que sobresalía como una especie de tierra de nadie. El nuevo pájaro, llamado Tinieblas porque cantaba de noche cuando los otros mirlos dormían, iba hacia Hoja de Roble, el cual cogía a prisa un trozo de manzana debajo del árbol y marchaba alrededor del macizo, sosteniendo en alto la fruta, con la cabeza erguida y la cola desplega-

da como un abanico. Tinieblas se lanzó hacia él; él eludió el ataque, se metió entre los arbustos y depositó la manzana en el territorio de Tinieblas, justamente más allá de las flores. Tinieblas corrió tras él, también con la cola abierta, la cabeza erguida y el cuerpo derecho. Pretendió coger la manzana, pero Hoja de Roble se interpuso. Luego los dos pájaros desafiaron uno tras otro con actitudes cómicamente afectadas, saliendo y entrando por el macizo. Volvieron a la manzana que Hoja de Roble arrebató sosteniéndola desafiadoramente frente a Tinieblas, que lo persiguió por su lado de la frontera, donde soltó la fruta con intenciones de comerla. Tinieblas se lanzó contra él y volaron juntos, jugando a atrapar el aire. Después el juego volvió a empezar lo mismo que antes. Mataron así muchas horas de octubre y noviembre, divirtiéndose, por lo visto, y sin despeinarse siquiera una pluma.

En enero Hoja de Roble empezó a huir de todos los mirlos, especialmente de Tinieblas, que perseguía a menudo su sombra voladora, pues Hoja de Roble esquivaba a Tinieblas a primera vista incluso en su propio territorio. En febrero (de 1947) durante las largas nevadas, Hoja de Roble cogía su alimento diariamente en el borde de mi ventana y ante las protestas de Tinieblas sostenía en alto la comida, revoloteaba dramáticamente y abría la cola. Esto interrumpió la protesta de Tinieblas, pero Hoja de Roble se marchaba siempre de prisa después de comer y no apareció en el pasto hasta el 23 de mayo. Ese día se acurrucó bajo un espino en la esquina más distante, en su postura típica, con el cuerpo en el suelo, la cabeza erguida y el pico apuntando al cielo. De repente apareció su compañera y él desapareció simultáneamente sobre el seto, en el jardín de mi vecino. Esa era ahora la parte principal de sus dominios, pero poseía aún el rincón de mi pérgola, bajo el espino, y una estrecha franja de pasto tras la pérgola y, sobre todo, el manzano, la percha donde solía cantar.

Al día siguiente volvió a acurrucarse inmóvil bajo el espino, dándole la espalda a su compañera que fingía comer detrás del árbol. Luego ella voló a mi ventana en los dominios de Tinieblas, mientras Hoja de Roble la seguía, rizando el rizo en su vuelo, y con un cloqueo original y de tono elevado. Aterrizó detrás de ella, que se volvió rápidamente, saltó sobre él y regresó al espino con su compañero detrás. Entonces apareció Tinieblas corriendo obstinadamente y quedándose cerca con la cola tiesa y la cabeza erguida, contemplando indiscretamente a los amantes. Hoja de Roble estaba demasiado absorto en su compañera para advertirlo y Tinieblas volvió con toda calma a sus dominios.

El 26 de marzo Hoja de Roble devolvió la visita a Tinieblas, armado con un haz de hojas en el pico y una larga tira de papel que caía hasta el suelo. Esta carga entorpecía su andar y tropezaba en la punta del papel, pero su lento caminar semejaba una marcha humorística bufo-triunfal. Parecía divertirse enormemente; su modo y su expresión eran distintas a las que tenía cuando atacó al mirlo viejo para conquistar terreno. Tinieblas corrió a su encuentro y volaron juntos al macizo, pero a Hoja de Roble le molestaba su carga. Voló de nuevo a su espino, depositó con cuidado las hojas y el papel bajo el árbol y regresó, pero mientras tanto Tinieblas había volado a comer a mi ventana. Cuando divisó a Hoja de Roble corrió a recibirlo; Hoja de Roble cogió precipitadamente dos hojas y se lanzó hacia él. Volaron pico contra pico varias veces, tomando en los intervalos distintas posturas, y luego Hoja de Roble volvió a su espino y colocó las hojas en el suelo, se limpió el pico en la yerba, abriendo y cerrando las mandíbulas de modo extraño, como si le desagradara el sabor de las hojas. Ya no hubo más encuentros entre Tinieblas y él.

Esa primavera Tinieblas cantó mejor y más tiempo que ningún otro mirlo, pero no pudo sacar adelante

a sus crías. Hoja de Roble, que fracasó el año anterior, tuvo éxito con todos sus polluelos, pero en cambio cantó muy poco. Su voz parecía cascada; cuando cantaba sus viejas canciones, sus débiles sonidos carecían de belleza. Este caso y otros parecen demostrar que el canto perjudica a las nidadas. Hoja de Roble fue ese año un padre más abnegado. Con frecuencia empollaba él mismo a los pequeños, incluso cuando les faltaba poco para volar, cosa que no he visto hacer a ningún otro mirlo macho. Esta precaución extraordinaria tenía sin duda por objeto proteger a los pajarillos contra los merodeadores. El nido estaba en el mismo seto que antes, pero cuando Hoja de Roble quiso cantar eligió una percha lejos de allí. Este pájaro, ahora sensato y apacible, también conservó sus plumas intactas ese año.

Los pájaros escarmientan en sus propios errores, aprendiendo pronto con la experiencia. Lo cual prueba, sin duda, que sus actos están guiados por la razón, y no son meramente instintivos y automáticos.

En su tercer año Hoja de Roble reforzó su arma habitual con un palo que blandía en alto cuando corría hacia Tinieblas en sus disputas sobre límites. En el cuarto año este pájaro tan original tuvo otra idea brillante. Inventó un ataque peculiar en pleno vuelo; cuando Tinieblas se aproximaba a sus dominios cogía sus armas, incluyendo el palo, corría a encontrarlo y ya cerca hacía un súbito esfuerzo que acababa en un vuelo circular a una velocidad espantosa sobre y en torno a la cabeza de su adversario, y aterrizaba a uno o dos pies de distancia y corría luego a sus propios dominios para volver a repetir el ataque que asustó a Tinieblas hasta que se habituó a él. Esta carga volante era muy hábil, pues entorpecido por la hoja y el palo, a Hoja de Roble no le satisfacía el encuentro usual pico con pico y se veía obligado a abandonar las armas cuando volaban hacia arriba con sus picos en lucha. Pero este nuevo vuelo rápido no permitía

la pelea con picos. Tinieblas se abalanzaba hacia él en el suelo, aporreando el espacio vacío mientras Hoja de Roble con sus armas acababa el ataque con su giro aéreo. Más adelante Tinieblas recurrió a la estratagema de vagar entre los arbustos cuando Hoja de Roble iniciaba su vuelo, y así entorpecía esta guerra moderna y favorecía las persecuciones a la antigua. Cuando le llegue a Hoja de Roble su quinta época de celo, tal vez invente otra sorpresa para Tinieblas, puesto que este mirlo no agota nunca sus ideas geniales.

Los árboles sin rayar son los que se mencionan de modo especial.

CAPÍTULO IV

NOTAS OTOÑALES SOBRE PETIRROJOS

El otoño de 1946 precedió a un invierno excepcionalmente duro. Los petirrojos acudieron en número inusitado a mi jardín peleando por la posesión de dominios invernales que incluyesen el comedero o parte de mi casita. Los extractos siguientes de mis notas otoñales los fui escribiendo mientras observaba a los petirrojos o inmediatamente después. Es interesante advertir que mi petirrojo, llamado Dobs, se condujo de distinta manera con cada intruso. Dobs tenía dos años.

26 de agosto. Dobs tiene ahora un plumaje nuevo y brillante; su actitud es de desafío y parece dispuesto a emprender lo que sea. Se ha apropiado codiciosamente de ambos lados de mi casita sin dejar a su compañera la mitad este como el año pasado. Ella se ha retirado a la casa de al lado, al este del jardín, y lleva varios días sin aparecer por mi casa. Dos nuevos petirrojos tratan de avanzar desde el oeste y el suroeste. Son enemigos uno de otro, así como de Dobs. Estos dos petirrojos se dejan ver raramente, pero desde el alto *macrocarpus* que está junto al muro oeste de mi casa un pájaro le lanza notas poco tranquilizadoras a Dobs, el cual gorjea discreto pero amenazante y se eriza todo hasta que parece enorme. El otro petirrojo nuevo ataca desde el sureste, junto a la verja de mi jardín. Oculto entre los árboles grita unas notas fuertes, duras, espasmódicas, vuela a veces al suelo para coger algo, y se marcha luego de prisa con "tic, tic, tics" antes de que Dobs tenga tiempo de atacar. Mi jardín vibra con esos "tic-tics" el día entero.

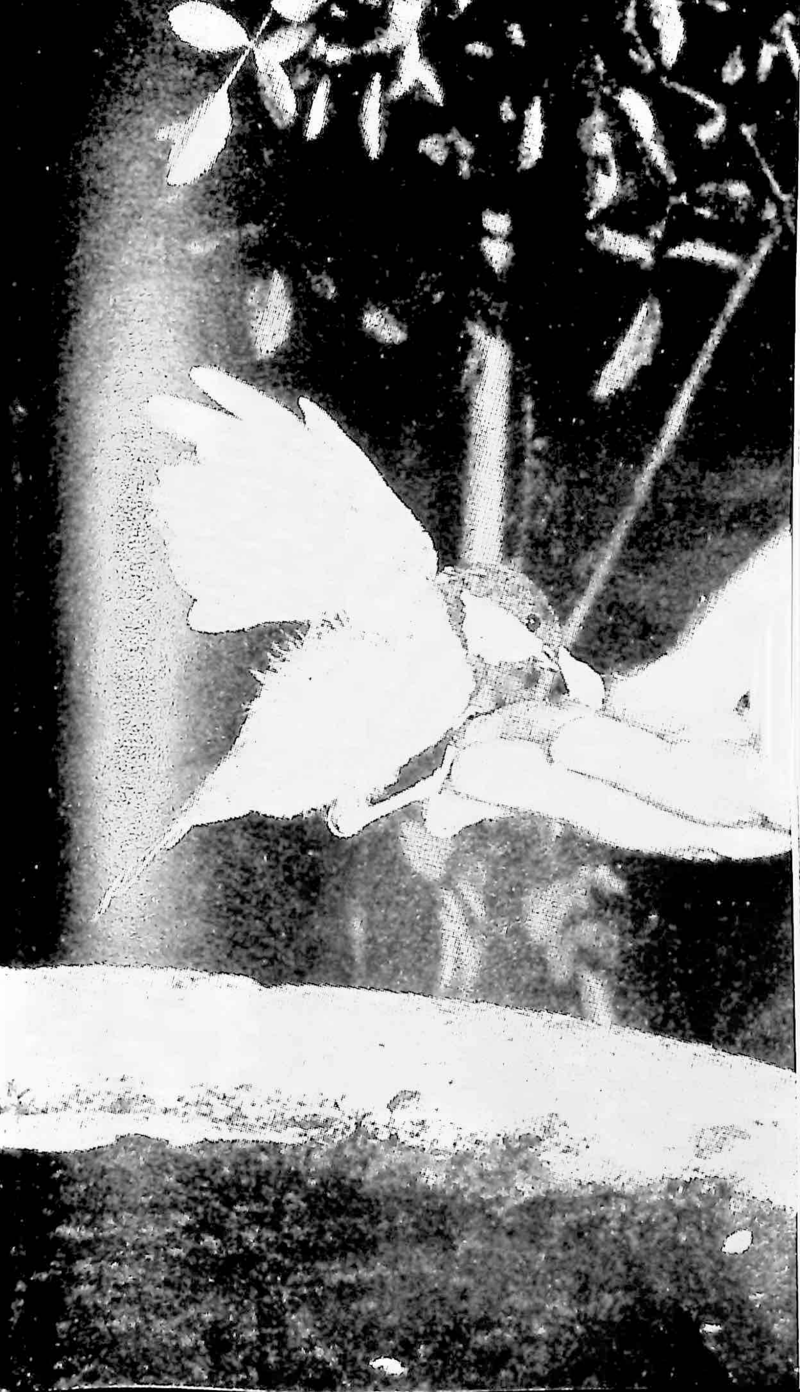
27 de agosto. La compañera de Dobs pasea por el pasto con la cabeza erguida y a pasitos cortos:

hembra esbelta y patilarga de nuevo. Dobs aparece y ella se retira despacio, más pesada ahora, con las patas cortas y el cuerpo chaparro. Murmurando algo entre dientes, se retira a su territorio, al lado. Dobs gorjea muy bajito para sí mismo —o para ella— desde el seto que separa ambos dominios. Él sigue estirando la cabeza, acechando la posibilidad de que su hembra reitere su audacia; insolencia, digamos mejor. El petirrojo del oeste amenaza con otro ataque; detrás del *macrocarpus* vibran notas llenas de fiereza. Dobs arregla el asunto con él, tranquila pero enérgicamente, en el lenguaje de los petirrojos.

28 de agosto. Dobs está en el comedero con su compañera, al parecer en plan amistoso. Él coge la comida en mi mano y ella se apodera de las migas que caen. La hembra parece un poco nerviosilla, pero Dobs es todo sonrisas esta mañana y no hay enfados.

30 de agosto hasta el 4 de septiembre. Dobs viene todos los días. Su compañera está invisible. La tarde del 4 la persigue a lo largo de su seto fronterizo.

Del 4 al 8 de septiembre. La tensión con el petirrojo del oeste aumenta. Insultos continuos de Dobs y gritos del petirrojo instalado en el *macrocarpus*. A veces ruedan juntos debajo del árbol con las patas entrelazadas, pero sin hacerse daño. Dobs domina de un modo espléndido su lenguaje; los gritos histéricos y espasmódicos del otro no parecen tan convincentes como la cascada continua de Dobs, musitada a veces entre dientes pero que suena amenazadora. De madrugada Dobs canta una preciosa canción, pero puede cantar también en un tono muy distinto cuando la ocasión se presenta. El canto del petirrojo es más expresivo en otoño que en primavera. Tiene aspectos más variados, y me suena feroz, amenazador, mimoso, aliviado, contento, triunfante, mórbido, presumido, lastimero, resuelto, aburrido, desesperanzado, dando la impresión de que su adversario es un necio y el





mundo una cosa estúpida. Garstang, en su libro sobre el canto de los pájaros, lo llama el Chopin de su clase, pero Chopin es a menudo sentimental y los petirrojos no lo son nunca.

9 de septiembre. El petirrojo del suroeste ha usurpado el territorio próximo al espino de Hoja de Roble y la pérgola. El sur del jardín le pertenece ahora. Canta poco y su aspecto es femenino y patilargo. Anda con coquetería. Dobs no lucha con ella, está demasiado ocupado en alejar a su compañera del lado este de la casa y al petirrojo del oeste, de esa parte del pasto. Esta tarde Dobs ha estado cantando desde la copa del ciruelo que se encuentra junto al seto este; una canción fuerte y monótona, distinta de sus cantos habituales y que debe ser un truco para alejar a los otros pájaros. Está muy apuesto, pesa más que la mayor parte de los petirrojos cuando los tengo en la mano, y su peto rojo es de un brillo excepcional; el de su compañera parece pálido junto al suyo.

12 de septiembre. Dobs parece haber resuelto satisfactoriamente sus asuntos territoriales, por ahora, pues ha estado cantando dulcemente todo el día y no tiene disgustos con los demás petirrojos. El del oeste cantó un poco desde el *macrocarpus,* que por lo visto es el límite de sus dominios. Tal vez influye en ellos este día espléndido, sereno; el primero sin viento desde hace varias semanas. Ayer una bandada de chamarones, posados en los hilos telegráficos de la carretera, se vieron de pronto con las colas sobre la cabeza. Estuvieron a punto de perder el equilibrio. Hoy ninguno de estos pájaros hubiera sufrido esa molestia. Dobs pasó gran parte del día en las ramas bajas de los arbustos, cantando una cancioncilla discreta y continua que suena como una larga historia; a veces mientras cantaba entrecerraba los ojos, ajeno al mundo circundante. Qué distintos su canto y sus modos a los de los belicosos días anteriores.

24 de septiembre. Dobs está otra vez ocupado con

asuntos referentes a su compañera. Los petirrojos del suroeste y del oeste se están desafiando con cantos y notas suspirantes, sonidos fuertes y desesperados. Dobs no les hace caso, se ocupa en guardar la puerta trasera, al lado este de la casa —que es la puerta de la cocina— para que no entre su mujer, que ha estado tratando de abrirse camino subrepticiamente por este territorio, rico en migajas. Él está en el avellano, junto a la puerta; su canto es bajo pero ominoso, sus ojos se fijan en su hembra que está detrás del árbol y que le replica con fuertes "tic-tics". Si pierde el dominio de esta puerta perderá las esperanzas de futuras migas, pero es evidente que teme acercarse mucho a Dobs; su estrategia consiste en un decidido esfuerzo para aprovechar la necesidad que él tiene de defender la otra parte de la casa. Cada vez que se vuelve de espaldas ella se acerca despacio a la puerta, fingiendo coger comida por el camino, pero sin buscarla ni comerla realmente. Sus ojos siguen fijos sobre Dobs; en cuanto él vuelve a fijarse en ella, se retira con calma. Él no la ataca nunca y su canto, cuando se refiere a ella, es siempre apacible. Con frecuencia descansa de estas peleas junto a la puerta para comer en mi mano en el jardín delantero, echando a la vez un ojo al petirrojo del oeste que canta mucho desde el límite de su dominio. A veces Dobs se posa frente a él unos minutos cantando fuerte, luego se precipita de nuevo al avellano, pues parece especialmente interesado por conservar en su territorio esa puerta de la cocina. Su compañera le da más quehacer que los dos petirrojos nuevos, tal vez porque la está expulsando de la parte de mi jardín y la fachada de la casa que poseyó el invierno último. Pero al oeste surge otra complicación, pues hay otro petirrojo metiéndose en el este y por el sonido de su voz debe ser un macho enérgico y muy decidido. Entonces el petirrojo que habita allí siente la tentación de meterse en los dominios de Dobs, allende la frontera del *macrocarpus*. A

medida que la situación se aclara Dobs deja la puerta y acude a habérselas con los otros petirrojos, que emiten vulgares espurreos, como si se dejaran llevar de la ira. Dobs manifiesta cierta dignidad en sus métodos bélicos. Usa un lenguaje contundente, pero nunca recurre a espurreos o meros chillidos.

Un silencio repentino hace enmudecer a todos los petirrojos agresivos, mientras una bandada de chamarones atraviesa el jardín. Parece que el libre espíritu de esta bandada errante afectó a los petirrojos, pues la brisa levantada por los chamarones refrescó la acalorada pelea de los petirrojos. Para esta clase de paros un hermoso día de otoño significa el grato vagar entre setos en flor, el rico botín compartido amistosamente, mientras que a los petirrojos estos mismos días les traen un ansia de soledad que concluye en guerra por una franja de suelo donde puedan comer bien alejados de sus congéneres.

Los chamarones han pasado ya, pero sus voces vibran aún a lo lejos como muchas campanillas eléctricas, diminutas y argentinas. Hay un largo silencio entre los petirrojos; luego Dobs empieza a cantar; tres notas enfáticas seguidas por una interrogación que se desgrana en notas cantarinas, apoyándose en la cadencia de cuatro notas altas y largas, con longitud e insistencia cada vez mayores, que suenan —si lo interpretamos antropomórficamente— como si resolvieran todas las preocupaciones. Los otros petirrojos callan, con excepción de algunos que otros "tic-tics" inconexos. Ya no se pelea más esa tarde. Dobs gorjea apaciblemente a mi lado mientras esta encantadora cancioncilla parece reflejar cierta dulzura de su carácter.

26 de septiembre. Algo interrumpe la canción de Dobs acompañada por el chapoteo de la lluvia. La situación del petirrojo del oeste se está poniendo seria. El nuevo petirrojo de esos alrededores ha traspasado las fronteras y amenaza con expulsarlo de sus domi-

nios. Ha aparecido más allá del *macrocarpus* en el pasto frente a la casa, en conflicto con el legítimo dueño. Dobs, furioso, dejó su árbol en el seto este, y con las plumas erizadas, que le hacen parecer enorme, voló hacia los dos usurpadores y los mandó más allá de la cerca oeste. Cuando regresó al árbol donde canta, sus notas fueron largas e insistentes, con una o dos explosiones de risa entremezcladas. (El petirrojo tiene en su repertorio algo similar a la conocida carcajada del mirlo, aunque, naturalmente, de tonos mucho más elevados.)

Tarde de ese mismo día. Los dos petirrojos del oeste están de nuevo en guerra bajo el *macrocarpus*, pero se limitan a suspirar, chillar y gritar, con muchas bravatas y persecuciones. El petirrojo del suroeste se acerca más, preguntándose si este nuevo trastorno puede servirle para ganar terreno. Se atreve a acercarse más que nunca al lado este de la casa. Dobs se aburre y vuela hacia abajo con las plumas erizadas cantando desde el suelo bajo el *macrocarpus*: el árbol en litigio de los petirrojos del oeste. Pero no se atreve a abandonar el seto del este mientras su hembra espera una oportunidad de ese lado. El día es de mucho quehacer para Dobs. Se detiene un momento a beber en el baño de los pájaros; entre sorbo y sorbo canta una frase que suena como si el agua burbujeara en su pico. Es necesario que cante sin cesar ahora, puesto que tiene que habérselas con cuatro congéneres.

La misma tarde a las 3:30. Otra pareja de petirrojos acosa al del oeste y trata de acercarse a la casita por el *macrocarpus* y el pasto circundante. Cuatro pájaros se disputan ahora el árbol. De las tres y media a las cinco de la tarde se prolonga una persecución alrededor del árbol y de su vecino el manzano al suroeste. Dobs está furioso; canta sin cesar con gran énfasis, volando a menudo encima del comedero, desafiando a todos, mientras sus ojos resplandecen rojos de ira. Su cabeza se ha ensanchado, su cuerpo

parece encogido y su rostro deformado. Esta profusión de petirrojos lo agita demasiado para que acepte comida; teme dejar de cantar o de retarlos por un instante, incluso para comer. El petirrojo del suroeste está aún tratando de aprovechar el predicamento en que está el del oeste; ahora viene derecho a los macizos que se encuentran en los dominios de Dobs y del otro petirrojo. Su límite ha sido antes el espino de Hoja de Roble y la pérgola contigua. Durante muchas horas se oye el revoloteo de las alas de los petirrojos que golpean las hojas al precipitarse cabeza abajo dentro, fuera y a través de los árboles. Dobs no toma parte en la persecución, pero canta continuamente sobre el comedero, con los ojos resplandecientes y unas contorsiones alarmantes de su gracioso cuerpo; también recurre ahora al espurreo, que hasta entonces no había envilecido su canto.

A las cinco había una plaga de hormigas aladas en mi jardín y probablemente más arriba, pues el cielo estaba literalmente cubierto de golondrinas y vencejos. Si se miraba hacia arriba, las masas de pájaros que trazaban círculos, cruzándose y volviéndose a cruzar en diferentes alturas, ejecutaban un extraño movimiento giratorio, de manera que uno mismo se sentía girar con ellos. A medida que giraban cada vez más alto, vistos muy arriba en el cielo estos centenares de puntitos parecían copos de nieve oscuros girando hacia lo alto hasta que casi se perdían de vista. Luego empezaron a moverse hacia abajo y unos cuantos casi barrieron el suelo, mientras se hacían gradualmente visibles distinguiéndose ya los pájaros de esbeltas alas y gracioso vuelo giratorio. Los que volaban bajo parecían extraordinariamente grandes: ilusión creada por la pequeñez de los que estaban arriba. Las masas de golondrinas volvieron entonces a subir, formando innumerables y gigantescos dibujos de complicados diseños, cambiados continuamente al volar en rápidas circunvoluciones por el cielo. Media hora más tarde

esta nutrida emigración se dirigía al este, dejando sólo unos cuantos pájaros que perseguían a las hormigas voladoras a poca distancia del jardín. Las curraquillas y las moscaretas parecían disfrutar también con la plaga de hormigas; incluso los gorriones las cogían por el ala. Cuando desaparecieron las golondrinas aumentó la plaga y de vez en cuando uno de los cuatro petirrojos interrumpía su persecución para coger algunas en los árboles o el suelo, pero inmediatamente otro de los pájaros se lanzaba sobre él y lo arrastraba de nuevo en el remolino alrededor de los árboles. De pronto uno de los petirrojos se quedaba quieto para cantar una frase que recordaba la cadencia de una curruca de cabeza negra. No era el canto habitual de su especie; tal vez había vivido lejos de los suyos y rodeado de estas currucas. Los otros nunca se detenían para cantar de veras, aunque había mucho espurreo, chillidos o griterío de notas aisladas y a veces un grito prolongado que acababa en suspiros. Por la tarde Dobs tomó parte en la persecución y cuando le seguían muy de cerca recurría a algo parecido a un escupitajo, cosa perdonable en tan difíciles circunstancias, pues tenía que habérselas con el petirrojo del suroeste y su compañera en la puerta de la cocina, a más de esos cuatro intrusos. Al caer la tarde había muchas pequeñas siluetas de petirrojos, agitadas y retadoras, que revoloteaban en mi pasto. Tal vez la oscuridad les permitía al fin comer tranquilos.

27 de septiembre, 7 de la mañana (hora de verano). Los siete petirrojos están de nuevo muy aterrados. Sólo Dobs cantó sus maitines esta mañana. Los demás iniciaron el día con "tics" y gritos que sonaban como palabras gruesas. La invasión de esos nuevos petirrojos causa mucho malestar a Dobs. El primero de ellos, del que ya dije que era un macho gritón y al que apodé petirrojo oeste-oeste, ha expulsado al petirrojo oeste del *macrocarpus* y el manzano próximo, apoderándose de la parte delantera del pasto. Este pájaro, que se

llamará en adelante Petirrojo Nuevo, es fogoso y un adversario digno de Dobs.

27 de septiembre (continuación), 10 de la mañana. Este hermoso día con el sol resplandeciente y el cielo claro parece haber conseguido que los petirrojos olviden por un tiempo sus peleas en un coro de canciones que expresan la belleza dorada de la mañana otoñal. Sin embargo, observo que Dobs canta más fuerte que de costumbre y sin interrupciones, como si sólo quisiera oír su propia voz. Sus notas son asimismo más agudas que antes de la invasión de petirrojos. Suena en tensión, pero canta bien.

A las once de la mañana cesa el coro y Petirrojo Nuevo avanza hasta el prado en la fachada oeste de la casa. Brinca con viveza y aire fanfarrón sobre este nuevo territorio, con un ojo fijo en Dobs que está en el comedero y lo contempla un instante, iracundo; luego salta al pasto junto a él con el cuerpo deformado y la cabeza tendida a punto de estallar, mientras dice horrores. Petirrojo Nuevo sigue brincando ligeramente, pero abre mucho el pico para emitir un silbido gutural prolongado y sorprendentemente alto, con graduada intensidad. A medida que el silbido se hace más vehemente el pico se abre hasta que deja ver la lengua. Apenas lo ha cerrado repite esta terrible manifestación, pero se retira poco a poco, así que Dobs vuela a su árbol favorito, un alto ciruelo en el seto este, que brinda una buena vista del territorio de su compañera, pudiendo también ser divisado por los demás petirrojos. Canta con entusiasmo hasta que las circunstancias le exigen otro ataque a Petirrojo Nuevo.

Yo estoy sentada junto al comedero, en el pasto. Petirrojo Nuevo llega hasta mí indicándome que quiere comida. Dobs se lanza desde su elevada percha como un meteoro y golpea furioso al intruso. Ruedan juntos en el pasto, con las patas entrelazadas; la tensión de sus garras es firme e igual. Finalmente, uno

de los pájaros dirige su pico hacia la garganta del otro. Parece una lucha a muerte, así que separo a los indignados petirrojos. Pero a Dobs se le ha subido la sangre a la cabeza, sus ojos llameantes armonizan con su pecho rojo y vuelve a atacar en seguida. Bato palmas muy fuerte en su oído y esto les asusta y aparta. Petirrojo Nuevo se retira tras el *macrocarpus* con algunos "tic-tics" inconexos. Parece que Dobs se cree victorioso, pues estira sus erizadas plumas, adopta una expresión satisfecha y vuela a su percha para cantar dulcemente, sin matices agudos ya en la voz.

28 de septiembre. El Petirrojo-Curruca está cantando ahora desde un manzano al oeste del *macrocarpus.* Tiene una voz muy madura para un petirrojo, con la calidad de curruca de cabeza negra, y repite sin cesar una frase de pocas notas que se parece a la cadencia de este último pájaro. Canta lo mismo durante diez minutos como si no tuviese otra cosa en su repertorio. Luego vienen las tres notas murmuradas *sotto voce* y seguidas por un largo silencio; Petirrojo Nuevo lo persigue. Dobs canta desde el avellano de la puerta trasera para alejar a su hembra. Los cuatro invasores petirrojos se ponen a "ti-tiquear" y espurrear como despertadores. Todos luchan por el manzano que está al oeste del *macrocarpus* que pertenece ya a Petirrojo Nuevo e inician una persecución circular en torno y a través del árbol. Su vuelo es suave y silencioso, pero al sumirse dentro de las ramas, el repiqueteo de sus alas contra la rígida contextura de las hojas otoñales produce un sonido curioso y alegre. Parece que no hay encono en esta persecución y podría creerse que casi se trata de un juego. Si los petirrojos amplían su carrera hasta el peral que está al sur del manzano, el discreto petirrojo del sureste vuela protestando; este peral es la frontera de su territorio. Petirrojo-Curruca se detiene a veces para cantar su reiterada frase; pero si cualquiera de los cuatro se posa para cantar lo interrumpen y empujan de nue-

vo en la carrera. El juego sigue durante una hora, si de juego se trata. Después los cuatro petirrojos se ponen a cantar, y las notas maduras de Petirrojo-Curruca suenan como un tenor en un coro de sopranos. Dobs vuela al jardín de delante cuando empieza el coro, pero esta vez, en vez de cantar en tonos agudos, gorjea una cancioncilla propia, trémula, que resalta entre las de los que cantan a pleno pulmón, lo mismo que un instrumento con sordina en un cuarteto de cuerda normal. En el crepúsculo se oye a intervalos el tic-tiqueo de los seis petirrojos. Dobs, que está acostumbrado a acaparar el baño de los pájaros al atardecer mientras se remoja y salpica con calma, tiene ahora que prolongar sus jadeantes "tic-tics" durante su rápido chapuzón. Por su manera de mirar en derredor parece que teme que los otros petirrojos interrumpan su baño de la tarde. Cuando termina, Petirrojo Nuevo ocupa su sitio largo tiempo.

30 de septiembre. Los cantos de los petirrojos llueven sobre mí desde todos los árboles mientras estoy sentada en el pasto. El canto de Petirrojo-Curruca es ahora más rico e incluye más frases imitadas de esta última. Es una canción desacostumbrada, con pocos pasajes comunes al petirrojo. El del suroeste se ha hecho más intransigente, pues Petirrojo-Curruca voló a través de sus dominios y ahora está tratando de instalarse en una parte de su tierra. Esto acaba en una larga persecución en el lado sur del pasto.

Llevo mi silla al huerto, donde no he estado hace varias semanas. Un mirlo canta allí bajito y quiero escucharlo. En cuanto me siento aparece Dobs y se posa en mi rodilla. Luego Petirrojo Nuevo viene "tictiqueando"; levanta la cola y estremece sus alas de tal modo que parece un despertador con forma de pájaro. Dobs se eriza; la llama roja se enciende en sus ojos; vuela contra el intruso y empieza a perseguirlo alrededor de los frutales; otros tres invasores se unen a ellos. Por lo visto todos quieren el dominio del huer-

to porque yo estoy allí, pues nunca se disputaron antes este territorio. Empiezo à temer que el objeto cuya posesión suscita tantas luchas soy yo misma. Cuando regreso al jardín de delante los petirrojos me siguen y cantan desde los árboles que me rodean. Esto parece demostrar que no es sólo el territorio lo que les estimula a acercarse a mi casita. Parece que razonan, pues todos comprenden de dónde viene la comida y quieren apoderarse de *Mí*, no sólo de un terreno para sus cuarteles de invierno.

3 de octubre. Petirrojo Nuevo tiene una pluma despeinada y suelta que oscila tras su anca —señal de nuevos encuentros con Petirrojo-Alondra, que canta todavía en el manzano próximo. Dobs, muy peripuesto, parece haber resuelto sus disensiones. Petirrojo Nuevo ha conquistado la ventana oeste de la casa y casi la mitad del pasto que se extiende frente a esa ventana. Fuera de esos límites no le permiten usurpar territorio, salvo una excepción. El baño de los pájaros se encuentra en los dominios de Dobs. Se le deja bañarse por la tarde, *después* que Dobs, y esto, por lo visto, en virtud de un acuerdo.

El convenio entre Petirrojo Nuevo y Dobs, que acabamos de citar, resultó definitivo. Petirrojo-Curruca fue empujado más allá de la casa por Petirrojo Nuevo, y se instaló por fin en la parte de atrás del huerto, en el jardín oeste. La recatada petirroja del suroeste conservó la parte que había ampliado hasta los macizos de flores. Dobs consiguió echar a su compañera de la puerta de la cocina. Se retiró al jardín este e incluso, a pesar de la escarcha y la nieve del invierno más duro que recuerda memoria humana, nunca se atrevió a buscar migas en la puerta trasera de mi casa.

Siempre observé una diferencia en el sistema que Dobs empleaba con cada intruso. Como revelan mis notas, siempre estaba en guardia contra su hembra, pero no la atacó nunca. Los medios empleados para

mantenerla lejos eran un canto sereno, decidido y persistente; alguna persecución o discretas manifestaciones de jactancia, como esponjar las plumas, lo cual lo convertía para ojos humanos en un pájaro importante al que no se debe desobedecer. Pero parecía preocuparle más el defender la puerta de la cocina contra su hembra que las amenazas del petirrojo del oeste contra ese lado de mi casita. Resolvió muy pronto este asunto con un canto mucho más feroz del que usaba con su compañera. El petirrojo del oeste y Dobs rodaron una o dos veces al suelo, bajo el árbol, pero no había encono en esta lucha y la expresión de Dobs no era de furia como con Petirrojo Nuevo. Con éste su canto era fuerte y enfático, pero sin recurrir nunca a los espurreos ni a los sonidos agudos e histéricos. Desde un principio su actitud frente a Petirrojo Nuevo fue muy distinta. En cuanto lo divisó se mostró agitado, llamearon sus ojos, su voz se hizo más aguda, espurreó y se contorsionó todo lo que pudo. Se abalanzó hacia él y lo atacó con tal violencia que tuve que asustarlos, a fin de que se apartaran, por miedo a que se matasen. Pero la atención que prestaba a las usurpaciones del petirrojo del suroeste en sus dominios, apenas merece citarse, tan discretas eran sus manifestaciones. Yendo de uno a otro de los intrusos siempre cambiaba de táctica según el individuo. Esto parece demostrar que las bravatas de los pájaros no son únicamente una reacción automática, sino un procedimiento regulado, que se utiliza de modo racional después de estimar y conocer al adversario.

Al otoño siguiente, que precedió a un invierno excepcionalmente templado, Dobs se dio buena vida. No hubo batallas por el territorio frente a mi casa y su compañera se retiró al este del jardín sin acarrear ninguna molestia. Observé que los petirrojos se habían repartido de manera más justa en terrenos próximos y deshabitados. Lo comento porque la invasión de petirrojos en mi jardín durante el otoño parece

relacionarse con la crudeza del cercano invierno. Noto asimismo que los paros y otros pájaros que observé de cerca eligen refugios más abrigados cuando se acerca el mal tiempo, aunque a la hora de acostarse no haya señales de próximo cambio, que no se efectúa sino después de medianoche. Otro síntoma de predicción de los cambios atmosféricos se advierte en que suelen comer mucho más dos días antes de una ola fría. Cuando se les abre de este modo el apetito el día puede ser muy bueno y los seres humanos no se dan cuenta del mal tiempo que les espera.

CAPÍTULO V

IDENTIFICACIÓN, AMISTAD Y JUEGOS

A la primavera siguiente, aunque Dobs era dueño de todo el pasto delantero y de la mitad del huerto, su hembra anidó en el jardín del este. La vi muy poco, pero Dobs buscaba toda la comida en mi jardín, y entraba sólo en el otro para hacer las visitas indispensables al nido. En las pocas ocasiones en que ella intentó que yo le diese comida Dobs intervino, abalanzándose sobre ella y persiguiéndola para volver luego solo por un poco de pastel. Si le correspondía alimentar a su hembra le daba el pastel; pero más tarde, cuando ella alimentaba a sus hijuelos, seguía expulsándola y arrebatándole la comida para comérsela él o llevársela a los pajarillos.

A veces me divierte enfurecer a Dobs. Ya conozco algunas de las cosas que le ponen fuera de sí. Cuando hay muchos pájaros a mi alrededor, esperando que les dé comida, le ofrezco una pizca de queso a un paro, que la coge al momento. Entonces Dobs me ve sacar un poco de pan, que le doy a él. Vale la pena estudiar su mirada colérica. Se queda en su sitio, mirándome indignado y esperando que el queso sustituya al pan. Pero si entonces le doy queso a otro paro, ¡ya es el colmo! Dobs arremete contra los pájaros, uno tras otro, como un loco, hasta que los echa a todos. Entonces no vuelve a pedir queso, también está enojado conmigo, así que me vuelve la espalda, menea la cola, sacude sus erizadas plumas y vuela a un árbol, donde canta muy fuerte, siempre de espaldas a mí. Después de un rato vuelve de buen humor e incluso si hay muchos paros espera pacientemente a que cada pájaro reciba su queso antes de coger el suyo. Sabe que me disgusta que ataque a otros pájaros, especial-

mente cuando están en mi mano. Parece que esos ataques se deben a los celos, pues a los petirrojos les gusta tener campo libre. Observo que los domesticados suelen padecer súbitos accesos de ira cuando ven en mi mano a otros pájaros, pero esta agresión contra otras especies es muy distinta a su reacción frente a otro petirrojo. Tratan de alejar con mucha jactancia a sus congéneres antes de que puedan posarse en mi mano.

Tras detenidas observaciones he descubierto que los pájaros no tienen dificultades para reconocerse y recordarse unas a otros. También distinguen a los seres humanos, como voy a demostrar.

Cuando los vástagos de Dobs volaron, trató de evitar que se me acercaran, al contrario de otros petirrojos, contentos de que yo les ayudara a alimentar a sus pequeños hasta que pudieran volar. Un miembro de su segunda cría le dio mucha guerra y se negó a volar durante varias semanas después que Dobs se había visto libre de los otros. Siempre que su enojado padre lo perseguía, este pajarillo volaba sobre mi cabeza o se curaba en salud retirándose a la casa de al lado hasta que Dobs se iba; pero él volvía siempre, sobre todo si yo lo llamaba por su nombre. Cuando empezaron a crecerle plumas rojas en el pecho, Dobs se enfureció de veras y el pequeño tuvo que marcharse. Lo perdí completamente de vista por unos tres meses hasta que llegaron noticias de que en una granja a poco más de kilómetro y medio de mi casa se había visto un petirrojo anillado. Me apresuré a ir allí y supe que el petirrojo del anillo rosa apareció una semana antes, cuando la mujer del granjero segaba el pasto. Voló frente a la máquina lo mismo que solía hacer cuando yo segaba. Más tarde voló a través de la pradera hasta una pequeña cerca y desde entonces no se le vio más. Traspuse el recinto y le llamé. Apareció en seguida en un árbol junto a mí, de punta las plumas de la cabeza y los ojos brillantes, al parecer

de nerviosidad. Tal vez asoció asimismo mi vista con los ataques de Dobs; de ahí el copete erizado, pues observé que miraba en torno cautelosamente y en actitud expectante, con la cabeza estirada a fin de poder ver por encima de la rama en que estaba. En cuanto tendí mi mano voló hasta ella con su aplomo de siempre, comió un poco de pastel y volvió a su rama gorjeando bajito sin quitarme los ojos de encima. No buscó más a Dobs, si es que ése fue el motivo de sus primeros movimientos, ni volvieron a empinársele las plumas de la cabeza. Cuando me fui brincó hasta la punta de la rama, desde donde le era más fácil verme; al volver la cabeza, antes de doblar la esquina, vi que estiraba el cuello para no perderme de vista. Regresé un mes más tarde. La mujer del granjero lo había visto una o dos veces durante este tiempo, pero no quería posarse en su mano. Esta vez salió a mi encuentro en el pasto fuera de la cerca, en cuento grité su nombre. Cantó algunas notas mirándome con el mismo resplandor en los ojos, pero ahora sin erizar sus plumas; como tampoco estiró la cabeza para escudriñar el horizonte, cosa que hizo el primer día. Voló en seguida a mi mano con su acostumbrada familiaridad. Después seguí visitándolo a intervalos de un mes, seis semanas y cuatro meses, y aunque en invierno mi indumentaria era completamente distinta y nueva para él, esto no impidió que me reconociese en el acto. Una vez voló a mi encuentro en el pasto sin que le llamara, demostrando que no me reconocía sólo por la voz. No permanecía siempre en la misma parte de la cerca o de la pradera; su territorio invernal era muy amplio y a veces usurpaba el de otros petirrojos, en especial en las inmediaciones de las dos granjas; para ir a la segunda había que atravesar cuatro grandes campos, después del cercado que ocupó primero. Otras muchas personas al verme en el pasto con el hijo de Dobs en la mano trataron de hacerlo posar en la suya pero sin éxito, lo cual demostró

de manera indudable que me recordaba y reconocía. La última vez que pasé cerca de sus dominios había transcurrido un lapso de ocho meses. Ya junto a su territorio me detuve para hablar con alguien. Un minuto después voló hacia mí y se paró directamente en mi mano, tendida para recibirlo. Comió diez trocitos de pastel, en vez de los tres o cuatro que eran su ración habitual, sus ojos brillaban excitados y las plumas de la cabeza se le empinaron un poco mientras me miraba y cantaba bajito, posándose muy cerca. No había señales de ningún otro petirrojo en el pasto ni éste miraba en torno como si esperase que otro apareciera; creo que esta vez mi presencia fue lo que le hizo empinar sus plumas.

Los pájaros son capaces de distinguir a los seres humanos desde lejos, pues los más domesticados vuelan a menudo a través de los campos y los caminos para encontrarme, pues por lo visto me divisan desde las copas de los árboles. Mi indumentaria no influye en su capacidad para reconocerme, pues en cierta ocasión salí de casa por la carretera llevando un abrigo azul y un pañuelo a la cabeza y regresé a campo traviesa con un impermeable y una capucha verdes que bajé adrede para que me ocultase la cara. Había comprado ambas prendas durante esa salida, pero los pájaros volaron a mi encuentro como de costumbre, reconociéndome desde el extremo de dos vastos campos. En invierno, cuando están muy hambrientos, varios carboneros mayores vuelan hasta la próxima parada del autobús a recibirme en los raros casos en que tomo el de dos pisos, que pasa por mi casa en dirección a la ciudad. Supongo que me ven subir y lo recuerdan dos horas más tarde, cuando el autobús regresa.

Vigilan todos mis movimientos, y he observado que mis preparativos les dan con frecuencia la clave de lo que voy a hacer. Por ejemplo, un invierno en que me faltó agua caliente me bañaba todas las semanas por la

tarde en casa de una amiga. A la tercera vez los carboneros mayores y los herrerillos sabían dónde iba cuando veían mi cesta con los enseres de baño; en cuanto salí volaron delante, a lo largo y a través de la carretera, y se pararon en el jardín de mi amiga a esperar mi llegada, con el propósito de que les diese de comer antes de que entrara a bañarme. La despensa de los paros va conmigo a todas partes, de modo que no se ven decepcionados cuando tienen estos rasgos de ingenio. Los pájaros nunca se me adelantaban para esperarme en aquella casa, salvo cuando yo iba preparada para bañarme.

Su reacción ante los seres humanos varía según la persona de que se trate. A algunos de los que vienen a mi casa les tienen temor; a otros los tratan con relativa cordialidad y entran en la sala sin preocuparse porque estén allí, aunque su conducta no es del todo normal hasta que están solos conmigo. Dos personas que entren en el cuarto bastan para asustarlos durante unos minutos y les cuesta más trabajo animarse a entrar de nuevo cuando hay dos personas conmigo que cuando sólo hay una. Tres extraños les infunden aún más miedo, lo cual prueba que, hasta cierto punto, son sensibles al número. Esto sucede lo mismo si las personas hablan y se mueven que si se están quietas, pues por lo visto lo que les turba es ver otra persona más. Ha habido casos excepcionales en que los pájaros entraron confiados en una habitación ante dos e incluso cuatro forasteros, y es curioso advertir que sus reacciones ante determinadas personas suelen estar a menudo de acuerdo con mis pensamientos.

También entre ellos tienen simpatías y antipatías. A veces se forman amistades particulares entre los pájarillos de una cría en cuanto dejan el nido, y a veces antes. Entonces ambos se vuelven compañeros inseparables y siempre van juntos hasta que uno de ellos o los dos abandonan el territorio. Torzal y su hermana son un ejemplo de esto (p. 46). Dos carboneros

mayores jóvenes y machos son otro caso de esto. Parecían gemelos y siempre estaban juntos. Entre sus juegos observé éste que iba acompañado de muchos gorjeos. Uno de los gemelos rozaba ligeramente la punta del ala de su hermano, lo cual lo mandaba brincando unas ramas más allá, pues siempre jugaban a esto en los árboles. Gemelo I le seguía, gorjeando excitadamente, y tocaba de nuevo la punta de su ala; seguían así hasta que Gemelo II cambiaba, con mucho júbilo, y lo tocaba a su vez. Los carboneros mayores jóvenes cuando juegan tienen una deliciosa nota de risa, suave, pero que es inconfundiblemente un grito de alegría en su juego. No utilizan esta nota para otras ocasiones. Los gemelos estaban siempre jugando juntos y emitiendo estas "risas" y nunca los vi separados hasta que un día uno de los hermanos sufrió un accidente. Entonces tuvo que permanecer todo el día quieto e inmóvil, sosteniendo su patita rota entre sus plumas del vientre. Esto intrigó al hermano, que al principio intentaba hacerle jugar rozando las puntas de sus alas y tirándole de la cola. Luego trató de tirar hacia abajo la patita enferma con juguetona suavidad. Esto sin duda le dolió al paciente, por lo que lanzó un grito y lo picoteó con enojo. El gemelo sano miró un momento lleno de estupor y luego echó a volar, pero sin sus ademanes juguetones. Después se mantuvo lejos de su hermano aburriéndose tanto, por su expresión tristona, como el gemelo que sufrió la fractura. Una vez lo vi poner comida al alcance del inválido, volando luego en seguida. La fractura curó en diez días, pero se había formado en el centro del tarso un callo que parecía una falsa articulación y la parte inferior quedó torcida. La pata parecía fuerte y normal, pero no en su aspecto. Los hermanos no reanudaron nunca su amistad; por lo visto a ninguno de los dos les satisfacía el jardín y se fueron por su cuenta; el herido, primero, y su hermano una semana después.

En invierno, dos años más tarde, apareció un carbonero mayor de aspecto insólito, con las plumas ennegrecidas de suciedad como si se hubiese bañado en tinta negra. Voló derecho a mi mano como si nunca se hubiera marchado; su pierna torcida facilitó la identificación. Desapareció de nuevo en primavera y no volvió más. Esto prueba la memoria del pájaro. Creo que los que se domestican cuando son jóvenes no olvidan nunca. Esto explica tal vez el que algunos pájaros viejos, enfermos o inválidos aparezcan en mi puerta y me sorprendan viniendo a posarse en mi mano. Yo los olvido pero a ellos les sirve bien la memoria cuando necesitan ayuda.

Observo que los distintos machos y hembras de mi jardín se conocen incluso a distancia, y que los machos ya apareados no responden a las insinuaciones de otra hembra, aunque no deje de interesarles. En un jardín como el mío, donde después de acogerse a la hospitalidad invernal el mayor número posible de pájaros de cada especie se queda a criar, los dominios de cada uno no suelen ser muy vastos; así que con frecuencia los machos entran en contacto con hembras que pertenecen a pájaros vecinos. El pinzón es la única especie de mi jardín que ha intentado tener relaciones con una hembra que no es la suya. Ésta se encontraba ligeramente herida y le era difícil volar. El pinzón la siguió por el suelo, lanzando el canto del celo. Ella trató de escabullirse; él se le subió encima y fue sacudido. Como persistiera, yo intervine y entonces el macho volvió a su pareja.

Los pájaros no confunden nunca a los hijuelos de una cría vecina con los de la propia. A veces se preocupan si se pierde un pajarillo muy pequeño, y suelen seguir a los que ya vuelan, mientras no sepan buscar ellos solos la comida.

Los pájaros, como los seres humanos, necesitan una ocupación como ejercicio y pasatiempo. Muchos carboneros mayores pasan gran parte del día en casa

conmigo durante el otoño y el invierno y juzgo necesario buscarles juguetes, pues de lo contrario eligen alguna diversión que deteriora algo valioso para mí. Antes de saber que a los carboneros mayores les gustan los juguetes, noté la falta de un loro de celuloide, procedente de un árbol de Navidad, y que estaba con otros cuatro posado en mi cuarto sobre su rama de acebo. Ese mismo día vi a un carbonero mayor volando al acecho, tirar al suelo uno de los loros y después sujetándolo con una pata, pegar, picotear y empujar al ave con ferocidad burlona, recogiéndola a menudo y volviéndola, probablemente para hacerla sonar. Cuando logró abrirla, el paro voló con ella por la ventana. Hasta que rompió todos esos juguetes, el paro no se entretuvo con ningún otro objeto en el cuarto. De igual modo han estropeado algunas graciosas copias del herrerillo, hechas en fieltro, pero si no tienen a la vista nada tan realista y excitante, los carboneros mayores se apoderan de la tapa de mi tintero, y, como saben que está prohibido, vuelan por la ventana con ella mientras estoy llenando mi pluma. Cuando quiero tapar el tintero veo al paro en el pasto o en la rama de un árbol maltratando la tapa lo mismo que hizo con los loros y los pájaros de pega. No los considera como seres vivos, sino como juguetes que lo entretienen u objetos sobre los que puede desahogar su genio. Violentos ataques a estos pájaros ficticios recuerdan las acciones de algunas aves ante los gavilanes disecados.

Por desdicha no sólo destruyen la tapa del tintero. Cuando me ven escribiendo y mojando la pluma, su sistema favorito para llamarme la atención consiste en tirar la tinta. Lo hacen deliberadamente y luego eluden mi cólera volando con rapidez por la ventana. Tienen diversas maneras de impedirme que escriba; me golpean la cabeza o se paran en mi hombro para tirarme del pelo y pellizcarme las orejas, lo cual significa que quieren nueces y queso. Si me niego a

ocuparme de ellos a la fuerza, uno de ellos se pasea sobre mi hoja de papel y levanta con cuidado mi pluma, mirándome al hacerlo. Esto me obliga a interrumpirme, así que ellos me pueden. Este libro que ahora escribo les suministra buena diversión a los paros. Muchas de mis notas se hallan en hojas sueltas; me las ven colocar en orden sobre la mesa, junto a la máquina de escribir; luego vuelan y las dispersan por el suelo a propósito. Tienen ya su técnica para revolver las cosas aterrizando rápidamente sobre ellas y patinando. Este sistema, con el aire que levantan sus alas, disemina las hojas de papel a gran velocidad; también emplean este método para tirar al suelo grandes cajas de hojalata donde guardo pasteles; si tienen suerte la tapadera cae al suelo por la fuerza del golpe y después de una presurosa huída a la ventana, espantados por el ruido, vuelven para comerse el contenido de la caja. Otro de sus juegos consiste en posarse sobre el rodillo de la máquina cuando me detengo a pensar, y si no conservo las manos sobre el papel, abren un agujero en la última frase mientras yo pienso la próxima. A veces un paro empuja la tecla con su pico, pero menos mal que el movimiento le asusta.

Una observación detenida de la vida de los pájaros demuestra que hay varias especies que emplean mucho tiempo jugando, sobre todo cuando son pequeños. Algunos se unen con los de otras especies para jugar a perseguirse y otros entretenimientos. En especial las curraquillas, de pequeñas, y las almendritas disfrutan persiguiendo a otra clase de pájaros, a menudo con la indignación de éstos. El herrerillo es el predilecto de la curraquilla para este juego, tal vez porque este paro le responde. En mi huerto he visto a estos dos persiguiéndose uno a otro alrededor de los árboles, hasta que el herrerillo, de alas menos resistentes, se retiró a descansar. La pequeña curraquilla sólo tardó un momento en buscar otra víctima propicia. Vio a una moscareta posada en la cerca, los ojos fijos, absor-

ta en la elección de una mosca; un pájaro de alas veloces y digno de la persecución. Antes de que la mosca elegida fuera devorada la curraquilla estaba tras él; el papamoscas, gris y discreto, de vuelo rápido y silencioso; la vivaracha curraquilla con su fresco plumaje verde y prímula, haciendo chascar ruidosamente su pico mientras con su vuelo ágil perseguía al otro pájaro en torno a los árboles y a través del huerto. En cuanto el papamoscas se detuvo en otra percha la curraquilla se puso a perseguir a un pinzón que a su vez perseguía a su hembra. Pero el pinzón estaba demasiado interesado en sus asuntos personales, así que tuvo que volverse hacia un gran paro que salía de su nido en busca de comida para sus pequeños. El ave se enojó, pues los pájaros-madres no tienen tiempo para jugar. El juego dura a menudo largas horas sin apenas interrupciones, pues cuando fallan otros pájaros, siempre queda algún gorrión que perseguir.

En ocasiones las curraquillas y las almendritas no juegan más que con los de su especie, pero lo habitual es que elijan a los de otras. Cuando persigue golondrinas la curraquilla tiene un digno rival que le iguala en la rapidez de las alas y la velocidad del vuelo. Un día cinco golondrinas pequeñas estaban posadas muy juntitas en un cable frente a mi ventana. Una curraquilla joven estaba en un árbol próximo esperando con la misma gana que los pequeñuelos a los progenitores de éstos, que habían ido por comida. Cada vez que regresaban, la agresiva curraquilla los perseguía armando tal confusión que las golondrinas dejaban caer la mitad de sus moscas por las prisas de meterlas en la garganta de los pajarillos y huir de la curraquilla. A veces incluso amenazaban al travieso duende, pero sin éxito. Éste parecía estar en su elemento midiendo su rápido vuelo con el de una golondrina. El plumaje de estas dos aves hacen un contraste precioso; el delicado colorido primaveral de la pequeña e in-

grávida curraquilla contra el profundo azul noche del otro pájaro, mayor y de largas alas. Sin embargo, las alas del primero lo conducían tan de prisa como a la golondrina las suyas, más largas. Esto sólo puede suceder en vuelos cortos en que la curraquilla pone toda su fuerza.

Las golondrinas y los vencejos cuando juegan a perseguir a otros pájaros lo hacen sólo con los de su especie. He visto golondrinas entretenerse con el gracioso juego de coger una pluma. Era una tarde de agosto; estaba yo sentada en la cumbre de un campo en vertiente, en las tierras altas de Devon, cuando vi más golondrinas que de costumbre girando todas juntas sobre un lugar, tal vez por la abundancia de moscas que había ese día caliente y soleado. Los patos y los gansos vagaban por allí y sobre la hierba estaban diseminadas unas cuantas plumas blancas. Vi entonces a una golondrina lanzarse hacia el suelo y elevarse de nuevo con una de esas plumas sujeta en el pico y, girando sobre las otras golondrinas, dejarla caer. Al flotar la cogió una de las que volaban en círculo, y entonces se elevó por encima del resto y la soltó de nuevo para que flotara a través de las nubes de pájaros. Esta vez casi llegó al suelo; luego una golondrina bajó en círculos con gracioso movimiento y rápido batir de alas, y se elevó con la pluma para soltarla una vez más. En ocasiones su caprichoso juguete caía sin que nadie lo cogiese; quizá estaba demasiado ajado para usarlo aún; entonces una golondrina se lanzaba a la yerba, cogía otra pluma en pleno vuelo y el juego seguía su curso igual que antes. Era bonito verlas jugar así entre las lomas, con un fondo de llanuras salvajes y muy lejos la niebla azul de un mar distante que se fundía con el azul más profundo del cielo.

Este juego de las golondrinas tal vez proceda de este otro, más sencillo, común a muchas especies, que consiste en coger cosas, tirarlas y verlas caer; aunque

nunca vi a una golondrina hacerlo. En cierta época una corneja silvestre se aficionó a entrar en mi dormitorio por la chimenea, de madrugada. Vino varias mañanas, y, familiarizada con el cuarto, volaba a mi tocador. Pese a la dificultad de sostenerse sobre la superficie barnizada y pulida, solía deslizarse, coger pequeños objetos y tirarlos desde el borde de la mesa, su cabecita vuelta a un lado con expresión atenta, a fin de verlos caer. En cierta ocasión tiró una fotografía con marco y al estrépito salió volando por la ventana.

Uno de los juguetes de mis carboneros mayores es un tarro de vidrio con tapadera, que contiene conchas. Lo destapan, van sacando las conchas y las lanzan con un movimiento brusco en el suelo o al otro extremo del cuarto, mirando siempre con interés cómo caen. Tratan a las cerillas del mismo modo y a menudo después de una ausencia encuentro cerillas por toda la habitación, pues han abierto la caja y las dos mitades yacen en el suelo.

Uno de los grandes encantos de los vencejos consiste en que son muy juguetones. Se divierten desde la cuna. He visto a uno de estos pequeños sacando la mitad del cuerpo del nido para jugar con un vencejo más chico de un nido próximo. Gorjeando agitadamente, con la cabeza hacia adelante, conseguía tocar la punta del pico de su amiguito. Éste entendió el juego y se salió del nido para recibir el beso, pero ambos se retiraban luego inmediatamente. Entonces el mayor, jadeando, empezó a sacudir a su hermano —o hermana— como si quisiera meterlo en el juego, pero al no tener respuesta, el alegre vencejo se volvió otra vez al vecino y haciendo un enorme esfuerzo sacó casi todo su cuerpecito fuera del nido y tocó el pico del peque con vehementes gorjeos. Este roce o beso fue recibido con evidente júbilo por el chiquitín, que se retiraba repetidamente del nido y volvía a salir sacando la cabeza para que volvieran a juntarse los

picos. El juego se prolongó algún tiempo, y la alegría de los vencejos era tan contagiosa que resultaba imposigle verlos sin reírse. El mayor, en su excitación se estiraba de tal modo que podía acabar cayéndose del nido. Está claro que sus padres no aprobaban aquella broma, pues cuando prepararon su segunda cría sellaron la vieja entrada del nido e hicieron otra en el lado opuesto, donde no había vecinos, a fin de que sus nuevos hijos no sufriesen la tentación de entregarse a juegos peligrosos con los vecinitos antes de tener plumas.

Muchos pájaros juegan como cachorros sacudiendo y mordiendo toda clase de objetos. En la orilla de un estuario en Cornwall observé una vez a una gaviota joven que trataba de ese modo a mi paraguas. Tras un divertido examen jugó mucho tiempo sacudiéndolo y mordiéndolo; después se puso a estirar y soltar el elástico, y estudiaba con gran interés el efecto. Ya antes había escudriñado mi maletín; sacó el contenido; dejó a un lado los enseres de dibujo, pero se apoderó de mi comida, mordió un sandwich y con gran sorpresa mía lo escupió. Luego volvió su atención a mis piernas desnudas, las que picoteó varias veces; después, fijándose en los botones de mis sandalias, trató de arrancarlos; hizo la prueba primero con una y luego con otra, juguetonamente. Cuando se cansó de jugar con el paraguas cayó dormida junto a él, lo que me permitió hacer un rápido apunte antes de que se despertara. Después supe la causa de su mansedumbre. Un mes o dos antes había sido sacada del río, cubierta de aceite y sin poder nadar. Alguien le limpió las plumas y le dio de comer.

Aunque el tordo músico no es un pájaro juguetón, uno de sus hijuelos pasó mucho tiempo en mi jardín sacudiendo y tirando de una cuerda sujeta a un palo, hasta que la desató y tuve que quitarla por miedo a que se enredase en ella.

El mirlo es un individualista en todas sus cosas.

Juega a que es dueño de algo, y juega con un amigo a quien elige. Si éste no puede jugar, no continúa el juego con cualquier otro mirlo. Durante tres años y en todas las estaciones un mirlo de mi huerto jugó con un amigo vecino, a ser el dueño de un pequeño tronco. Como éste se encontraba en una parte del huerto opuesto al territorio del vecino, no era una disputa territorial, sino un juego que entretenía a ambos pájaros muchas horas todos los días. Incluso en la época de cría jugaban un ratito por las tardes. Si el vecino no aparecía mi mirlo iba a buscarlo y regresaban juntos a su tronco. El juego empezaba con el paseo típico de los mirlos, el cual encabezaban por turnos. Luego uno de los pájaros volaba al tronco mientras el otro lo sacaba de allí y se posaba a su vez en el sitio con la cola abierta, la cabeza vuelta hacia arriba y una actitud de desafío burlón. Después le tocaba ser expulsado, el paseíto empezaba de nuevo y se repetía el juego, con frecuencia durante varias horas y con ligeras variantes. Se parecía un poco al juego infantil "Soy el Rey del Castillo." He visto a otros muchos mirlos machos jugando de esta manera, siempre con un amigo a quien elegían mientras que los demás vecinos eran tratados de otra manera y en general expulsados del territorio. Tinieblas y Hoja de Roble son otro ejemplo de ésto (véase página 89).

Todo ello demuestra que la psique del pájaro obra de conformidad con el individuo lo mismo que con la especie.

Los pájaros toman baños de sol a menudo en verano y otoño, utilizando con frecuencia troncos de árbol o ramas muertas. En mi huerto un manzano seco y casi caído es uno de los *solarios* favoritos. Descubrí esto por primera vez una mañana, a mediados de verano, cuando el sol alcanzaba su cenit. En el huerto lleno de follaje, donde la yerba casi llegaba hasta el hombro, este árbol semicaído y de ramas des-

nudas se erguía como una roca gris en un mar verde oscuro. A lo largo de su inclinado tronco y de sus ramas secas había varios pájaros tomando el sol, echados de pecho, con las alas y colas desplegadas de modo que cada pluma brillaba a pleno sol. Todos tenían la cabeza vuelta a un lado y ligeramente alzada y los picos entreabiertos, como para que los rayos entraran también en ellos. Tres curraquillas estaban en la rama superior, algunos carboneros mayores y herrerillos se encontraban sobre el roído tronco, mientras que su base había sido elegida por dos mirlos jóvenes.

A veces un pájaro familiarizado conmigo extiende las alas y la cola para tomar el sol en mi regazo o en la flexión de mi brazo. Alza todas las plumas de su cabeza y de su cuerpo y sostiene siempre el pico entreabierto, tal vez para respirar mejor, pues durante una ola cálida suelen volar con los picos de par en par. Los jilgueros son un delicioso espectáculo cuando toman sus baños de sol.

Vi una vez dos garzas tomando el sol en un prado de botones de oro, junto a un río. Sus largos cuellos estaban estirados al máximo y se dirigían hacia arriba, con las cabezas ladeadas y los picos abiertos mientras sostenían sus alas a medio desplegar, bajas y separadas de los costados. Estos largos cuellos, blancos, parecidos a los de la serpiente, hacían un efecto extrañísimo sobre el áureo fondo y a la luz del sol. Permanecieron inmóviles tanto tiempo que no parecían aves sino las formas de alguna estatua simbólica; la expresión de algo remoto y lleno de misterio.

A lo largo de ese mismo río había avefrías y gallinetas petirrojas formando grupos mixtos, bañándose y salpicándose juntas en los bajíos y tomando el sol unas junto a otras en las piedras, a orillas del agua. Los notables contrastes de estas dos especies daban un gran encanto a su amistosa unión. Tomé entonces las siguientes notas: las avefrías revolotean

batiendo alas, mientras sus patas se balancean sobre el cristal del agua, que las refleja perfectamente. ¡Cómo disfrutan con el agua, bañándose y salpicándose y después sacudiendo sus alas empapadas para que se sequen! Se persiguen excitadamente entre sí cayéndose cerca del río con gritos salvajes, volando hacia arriba en curva y bajando después con las alas sesgadas, de pétalos anchos y puntas desiguales como si las rasgase el viento. Las gallinetas petirrojas son de vuelo terso; sus alas agudas, de limpio corte, las llevan con veloz precisión. Llaman con notas de sonido claro y puro, mientras espuman la superficie de las aguas con rápidos vuelos en zig-zag, o se elevan con amplias curvas, meciéndose arriba y abajo en las márgenes verdosas, con las patas sobresaliéndoles por detrás como pequeñas lenguas de fuego. Se posan entre las piedras húmedas y brillantes al borde del agua, haciéndose invisibles de pronto y cambiando su color de los deslumbrantes matices blanco y carey vistos en vuelo, a un tono muerto y gris, que armoniza con las sombras de las piedras. Se detienen, inmóviles un momento, como si dormitaran, y de súbito se elevan una o dos, se lanzan sobre el río llamando y trinando; otras siguen en grupos de dos o tres e intálanse en otra parte, y cuando aterrizan sus largas alas quedan suspendidas un momento; luego las pliegan ordenadamente trayéndolas primero hacia adelante, y sobre sus costados después.

Muchas especies emplean el vuelo y el canto como distracciones favoritas. Hablaremos de esto en otros capítulos.

CAPÍTULO VI

REFUGIO NOCTURNO, COMIDA Y CAJAS PARA LOS NIDOS

Los pájaros son más previsores de lo que se supone. Con frecuencia buscan y prueban desde la mañana los lugares donde van a dormir; si el sitio escogido lo ocupa más tarde otro pájaro, hay pelea, feroz por parte del legítimo dueño, débil por parte del usurpador. Una vez un carbonero mayor que no encontraba cama halló a un herrerillo durmiendo en una caja suspendida al marco de la ventana. Adoptó actitudes amenazadoras y picoteó al herrerillo en su lecho. Este se defendió con vehemencia y el carbonero al no conseguir el sitio, echó a volar. Pero regresó pronto e inició un violenta ataque contra la caja desde la parte de atrás, donde la madera, por estar podrida, se había reforzado con cartón. Su embestida fue eficaz; esa parte cedió y el herrerillo se vio obligado a dejar su refugio; lo mismo hizo el gran paro pues ya no era útil para nadie. Yo reparé el daño rápidamente. El carbonero vino en seguida y se sentó dentro de la caja. Le siguió el paro azul gruñendo fuerte y atacando con la cabeza baja al carbonero, como cuando se está decidido a ganar una pelea. El carbonero no se defendió y unos instantes después echó a volar mientras el herrerillo entraba en su dormitorio. El carbonero parecía comprender su mal comportamiento; agotó toda su furia, tenía aire culpable y volaba con la cola baja. En las tardes siguientes se habituó a mirar dentro de la caja para comprobar que el herrerillo estaba allí; estaba siempre, así que brincaba al techo, daba dos o tres golpes secos como en broma, y se iba a buscar otra cama. A veces antes de irse miraba con

extraña expresión la parte trasera de la caja, tal vez recordando su arremetida, pero no la repitió.

El primer gran problema que debe resolver un pajarillo es el de encontrar retiro seguro para la noche. Una mañana observé a un carbonero mayor joven consagrando mucho tiempo a ensanchar un pequeño orificio en un árbol. Logró arrancar algunos trozos de madera podrida, pero su pico no era todavía bastante fuerte para esa tarea y no le fue posible agrandar el agujero lo necesario para moverse dentro de él, pues un pájaro no duerme nunca de espaldas a la entrada. Solo le quedaba al joven paro una solución; intentó entrar de espaldas. Era divertido ver sus esfuerzos, pues le resultó muy difícil introducir la punta de su larga cola en la abertura, y llevó a cabo una serie de cabriolas, siempre con la cabeza vuelta para no perder de vista a la engorrosa cola, hasta que consiguió meter la punta en el agujero. Entonces lentamente deslizó el resto de su cuerpo para atrás en la estrecha hendidura. El espacio era muy justo y su cabeza quedaba demasiado próxima a la entrada para que el lecho fuera seguro, pero permaneció allí algunos minutos; luego salió en busca de otro mejor, cosa que encontró pronto; en él durmió todas las noches. Pero le había costado trabajo dar al fin con una cama.

A veces encuentro al miembro más chico de una cría volantona —y esto ha ocurrido con diversas especies— refugiándose al caer la tarde en el suelo bajo las hojas de las plantas o entre viejas raíces de árboles. Sus progenitores hacen todo lo posible por animarle a buscar lugares seguros, pero tal vez el pequeño opina que la tierra le brinda más calor y protección contra el viento. He tratado de colocar a estos pajarillos en árboles protegidos, creyendo que tal vez les cuesta trabajo volar hacia arriba, pero dejan su elevada percha y vuelven inmediatamente al suelo, aunque son pájaros que viven en los árboles. Parece

que no buscan las alturas por instinto, sino que aprenden poco a poco a encontrar un refugio nocturno seguro en los lugares propios de su especie.

Una noche, a las diez y media (hora doble de verano) acababa de acostarme cuando un carbonero mayor chiquitín con una cola que apenas tenía un cuarto de pulgada de largo, revoloteó por la ventana y se instaló en mi pecho. Después de examinar detenidamente mi cara se acurrucó a una pulgada de mi barbilla con la cabecita bajo el ala. Era una bolita de esponjadas plumas, leve como el miraguano. Pasado un rato intenté levantarlo sin que se despertara, pero dándose cuenta de mi intervención se acurrucó aún más cerca de mi barbilla, así que me vi obligada a mantener la cabeza levantada mientras dormía, cosa de una hora. Entonces intenté de nuevo alzarlo, pero al primer roce revoloteó hasta mi hombro, y se durmió allí de nuevo al instante. Por fin lo puse en una cajita junto a mi cama. Esto no le gustó; despertó por completo, voló a la ventana y durmió hasta el amanecer agarrado al interior del marco; más tarde lo puse fuera para que se reuniese con el resto de la cría. (Era uno de los más pequeños de una segunda cría de Juana.)

Los herrerillos tienen menos dificultad para encontrar abrigo, porque como son tan pequeños se meten en las más estrechas hendiduras. Pero a veces los muy chiquitos se creen más chicos aún. Una tarde, a la puesta del sol, nueve pajarillos revolotearon en mi sala tratando de instalarse en las grietas de las puertas u otros intersticios demasiado estrechos, incluso para un herrerillo que acaba de dejar el nido. Uno se acercó a mi bolso de mano que pendía del tirador de la puerta, haciendo cómicos esfuerzos para meterse por el cierre. Fracasó también, así que toda la cría se fue con gran parloteo y sus padres la condujeron a los árboles.

A veces sucede que uno de mis carboneros mayo-

res jóvenes en vez de acudir a su lecho habitual en una caja sobre la moldura de la pared, sobre mi cama, se siente vagabundo en las primeras horas de la noche y no regresa hasta la mañana. En cuanto entra en el cuarto —a eso de las siete y media— vuela directamente a su cama y permanece allí unos minutos, tal vez porque echó de menos su cómodo lecho en su noche de parranda. Y ese día se acuesta temprano.

La hora de dormir de los pájaros varía mucho. Unos individuos de una especie necesitan más sueño que otros; no sólo se acuestan antes sino que con frecuencia se despiertan más tarde. Entre los carboneros mayores la diferencia puede ser hasta de dos horas, lo que no tiene nada que ver con la edad. También algunos duermen más profundamente y se despiertan con menos facilidad por la noche. Rizos, por ejemplo, dormía en las breves noches de verano sin moverse una sola vez, mientras que otros se mueven muchas veces, incluso picoteando el fondo de sus cajas. Rizos fue la primera que durmió en la moldura de la pared, por encima de mi cama; y bien pronto mi sala y mi dormitorio se llenaron de grandes paros jóvenes que dormían en las molduras siendo muy codiciados y disputados los rincones. Una noche Rizos cayó de su sitio, dormida, pues la moldura es resbaladiza y no hay modo de entrelazar las patitas. El susto le duró un rato, pero en cuanto encendí la luz voló de nuevo a la moldura y se durmió. A la noche siguiente le di una caja de cartón que puse en la moldura; después tuve que tener muchas más para atender a las necesidades de los paros. En vez de colgar cuadros en mis paredes las tengo llenas de cajas vacías de azúcar y cereales; con frecuencia, de día, los paros golpean esas cajas y juegan y hacen agujeros en el techo de sus dormitorios, pero no intervengo nunca, ya que esto los tiene ocupados estropeando sus propios lechos en vez de deteriorar mis cortinas, mis sillones y otros muebles, los que hacen pedazos. Se

sienten dueños de esas cajas y sus poseedores atacan a cualquier otro paro que se divierta de día golpeando el cartón. Cuando ya tienen su plumaje de adultos no les gusta dormir cerca unos de otros, y todas las noches hay breves disputas con motivo de las camas. Los más decididos a quedarse toman posesión de sus cuartos, y los otros son rechazados y expulsados poco a poco. Si el tiempo es muy malo algunos regresan a menudo a sus viejas cajas y no hay protestas, pues los que tomaron posesión se muestran tolerantes. Los carboneros mayores tienen tanta personalidad que su conducta a la hora de dormir varía mucho, en eso como en todo, por lo que es muy interesante observarlos. Al amanecer me despierta todas las mañanas el sonido de las alas de los pájaros que revolotean por la habitación a oscuras y salen por la ventana, por encima de las cortinas.

Una noche lluviosa, de invierno, a la una, se levantó un gran viento que metía la lluvia por mi ventana abierta. Me levanté, encendí la luz y puse la mano sobre la manija para cerrar una de las ventanas cuando uno de mis carboneros mayores voló desde la noche oscura directamente a su caja, sobre mi lecho. Fue una sensación muy bella y extraña la de ver a un pájaro volando desde la húmeda y tormentosa noche.

En otoño y en invierno mi mirlo macho, Tinieblas, y su compañera se ocupan poco uno del otro de día, pero esto es lo que suelo observar a la hora de dormir. La hembra aparece en el pasto al atardecer, mira hacia un árbol, aletea un poco o levanta la cola. Entonces Tinieblas vuela a otra parte del pasto y la mira de lejos. Ambos comen un rato; luego ella se va a dormir en el *macrocarpus* cerca de mi ventana. Él ladea levemente la cabeza hacia ella, dando a entender que advierte sus movimientos, pero sigue comiendo y brincando por el pasto a la luz del crepúsculo. Después se acuesta en otra rama del mismo

árbol. Ella puede acostarse media hora antes que él o esperar hasta el ocaso, y entonces él la imita inmediatamente, pues las horas de dormir varían según las aves. El tiempo influye asimismo; también si hay en el pasto otros mirlos se entretienen más, tal vez porque les interesa su presencia. El 23 de septiembre tomé las siguientes notas: Al caer el sol había siete mirlos que comieron en el pasto hasta que se hizo demasiado noche para distinguir a los pájaros viejos de los jóvenes y los machos de las hembras. Revoloteaban con movimientos rápidos, en la oscuridad, y parecían una pandilla de gnomos digna de verse. De repente un pájaro lanzó un agudo "chinc, chinc" y prolongando ese grito voló a dormir al *macrocarpus*. En seguida todos los demás se retiraron en silencio. Es la primera vez este otoño que se anunció la hora de ir a la cama y es probable que la cosa continúe, ya que el territorio en que se duerme tiene su importancia en otoño e invierno.

Las pocas veces que duermo siesta, el carbonero mayor que descansa por encima de mi cama se posa un momento en el biombo junto al lecho, vigilando mi forma yacente; luego vuela a su sitio. Le oigo alisar sus plumas antes de instalarse, y permanecer quieto unos tres minutos. Después empieza a inquietarse, golpea jugando el suelo de su caja, y por fin vuela por la ventana o viene a jugar a mi lecho. Parece que los pájaros consideran mi cama como mi nido, pues a veces ha habido veinte o más jugando en él si he estado enferma y, en vez de ensuciar las sábanas o las mantas, vuelan al borde de la ventana donde hay periódicos extendidos para esos menesteres y luego regresan a mi cama. Sólo si algo les molesta o si les hablo con severidad porque han roto mi libro o desgarraron una manta, replican ensuciándose en el lecho y volando después a la ventana. Nunca juegan en mi cama cuando no estoy en ella.

Cierto invierno en que estuve enferma dos o tres

semanas los paros jugaron diariamente sobre mi lecho de muchas maneras. Algunos jugaban, según parece, a que yo les pertenecía, y se pavoneaban paseándose encima de mí, con las colas bien extendidas, las alas semiabiertas y caídas, las cabezas muy derechas y los picos señalando al techo. Se hablaban en extraño lenguaje y su expresión era tan divertida que no se les podía mirar sin reírse. Sin duda todo era una broma; los pájaros que tomaban parte en el juego no peleaban por un territorio, puesto que estábamos a primeros de invierno. Otro entretenimiento consistía en deslizarse por las pendientes de mi almohada; deporte alpino en miniatura que parecía encantarles. Trepaban hasta arriba y luego bajaban despacio sin mover las patitas. A veces rodaban sobre la cama, de dos en dos, con las patas entrelazadas, disputándose un trozo de queso. Cuando ya no tenía más queso que darles se convertían en verdaderos tiranuelos, especialmente Cabeza Pelada, que es un pájaro muy decidido, con un pico bien afilado. Cuando se erguía sobre mí con expresión amenazadora, exigiendo lo que no me era posible darle, tenía yo que ocultarme por completo entre la ropa. Si sacaba la cabeza para respirar se lanzaba sobre mi nariz y picoteaba con fuerza mis mejillas, por lo que me veía obligada a taparme otra vez la cara con las sábanas. Pero su ingenio era tan agudo como su pico; trataba de llegar hasta mí tirando del embozo, levantando la orilla y deslizándose debajo hasta que alcanzaba mi pelo, del que tiraba con fuerza, mientras los otros paros caminaban por la sábana, sobre mi rostro, picoteándola de vez en cuando para descubrirme. Siempre me infligen estos malos tratos cuando se agota mi provisión de queso y nueces, cosa que ocurre con excesiva frecuencia en estos días de escasez y racionamiento.

Si creen que tengo cacahuates tiran las demás golosinas que les doy y me piden con insistencia lo que

desean hasta que los llevo a la despensa donde suelo guardar esas cosas y les hago ver que la lata está vacía. Entonces entienden y se acuerdan de que no hay nada, hasta que recibo una nueva provisión. Cuando enseño a Cabeza Pelada la lata vacía parece muy enojado; el cambio de su expresión salta a la vista y vuela por la ventana haciendo con la cola un movimiento que sólo emplea cuando está fastidiado. Pero vuelve pronto a posarse en mi hombro y entonces acepta un poco de queso. Yo solía guardar los pocos cacahuates que conseguía en el cajón de una mesa, pero algunos carboneros mayores encontraron el modo de cogerlos, incluso con el cajón cerrado. Trepaban bajo la mesa, se metían por la parte trasera del cajón y luego sacaban los papeles y cartas dobladas que les cerraban el paso, y las tiraban al suelo. Esto era difícil y les llevaba varios minutos. Después se deslizaban a lo largo del cajón hasta la parte delantera, donde escondía la golosina. Era una proeza asombrosa, pues los papeles doblados casi llenaban el largo pero estrecho cajón. Merecían los cacahuates por ese esfuerzo, pero como el suelo se cubría de papeles que era necesario volver a colocar en el cajón varias veces al día, opté por guardar las provisiones en otro lado.

Cuando mis grandes paros quieren un cacahuate que yo sostengo con firmeza entre mis dedos empiezan esforzándose por arrancármelo, y si esto falla tratan de abrirme los dedos, lanzándome mientras tanto impacientes miradas.

En cuestión de comida los pájaros tienen sus preferencias igual que las personas. A un tordo le encantan las pasas, pero no come pan excepto cuando la nieve cubre el suelo y tiene un hambre atroz; otro rechaza las pasas y quiere pan. Un mirlo no comía lombrices, sino que se nutría de insectos, fruta, etc. Tinieblas come a veces una avispa después de arrancarle el aguijón, pero es el único mirlo al que he visto hacer esto. Los carboneros mayores comen abejas; sólo uno

de los que yo conozco gusta de las avispas; siempre les arrancan con gran destreza el aguijón a las avispas y abejas antes de devorarlas.

Una vez vi a un joven carbonero mayor acercarse con cautela a un enorme abejorro que engullía una pera caída en el pasto. Después de vacilar un momento el paro golpeó suavemente el cuerpo peludo del insecto con su pico. Zumbó iracundo y trató de volar, pero sólo pudo arrastrarse de prisa mientras el paro brincaba tras él picándole el lomo. Llegaron de este modo hasta la mitad del pasto, y entonces el abejorro echó a volar pesadamente; el paro se le quedó mirando y lanzó un grito de dos notas. El carbonero joven está lleno de vida y de curiosidad; este incidente divertido no tenía nada que ver con la comida, estaba jugando con el abejorro y por su expresión y su actitud sospecho que sintió perder su juguete. Nunca los comen.

El queso es una golosina predilecta de los paros, como de la mayoría de los pájaros; pero hay uno o dos que lo rechazan gustándoles en cambio el tocino y los frutos oleaginosos de cáscara dura, como la nuez y el cacahuate, mientras que otros quieren queso y no comen tocino. El tiempo influye en la selección de sus alimentos. Cuando hace frío quieren más grasa y queso; en época de calor dejan la grasa, pero no rechazan el queso ni los oleaginosos antes dichos. A algunos no les gustan todos, pero no he visto aun ningún carbonero mayor que haga ascos a los cacahuates. Hace poco conseguí un coco, el primero después de la guerra; los paros lo contemplaron nerviosamente y no se decidieron a picotearlo hasta que pasaron dos horas desde que lo suspendí fuera. Incluso cuando trataron de comerlo, a muchos, con gran sorpresa mía, no les entusiasmó esa clase de alimento; dos o tres carboneros mayores hicieron una mueca, se limpiaron los picos después de probarlo y no volvieron por más. Mis pájaros están todos bien alimentados;

probablemente devorarían el coco si estuviesen hambrientos. Observé que a los herrerilos les gustó más que a los carboneros mayores, pero aun estos se mostraron discretos en la porción que comieron, y tomaron en cambio mucho más pan y tocino. Creo que el coco constituye un alimento bastante pesado para los pájaros y que si se les da a los paros debe suministrárseles también manteca y pan, de otra manera, estimulados por el hambre, comerán demasiada cantidad de un alimento que no les conviene en grandes raciones.

Tengo algunos carboneros mayores que miran mucho qué tipo de queso se les ofrece. Tiran al otro lado del cuarto el queso de Holanda, mientras saborean el que les gusta. Algunos pájaros no pueden digerir las grasas, éstas perjudican a los pequeños, especialmente a los carboneros mayores y tal vez a toda clase de paros chicos. Tuve una pareja de carboneros mayores que alimentaban a sus pequeños con abundantes raciones de sebo de carnero. Pero me horrorizó observar que éstos nunca tuvieron plumas normales. Cuando les llegó la hora de abandonar el nido se arrastraron y cayeron al suelo sin poder volar. Eran feísimos, de color pardo; parecía que los hubieran sumergido en grasa y sus alas sin desarrollar no tenían una sola pluma de color. Solo tres salieron del nido y presumo que los otros murieron antes. A estos desdichados pajarillos los devoró a la media hora un gato. Sus inexperimentados y aturdidos padres eran pájaros de un año; yo también desconocía entonces la dieta que debe seguirse en el nido. Éste es el único caso que he visto entre mis pájaros, incluso en parejas primerizas, de alimentación equivocada. Siempre les dan alimento natural los primeros días, cuando salen del cascarón, y luego añaden pequeñas cantidades de queso que van aumentando. Los paros no dan a sus pequeños ningún otro alimento artificial, excepto queso o cacahuates cuidadosamente seleccionados, que mastican antes en pequeños fragmen-

tos. Cuando el tiempo es malo los carboneros mayores exageran a veces la ración de queso y entonces los pajarillos cierran el pico y se niegan a comer más. El progenitor en esos casos lanza una nota de enojo, prueba con todos los miembros de la cría y si ninguno le hace caso, los regaña suavemente de nuevo y sale del nido a comerse el queso o a tirarlo. Luego va en busca de una oruga, que los pequeños aceptan, pero si han tomado tanto queso que rechazan incluso este alimento natural, los padres los dejan tranquilos un rato hasta que les vuelve el apetito. Después aprenden con la experiencia y procuran no exagerar la ración de queso. Lo mismo sucede con los mirlos, pero aquí es siempre el padre quien abusa del alimento artificial. A veces lo observo tratando de forzar, incluso durante cinco minutos, los pedazos de pan en el pico de un pequeño que está tan hastiado de esta clase de comida que trata de huir del obstinado progenitor volando, aunque el padre lo persigue ofreciéndole en vano el desdeñado sustento. Luego el progenitor coge un insecto y entonces no se le rechaza. El mirlo-padre no se conduce con la misma viveza de entendimiento que los carboneros mayores, sino que aprende poco a poco lo que estos captan en seguida.

Se trató de criar en cautiverio a unos bigotudos. En este caso los padres se comportaron de un modo anormal, como suele ocurrir con los pájaros privados de libertad. Cuando sus pequeños, alimentados con exceso, no abrieron los picos para comer, los padres los expulsaron del nido en vez de esperar que les volviese el apetito, como han hecho siempre con mis paros. El pajarillo, si está sano, digiere tan pronto que vuelve en seguida a tener apetito, aun cuando está sobrealimentado. Es posible que aquellos bigotudos no gozasen de buena salud por culpa del alimento inadecuado que recibían en su cautiverio.

Los petirrojos y los gorriones parecen medrar con la dieta de alimento artificial, pasados los primeros

días. Cuando los pequeños de Dobs han cumplido una semana coge todo el pastel, queso, carne gorda o magra, grosella y pasas pequeñas, que puede encontrar, y se lo mete en el pico; nunca rechazan nada. El tordo joven se muestra poco aficionado a ese régimen; pronto empieza a escupir los alimentos artificiales, y otra vez abre el pico ante sus padres, que por lo visto comprenden. Durante las sequías, cuando se encuentran pocas lombrices o babosas, mis jóvenes tordos se ponen en el suelo en cuclillas para que sus padres les echen hormigas en el pico con mayor facilidad.

Cuando empecé a colocar cajas a fin de que los pájaros anidaran en ellas no limpié las usadas, creyendo que las preferirían así. La experiencia demostró mi error. Observé que los paros que usaban las cajas sucias estaban muy inquietos por la noche, despertándose continuamente a fin de alisarse el plumaje, mientras que los que utilizaban las cajas limpias se veían libres de parásitos y nunca necesitaban alisarse de noche. Vi a los paros acercarse a las cajas sucias, asomarse, y atusarse luego una o dos veces rápidamente para volar en seguida sin entrar en ellas. Al examinar dichas cajas vi que había piojos alrededor del orificio de entrada. En cuanto las limpié (siendo el mejor procedimiento el del agua hirviendo echada por todos lados) los paros ocuparon las cajas y no volvieron a alisarse ni a mirar adentro. Todas las cajas que limpio se emplean para dormir en invierno y para anidar en la primavera; las que quedan sucias no vuelven a ser ocupadas excepto a la fuerza cuando escasean los lugares seguros. Algunas personas creen que es preferible "dejar que las cosas sigan su curso natural". Pero al dar a los pájaros cajas impermeables los incitamos a utilizar algo que no es completamente natural. Los orificios de los árboles tienen probablemente la humedad necesaria para su propia limpieza. También observo que las hormigas entran en los agujeros donde anidan los paros, no para ani-

dar a su vez allí, sino por alguna razón concreta. Yo creo que con objeto de comer los piojos. Tengo motivos para pensar esto porque el otro día al limpiar las perchas de los paros aparecieron algunas hormigas y las vi marchar con los piojos que yo estaba quitando de una de las cajas. Muchas clases de pájaros cuando padecen dicha plaga cogen hormigas y se las ponen entre las plumas.

Es importante que la entrada de una caja de nidos esté a no menos de veinticinco centímetros del fondo, pues la pata del gato, si está resuelto a coger pajarillos, se hace larga y flexible. El incidente del herrerillo relatado en la p. 16 del capítulo I sólo puede explicarse porque algún gato llegó hasta el nido cuyo agujero estaba a trece centímetros del fondo. He visto un gato metiendo su pata en el nido a lo largo de 15 centímetros. Desde que tomo la precaución de darles veinticinco centímetros cesaron los asaltos. A los paros les gusta tener en el nido una alfombra de pajitas de cinco a siete centímetros, así que dejando a un lado el peligro de los gatos, son preferibles siempre las cajas más hondas. Los pajarillos tienden a salirse prematuramente si la entrada es accesible, y un día o dos más en el nido dobla su posibilidad de sobrevivir, pues el pequeño de alas inseguras es una presa más fácil para muchos enemigos. Les gusta disponer de mucho espacio para extender las alas antes de echar a volar, así que la caja no debe ser estrecha. Les doy a las mías dieciocho centímetros por trece, o más. Las latas de petróleo tienen gran éxito con los paros y han ocupado varias, pero creo que los jóvenes están mejor en cajas de madera. A no ser que se encuentren protegidas contra el sol, las cajas de nidos no deben estar nunca de frente al sur o el oeste. Observo que la luz del sol que penetra por el orificio a última hora del día incita a los pajarillos a volar cuando no deben. A los padres les gusta que vuelen del nido por la mañana

temprano, ya que esto les da tiempo para cobrar aplomo y discernir cuáles son las mejores camas, antes de la hora de acostarse.

Me traen con frecuencia pájaros heridos; algunos están graves, pero a menudo sólo tienen algo sin importancia y se hubiesen curado dejándolos en una rama segura junto al lugar donde se los encontró. El susto que les produce el desconocido contacto humano y el verse alejados de sus casas, aun con el mejor de los propósitos, les causa a menudo la muerte. También a veces el pajarillo que me traen es un pequeño apenas desarrollado que hubiera estado mejor en el arbusto o en el seto donde lo hallaron. Si lo alejan de sus progenitores tiene pocas probabilidades de sobrevivir, pues se le priva de su alimento natural. Algunas personas me han dicho que intentaron revivir a los pájaros heridos dándoles coñac, pero esto les hace mucho daño. Debe dárseles agua lo antes posible y un poco más tarde algo de leche, pan mojado en ella, o rallado o partido en trozos muy pequeños. Es probable que el pájaro pase cierto tiempo sin poder comer, pero se le puede dejar la comida a su alcance y luego cuanto más tranquilo esté, más fácil será que se reponga. El pájaro silvestre no entiende de caricias, así que no se le debe mimar ni tocarle las plumas. Esto sólo contribuye a aumentar el susto del ave. El alcohol se considera muy perjudicial para los seres humanos en caso de lesiones en la cabeza, y debe recordarse que lo mismo ocurre con los pájaros, sobre todo no debe dárseles de ninguna manera cuando están sin conocimiento.

CAPÍTULO VII

LOS PINZONES Y OTROS PÁJAROS

El pinzón real

Los pinzones reales habitan en mi jardín la mayor parte del año, vagando campo adentro en otoño y a primeros de invierno únicamente, período en que dejo de verlos unas semanas. Cierta primavera tomé las siguientes notas acerca de mi pinzón real, llamado Chantre porque cantaba una preciosa salmodia.

22 de marzo. Esta mañana oí a Chantre llamando con fuerza inusitada desde los árboles, así que fui a ver qué sucedía. Volaba alrededor del jardín, posándose muy a la vista en las copas más altas, gritando lo más que podía mientras sacudía la cola y alzaba la cabeza, ostentando el pecho resplandeciente que brillaba al sol en toda su intensidad. En eso apareció otro pinzón real; creo que un hijo de Chantre, pues este macho lo acompañó siempre, así como a su hembra, desde el verano pasado. Voló junto a él y se posó enfrente, en la misma rama; parecía que le estaba comunicando algo. Chantre afirmó varias veces con la cabeza, al par que sacudía rápidamente la cola. Entonces ambos pájaros asintieron, uno frente al otro, con las cabezas casi unidas. Luego el segundo pinzón voló sobre los árboles a un prado próximo. Mi impresión fue la de que esta pequeña ceremonia era una despedida; ignoro si acerté o no, pero no he vuelto a ver al otro pájaro en mi jardín. Chantre prosiguió con sus fuertes llamadas, y su hembra apareció pronto en un árbol vecino. Voló hacia ella y se paró en una rama a unos pies de distancia, la miró un momento y entonces voló hacia arriba, le rozó delicadamente el pico —beso de pájaro— y voló de

nuevo en seguida a su percha anterior. Ella se había inclinado para recibir el beso, y se limpió cuidadosamente el pico en la rama en cuanto él volvió la espalda. Entonces voló a un árbol más alejado de su compañero y él la siguió enfrente, volando como antes a rozarle el pico que ella le tendía. Los observé durante media hora, de árbol en árbol, donde ella recibía el delicado beso, sin volver a limpiarse el pico en los intervalos. Más tarde volaron al lugar donde estuvo su último nido, un arbusto alto y espeso en la huerta de mi vecino.

25 de marzo. Parece que los amores de Chantre progresan. Él y su compañera estuvieron durante la mañana posados a un pie de distancia en la rama de un árbol, mientras él danzaba hasta ella con movimientos ardientes y veloces, dándole el pico varias veces seguidas. La hembra se había posado dándole la espalda, pero siempre volvía la cabeza hacia él para recibir sus besos. Después comieron en el árbol de su antiguo nido, donde ahora se les ve con frecuencia. Chantre estiró la cabeza para picotear una hoja naciente en una rama casi fuera de su alcance, perdió el equilibrio y aterrizó en la parte baja del arbusto. Sin preocuparle el incidente siguió comiendo una rama inferior como si la caída hubiera sido voluntaria. He visto con frecuencia a los pinzones reales perder el equilibrio y caer sobre las ramas inferiores cuando trataban de picotear yemas muy altas.

Unos días después de tomar estas notas Chantre y su hembra se dejaron ver siempre juntos; si ella le perdía de vista un momento, los píos de él la orientaban. La deliciosa tonada de su canto se encuentra completa en la segunda parte, *El canto de los pájaros,* capítulo XII. Aunque no cantaba con frecuencia la tonada entera, solía desgranar a menudo las notas iniciales o la cadencia, conservando en los tonos suaves de su voz y la dignidad de su canto llano el carácter del discreto pinzón real.

Cuando los pequeños de Chantre volaron, estos extraños críos, con cuerpecitos robustos y apenas un asomo de cola, fueron traídos a mi jardín donde los padres pasaban mucho tiempo en los macizos de flores extrayendo las semillas de los nomeolvides, con las cuales alimentaban a la cría, posada en hilera sobre la pérgola. También podía verse a Chantre y a su hembra adheridos al perifollo, curvado bajo su peso, mientras cogían las semillas a punto de madurar. Sus pequeños, llamando suave y persistentemente, revoloteaban a su alrededor si les apretaba el hambre; intentaban a menudo posarse en los tallos delgados de las yerbas o las flores silvestres, que no los sostenían, y probaban muchos tallos vacilantes antes de encontrar uno donde poder instalarse con las alas plegadas.

Creo que se ha exagerado el perjuicio que los pinzones reales hacen a los botones de fruta, pues lo cierto es que mis árboles producen la misma cantidad de fruta que los de las huertas donde no come este pájaro. Al empezar la primavera se nutren principalmente de ensalada de brotes verdes y esta poda en las hojas parece mejorar la calidad de la flor. Cuando los árboles empiezan a frutecer eligen primero las ciruelas y las manzanas silvestres que crecen en los setos de mi huerto; luego se dedican a los perales y los manzanos, en particular los segundos; sin embargo, dichos árboles se cargan todos los años de fruta (excepto de vez en cuando, si descansan). He llegado a la conclusión de que el pinzón real sólo elige yemas enfermas. La única vez en que hubo daño manifiesto fue un año en que un pinzón real travieso cortó todas las flores de tres manzanos silvestres; el suelo quedó blanco como la nieve, pero el espectáculo de este lindo pájaro entre las flores valió la caída prematura de ellas. Este año mis manzanos silvestres tuvieron mucha fruta (lo mismo que los otros frutales del huerto) y esas manzanitas de un rojo brillante, tan decorativas, fueron muy buscadas

por los mirlos, los tordos, los petirrojos y dos alondras. Estas últimas pasaron cinco días en la última semana de septiembre alimentándose casi de continuo de esta fruta, antes de iniciar su viaje. No es posible imaginarse un cuadro más encantador que el formado por estas alondras, macho y hembra, inclinando sus oscuras y relucientes cabecitas sobre las manzanas rojas que resplandecían como diminutos farolitos venecianos y se mecían frecuentemente al primer roce de sus picos, si picoteaban los lados sin sostener la fruta, pues están suspendidas en un largo tallo. Las alondras miraban atentamente hasta que las manzanas dejaban de columpiarse; entonces les daban un picotazo más fuerte, lo que producía mayor balanceo, y acababan posándose en un sitio donde podían atacar la fruta desde abajo, sujetando el tallo al mismo tiempo. Cuando las manzanas estaban agujereadas hasta las pipas, le tocaba el turno a los pinzones, ya que esa parte constituye su porción predilecta.

El pinzón

En cierta época tuve varios pinzones que comían, o mejor dicho arrebataban su comida de mi mano. Cuando descubrieron que podían conseguir su alimento de ese modo, se hicieron exigentes y tan ruidosos, volando como huracanes mientras lanzaban agudos gritos, que crearon una conmoción entre los paros, que suelen posarse amistosamente, y se veían barridos de mi mano. De esto resultó que los paros se pusieron a arrebatarme la comida, sólo por no chocar con los pinzones; así que tuve que dejar de estimular a estos últimos, excepto a uno, llamado Chink, al que tengo constantemente en mi jardín desde hace nueve años. Vuela hacia mí desde los árboles cuando lo llamo: "Chink, Chink" en el tono más agudo posible. Pero, lo mismo que los demás, arrebata la comida cogiendo tres o cuatro trozos a la vez, si puede, aunque deja

caer algunos cuando echa a volar. Nunca se ha posado a comer en mi mano como los paros, los petirrojos y algunos mirlos. Chink sólo viene por su comida y, al contrario que otras especies, demuestra poco interés por mi compañía. No parece lo bastante inteligente para entrar y salir por las ventanas en busca de alimento por muy hambriento que esté; pero vuela a mi encuentro en los caminos junto con los paros y me sigue un rato cuando salgo en invierno. A principios de la primavera sus exigencias son exorbitantes. Si estoy sentada en el jardín se posa en el respaldo de mi silla y grita y canta en mi oído hasta que le doy más comida; si me niego a hacerle caso llama persistentemente hasta que me ensórdece con sus fuertes y agudas notas cerca de mi tímpano, así que cuando ya no tengo nada que darle, le ofrezco una hoja entre grito y grito, cosa que le molesta; pone cara aburrida y a la décima hoja echa a volar a toda velocidad como para recuperar el tiempo perdido. Entonces se pone a perseguir a su hembra o a los pájaros intrusos, dejándome en paz y admirada de la rotunda limpieza del vuelo del pinzón.

El territorio de Chink varía entre el huerto y el jardín delantero. Se queda todo el año conmigo, pero su compañera y las otras hembras que anidaron o se criaron en el jardín se van en otoño y sólo vuelven una que otra vez de visita. Algunos machos jóvenes criados aquí se quedan durante el otoño, o incluso hasta que empieza la primavera, aunque se ausentan unos días, en los que supongo que se unen a los suyos. Por lo general veo más hembras que machos en mi jardín al iniciarse la primavera; reconozco a algunas hembras que anidaron aquí el año anterior, o las crías del verano pasado. Pero creo que algunos son forasteros.

Chink conservó la misma compañera seis años, aunque debió de tener dónde elegir con tantas hembras alrededor que parecían ansiosas por quedarse en el

terreno donde muchas de ellas se criaron. Su compañera fue muy mansa y me seguía, pero no se acercaba a mi mano y cada vez que yo le tiraba comida delante de Chink éste se la arrebataba y la devoraba precipitadamente. Nunca le vi alimentarla a ella o dejarle coger lo que se le ofrecía. Otra pareja de pinzones cuyo nido estaba en una rama desnuda, justamente sobre el lugar donde suelo sentarme en el huerto, era también muy mansa y tuve buenas oportunidades para observarlos de cerca. El macho nunca alimentó a su compañera cuando empollaba o salía del nido, pero, lo mismo que Chink, daba de comer fielmente a los pequeños. Otra pareja que conocí menos, y a la que sólo observé de vez en cuando, anidó en la parte alta del seto. El macho alimentaba a menudo a su hembra cuando ésta empollaba, pues si yo los miraba un ratito, él aparecía sin falta, volando al nido con algo de comer. (El *Manual de pájaros británicos* dice que los pinzones machos alimentan a la hembra que empolla. Pero de mis observaciones deduzco que esto depende de cada pájaro.) La compañera de éste amarró la cama de su nido con largas hebras de algodón de coser que me robaba. Descubrió por sí sola nuestro sistema para llevar una cuerda larga; la iba doblando, empezando por un extremo, y así todo el resto, que medía cerca de un metro, en dobleces de cinco centímetros, hasta que estaba toda ella hecha un macillo en su pico. El algodón suelto se hubiera enredado en las ramas que rodeaban su nido y le hubiera costado trabajo utilizarlo.

Un año, la compañera de Chink hizo su nido en mi pérgola. Era divertido ver a los pequeños cuando estaban casi listos para tender el vuelo. Como el coqueto nidito era demasiado exiguo para los robustos polluelos, rebasaban el borde y se erguían unos sobre el lomo de otro para alisarse o estirarse. Una mañana cuatro de ellos abandonaron audazmente el nido, uno tras otro sin vacilar un momento, y pararon en los

árboles del otro lado de la pradera; pero uno quedó atrás por miedo a lanzarse. Permaneció en el borde del nido suministrándome un interesante estudio de posturas y expresiones distintas. Primero de pie, con la cabeza estirada buscando a los otros, luego acurrucado con el rostro deformado por el miedo. Después de un poco empezó a alisarse; parecía estar a gusto; se esponjó las plumas con aire satisfecho e infantil y en seguida se irguió todo lo que pudo, levantó ligeramente las alas, miró hacia arriba, y luego se hundió de nuevo tras el borde del nido en actitud angustiada. Los padres se quedaban a distancia; ni siquiera se acercaron al volar los otros. Por fin el solitario pajarillo se puso de pie y con expresión confiada batió las alas y partió en largo vuelo hasta el dormitorio de mi vecino. Chink siguió tras él; la ventana estaba abierta de par en par y revoloteó por el antepecho, llamando suavemente, hasta que al fin el pequeño salió y comió. Después se posó en una enredadera junto a la ventana, por lo visto con miedo de volar otra vez. No era el más chico de la cría y para su edad tenía las alas fuertes, pero era nervioso de temperamento y permaneció unos días lejos de los otros, agarrado a la enredadera o a un árbol próximo. Los pajarillos nerviosos no temen sólo el vuelo, sino también las dificultades de aterrizar en lugar adecuado. Creo que este polluelo volaba y volaba sobre los árboles y los arbustos hasta el cuarto, porque una vez en el aire no se decidía a posarse. He visto a otros pajarillos de diversas especies que hubieran seguido al resto de la cría si el determinar cuándo y dónde debían posarse no les hubiera supuesto demasiadas dificultades. Incluso el brincar desde cortas distancias hasta mi mano los turba. No les asusta mi mano, pues son mansos y no me tienen miedo, pero se trata de medir exactamente la distancia y de saber dónde se ponen las patitas. A menudo aterrizan peor desde una distancia de un pie que desde mucho más lejos.

La expresión de los pajarillos de toda especie es encantadora para el observador. Un pico relincho chiquitín vino a verme dos días el verano pasado. Era gordito y mullido y andaba esperando a sus padres que no acababan de llegar; su actitud expectante y sus miradas aburridas cuando el supuesto progenitor resultaba ser un estornino o un mirlo, eran dignas de tomarse en película. Tomé estas notas:

18 de junio. Un pico relincho adolescente está junto a mi casa descansando en una horca que hay contra el tronco del árbol, con sus plumas esponjadas y el cuerpo rechoncho en vez de tener esa forma alargada propia de los picamaderos. Pedía de comer a menudo, pero sus padres no acudían a la llamada. Después de una hora irguió de súbito la cabeza llamando "pi, pi, pi, pi, pi" en voz aguda y tomando la actitud propia del niño desvalido. Luego dijo "yik, yik" con tono fuerte y perentorio, en ademán de espera, el cuello estirado y la cabeza hacia adelante; los ojos se le salían de excitados. En ese momento tomó la forma alargada de un pájaro adulto, pese a la brevedad de su cola. Luego de repente se volvió gordito otra vez y su expresión se hizo desilusionada, pues el progenitor esperado había cruzado el jardín, pero se negó a dar de comer al pequeño en aquella percha. En seguida el crío voló al huerto lentamente, pero batiendo de prisa sus alas. No bajaba con las alas cerradas como el pico relincho adulto. Los pajarillos muy jóvenes de todas las especies hacen un gran esfuerzo para aletear de un modo rápido y continuo; sólo cuando tienen experiencia adoptan el batir de alas alterno, con la bajada habitual en muchos pájaros.

El verderón

Durante mi primer año en la Casita de los Pájaros, cuando era fácil obtener cañamones y cacahuates en cantidades ilimitadas por unos cuatro peniques la li-

bra, pude atraer y domesticar más especies que en otros períodos. Los verderones, como otros muchos pájaros, tienen verdadera locura por los cañamones y era divertido observarlos cuando mi comedero les brindaba esa golosina. Mientras los padres se posaban en la escudilla de los cañamones y los comían en gran cantidad, sus crías se les trepaban en los lomos, llamando ruidosa e impacientemente, empujándose unos a otros y cogiendo turnos para subirse con mucho revoloteo. Los padres seguían comiendo como si no oyesen el parloteo de los pequeños que tropezaban sobre sus espaldas. Luego de pronto toda la familia volaba a otro sitio, donde comían los estrepitosos jóvenes.

En invierno uno de los verderones se hizo dueño de los cañamones. Cuando el Juez (así lo llamé por su expresión) había comido todo lo que quería, continuaba sentado sobre el pequeño recipiente que contenía la semilla y evitaba que los demás pájaros tomaran su ración. Los hambrientos pájaros, uno tras otro, trataban de arrebatar una semilla, empleando muchos trucos, especialmente el ataque por detrás, pero el Juez se volvía siempre y se enfrentaba a su adversario. Éste montaba en cólera, pero el Juez se mostraba sereno: se limitaba a adelantar la cabeza y hacer chascar su fuerte pico varias veces sobre la cabeza de las hambrientas aves. Las ponía nerviosas y nunca pudieron echarlo de su asiento sobre las semillas. Cuando era su hora volaba, tal vez a estirar sus alas y a hacer más apetito, pues no tardaba mucho en regresar. En cuanto dejaba los cañamones, la escudilla se veía rodeada por una docena de pájaros, verderones, gorriones, pinzones, todos peleándose por el ansia de conseguir algunas semillas, pero los carboneros mayores, también muy aficionados a los cañamones, se mantenían distantes hasta que la chusma se había dispersado. A veces yo apartaba al Juez, tanto por su bien como por el de los demás pájaros. Si el

recipiente estaba vacío, el Juez se sentaba en el antepecho de la ventana, el pico pegado al cristal, siguiendo mis movimientos dentro del cuarto con embarazosa atención; a cada momento daba un golpecito en los vidrios y era imposible no hacer caso de su mirada concentrada y persistente y su decidido golpear. Así que, pasado un rato, se salía con la suya, y me dolió mucho cuando el Juez empezó a llamar en vano porque ya no me era posible conseguir cañamones. Entonces renunció al comedero lo mismo que los demás verderones. Desde entonces no he vuelto a tener intimidad con esta especie, aunque anidan en mi jardín y comen en las lenguas de buey que crecen bajo mis ventanas, cuando las semillas están maduras.

El jilguero

He plantado alrededor de mi casita cardenchas para los jilgueros. A veces se han posado en ellas más de veinte pájaros para sacarles las semillas. En verano y en otoño su charla familiar anima mi jardín mientras los pequeños revolotean sobre los macizos floridos y los padres recogen semillas de diversas plantas, siendo sus favoritas los acianos y, en su época, las margaritas.

Cuando extraen las semillas de las cardenchas hacen un curioso zumbido, como acompañamiento de cítara, a los gorjeos que emiten mientras comen. Parece que para sacar las semillas, salvo cuando están muy maduras, es necesario que cuando insertan el pico hagan con la cabeza un movimiento vibratorio, lo que produce el zumbido, que se oye de muy lejos, como los golpes del picamaderos. Hace poco vi a algunos jilgueros jóvenes intentando extraer semillas sin el movimiento vibratorio. No lo consiguieron. Preocupados por el fracaso, se quedaban mirando cómo lo hacían sus padres pero no podían imitar su maña, y sólo acertaban a mover la cabeza de un lado a otro

en las bolsas de las cardenchas. Así no lograban nada; no producían el zumbido y la simiente no salía aunque metieran los picos en las bolsas. Era divertido ver la expresión de intriga de los pajarillos, que se volvían para observar a sus progenitores y luego trataban de imitarlos. Me recordaban a los violinistas incipientes que pretenden hacer un *vibrato*, pero cuyos dedos no vibran. Al principio yo también me preguntaba cómo producían aquellos pájaros un zumbido tan fuerte, que llegaba tan lejos, pero sin duda la acción vibratoria del pico sobre una superficie rígida da vida y fuerza al sonido lo mismo que los tonos del violinista adquieren vida por medio del *vibrato*, que intensifica las vibraciones y pone en juego armónicos más naturales.

Mis jilgueros anidan siempre en las copas altas de los árboles de verdor perenne, donde apenas puedo seguir los incidentes de sus nidadas. Una amiga me trajo un pajarillo recogido en la carretera cerca de un pueblo. Sólo tenía pocos días; estaba aún cubierto de plumón y con los ojos semicerrados, pero el negro y el oro empezaba ya a pintar sus alas. La vitalidad de este pájaro recién nacido era asombrosa. Cuando lo puse en un nido improvisado se salió y vino hasta mí atravesando el cuarto para trepar en la palma de mi mano, donde se durmió. Durante el día le di de comer cada hora sopas de leche, pero al día siguiente cerró el pico cuando quise darle este alimento antinatural que no digería bien. Entonces yo no disponía de ninguna simiente propia para pájaros. Había muchos jilgueros en el jardín y el pequeño estiraba la cabeza y gritaba al oírlos, así que puse el nido improvisado encima del seto, dejando al pajarillo allí durante una hora con la esperanza de que algún jilguero adulto lo oyese y, como Cabeza Pelada y su compañera, adoptara al huérfano. Cuando volví el pajarito había desaparecido; tampoco lo encontré junto al seto.

Como los gorriones, con su mala educación y su arribismo, alejan a otros pájaros, los mantengo a distancia cuanto puedo, pero hay siempre alrededor de mis setos ejemplares urbanos y campesinos de esta especie. Tal vez por este motivo las golondrinas y los vencejos no anidan cerca de mi casa. Cuando a fines de verano algunos de ellos se posan con sus pequeños en los cables tendidos sobre mi jardín, estos groseros gorriones los espantan volando y gritando con enojo en sus oídos, cosa que me molesta mucho, pues no hay pájaros más lindos para observarlos de cerca. El pasado otoño una familia de golondrinas jóvenes estaba posada en el pasamanos de una escalera y cuando al subir hacia ellas puse la mano en él, no echaron a volar sino que me miraron a la cara con expresión interrogante; luego parece que olvidaron mi presencia, aunque la más próxima estaba casi junto a mi mano. No olvidaré nunca su atractiva mirada, huraña y fija, pero cautelosa, indescriptiblemente conmovedora, igual que la belleza de su plumaje nuevo y joven. El brillo de sus alas negroazuladas y las suavísimas plumas de su pecho teñidas de un ligero rubor a la luz solar, su cabeza de tan delicada forma y sus matices resplandecientes y profundos, todo ello prestaba un maravilloso marco a esos ojos expresivos. Uno de los grandes goces que da la observación detenida e íntima de los pájaros es el de aprender la expresión de sus ojos, y también el de ver la contextura y los colores de su plumaje, pues los reflejos de la luz prestan a cada uno una infinita variedad de matices.[1]

[1] Hay dos clases de color en las plumas de los pájaros: la pigmentación y el color estructural; este último se debe a la dispersión de la luz blanca en la fina estructura de la pluma. La superficie de diminutas burbujas de aire en las barbas de las plumas descomponen la luz y producen reflejos irisados como la grasa del petróleo en la superficie del agua.

El tordo

Me resulta difícil estudiar de cerca a los tordos, principalmente porque los mirlos los mantienen en segundo lugar. Estos últimos se vuelven dominantes cuando se les intenta domesticar y los tordos, que parecen temer a su enorme y negro pariente, se dejan expulsar, excepto cuando tienen mucha hambre. Tengo un tordo que puede con Tinieblas, el mirlo, surgiendo a espaldas suyas, deslizándose en torno y arrebatando la comida con tal rapidez que los movimientos, más pesados, de Tinieblas, no dan en el blanco; éste se vuelve primero en una dirección, luego en la otra y acaba ladeando la cabeza con una expresión extraña hacia donde se fue el tordo, que es lento por naturaleza cuando busca comida, pero que es capaz de aprender a ser más listo que su molesto pariente si pone en juego la actividad que puede desarrollar.

El verano pasado, cuando escaseó mucho la comida para las tribus de tordos a causa de una sequía prolongada, mis mirlos mitigaron su despotismo y permitieron a todos los tordos comer tranquilamente. Entonces fueron estos últimos los que se peleaban entre sí, con las cabezas inclinadas hacia el suelo, chascando los picos y los lomos erizados en actitud combativa. Los pájaros vecinos que necesitaban alimento para sus pequeños desafiaron con audacia a los residentes y hubo muchas batallas. Cuando los dos pajarillos de cierta cría pudieron valerse por sí mismos, solían esperar junto a la puerta de la cocina, llamándome con agudas notas hasta que yo les daba algo. Los pequeños de mis tordos residentes iban a la fachada de mi casita para alimentarse en el comedero, mientras otro me llamaba para que le diera su comida en el huerto. Los padres me buscaban y comían donde yo estuviese, quizá al extremo del huerto o abajo, en el jardín, pero los pajarillos me llamaban desde sus lugares predilectos, resolviendo así sus propias disputas,

pues los residentes perseguían aún a los críos de los vecinos si los encontraban. Los mirlos jóvenes solían seguirme a todas partes, como sus padres, pues por lo visto estos pájaros mitigan sus reglas territoriales en tiempos de sequía o necesidad.

La moscareta

Cierto año una moscareta anidó fuera de mi ventana, entre la parte alta de la espaldera y el muro. El macho no tomó parte en la construcción, pero alimentaba con frecuencia a la hembra en el nido mientras ella trabajaba. Escribí entonces estas notas.

La moscareta hembra es muy ágil para construir; reúne mucho de su material al vuelo, tirando de las telarañas cuando revolotea en árboles y cercas y volando suave y rápidamente si regresa al nido. También sujeta la cama de su nido a la espaldera con hebras de algodón de colores, recogidos en mi silla cuando he quitado los hilvanes de mi labor. Tiene que sostener sus alas y su cola para arriba a fin de dar vueltas mientras modela su nido en tan estrecho espacio. Con frecuencia su compañero vuela hacia ella cuando trabaja, revoloteando muy cerca del nido como para ver si adelanta la obra y animarla con suaves gorjeos. Cuando él le ofrece moscas pían juntos de un modo encantador, después de tragar una. Él gorjea a veces como un vencejo, una canción muy dulce, distinta de las notas enérgicas que suelen oírse con mayor frecuencia. . . La moscareta y Dobs, mi petirrojo, han estado rodando juntos por el suelo a mis pies. Los papamoscas parecen sentirse en su casa aquí, ahora que la hembra empolla en su nido junto a la ventana. No sólo me regaña a mí cuando entro sino que ataca a los paros y petirrojos y a cualquier otro pájaro que vuele por las ventanas de la fachada; sale de su nido para volar fieramente hacia nosotros con notas semisilbadas semicuchicheadas en las que hay

hasta juramentos. ¡Bonita situación! ¡La recién llegada sintiéndose la dueña y echando a mis viejos amigos! A veces surgen peleas en las que mis residentes ceden tras una breve escaramuza, puesto que es preciso respetar el territorio de los nidos. Mis paros tienen la sensatez de entrar casi siempre por las ventanas laterales, pero Dobs, que es menos vivo, nunca se acuerda de esto. El papamoscas hembra empolla inquieto, con su barbilla blanca alzada siempre mientras busca a su compañero u observa lo que sucede en torno. Sigue cada uno de mis movimientos, volviendo la cabeza, con los ojos fijos como un observador de pájaros. Me devuelve en gran parte la curiosidad que yo mostré cuando hacía su nido.

Antes de que el papamoscas empollase me ausenté por dos semanas. A mi regreso estaba empollando otra cría, en un nido hecho en la espaldera del muro de atrás y no en la fachada. El primero lo habían robado; yacía en el suelo partido en dos. Yo vigilé el nuevo nido por si volvía el ladrón. Esta vez la hembra no se lanzó una sola vez sobre mí con silbidos de reproche, ni cuando puse una tela metálica alrededor del nido. Su conducta amistosa parecía demostrar que entendían que yo los estaba protegiendo, y esta protección dio buen resultado. Era una delicia contemplar a la familia, pues los pequeños papamoscas tienen mucho encanto.

Cuando les llegó el tiempo de volar, cuatro partieron audazmente, pero como sucedió con los de Chink, un pequeño quedó rezagado en el nido, con demasiado miedo para volar; su sensitivo rostro expresaba sus diversas emociones aún más claramente que el pequeño pinzón. El valor se desarrolla a menudo dominando el miedo. Tal vez esto pueda aplicarse a la primera lucha del pajarillo contra el temor de abandonar el nido, confiándose a sus alas novatas. Observé al papamoscas en esta lucha, agarrándose al nido solitario; las aterradas muecas de su rostro en el esfuer-

zo por sobreponerse al miedo y el momento sublime en que se puso en pie, con las alas abiertas y perdido el temor, confiando por fin en sí mismo. Fue un combate en miniatura entre el cielo y el infierno y un magnífico espectáculo.

CAPÍTULO VIII

LA PSIQUE DE LOS PÁJAROS

Cuando se trata de hacerse una idea de la psique de un pájaro debe comprenderse la enorme diferencia en los caracteres e inteligencias de los distintos individuos en y entre las especies.

Al examinar la estructura física del cerebro de un pájaro se ha visto que el *corpus striatum* —relacionado con la actividad emocional— está sumamente desarrollado, con muchas fibras si se compara con el del hombre; pero en cambio la corteza cerebral presenta un desarrollo mucho menor. Esto era de esperar ya que en los pájaros se manifiestan mucho las emociones, mostrándose también un grado menor de inteligencia. Son muy sensibles y temperamentales, con el pulso más rápido y la sangre más caliente que el hombre. Además de una vista y un oído agudísimos, tienen un sentido de la orientación bien desarrollado, que les hace falta para el vuelo, y tal vez poseen también otros sentidos no desarrollados en el ser humano.

Las emociones

El miedo. El miedo y la desconfianza respecto a su enemigo el hombre, que con tanta frecuencia daña y tortura a los pájaros, desempeña, naturalmente, un gran papel en su vida. Siempre están alerta al peligro, cuando un ser humano que no ha conquistado toda su confianza está a la vista, de modo que nos resulta difícil observar su conducta con la proximidad necesaria para comprender mejor su psique. El más leve temor altera la conducta natural del pájaro; se vuelve vacilante, obra con cautela y esto crea a menudo ideas falsas acerca de él.

Algunos son por naturaleza mucho más nerviosos que otros; es cuestión de temperamento. Esto se ha visto en las anécdotas de pajarillos relatadas en el último capítulo. Con frecuencia los más tímidos de jóvenes son luego los más inteligentes e interesantes; siendo más sensibles, reaccionan mejor una vez que dominan el miedo al ser humano. El carbonero mayor Rizos es un ejemplo de esto.

Los polluelos parecen libres de toda clase de temores hasta que los padres les enseñan a acurrucarse cuando oigan señales de alarma o cuando han experimentado algún terror, caso en el cual se acurrucan tan pronto como cualquier objeto desconocido se mueve encima o cerca del nido. Un pájaro puede encontrarse ante muchos azares y debe usar su discernimiento para saber cuáles son peligrosos y de cuáles no debe hacer caso; y esto lo aprende poco a poco al salir del nido, mirando a los otros pájaros y escuchando las señales de alarma. Sus padres les enseñan a no permanecer en el suelo y a ocultarse si están en alto. Los pajarillos nerviosos por temperamento buscan las perchas seguras, pero los hay audaces, cuyo interés por el mundo que los rodea los induce a olvidar las más elementales precauciones. Si alguno de éstos se hace notar con su parloteo o moviéndose cuando se ha avisado que un gato está cerca (la señal de peligro por tierra suele diferir de la que anuncia peligro por aire) el padre emite una señal de enojo reprimida y acompañada por un golpe con el pico en la cabeza del culpable. Esto hace callar en seguida al pajarillo; si es un polluelo se acurruca, si ya vuela, permanece rígido en su percha hasta que advierte por la actitud de los otros pájaros que pasó el peligro. Si no hace caso del aviso para que se oculte, el carbonero mayor empuja a veces al pequeño para que abandone un lugar expuesto, pateando desde arriba y regañándole.

Cuando los pequeños han presenciado el terrible espectáculo de un pajarillo apresado por un grajo,

un gato o un ave de presa, se vuelven excesivamente cautelosos, asustándose sin motivo muchas veces al día. Si son recién nacidos se acurrucan al menor movimiento encima o cerca del nido; si vuelan ya, se ocultan precipitadamente con agudos gritos de alarma, aunque los supuestos peligros sean sólo unos mirlos vecinos que bajan a robar comida en el territorio ajeno o una golondrina que vuela sobre sus cabezas. Cualquier cosa que pase de pronto cerca de ellos los alarma, pues no han aprendido aún a distinguir lo que realmente puede perjudicarles. En esa fase temen sobre todo a los aviones; incluso reconocen su ruido sin verlos. A veces cuando un carbonero mayor joven está rígido, helado al oír un avión distante, sus padres llegan con la comida, y aunque empujan la oruga contra el pico hermético de su aterrado vástago, éste no se conmueve y continúa rígido en su percha mirando hacia arriba con los guiños peculiares que denotan miedo. Por fin se tranquiliza lo suficiente para comer, pero permanece inmóvil en la misma postura hasta que se desvanece el ruido del aeroplano. Luego aprenden a discernir los auténticos peligros; su terror a los aviones o a las golondrinas se manifiesta sólo por una mirada de sospecha y por fin acaban por no inmutarse, aunque el zumbar de un avión muy cerca asusta siempre a mis pájaros.

Sus oídos y sus ojos están siempre vigilantes, atentos a que se presente un enemigo, y reconocen por el sonido, y al verla, cualquier cosa sospechosa, incluso la primera vez. También aprenden a distinguir entre el peligroso grajo en busca de presa y el que vuela con otros fines: la postura tensa de la cabeza es quizá la señal de alarma, pues juzgo esto por mí misma.

Los pájaros tienen diversos modos de manifestar el miedo. Cuando el temor es muy grande su postura es rígida. El volver la cabeza con frecuencia denota sospecha, pero es a menudo necesario familiarizarse

con el individuo antes de poder interpretar todos sus movimientos nerviosos y sus reacciones al miedo.

Los padres guardan siempre a sus pequeños de cualquier peligro, y entonces no se preocupan de su propio riesgo. Es notable cómo temen más por sus hijuelos que por sí mismos. La mortalidad entre los pajarillos muy pequeños es enormemente elevada, así que la dificultad de sacar adelante una cría con tantos enemigos —incluyendo el hombre— puede explicar el terror de los progenitores.

Cuando los pájaros se ocultan al oír señales de falsas alarmas, se advierte, por la expresión de sus ojos y la rapidez con que reanudan su conducta normal, que el temor sólo fue momentáneo; si el peligro ha sido cierto, un grajo volando sobre sus cabezas, etc., entonces tardan unos minutos en reponerse del susto, incluso cuando ya pasó el peligro.

El estado de salud afecta al miedo; durante la muda, en casos de enfermedad o de invalidez se vuelven sumamente nerviosos, pues su físico debilitado les hace perder la confianza en sí mismos.

Los pájaros manifiestan un valor enorme en los peligros y dificultades de su vida, especialmente cuando protegen a sus pequeños; y esta valentía es doble porque sienten y advierten el peligro. Algunos demuestran más valor que otros, pues esto, como todas las cosas, depende del individuo.

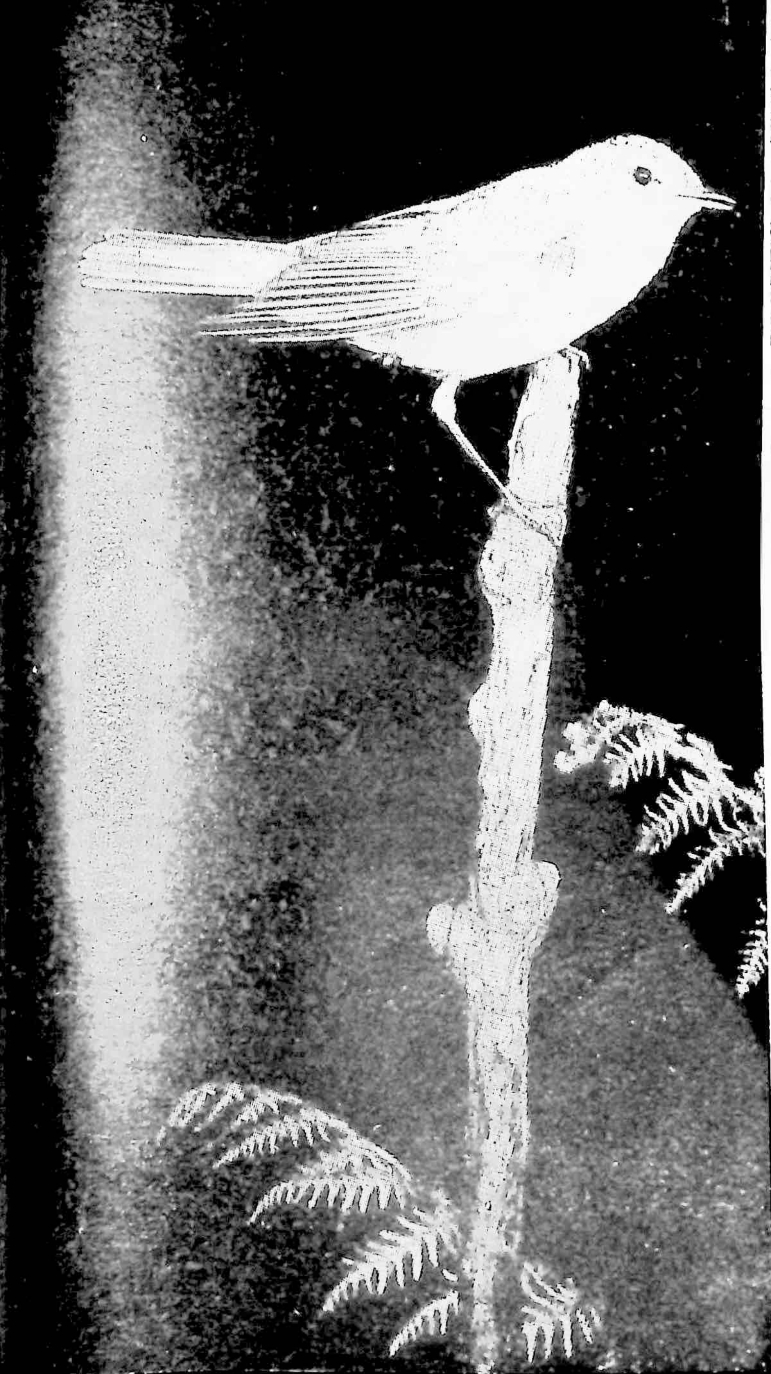
Emociones generales. Muchos ornitólogos afirman ahora que la psique humana y la del pájaro son completamente distintas, y que el primero no muestra emociones como el amor, el odio, los celos, claramente definidas. Se cree que reacciona automáticamente de acuerdo con el estímulo por medio de modelos de conducta preestablecidos. Los lectores de la bibliografía moderna referente a este asunto ya conocen los detalles de estas teorías, pero en este capítulo quiero enumerar las razones que me inducen a creer

que este punto de vista no puede explicar la naturaleza y la conducta de los pájaros.

Es probable que se me acuse de antropomorfismo en las biografías de pájaros y otros relatos que hago en este libro, pero todas mis descripciones acerca de su conducta son estrictamente exactas, aunque es difícil hablar de este tema minuciosamente en lenguaje natural sin caer en cierto antropomorfismo. ¡Si existiera un vocabulario ornitológico especializado, lo bastante completo para describir sus costumbres, sonaría menos antropomórfico, pero entonces al lector le resultaría tan ininteligible como un documento jurídico! Además, después de los incidentes que he presenciado en mis once años de observar a los pájaros tan de cerca, no puedo creer que su psique sea tan distinta de la nuestra. Parece sensato pensar que tienen algunas semejanzas con nosotros, aunque también, como es natural, muchas diferencias. Me gustaría insistir en que los pájaros poseen un lenguaje que satisface sus necesidades, que tienen sus diversiones incluso en forma de juegos concretos análogos a los nuestros, y que han desarrollado el canto y lo utilizan como medio de expresión. En algunos casos su música es afín a la nuestra (véase los mirlos en el capítulo XI).

Todas mis pruebas proceden de la observación de cada pájaro muy cerca, cuando se halla en libertad. De esta manera y con paciencia se puede aprender mucho de la expresión de sus ojos, las inflexiones del movimiento y de la voz, que constituyen juntas su lenguaje. Por ejemplo, en los distintos modos de abrir el pico comunes a muchas especies hay matices que junto con la expresión de los ojos prestan diferentes significados al gesto. Dichos significados me son conocidos en los pájaros que he tratado mucho, pues conozco sus expresiones y comprendo los menores matices en su manera de abrir el pico, lo cual es esencial en muchos casos para interpretarlos correctamente. Con frecuencia se advierte un débil sonido,

casi inaudible, que sólo se oye de muy cerca, o también un silbido fuerte en el caso de amenaza, o cuando abren el pico iracundos con los ojos centelleantes. El pico, a pesar de su fuerte contextura, manifiesta con rapidez las emociones, pues posee variaciones muy sutiles en sus movimientos, los que pueden interpretarse cuando se tiene intimidad con el pájaro, lo mismo que llegamos a leer y conocer las expresiones de la boca en los seres humanos. Los pájaros, cuando desean algo a menudo abren el pico lentamente; si quieren comer lo abren y lo cierran, quizá varias veces. Pueden repetir la misma forma de abrirlo lenta, con otra expresión en los ojos y distinta postura, cuando el sol calienta de súbito su plumaje, sugiriéndoles la idea del baño solar. Si se está muy cerca del pájaro se observará asimismo un ligerísimo movimiento del ala y entonces, si las circunstancias son favorables, el pájaro se retira a un lugar a propósito para extender las plumas de las alas y de la cola y tomar el sol. Un modo divertido de abrir el pico es el del pájaro súbitamente frustrado por otro que se le anticipa inesperadamente. En general emite un sonido débil, como una exclamación reprimida, y sus ojos adquieren una expresión cómica, pues el gesto se debe a una mezcla de emociones. El pájaro ha sido sorprendido y frustrado y de momento no sabe qué hacer; puede quedarse con el pico abierto, con esa extraña expresión mientras el que ha ganado se pone a salvo. Otro modo de abrir el pico, que en realidad parece una mueca, es el de los carboneros mayores cuando esperan nuez, o alguna semilla de este tipo, y reciben algo que les gusta menos. Entreabren el pico y hacen un débil sonido semejante al del aire que sale de una botella al destaparla. Toda su expresión es de asco. Existe también, naturalmente, el conocido modo de abrir el pico acompañado de grititos infantiles, que utilizan los adultos en ciertos períodos de la época del celo. En todos estos casos y en muchos





más, la emoción puede ser identificada por las expresiones de los ojos y diversos matices y modos de abrir el pico. Lo mismo se aplica a todas las formas de manifestarse.

Los siguientes ejemplos dan una idea de la intimidad con que debe conocerse a un pájaro antes de interpretar correctamente su conducta.

1. El mirlo Hoja de Roble elige una hoja para entrar en batalla. Corre por el pasto, desaparece tras los arbustos, con la hoja de roble en su pico. El observador poco familiarizado con este mirlo puede creer que el pájaro coopera en la confección del nido; pero Hoja de Roble lleva hojas con fines puramente personales. (Véase el capitulo III, apart. 2.) También se le ha visto a veces sosteniendo una hoja ante su hembra, al hacerle la corte, pero por la distinta expresión facial y el modo de exhibirse yo sé lo que significa esto. Si el ser humano que conoce bien al pájaro puede distinguir sutiles diferencias en actos o manifestaciones similares, ¡cuánto más claras deben parecer estas diferencias a los de su propia especie o raza!

2. Un carbonero mayor solía pedir comida, como creí en un principio, mediante el incongruente ademán de una obstinada caza de pulgas entre las plumas de su pecho. Los pájaros tienen diversas maneras de pedir comida, pero esta extraordinaria manifestación hacía creer que el pájaro era imbécil. Después de fijar en mí sus ojos durante un momento, inclinaba la cabeza y apresuradamente metía y sacaba el pico entre las plumas del pecho como un perro que caza pulgas. El movimiento era nervioso y distinto al usado para alisarse. Se detenía a intervalos para fijar los ojos en mí con aire de súplica y luego reanudaba la caza. Cuando este pájaro llegó a conocerme bien, cesó la curiosa manifestación. Se trataba sólo de un tic nervioso debido a su timidez para pedir comida. Este pájaro era Patillas, el compañero de Rizos, y volvió a adoptar este hábito nervioso cuando Rizos no po-

día poner huevos y él empezó a impacientarse. Los pájaros tienden a contraer tics nerviosos fáciles de interpretar erróneamente, creando con frecuencia una falsa impresión de estupidez o de emociones mal definidas.

3. Relataré ahora un caso en que un padre me pareció tan estúpido que no reconocía a su hijo, pero que resultó ser lo contrario. Una cría de carboneros mayores había echado a volar por la mañana, excepto el más chico de sus miembros, que trepó fuera del nido, se adhirió al tronco del árbol y cayó al suelo. Los padres trataron de animarle a que subiera de nuevo, pero sus alas no tenían fuerza para volar hacia arriba. Encontró un escondite bajo una de las ramas inferiores de una lawsonia muy joven. La yerba alta que crecía en torno lo protegía, pero tuve miedo al gato del vecino, que devora muchos pajarillos de mi jardín. Hacia la tarde puse al pequeño sobre la ancha rama de otro árbol próximo, sin atreverme a llevarlo más lejos, no fuera que los padres no lo encontraran. Pronto llegó el padre con comida, y aunque el pajarillo gritaba con fuerza sólo echó un vistazo a su vástago y luego brincó agitadamente bajo el primer árbol, como si le preocupase la desaparición del crío. Luego voló al árbol donde éste se hallaba posado pidiendo alimento, pero regresó en seguida al suelo bajo el otro árbol, y mirándome, emitió varias señales de enojo. Entonces comprendí al fin el móvil de su conducta; el sitio donde yo había puesto al pequeño era inseguro por la altura y ofrecía una presa fácil a los grajos y las urracas, que se llevan a muchas crías de mi jardín, y, por lo tanto, estaría más protegido en el suelo bajo el otro árbol. Un pájaro no alimenta a sus crías en un lugar peligroso porque esto les induce a permanecer allí en vez de buscar un refugio mejor o de seguir a sus padres. Mientras el padre volaba a dar de comer a los otros pequeños cogí a aquél y atravesando el jardín lo

coloqué en la rama de un árbol cuyo follaje era muy denso. El pajarillo quedaba ahora oculto por arriba y por abajo, pero lejos del primer lugar, bajo la lawsonia, cerca de su nido, así que esto serviría para ver si lo reconocía. Siguió gritando y al minuto el padre voló satisfecho, alimentó al polluelo sin vacilar y emitió dos o tres notas suaves (las notas usuales cuando los pajarillos vuelan por primera vez). Después voló a la copa del árbol y lanzó fuertes llamadas a las cuales contestó la madre. Se precipitaron hacia el árbol y volaron juntos hasta el pequeño, sin duda encantados al verlo al fin en sitio seguro. Lo alimentaron varias veces y luego hicieron excitadas manifestaciones sobre la rama, junto al pajarillo, como suelen hacer cuando vuela toda la nidada. Si yo no hubiese entendido la conducta del padre y el motivo de su enojo cuando en respuesta a los gritos del pequeño se negó a darle de comer en aquel lugar inseguro, hubiese parecido que no reconocía su propio hijo, y, al contrario, se trataba de un ejemplo de sensatez. Mis pájaros pueden hacerme entender por sus notas y sus actos o las inflexiones de sus movimientos lo que desean. Si no los comprendo en seguida encuentran pronto un medio de comunicación, actuando a menudo como en una charada, que es el sistema que utilizan frecuentemente entre ellos para explicar lo que quieren.

Las manifestaciones de los pájaros varían mucho con las especies y los individuos; algunos manifiestan sus emociones más que otros, y las especies más inteligentes presentan mayor variedad.

Algunos de los motivos que inducen a creer que los pájaros no tienen emociones claramente definidas como las nuestras, consisten en que sus manifestaciones —incluyendo la apertura del pico— no parecen responder a una sola emoción identificable, a que en ciertas especies las manifestaciones de amenaza y sexua-

les son idénticas, en algunas distintas, y que son capaces de pasar súbitamente de una emoción a otra y volver a la primera según la reacción del otro individuo. Pero si juzgamos por las manifestaciones exteriores el ser humano adolece de igual vaguedad. Algunas razas e individuos se ruborizan, gesticulan o manifiestan sus emociones mucho más que otros, pero la intensidad de sus sentimientos no puede medirse por estos síntomas externos. Tal vez suceda lo mismo con los pájaros.

Las manifestaciones sexuales y las de amenaza no les parecen iguales a los pájaros a causa de las distintas inflexiones del movimiento, etc., que hacen las veces de lenguaje, y algunas de las cuales puede discernir el observador si conoce bien al pájaro de que se trata. Pero tal vez en estas demostraciones hay muchos detalles significativos para los pájaros, que ningún ser humano puede advertir o comprender.

La marcha del tiempo es distinta para los pájaros, su pulso es más veloz, su temperatura más elevada, su vista y su oído más vivos y sus actos adquieren con frecuencia una rapidez que nuestros ojos no pueden seguir. Sus reacciones no parecen inestables, y es lógico que sus naturalezas espontáneas reaccionen instantáneamente de acuerdo con la conducta de sus iguales. Así que estos cambios, en apariencia tan rápidos, no demuestran que sus sentimientos sean indefinidos.

Sus emociones pueden estar claramente definidas aun cuando la manifestación parezca inadecuada: por ejemplo, cuando el pájaro canta después de un choque fuerte. Se ha afirmado que los pájaros son incapaces de amar, o que no tienen corazón, porque a veces cantan ante su compañera muerta cuando su cuerpo está caliente aún. Si esto sucede es porque se ven obligados a expansionar sus sentimientos violentamente sacudidos. He visto pájaros cantando cuando sus compañeras acababan de ser aplastadas por el tráfico frente a mi verja. Pero cuando este arranque

de agitados cánticos cesa, lamentarán su pérdida y dejarán de cantar por completo durante varios días. La reacción depende del individuo; algunos se reponen antes que otros, quizá porque hay parejas mucho más adictas.

En consecuencia, y basándome en la conducta de la que he sido testigo entre los pájaros, no hay motivos para suponer que estas emociones simples no están en ellos claramente definidas.

Memoria e identificación

He observado que los pájaros se reconocen entre sí al encontrarse en mi casa después de varios meses de separación durante la época de la cría. Hay algunos que sienten una antipatía especial por otro de su misma especie y ésta se manifiesta siempre del mismo modo personal. Por ejemplo, Rizos y Torzal estaban separados tres meses en cada época de cría, y, sin embargo, cuando volvían a encontrarse, su antagonismo, visible desde pequeños, se manifestaba siempre del mismo modo; pero no eran hostiles hacia otros de su especie (cap. II, apart. 4). Igualmente Cabeza Pelada empezó a no tolerar a Gordito después de su original manera de anidar relatada en el capítulo I, apart. 2, manifestando su intolerancia tras cada ausencia del segundo. Algunos pájaros demuestran una particular amistad hacia otros, y los reconocen siempre. Los extraños son tolerados o no, de acuerdo con las circunstancias y el individuo; incluso a distancia la identificación y el recuerdo se demuestra con distintas reacciones, sin que se haya emitido una sola nota. Me distinguen de otros seres humanos a través de dos o tres vastos campos, incluso si llevo ropa que no me han visto nunca (véase p. 112).

No les cuesta trabajo distinguir a sus propias crías de las demás, pues en mi jardín sucede con frecuencia que los pequeños de un nido se pierden cerca de los de

otro de la misma edad y especie. A los intrusos se les expulsa en seguida con notas de protesta si se acercan mucho al nido extraño, salvo en circunstancias especiales, como cuando Cabeza Pelada adoptó a los huérfanos.

Ya dije antes que un carbonero mayor me reconoció después de dos años de ausencia y varias otras pruebas demuestran que los pájaros de mi jardín me recuerdan aunque falte de mi casa varios meses. Los paros, petirrojos, mirlos, pinzones, etc., vienen derechos a mi mano, aunque algunos revolotean a mi alrededor vacilando, tan sólo después de una semana de alejamiento. Esto depende del individuo (véase capítulo V).

INTELIGENCIA

Como parece que la tendencia actual es la de disminuir la inteligencia de los pájaros, ahora que trato de su psique daré mayor atención a este tema, eligiendo para mis ejemplos una especie inteligente.

1. El carbonero mayor Juana, cuya biografía se encuentra en el capítulo II, manifestó gran agitación la primera vez que sus pequeños volaron junto a las ventanas de mi casita. Los pajarillos se golpean a menudo contra los vidrios y hay accidentes si entran en una habitación antes de saber lo que son cristales, pues el polluelo muere fácilmente si se golpea la cabeza, mientras que el pájaro adulto puede aguantar una contusión mucho más fuerte. Juana debió de comprender el riesgo que presentaban los vidrios, pues tras unos momentos de revolotear sobre sus críos, cogió algo de comida, llamó a los pequeños a la ventanita redonda que estaba abierta, y donde tengo una percha para los pájaros, y se colocó rápidamente de modo que podía ofrecer la comida a los críos con el vidrio de por medio. Trataron de cogerlo, y como es natural picotearon los cristales. Luego sacó la cabeza por la ventana enseñándoles la comida sin el obstáculo del

vidrio, pero antes de que pudieran arrebatársela se retiró tras los cristales y la sostuvo de manera que volvieron a picotear la dura superficie. Repitió esto tres veces; para entonces, los pequeños, con la viveza característica en los carboneros mayores, habían entendido y examinaban los vidrios de la ventana con divertidas expresiones de interés. No hubo apuros más tarde cuando siguieron a sus progenitores hacia la sala, pues Juana les había enseñado a conocer el vidrio; tenían cuidado al acercarse a la ventana, sabían salir cuando estaba abierta y no tropezaban si la encontraban cerrada. ¿Qué otra cosa sino la facultad de razonar explicaría la actitud de Juana?

Los pájaros adultos enseñan muchas cosas a sus hijuelos. Aunque algunas de sus lecciones son sencillas comparadas con la que he citado, la enseñanza, aun en su forma más simple, rebasa el campo de la conducta automática. El que un pájaro tenga la percepción necesaria para prever que es preciso enseñar a los pequeños a distinguir los vidrios, demuestra que es capaz de razonar y en un grado más elevado de lo que generalmente se supone.

2. Un día de diciembre un herrerillo nuevo en mi casa, entró al cuarto por la pequeña ventana, que es la única que suele estar abierta en invierno. Trató de salir por otra cerrada en el lado opuesto de la habitación, revoloteando y golpeándose contra el vidrio, lleno de pánico. Otro herrerillo familiarizado con mi cuarto y la ventana redonda vio desde fuera de la ventana cerrada a este paro aterrado, luchando contra los vidrios. Después de mirar un momento con expresión preocupada,[1] el de fuera voló aprisa alrededor de la casa, entró por la ventana abierta, se detuvo un segundo en el antepecho para llamar suavemente, y al no tener respuesta el salvador atravesó la sala y

[1] En ambos casos su expresión, sus ademanes nerviosos y su postura rígida demostraban sin duda que estaban preocupados.

tocó al paro, que se volvió en seguida para seguir al otro y salir por la ventana entreabierta. Al rescatar al forastero su salvador demostró una idea equivalente a la facultad de razonar. Un pájaro menos inteligente trata de entrar en contacto con el asustado que está dentro, volando por la parte exterior cerca del vidrio. Esto sucede a veces en casos similares. Los carboneros mayores también suelen ayudarse unos a otros a salir por la ventana abierta, lo mismo que hizo el herrerillo. Como son aves muy nerviosas y excitables, los carboneros mayores forasteros vuelan como locos de ventana en ventana golpeándose contra los vidrios con tal fuerza que pueden estar medio atontados en el antepecho cuando el salvador llega, colgándose a veces de una cortina y mirando con expresión preocupada al paro jadeante y medio aturdido. Cuando da síntomas de volver en sí, es muy probable que su salvador se vea obligado a volar varias veces de la ventana al antepecho antes de que se haya recobrado del todo; entonces ambos pájaros se van y el vuelo decidido del forastero difiere mucho de los ensayos que hizo, presa del pánico, cuando le faltaba la ayuda de un guía.

Veo constantemente pájaros que se enfrentan con situaciones nuevas para ellos y he observado que excepto cuando el terror los paraliza obran inteligentemente en mayor o menor grado según los individuos y la especie.

Los pájaros han aplicado su mente con gran habilidad al arte de construir nidos, y aunque decimos en sentido general que los hacen por instinto, esto no explica muchas de las cosas que intervienen en la construcción de un nido. Tienen que vencer dificultades como éstas:

Humo, uno de mis carboneros mayores, eligió este año para hacer su nido una gran lata de petróleo. Como estaba colgada en forma oblicua resbaló en la superficie al traer sus primeras briznas de paja, en

vista de lo cual fue a coger unos palitos para utilizarlos como base. Esto es insólito entre los paros; suelen escoger pajitas, lana u otro material flexible que puede introducirse fácilmente por el pequeño orificio de entrada. Estos palitos plantearon un problema que Humo tuvo que resolver por sí sola; eran más largos que la entrada de la lata. Sostuvo el primero por el centro, atravesado, y fracasó tres veces al querer forzarlo por el agujero, pues era demasiado largo y no cedía a la presión. Brincó a una percha frente a la lata y contempló el agujero fijamente unos segundos; luego regresó y echó la cabeza hacia atrás —esto es, la alejó del orificio—, la volvió a un lado de modo que el palo entrara de punta por el orificio en vez de atravesado, y así logró lo que se proponía. No pudo ser casualidad, pues su postura con la cabeza hacia atrás y el cuello vuelto era lo menos natural posible. Fue sin duda un acto deliberado, consecuencia, por lo visto, de su concentrada contemplación del agujero. Introdujo todos los palitos de este modo. El constructor de nidos encuentra constantemente problemas similares, que resuelve la inteligencia personal del pájaro. Los vencejos domésticos, al superponer sus pellas de arcilla han llegado al mismo método que utilizan los hombres para colocar ladrillos, procurando que las juntas estén encontradas. Otras especies tejen con la destreza de los cesteros o los bordadores, empleando con sentido y habilidad artística los materiales que encuentran y les parecen idóneos. Para llevar a cabo de modo tan perfecto esta labor es indispensable aplicar la inteligencia, pues se observan variaciones en los detalles, aunque el patrón del nido sea el peculiar de la especie. ¿Y cómo llegaron los primeros pájaros a establecer esos maravillosos modelos, si no es usando su inteligencia?

Claro que muchos actos de la vida diaria de un pájaro son automáticos, como lo son muchos de la nuestra. En los pájaros y los seres humanos los actos

pueden llegar a efectuarse automáticamente por medio de la reiteración constante. Por ejemplo:

1. Un pájaro puede seguir la misma ruta para ir a su nido, eligiendo las mismas perchas mecánicamente mientras su mente y sus ojos están atentos por si hay enemigos que lo observan. Cuando hago un trabajo de jardinería que exige muchos viajes al mismo lugar, acabo siguiendo exactamente el mismo camino todos los días; de esta manera la tarea se ejecuta con mayor rapidez y facilidad. También a los pájaros les ayuda esta rutina, pero si las circunstancias aconsejan que alteren su ruta lo hacen aunque hayan adquirido el hábito de posarse en ciertos lugares. A veces no se forma el hábito y el ave varía siempre la ruta que sigue para dirigirse al nido.

2. Puede suceder que un pájaro siga buscando su nido en el sitio habitual, si alguien lo ha trasladado a otro punto próximo. También se presentan rasgos similares en la conducta humana; pues si se cambia algo de sitio sin que lo sepamos podemos seguir buscándolo donde creíamos que debía estar y ha estado siempre, aunque sea fácil encontrarlo en su nuevo lugar.

Los dos puntos arriba citados se dan como razones que afirman la teoría de que es automática la conducta de los pájaros. Mi experiencia de éstos sólo ha demostrado que el pájaro hembra se angustia mucho si se traslada su nido a una corta distancia; más, tal vez, por el peligro que dicha intervención ajena puede traer a sus pequeños que por la dificultad de encontrarlo unos pies más lejos. El miedo estremece siempre al pájaro cuando va a su nido, incluso aunque nadie lo haya tocado. Las pruebas artificiales de inteligencia suelen llevar a conclusiones falsas debido a la completa alteración en la conducta del pájaro bajo la influencia del miedo.

También se dice que los pájaros carecen de inteligencia porque, al parecer, no reconocen a sus propios

pequeños si caen del nido al suelo o si se les traslada a otro lugar cercano. Pero he observado que siguen alimentando a los pajarillos demasiado chicos cuando vuelan o caen del nido antes de tiempo e incluso si coloco a un pájaro muy pequeño caído del nido en otro improvisado cerca (véase capítulo I, un incidente entre petirrojos. En este caso debe tenerse en cuenta que dicho pájaro no me tiene miedo, por lo que sus actos son normales).

Si un pequeño aún sin plumas cae del nido, sus padres lo abandonan. En situación tan expuesta no tendría probabilidades de sobrevivir, ni sería posible criarlo sin descuidar a los que quedan en el nido. Y si no lo abandonaron' conscientemente, es probable que el pajarillo sin desarrollar y sin una sola pluma no tenga personalidad suficiente para que lo reconozcan. Parece que el instinto por sí solo no explica la conducta de los pájaros al abandonar a sus pequeños. Por ejemplo, con frecuencia parece que actúa el juicio cuando dan al polluelo una oportunidad para reponerse, pues el progenitor distingue entre el daño accidental que produce una deformidad temporal y el caso incurable. Los pequeños de mi jardín se hieren a veces las patitas, pero los padres siguen alimentándolos mientras dura esta invalidez temporal, aunque parezcan incurables. Se reponen a menudo en un día o dos, pero si su estado no mejora pronto los padres ya no los alimentan. El mirlo Hoja de Roble fue un buen ejemplo de lo que digo. Uno de sus pequeños, que acababa de volar, se rompió la pata y parecía muy grave un día o dos después del accidente, pero Hoja de Roble siguió dándole de comer durante una semana, pese a su aspecto anormal. Al cabo de ese tiempo había mejorado, pero la pata quedó torcida. El pájaro estaba débil y no recobraría sus fuerzas nunca. Hoja de Roble lo abandonó, aunque gritaba pidiendo comida, y él seguía alimentando a los otros pequeños. Me dio pena el inválido y lo alimenté bien varias

semanas, pero su pata no recobro nunca su fuerza normal y quedó raquítico y debilucho. Cuando fue expulsado de mi jardín en otoño no pudo luchar solo contra los rigores del invierno. Hoja de Roble había dado al pajarillo la oportunidad de reponerse y parece sensato creer que obró comprendiendo los hechos. Si sólo actuó por instinto ¿por qué no abandonó al pequeño en seguida, cuando parecía tan enfermo y no podía hacer uso de la patita?

Tuve otro mirlo que alimentó a un vástago raquítico mucho más tiempo que a los que estaban fuertes y normales. He visto otros casos iguales en muchas especies, lo cual demuestra que los padres no abandonan necesariamente al vástago raquítico que no puede llegar nunca al tamaño normal.

Los pájaros cogidos accidentalmente en una red o prisioneros en una habitación, etc., manifiestan pánico cuando se les acerca un extraño y luchan con más furia por liberarse ellos mismos, haciendo más difícil devolverles la libertad sin hacerles daño. Pero la persona que ha conquistado su confianza ve que su conducta reacciona inteligentemente ante los esfuerzos por salvarlos, no siempre fáciles si sus dedos están enredados. He aquí un incidente ocurrido hace poco. Los ratones estaban haciendo grandes estragos en mi habitación, incluyendo un ataque a mi abrigo nuevo, de cuyos bolsillos arrancaron tiras para sacar una nuez que había dentro. (Mis bolsillos contienen por lo general comida para los pájaros.) Ya desesperada, puse una ratonera en un rincón y la resguardé con fortificaciones de bandejas de hojalata, que a mi entender ningún pájaro podría quebrantar, aunque yo pensaba quitar la ratonera al amanecer. Pero se me olvidó. A la mañana siguiente, mientras yo trabajaba en el jardín cerca de la ventana, oí el atroz sonido de un animal debatiéndose en la trampa, aunque era de suponer que debía morir instantáneamente. Entrando en el cuarto vi que un carbonero

mayor había conseguido ladear una de las bandejas y había visto el queso en la ratonera: quedó atrapado por el cuello. Aleteó y luchó desesperadamente por libertarse hasta que entré en el cuarto diciéndole en tono tranquilizador "No pasa nada, quedarás libre", pues los pájaros entiende el significado de las palabras por el tono. Entonces dejó de pelear y cuando me incliné sobre él me miró sin el menor síntoma de dolor o miedo, pero con una expresión esperanzada en los ojos. Sin dejar de hablarle suavemente empujé la ratonera y el pájaro hacia mí; cosa necesaria para que pudiese poner las dos manos en el muelle. Permaneció perfectamente tranquilo, sus ojos fijos en los míos, como en espera. Yo temía que se debatiese mientras levantaba el resorte y que fuese difícil librarle sin daño. Pero tuvo la inteligencia de comprender que lo estaba libertando y se quedó muy quieto; sus ojos observaban apaciblemente los míos mientras yo levantaba el muelle. Quedó libre e indemne. Sacudió rápidamente sus erizadas plumas y voló por la ventana emitiendo una nota de enojo reprimida. Al examinar la ratonera para saber por qué no había sido aplastado descubrí una pequeña curva en el alambre justo donde se cerraba sobre su cabeza; hubiera muerto a no ser por este motivo. Después de alisarse de prisa, fuera, volvió a comer en mi mano como de costumbre, y por lo visto tan campante como antes del accidente. Ahora me obsesiona la visión de su linda cabecita clavada en la ratonera, pero agradezco que se me haya ahorrado la pena de herir o matar a un pájaro. Los ratones pueden hacer ya lo que quieran en mi casa, pues me sería imposible volver a colocar una ratonera.

Con tanto pájaro volando de continuo en torno mío y espiando todo lo que hago no es posible evitar cogerles las patitas al cerrar cajas o cajones. Los carboneros mayores se posan con frecuencia en los bordes cuando se va a cerrar y yo los veo justo a tiempo para

impedir que el daño sea grave, pero a veces se hieren las patitas. Se posan en mí luego para examinarse los dedos, pasando el pico sobre cada uno, probablemente para humedecerlos con saliva. El accidente no hace nunca que el pájaro me tome miedo; ni siquiera se va del cuarto, pues comprende que no se trata de un daño intencionado. Incluso he apretado una o dos veces la cabeza de un carbonero mayor entre mis dedos al recoger algo a la vez que el pájaro se abalanzaba de repente. El paro emitió un breve grito, pero en cuanto lo solté excusándome en voz baja, se sacudió las plumas y me miró serenamente sin la más mínima sombra de miedo, aunque la súbita presión en su cabeza no debió de serle agradable, pues sin duda fue una colisión violenta. Sin embargo, si hablo con dureza a un pájaro —sin que haya sufrido ninguna molestia física— se asusta y se aleja de mí volando hasta que cambio el tono de voz. ¿Cómo llegan los pájaros a ese discernimiento, si no es usando su inteligencia?

Lo mismo que se puede averiguar por las expresiones y los leves movimientos de un pájaro lo que quiere o lo que va a hacer, el pájaro averigua la intención de los seres humanos. Ya ilustré esta afirmación en el capítulo V (preparativos para mi baño) y en el capítulo I (pruebas con la mantequilla), pero he aquí otro ejemplo. Si tiendo a alguno de mis carboneros mayores una nuez con cáscara la miran ávidamente y luego me miran a mí con expresión expectante, aguardando que yo manifieste síntomas de cascarla para ellos. A veces lo hago con un martillo y en cuanto cojo esa herramienta los más inteligentes vuelan a la ventana, esperando fuera que acabe la operación, y entonces regresan con gran entusiasmo a recibir la golosina. Comprenden que voy a hacer ruido en cuanto me ven con el martillo y la nuez; la vista de uno u otro de estos objetos, aislado, no les induce nunca a volar por la ventana. Sólo ciertos carboneros mayores comprenden que viene el inevita-

ble ruido, otros vuelan precipitadamente cuando lo oyen, excepto algunos insensibles al golpe. Los pájaros más inteligentes y sensitivos vigilan mi rostro y mis gestos, dándose cuenta de todo con asombrosa facilidad, incluso después de ver la operación una o dos veces nada más. Sobre todo los grandes paros están llenos de curiosidad cuando son jóvenes, como se ve en el capítulo II, apart. 2 (la curiosidad de Cabeza Pelada respecto a la segunda cría de sus padres). Quizá esto ayude a desarrollar sus facultades de observación e inteligencia. Esto mismo se aplica a algunos de la tribu de los cuervos, etc.

Los pájaros comprenden lo importante que es observar las expresiones de los ojos, no sólo entre ellos, sino también entre los seres humanos. Cuando quieren que les eche la comida que tengo en la mano, mis pájaros no fijan la vista en ésta o en la mano que la tira, sino que escudriñan detenidamente mis ojos hasta que les doy la comida o me voy. Al mismo tiempo me piden que les dé la comida de diversos modos, que varían según el pájaro; pero nunca se ocupan de la mano que sostiene el alimento; sólo les preocupa lo que voy a hacer, y su contacto con el ser humano se efectúa por medio de los ojos. En el capítulo I ya me he referido, en mis experiencias con la mantequilla, etcétera, a su capacidad de interpretar correctamente mi tono de voz o mis movimientos. Si quieren robar comida y yo guardo silencio, buscan en mis ojos señales de protesta mientras se acercan y comen. Los pájaros que no me conocen bien se portan del mismo modo. Si hay un pedazo de queso o de pan en el suelo cerca de la ventana, un herrerillo forastero y hambriento lo acecha preguntándose si se lo dejaré coger. Entra con cautela, los ojos fijos en los míos mientras se apodera de la comida y echa a volar. Un herrerillo codiciaba un gran trozo de pan y mantequilla colocado en el suelo que no podía levantar; así, lo fue arrastrando poco a poco con sus patas, con los

ojos fijos en mi cara hasta que salió fuera y pudo comer sin miedo a mi censura. Los mirlos y otras especies suelen conducirse de modo muy parecido.

Este invierno, durante una o dos semanas escribí a máquina todos los días en una mesita junto a mi lecho. Los carboneros mayores no se han acercado jamás a la cama si no estoy en ella, aunque brincan por encima de todos los demás muebles. Pero como me veían ocupada tan cerca de allí, dos o tres empezaron a saltar y a posarse en ella para comer lo que yo les daba. En cuanto dije "fuera de la cama" —la primera vez en un tono de mando— obedecieron y saltaron, o más lejos de mí a su percha favorita en el biombo, o se me acercaron posándose en el respaldo de mi silla o en la mesa. Después, repetí las palabras sin tono de mando, pero también comprendieron y abandonaron la cama para irse a lugar próximo. Entonces traté de decir en el mismo tono otras palabras como "atice el fuego", pero aunque me miraron no se movieron de la cama. Los pruebo con excesiva frecuencia para que se trate de una casualidad. Siempre obedecían a las palabras "dejad la cama" o "fuera de la cama". Tres días después habían recobrado su antigua costumbre de no posarse nunca en ella.

Los pájaros tienen ciertas normas de conducta, lo cual hace que sus actos parezcan ajustarse a un patrón establecido, pero cada uno de ellos tiene su personalidad, y si estudiamos con cuidado y detenimiento el código de los pájaros, comparando conductas dentro de las especies, veremos continuas derogaciones o variaciones flexibles de la ley, de acuerdo con las circunstancias individuales (capítulo III, apart. 1, cuando se permite a Ladrón llevar a sus pequeños al territorio de Negrillo; capítulo II, apart. 1; cuando se permite a Juana entrar en el territorio de los "Carboneros agresivos"; cuando pierde a su compañero, etc.). La conducta de los pájaros muestra un sensato discernimiento en muchas cosas. Estas normas parecen basadas en el

reconocimiento general del carácter de un individuo, pues he conocido a un mirlo, que era un cantor excepcional, que conservaba el orden en el jardín como si ocupase algún puesto de influencia aceptado por todos; en cuanto veía a dos pájaros peleando —de cualquier especie— marchaba hacia ellos e inmediatamente cesaba el conflicto. Después de resolver la disputa volaba a su percha y seguía cantando. Otro ejemplo es el de un tordo, también magnífico cantor, que tenía tal distinción o superioridad social que hasta los mirlos le cedían el paso. Generalmente el tordo cantor es vencido por el mirlo si se encuentran juntos cuando se trata de comer, pero si a este tordo al que me refiero le apetecía una golosina especial, podía entrar en mi jardín tranquilamente en las barbas de los mirlos y éstos le cedían siempre. Era asombroso ver a los mirlos otorgando esta precedencia. En ambos casos parece que la personalidad y tal vez las extraordinarias dotes musicales lograron esta distinción, pues nunca se les vio pelear ni manifestar su fuerza física para conseguir dicha superioridad.

La conducta de los pájaros depende en gran parte del carácter de cada uno. Incluso el encontrar y conquistar pareja es un proceso que varía dentro de cada especie. Puede efectuarse con muy pocos preámbulos o ritos preliminares o puede haber mucho galanteo y fogosa manifestación, según los individuos y las circunstancias. Como diremos en los próximos capítulos sobre el canto, dentro de la misma especie existen infinitas variaciones en la cantidad y la calidad del canto —como asimismo entre especies—, aplicándose esto también al arte de volar. Si se quiere entender la psique de los pájaros han de tenerse en cuenta todas estas diferencias individuales. Cuanto más se familiariza uno con cada pájaro más se advierte que demuestran su personalidad en todo. Estas diferencias pueden ser grandes o parecernos nimias, pero el hecho es que todas estas variaciones de inteli-

gencia, memoria, emociones, etc., que se presentan dentro de las especies, afectando su conducta, demuestran que, aunque hay algunas leyes fundamentales obedecidas instintivamente, en su mayor parte los actos no son automáticos, sino que están regulados por la psique del pájaro de acuerdo con su carácter. En cuanto a mí, nunca encuentro una base firme para la declaración concreta hecha de continuo hoy, de que la psique del pájaro difiere por completo de la nuestra. Su vista y su oído tienen semejanzas con los nuestros, y algunas diferencias. (Los pájaros hacen imitaciones, las cuales demuestran que oyen el sonido lo mismo que nosotros.) Y si comparamos las reacciones de los pájaros con las de los hombres, y en particular con las de los niños, veremos muchos puntos de semejanza, sobre todo en lo que se refiere a las emociones. La psique del pájaro, dentro de sus limitaciones intelectuales, puede tener parecido con la nuestra, aunque, naturalmente, presenta muchas diferencias también. Su desarrollo es, sin duda, muy distinto, pero si no hubiera semejanzas ¿podrían el pájaro y el hombre entenderse tan bien cuando llegan a cierta intimidad?

El hombre ha desarrollado su cerebro a costa de sus sentidos, perdiendo algunas facultades o sentidos naturales que poseyeron las tribus primitivas. Los pájaros en su vida libre y silvestre tienen dichos sentidos sumamente desarrollados, en especial el de la orientación o del hogar, necesario porque el vuelo los capacita para cruzar grandes distancias lejos del sitio donde se criaron.

El vuelo y sus manifestaciones

Los pájaros no sólo utilizan el vuelo como medio de locomoción sino en forma bella, como medio expresivo, y algunas especies lo combinan con el canto (véase cap. XII). Muchas especies consagran varias horas del

día a volar por mero esparcimiento, otras a cantar. El vuelo es un arte afín a la música, que tiene como base el ritmo y la sensación del movimiento, un espléndido medio de expresión que los pájaros, tan sensitivos por naturaleza, saben muy bien usar.

Algunas especies, de hábitos sociales, como las aves zancudas y los estorninos, han desarrollado a un grado tal de perfección el vuelo en bandadas que el hombre curioso sigue preguntándose cómo logran este movimiento simultáneo sin un conductor que los guíe. Mucho se ha escrito sobre tan interesante cuestión. E. M. Nicholson en *Cómo viven los pájaros* sugiere que todos los pájaros de una bandada "se encuentran en un estado de reacción rápida", y "como un perro en espera de las órdenes del amo" están alerta y todo oídos a las órdenes de cualquier pájaro de la bandada. Pero dichas bandadas varían en número, de unos cuantos pájaros a cientos, y ¿por qué ha de haber siempre entre ellos uno, o tal vez dos, que encabezan la bandada? A mi juicio estas maniobras de vuelo pueden efectuarse de un modo comparable a los músicos de un conjunto. Los músicos, cuando tocan, están en un estado en que reaccionan con rapidez, como los pájaros durante esos vuelos, y en los buenos conciertos de música de cámara —sin director— los músicos sienten conjuntamente, como un todo, no como individuos separados que tocan cada uno una parte distinta. Se concentran en la música en su integridad, no sólo en su propia parte. A todos los lleva el mismo impulso o inspiración, y cada uno siente una conciencia supersensitiva de la interpretación de los otros, a menudo hasta el grado de sentirla un poco anticipadamente. Al tocar, como en todos los actos, la mente debe adelantarse un poco al acto, factor éste que tiene especial importancia en los pasajes rápidos. Se puede aducir que lo que guía a los músicos es su partitura, pero las orquestas de zíngaros tocan sin partitura, y cada músico toca su parte,

pero lo que se oye da la impresión de un todo, ya que a todos les inspira la misma onda sensible. Esto se aplica también a los coros del País de Gales, que all se llaman "hwyl". Como los mismos músicos no tocan siempre una composición de la misma manera, la ejecución no es buena si falta esta anticipación supersensitiva. Puede decirse también que se trata de una intercomunicación entre diversas psiques bajo un impulso extraño.

Lo mismo que seres humanos de sensibilidad especial pueden unirse bajo el impulso de la misma emoción, es muy posible que así lo hagan los pájaros, que son sin duda mucho más rápidos en sus reacciones. Bajo el ímpetu de la ejecución, a los músicos los arrastra una corriente viva que es una especie de vida en sí y no sólo se impresionan ellos mismos, sino que el auditorio puede sentir esa misma impresión. Cuando los pájaros pasan cerca de nosotros, volando rítmicamente en esos vuelos simultáneos, el efecto que producen sobre las personas sensibles a estas cosas es muy fuerte; hay una excitación y un estremecimiento que emanan de la bandada; el vuelo de los pájaros se siente a la par que se ve.

Pero cuando los pájaros vuelan al lugar donde comen o con cualquier otro fin práctico, no conciertan su vuelo como un conjunto, ni aplican tensión a los movimientos necesarios; no se hallan en estado de reacción rápida y el resultado como unidad no es rítmico. Entonces vuelan siguiéndose unos a otros y no se siente el temblor emotivo que emana de la bandada cuando cruza cerca del observador.

Hay muchas pruebas de que existe entre los hombres la transmisión del pensamiento, cosa generalmente aceptada por los científicos, basándose en los múltiples testimonios existentes. Se cree que se trata de una facultad natural, muy abandonada y degenerada en el hombre moderno. Hay motivos para pensar que los pájaros poseen ese sentido adicional, pues su

observación íntima encuentra casos que no es posible explicar de otro modo (véase cap. II, p. 50). Los sentidos de los pájaros desempeñan un papel importante en sus vidas; poseen muy desarrollados los sentidos de la orientación y del tiempo; exceptuando el olfato, tienen todos los sentidos que el ser humano posee normalmente, en forma bien desarrollada, y parece que no hay razones para excluir la probabilidad de que posean esta percepción extrasensorial o comunicación telepática en forma sencilla, mediante la cual podrían explicarse muchas cosas de la conducta de los pájaros que de otro modo resultan inexplicables.

SEGUNDA PARTE

EL CANTO DE LOS PÁJAROS

CAPÍTULO IX

EL AMBIENTE Y EL CANTO DE LOS PÁJAROS

Era un día helado de diciembre y ningún pájaro volaba en el valle de Sussex. Grupos de cornejas y corvatos con aire deprimido estaban esparrancados en las cercas y muchas gaviotas se habían acurrucado en el margen del río. Todos parecían demasiado melancólicos para volar o comer y no se oía una sola nota. El aire inmóvil era húmedo y escalofriante y un velo adusto parecía cubrir todas las cosas. Las dunas grises se mostraban incoloras y muertas, los campos y los pantanos pardos y tristes, y el río que corría entre ellos estaba sin vida, oscuro y aceitoso.

El cielo gris se oscureció lentamente al cubrirse de nubes y cuando llegamos a una curva distante del río, siendo mediodía parecía de noche. El faro Firle y el monte Caburn eran como sombras de sí mismos, mientras que las dunas estaban borrosas hacia el mar y al oeste y no se distinguían de la negrura de los nubarrones. Había una quietud fantasmal impropia de la hora.

De pronto un tordo quebró el pesado silencio invernal con un canto rico y pleno y en el mismo instante un pequeño dardo de luz solar cayó sobre el pico liso del monte Caburn, de manera que su forma en sombras se coronó de un oro que se esparció lentamente hasta que la grácil loma se irguió en la luz mientras todo lo que la rodeaba permanecía en tinieblas.

En su árbol junto al río el tordo cantaba como si hubiese llegado la primavera, mientras el sol lanzaba largas sondas de plata desde el gran banco de nubes que se estaba desgarrando poco a poco, descu-

briéndose lentamente. El faro recibió el roce de la luz del sol que se deslizaba a lo largo de toda la cordillera, hasta el valle de Ouse, transformando el matiz monótono del campo en un verde resplandeciente. El ganado que pastaba, antes invisible en la bruma, se alzó con vivos colores sobre la yerba, y el río que una leve brisa ondulaba centelleó y cobró vida.

Dos caballos tendidos en un prado al otro margen del río se levantaron, se estiraron y movieron sus colas como en espera de las moscas estivales. Y realmente parecía que el sol ardiendo en la hendidura de las sombrías nubes tenía un brillo intenso, insólito a mediados del invierno.

Ahora todos los pájaros recobraron sus alas y sus voces. Los gritos de los tiranos vinieron de allende la ciénaga y una bandada de ellos giró muy alto en el aire; muchos zorzales pasaron arriba, llamando y volando a los árboles donde aún cantaba el tordo; las melancólicas cornejas se despabilaron y echaron a volar, graznando como si se sacudieran una pesadilla; las yacentes gaviotas se alzaron todas juntas y al navegar y girar en el aire parecían expresar con su vuelo lo que el tordo decía cantando.

Una gran gaviota de lomo negro estaba allí, majestuosa en sus movimientos, lenta y fuerte en sus mesurados giros, como si cronometrara su vuelo lento planeando en pequeños círculos para algún fin trascendental dispuesto por el mundo de arriba. Una pequeña lengua de tierra cubierta de arbustos se erguía cerca del río y sobre ella curvó su vuelo circundándola siempre con lenta precisión, con sus grandes alas y su cola bien extendidas.

Unas nubes espesas volvieron a ocultar el sol. Pasó el júbilo, pero el efecto de aquel claro se sentía aun en torno. La avidez sustituyó a la melancolía. Dos agachadizas volaron veloces sobre el pantano, todos los pájaros partieron en busca de alimento y ya no

quedó ni una sola gaviota, ni una sola corneja, acurrucadas melancólicamente junto al río.

Pero tal vez lo más prodigioso de los pájaros es su canto. Cuanto más se escucha su música, reuniendo datos y entendiendo su lenguaje musical, mayor belleza se encuentra en ella. La canción es un desahogo emocional, el corazón de un pájaro se vierte en su música, así que, apreciando con más plenitud e intimidad su canto, llegaremos a comprender mejor su naturaleza.

Siendo muy impresionables y fácilmente excitables, son varias las emociones que suscita su canto. Son muy sensibles al ambiente. En especial la luz que marca el tránsito entre el día y la noche induce al pájaro a expresarse plenamente por medio del canto. Cuando empiezan las estrellas a desvanecerse se inicia el coro del amanecer. Las alondras, los mirlos, u otros cualesquiera son los primeros en cantar —pues no hay reglas para los cánticos de la aurora— y mientras la tierra va llenándose de luz, más y más pájaros invaden el aire con su canto conmovedor, en un homenaje al día naciente. Al atardecer su melodía tiene un tono más sereno, de acuerdo con la belleza y la paz que impregnan a la naturaleza cuando cae la tarde.

Los cambios de ambiente súbitos e inesperados, tales como la aparición del sol después de una tormenta, también hacen reaccionar a los pájaros incluso en la mitad del invierno, como lo demuestra el episodio que acabo de narrar. Ese canto al sol el 21 de diciembre fue la única voz de pájaro que se dejó oír hasta fines de año, pues el mal tiempo, excepcionalmente duro y sombrío, se prolongó casi todo el mes.

Los pájaros adoran la luz del sol. Al ocaso, en mi jardín, muchos de ellos se posan en lugares donde pueden mirar el sol poniente cara a cara; a medida

que las sombras se les aproximan cambian de postura, tal vez subiéndose a una rama un poco más alta a fin de recibir otro ratito los rayos del sol. Pero las sombras se deslizan hasta ellos, así que vuelven a moverse y los árboles que conservan la última luz están llenos de pájaros alisándose el plumaje o simplemente viendo declinar el sol. Durante cierto tiempo permanecen muy quietos, ni uno sólo come o canta en ese silencio que precede a la puesta del sol. Cuando éste ya ha bajado mucho en el horizonte, el ambiente cambia y los pájaros desgranan su música mientras el cielo resplandece y la tierra se va oscureciendo; y las últimas notas del tordo o del mirlo adquieren mayor belleza en el crepúsculo.

En primavera puede ocurrir que los pájaros callen cuando, por unos días, el viento este cubre la tierra como una plaga. El mirlo, que es un cantor especialmente sensible, es con frecuencia el primero en guardar silencio. Aunque según el calendario ya es hora de que revele el gran talento que oculta bajo sus negras plumas parte del año, pierde los días, valiosos, de su plenitud expresiva. No parece que el viento este haya afectado sus órganos vocales, pues su cloqueo y sus llamadas son claros y fuertes. Es probable que su compañera siga anidando y empollando, que es su labor creadora, pero en él la chispa creadora fue apagada por el frío del ambiente. Cuando no guarda su territorio paseando frente a los mirlos vecinos, pasa largo tiempo inmóvil, posado en un árbol. A la primera señal de cambio en el clima, que los pájaros preven a menudo muchas horas antes que el hombre, el mirlo y otros cantores vuelven a su música a pleno pulmón mientras un viento más templado suaviza la atmósfera y el cielo se ve libre de la plaga del este.

El ambiente afecta asimismo la calidad del canto. Los pájaros que han sido criados y viven en el encierro de las grandes urbes presentan menos variedad e ímpetu en su canción que los que gozan de libertad

en el campo y eligen para vivir verdes jardines o bosques salvajes. Esto se debe en parte a la influencia de los sonidos que oyen en derredor. Un tordo puede perfeccionar su canto porque oyó a un ruiseñor, y el petirrojo que estuvo donde hay muchos sílvidos, mezcla a veces la hermosura de aquellas melodías en sus propias frases. Creo que esto se aplica a muchas especies, pues los músicos aprenden unos de otros y los pájaros tienen oídos alerta a todos los sones. Pero además de esta influencia imitativa sobre sus frases, el ambiente del paisaje parece afectar la calidad del canto. Mi primera impresión acerca de la curraquilla fue la de que cantaba mejor en parajes tranquilos donde hay flores. (No es, naturalmente, un pájaro de caminos, como las currucas, algunos pinzones y el verderón pintado.) Desde entonces he observado que parece sensible al ambiente y que el contenido emocional de su melodía cambia de acuerdo con la naturaleza. Aunque en general su música es dulcemente reflexiva, le oí una vez transformar por completo el carácter de su canto.

Era en abril, pero una gran ventisca cubría las lomas del sur. El sol había derretido la nieve en una barranca abrigada bajo el faro de Ditchling, pero el endrino en flor que llenaba la barranca competía en blancura con la loma nevada. El único sonido que estremecía aquella quietud era la voz de una curraquilla, gritando sin cesar un cántico de triunfo mientras volaba de un lado a otro con vuelo de una alegría insólita sobre las copas de los arbustos níveos. Sus tonos elevados, exultantes, no eran característicos, pero la línea del canto y la pureza de la voz no había cambiado. Parece que lo radiante de aquel paisaje con la primera floración primaveral le había hecho prorrumpir en aquella exaltada melodía, trazando a un tiempo vuelos jubilosos sobre los arbustos en flor.

¿Si era sólo que el sol al derretir la nieve había

liberado sus pulmones, por qué elegía siempre aquella senda aérea, sobre las flores, para cantar?

Unos días más tarde volví al mismo lugar. La nieve se había escurrido de las lomas, las flores de los arbustos estaban marchitas y los verdes suaves del césped y de las hojas tiernas sustituían la anterior y resplandeciente escena. La curraquilla cantaba entre los mismos arbustos. Pero esta vez no volaba con alegría sobre ellos y el amor y la ternura suavizaban sus maduras notas. Había en su voz, lo mismo que en el paisaje, una dulzura que nacía de la primavera, ya en plenitud.

Todas estas cosas demuestran un alto grado de perceptividad y reacción emocional, mejor apreciado también por los seres dotados de sensibilidad artística. En el canto de los pájaros se entreven muchas cosas que rebasan los límites del automatismo, y los que no poseen un oído sensible o carecen de oportunidades para adquirir un conocimiento y una comprensión reales del canto de los pájaros será difícil que puedan apreciar la naturaleza de éstos. El hecho de que el talento musical varía con el individuo —dentro de la misma especie— igual que entre los hombres, no es compatible con la teoría de psiques que sólo trabajan automáticamente, sin inteligencia individual. Esta variación de talentos no es sólo una cuestión de calidad de voz, sino que influye también en el material del canto o la composición musical: la interpretación de la composición, especialmente en los mirlos, y la capacidad técnica, pues hay muchos que tienen que trabajar más tiempo que otros para adquirir la técnica de la canción, llegando a distintos grados de eficacia. La manera de trabajar que tienen los pájaros demuestra una gran inteligencia musical.

Ilustraré con ejemplos todos estos puntos en el siguiente análisis del canto de los pájaros. Dichos capítulos analíticos que empiezan con el estudio de la técnica musical de los pájaros vista en un aspecto

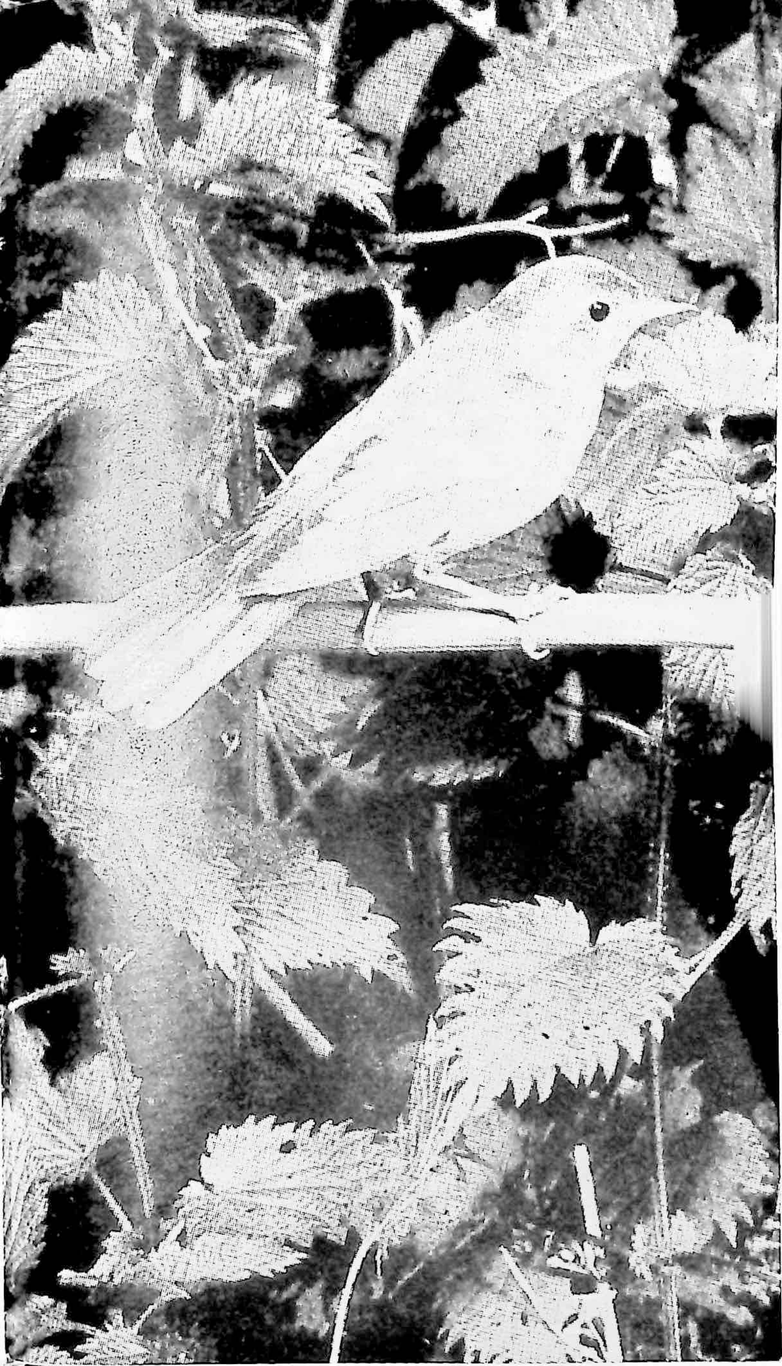
nuevo ayudará tal vez a ciertos lectores a explorar por sí mismos el vasto campo que nos abre la canción de los pájaros. El próximo capítulo es enteramente técnico y analítico, pero aquellos que no están especialmente interesados en el tema pueden saltarlo con facilidad.

CAPÍTULO X

ANÁLISIS DE LA TÉCNICA EN EL CANTO DE LOS PÁJAROS

El análisis de la técnica en el canto de los pájaros es útil para aprender a seguir las veloces complicaciones de muchas melodías a fin de poder distinguir a los individuos, dentro de cada especie, por las sutiles diferencias de su canto. No es difícil reconocer a un mirlo o un tordo por sus frases o tonos peculiares, con tal de que el oyente tenga buen oído y discierna las imitaciones —pues un buen cantor, en particular entre los mirlos, ve con frecuencia que sus vecinos aprovechan sus mejores inspiraciones (véase la imitación en las pp. 213 *s.*). Pero en muchas especies el canto es de tan fina contextura y su compás tan rápido que el oído humano, si no está adiestrado, podrá difícilmente seguir el canto en detalle; muchos oyentes son incluso incapaces de distinguir entre diferentes especies cuya música tiene un leve parecido, como, por ejemplo, en el caso de la curruca de cabeza negra y el andahuertas. Pero cuanto más se familiariza uno con estas rápidas y complicadas melodías, más resaltan las diferencias individuales.

Los propios pájaros no tendrían nuestras dificultades en reconocerse por su canto. Son más sensibles al sonido y a los diversos grados del sonido, dentro de su radio de alcance. Como ya hemos indicado en un capítulo anterior, el tiempo es más lento para ellos que para nosotros, su pulso más rápido, su temperatura más elevada y sus reacciones emocionales más veloces. Del mismo modo les sería más fácil seguir el compás de sus frases musicales más rápidas y su oído penetrante les facilitaría el distinguir las sutiles inflexiones de la





voz. Pero es preciso que aprendamos esas sutilezas de su lenguaje musical.

La comprensión de los siguientes puntos técnicos ayudará, según creo, a entender mejor la música de los pájaros.

1. Los pájaros emplean una escala musical que contiene dentro de la octava más intervalos que la nuestra, que está ajustada por atemperación a doce notas —la escala cromática de semitonos.[1] Nuestros oídos están habituados a dicha escala, con un semitono como intervalo más pequeño, pero los pájaros utilizan libremente muchas notas intercaladas en el semitono, incluso menores que el cuarto de tono, como puede advertirse cuando cantan una frase rápida de muchas notas descendiendo en la escala, y, sin embargo, el pasaje sólo ha bajado de uno o dos tonos, según nuestra notación musical. A estos intervalos, menores que semitonos, los llamo intertonos. Por lo tanto, los pájaros poseen una infinita variedad de notas, cada una de ellas con sus armónicos o notas secundarias que acompañan a cualquier nota aislada, pues en realidad su escala es la escala natural ilimitada de la naturaleza. Las alondras y los sílvidos emplean de un modo perfecto muchos intertonos; suenan naturales a nuestros oídos, aunque es imposible transcribirlos con exactitud, ya que nuestra escala y nuestro lenguaje musical son diferentes.

2. El timbre es uno de los factores más importantes para reconocer el canto de las distintas especies, pero los pájaros introducen continuas alteraciones en el sonido de sus notas sin alterar el timbre (exceptuando el cambio de intervalos) lo mismo que el hombre cuando canta altera la letra y conserva la misma ca-

[1] Definición: "Nuestra escala está modificada por un sistema convencional mediante el cual los tonos, producidos por las vibraciones de un tono básico, se modifican mutuamente y en parte se anulan, hasta que su número se reduce prácticamente a la escala efectiva de doce tonos."

lidad de timbre o de voz. Como no podemos decir que los pájaros usen distintas palabras o vocales, creo que esta alteración se designa mejor con la palabra *fono*.[1] Por ejemplo, cuando la almendrita canta el *fono chiff* se diferencia del *fono chaff*, aunque el timbre no se altera; del mismo modo el cuco emplea dos *fonos*, pero muchas especies emplean un gran número de *fonos* diversos que dan color y variedad a su música. La transcripción de dichos *fonos* en sonidos como "pi, ti, tiu", nunca resulta satisfactoria porque la gente oye dichos *fonos* de manera distinta; lo que es "ti" para una persona, suena más bien como "chu" para otra. Pero sea cual fuere el sonido de esos *fonos* para cada individuo, si los anotan conscientemente y conservan en la memoria los cambios de *fono*, esto ayuda a percibir los detalles del canto del pájaro, con lo cual se siguen más fácilmente los pasajes rápidos y se puede identificar a los individuos dentro de cada especie, incluso con los cantos más complicados.

3. Los pájaros, como los músicos, utilizan mucho el *accelerando*, el *ritardando* y el *tempo rubato*. El término musical *rubato* significa un tratamiento flexible de las notas sin trastornar el ritmo, acelerando unas o retardando otras de modo que se conserve el equilibrio sin afectar al ritmo en conjunto. Al escuchar el canto de los pájaros se observará con frecuencia que a un *accelerando* súbito o gradual —o apresuramiento— de notas rápidas le sigue un detenimiento en las notas largas o una nota larga trabajada con un trino. Por ejemplo, la curraquilla, con un sentido artístico perfecto, hace un uso muy eficaz de un *accelerando* gradual que conduce a una nota sostenida con un trino exquisito.

Opino que el escuchar de vez en cuando el canto de los pájaros con espíritu analítico ayuda a apreciar

[1] Definición: "Voz que suena como una vocal o una consonante."

la perfección de su música sin disminuir el placer emotivo.

En las páginas siguientes emplearé con frecuencia las palabras intertono, *fono* y rubato, así que debe recordarse que:

intertono significa intervalo dentro de un semitono;

fono quiere decir tipo de sonido que se altera dentro del timbre;

rubato es la flexibilidad de los valores de las notas dentro del ritmo.[1]

4. El ritmo es la base del canto de los pájaros, así como de toda música. El carácter y la emoción de ésta depende en gran medida del ritmo. Cada especie de pájaros parece nacer con un ritmo propio —que se advierte incluso en los gritos de los pequeños—, lo mismo que cada raza humana presenta un ritmo característico en su música autóctona.

Para los fines del análisis técnico creo que la siguiente clasificación en tipos de ritmo puede ser útil, pero deben tomarse en cuenta las imperfecciones inevitables en divisiones de esta índole. Como es natural, hay tipos que se entremezclan y no es posible delimitarlos exactamente.

TIPOS DE RITMO Y ANÁLISIS TÉCNICO DE LAS ESPECIES

TIPO 1. CUCO (macho), ALMENDRITA, PALOMAS, etc. Pájaros que sólo disponen de una canción en un ritmo establecido y en la forma más simple posible.

Apenas logran un ritmo en el sentido más amplio de la palabra; puede definirse como la expresión rítmica de algunas notas. Su canto depende mucho del *fono;* por ejemplo, "cuc-cuc" resultaría débil, pero "cuc-co" es una obra maestra dada su sencillez. El timbre, el *fono* y la interpretación constituyen el ca-

[1] Definiciones del ritmo: "Suma de distintas partes en una unidad." "Expresión del instinto de orden en el sonido."

rácter de estas melodías más aún que el sencillo ritmo, pues las frases del cuco y de la almendrita tienen rítmicamente el mismo equilibrio pero su efecto es totalmente distinto. Hay muchas personas que confunden el "ti-chú" [1] del carbonero mayor con la canción de la almendrita, que en realidad no se le parece. Ambos pájaros emplean dos notas y dos *fonos*, pero no se asemejan en nada y el timbre de ambas especies es muy distinto, lo mismo que su estilo. La almendrita suena muy regulado y serenamente preciso, el carbonero mayor temerariamente audaz, como si se jugara el todo en cada nota. Ni siquiera debería incluirse al carbonero mayor en este tipo; con frecuencia emplea cuatro notas o más, variando mucho el ritmo del "ti-chú" y la tonada depende de cada individuo. Este paro tiene además otras muchas canciones y conversaciones (véase p. 229). Algunas almendritas tienen modos originales de agrupar su frase de dos notas en su repetición, lo cual facilita el reconocer a cada uno de ellos.

A menudo distinguimos a los cucos entre sí por la elección persistente de ciertos intervalos, tonos y leves variaciones de las dos voces. Las palomas tienen canciones monótonas y creo que su zureo de ensoñadoras no varía lo suficiente entre ellas para poder reconocerlas, aunque he oído tórtolas cuyas notas tienen ciertas peculiaridades distintivas. Además de la "torr-to-la", de donde les viene el nombre, esta especie arrulla sobre una nota alzada y frecuentemente repetida, y también una nota alzada y seguida por dos notas de descenso, siempre reiteradas de igual modo.

TIPO 2. PINZÓN, CERILLO, CASTAÑITA, CURRUCA, TRIGUERO, etc. Pájaros cuyo canto sigue un ritmo establecido pero mucho más elaborado.

El ritmo de estos cantos resalta mucho, y el equilibrio entre notas largas y cortas es musicalmente

[1] Término del *Manual.*

perfecto. (Sin equilibrio no hay "orden en el sonido" y el buen ritmo depende de la perfección de dicho equilibrio.) A causa de la rapidez de estos cantos el *fono* desempeña un papel menos importante que en el primer tipo, excepto en los finales del pinzón y del cerillo. Canciones abreviadas y variaciones reducidas suelen oírse al empezar la primavera y a fines de verano, pero en el auge de cada estación cada pájaro acostumbra repetir su canción completa sin variar el patrón rítmico establecido. En estas especies los individuos se distinguen a menudo, pues los detalles de su canto no son siempre iguales. Se conoce a los pinzones por distintas diferencias de intervalos en los trinos así como en la cadencia (o final). Pero cada pájaro repite su versión completa. Algunos pinzones cantan sus trinos descendiendo en tercios aproximados, y acaban con extraordinaria brillantez; otros conservan intervalos más próximos y unos pocos parecen incapaces de lograr los gorgoritos acostumbrados en la cadencia, terminando su canto de modo cojo o torpe. Su interpretación es siempre audazmente rítmica. Como la del pinzón, la melodía del cerillo en toda su plenitud acaba con dos notas que forman un *rallentando* de un efecto soñador. Aunque el individuo varía el detalle y a veces la interpretación del canto, siempre se mantiene dentro del mismo patrón rítmico establecido. Lo mismo el cerillo que el triguero cantan con un estilo fácil, espontáneo, propio de las cálidas tardes estivales en que sólo ellos cantan sin cesar.

La interpretación de la castañita resulta tan audaz para un pájaro tan chico que a veces sorprende si se oye muy de cerca. El ritmo fuerte de la canción completa está establecido sin muchas diferencias individuales, ni siquiera en los detalles. Canta muchas variantes abreviadas. El ritmo de la curruca hace más bien el efecto de un sonsonete, y canta de un modo limpio y preciso, un poco como si repitiera la

lección. Es difícil distinguir a los pájaros de estas especies por su canto.

TIPO 3. SALTAMIMBRES, CANTALARRANAS, CURRUCA DE CABEZA NEGRA, ANDAHUERTAS, CURRUQUILLA, ALONDRA, PARDILLO, JILGUERO, etc. Pájaros cuyos ritmos son libres y variados, y en que cambia el compás acentuado, especialmente en el canto bajo. La interpretación de estos complicados ritmos se complica más aún con el uso del *tempo rubato*.

El canto del saltamimbres es un buen ejemplo. A veces elabora un *accelerando* de notas rápidas a una gran velocidad y luego lo equilibra todo con notas más lentas proporcionalmente retardadas. Cambia con frecuencia el acento, produciendo así ritmos cruzados. He aquí un ejemplo del ritmo de uno de estos cantores, para demostrar los acentos cambiantes. Tomé esto aprisa mientras cantaba. Los compases acentuados son todo lo correctos que pueden ser mis anotaciones, pero había, naturalmente, muchas notas entre esas corcheas. Los intertonos de la escala que usan los pájaros hace imposible toda transcripción de las notas de su canto, excepto el trazo rítmico.



La interpretación es intensamente rítmica y llena de energía, siendo el rasgo más saliente del ritmo, pero cuanto más se familiariza uno con cada cantor más se da uno cuenta de los cambios de *fonos*, que realzan el efecto colorístico de la canción. Muchas de sus frases son imitativas, pero las teje continuamente en una composición original con un ritmo enteramente suyo.

El cantalarrana es mucho más imitativo y emplea mucho *rubato* irregular no siempre bien equilibrado, pero esto es exagerado con frecuencia por el nervio-

sismo del oyente. No tiene un ritmo propio tan fuerte y rotundo como el saltamimbres.

La curruca de cabeza negra y el andahuertas también crean en ritmos libres y variados, a menudo con el empleo del *rubato.* El segundo usa más trinos pero presenta menos variedad de intervalos y ritmo que el primero cuyo timbre es más puro y suena con mayor claridad, prolongándose habitualmente las notas hacia la cadencia con un *crescendo.* Se distingue mucho mejor a la curraca de cabeza negra que a los andahuertas, porque su canto es mucho más melódico.

Tal vez muchos crean que la curraquilla repite una frase en un patrón rítmico establecido como los pájaros del segundo tipo. Su canción es de tan delicada contextura que sólo el oyente experimentado advertirá que no es así. Su canción, de intertonos variables, descendentes en un *diminuendo* parece cantada con un *fono* de múltiples inflexiones que conduce poco a poco a un cambio de *fono* en la cadencia, en las dos últimas notas. Emplea mucho el *rubato*, empezando a cantar lentamente y acelerando a medida que se reduce el tono.

Se puede distinguir a todos estos sílvidos dentro de la especie observando sus patrones rítmicos individuales, sus *fonos*, cadencias y otros detalles.

Las alondras y los alfareros tienen gran libertad de ritmo; claro que la primera teje muchas más tonadas en su canción. El segundo da un maravilloso ejemplo de *ritardando* al descender a la copa de un árbol cantando "sie-sie-sie".[1] Hay muchas variaciones individuales en el material del canto de la alondra. La de los árboles varía mucho más en su modo de cantar y algunos pájaros abrevian la canción y no cantan nunca ciertas frases (véase p. 45).

El pardillo y el jilguero usan *rubato* y *crescendos* en sus cantos. La canción alegre y espontánea del segundo, con sus ritmos chispeantes, tiene mayor bri-

[1] Término del *Manual.*

llantez que la música más suave y sutil del primero. Su interpretación es flúida y ligera, la del pardillo más grave.

La canción más pesada y monótona del verderón parece fluctuar entre el segundo y el tercer tipo, pues su ritmo no está del todo establecido ni tiene mucha libertad ni cambios. Pero canta su canción en fragmentos; cuando la da completa presenta alguna variante, aunque no es un buen ejemplo del ritmo del tercer tipo.

TIPO 4. MIRLO, TORDO, PETIRROJO, RUISEÑOR, etc. Pájaros cuyo canto se compone de muchas frases diferentes con diferentes ritmos, cantadas con una pausa momentánea entre cada frase. En sus canciones en voz baja las frases distintas se entretejen todas juntas en un surtidor musical continuo, que dura frecuentemente varios minutos y se canta muy por lo bajo.

Los mirlos componen muchas frases o tonadas de ritmos enteramente distintos, cantadas con leves pausas que separan cada tonada. Cada pájaro compone sus propias melodías, aunque hay mucho plagio, especialmente entre los cantores menos dotados (véase, sobre el plagio, la p. 214). Su canción es mucho más afín a la música humana que la de cualquier otra especie; algunas de sus tonadas corresponden a una anotación clásica de intervalo y signatura de tiempo aproximadamente correcta (usando el tiempo simple y el tiempo compuesto). Parece que cada pájaro busca variedad en los efectos, cantando sus tonadas con distinto compás, embelleciéndolas, alterando la clave, cantando en modo mayor y menor, empleando el *staccato* y el *legato*.[1] El mirlo trata incluso de invertir por completo su frase. Todas estas maneras de tratar una tonada se encuentran en la técnica del compositor humano. Varía los *fonos* y dispone de una amplia gama de intervalos

[1] Definiciones: *staccato* = enérgicamente picado; *legato* = blandamente entrelazado.

en sus canciones. El *vibrato*[1] se usa eficazmente y con gran discernimiento. Es muy fácil reconocer a los mirlos entre sí por su canto, por su técnica, que es más humana y las diferencias en la canción de cada uno.

El tordo músico compone también muchas frases de ritmos diferentes, pero son más cortas que las del mirlo y las canta dos o tres veces consecutivas antes de hacer una pausa de medio segundo y entonces inicia la segunda frase. Esta reiteración presta un equilibrio rítmico al canto como conjunto; sin ella el efecto sería tajante por la brevedad de cada frase y los diferentes compases rítmicos entre una frase y otra. La canción depende mucho de la interpretación, que es siempre audazmente rítmica. Algunas frases son comunes a muchos dentro de la especie, pero cada pájaro compone también frases originales e incluso las que no han sido inventadas por el cantor presentan toques personales, siendo muy fácil reconocerlos por su canto. El tordo canta con poca variación en el nivel del tono —el *crescendo* o *rubato,* etc., apenas armonizan con la brevedad de cada frase.

El mirlo y el tordo tienen cancioncillas muy bajas, que se çomponen del material usado en el canto pleno, pero unido sin interrupciones, exceptuando algunas notas de entronque en las que se apoyan. Estas notas de enlace son notas de llamada, cloqueos y a veces incluyen una frase imitada de otro pájaro. Todo esto se canta muy bajo y muy aprisa, siendo necesario escuchar con mucha atención para analizar los detalles.

La charla es una compositora mucho menos inventiva que el mirlo o el tordo músico, pero el tipo de su canto y la calidad de su voz se parecen más a la primera de dichas especies. Los ritmos que usa son comparativamente sencillos, la gama de intervalos en general más reducida y hay menos cambios de voz y

[1] El vibrato se define a veces incorrectamente como *trémolo* y tal vez se entienda mejor así.

menos prolongación de las notas si se le compara con el mirlo. Puede distinguirse a los individuos por sus tonadas, pero no es tan fácil reconocerlos en muchos casos, como a los mirlos, pues aunque cada pájaro compone sus tonadas, frecuentemente hay parecido entre ellas y también mucha imitación dentro de la especie.

El petirrojo tiene gran variedad de ritmo y de *tono.* En conjunto su ritmo es como el de los sílvidos, pero la forma es distinta y corresponde a la de la tribu de los tordos. Su interpretación y su *rubato* varían según el humor que tiene cuando canta, pues emplea el canto más que cualquiera otra especie para una serie de fines territoriales, cantando en otoño e invierno, así como en la época del celo. Cuando está tranquilo sus pasajes de intertonos cromáticos, semejantes a una cadencia, se aceleran a menudo, seguidos por pausas en largas notas, con un *rubato* bien equilibrado. Pero en el otoño, durante las peleas en defensa de su territorio, su *rubato* se desmanda y a veces su interpretación se hace estridente y forzada, usa inflexiones de voz marcadísimas, acentuando ciertas notas en algunas frases de modo que producen efectos totalmente distintos que cuando las canta en paz después de la batalla. Gran parte de su canto es común a la especie, pero algunos petirrojos tienen ideas originales.

Su canción por lo bajo tiene una gran fluidez de ritmo y contiene cierto número de imitaciones del canto y las llamadas de otras especies así como miniaturas de todas sus propias frases, a menudo unidas por dos o tres notas suspirantes, la primera ligeramente acentuada, pero todas en los mismos tonos susurrados, igual que el resto de esa canción.

Como el tordo, el ruiseñor se apoya mucho en la interpretación y la técnica para que su canto produzca los efectos deseados. Canta muchas frases en diferentes ritmos —con una leve pausa después de cada

uno—, siendo éstos comunes a la especie, aunque existan variantes de las frases ya establecidas. Los rasgos más salientes de su canto son el uso que hace del *crescendo*, los *fonos* y la técnica del trino. Debido al patrón fijo de cada frase, no es tan difícil individualizarlas y distinguir a estos pájaros entre sí por medio del canto, como a los mirlos y los tordos, que componen cada uno sus frases propias. A veces se oye a un ruiseñor cantando una frase imitada.

Como la capacidad de los cantores varía, algunos ruiseñores cantan mucho mejor que otros, de modo que se reconoce al pájaro por su modo de cantar las frases, más que por su música.

El zarcero y el gateador flctúan entre dos tipos, pues cantan dos canciones fijas, cada una con un ritmo diferente, y ambas canciones se cantan en distintos momentos, y por separado. La segunda canción del zarcero no se repite con tanta frecuencia como los trinos previamente mencionados en la p. 194. Se componen de una nota —el *fono* "tuey"— reiterada con un gran *crescendo-ritardando*, que hace un contraste perfecto con el trino que elabora un *accelerando* sobre una nota. Es notable que el timbre de estas dos canciones sea completamente distinto; el trino es de tono elevado y de sonido un poco delgado, mientras que el "tuey" es una canción madura y de una excepcional plenitud de voces.

El gateador tiene una canción que canta con bastante frecuencia y puede oírse todo el año. El ritmo es muy definido, y la canta con gran energía haciéndola sonar como un diminuto toque de corneta. La otra canción se oye sólo en la época del celo —por lo menos yo sólo la oí en este tiempo— y su tono es dulce y de cuchicheo. Es una agrupación rítmica de notas que se parecen a la nota de llamada principal de estos pájaros. Al contrario que en la otra canción, aquí no hay cambio de *fonos*, pero se presentan ligeras variaciones de intervalo. Las pocas notas

que componen la canción suelen cantarse en un *accelerando.*

El colirrojo y el cerrojillo fluctúan entre el segundo y el tercer tipo. Ambos empiezan su canción de acuerdo con un modelo y un ritmo fijos, pero debo decir que sólo he oído a un cerrojillo, de modo que no puedo juzgar si mis observaciones corresponden a toda la especie. Las páginas que siguen, en las que analizo por separado el canto de muchas especies, incluirán lo que he anotado acerca de estos cantores.

CAPÍTULO XI

EL CANTO DE LAS TRIBUS DE SÍLVIDOS Y TORDOS

La almendrita

El canto de los pájaros, como toda la música, impresiona de acuerdo con la capacidad receptiva y el humor del oyente. Las asociaciones influyen a menudo sobre nuestros sentimientos respecto a las canciones de las diversas especies. Para mí la canción de la almendrita trae recuerdos y visiones de infancia. La escuché por primera vez desde la cama, muy temprano, siendo muy joven, y el misterioso *tip-tap* me intrigó mucho hasta que decidí que el que lo producía era un herrero encantado, que martillaba sobre un yunque en miniatura, haciendo herraduras diminutas para corceles de ensueño. La canción me embelesó y seguí imaginándome al herrero de las hadas hasta que unas semanas más tarde oí a alguna persona mayor exclamar malhumoradamente: "Supongo que ese monótono sonido viene de algún pájaro. No ha parado en todo el día y me ataca a los nervios!" ¡Qué diferencia entre ambas impresiones! Parece general que se oiga con gusto la canción de la almendrita, porque es la primera voz de emigrante que oímos en el bosque y su sonido está asociado esencialmente a la llegada de la primavera. Pero para mí hay todavía algo de misterio en la canción de este pájaro, algún hechizo en su voz y en la discreción de sus compases rítmicos, que sugieren secretos de los bosques.

Algunos individuos se alejan de la canción típica de la especie. He oído en otoño a un pajarillo atreviéndose a lanzar algunas frases imitativas y llamadas de otras especies, que insertaba entre sus "chiff-

chaffs". A la primavera siguiente la misma canción original surgía de un bosquete a un cuarto de kilómetro de distancia del lugar donde el pájaro había cantado el otoño anterior. Se trataba probablemente del mismo personaje. La almendrita, como los pájaros de otras muchas especies, incluye en su canto el gritito infantil durante cierto período en la época de cría.

La curraquilla

Creo que la melodía de la curraquilla tiene una emoción más íntima que la de cualquier otra especie. Va derecha de corazón a corazón cuando hay verdadera simpatía entre el pájaro y el hombre. Cada nota parece emitida con amoroso cuidado, especialmente cuando empiezan a anidar. La rapidez de la emisión y la fuerza del sonido parecen escrupulosamente graduadas a medida que las notas puras y dulces se desgranan suavemente, elevándose un poco, para descender de nuevo en una cadencia más dulce. A menudo aparecen unidas dos o tres repeticiones de esta frase en *diminuendo*, como cantadas de un solo aliento, mientras el curso de la canción mengua y fluye con lentitud y a veces se desvanece en un suavísimo murmullo. La pureza del todo y la exquisita sencillez de la emisión hacen de esta música la más perfecta que puede oírse a los pájaros.

Es interesante escuchar al pájaro joven cuando modela poco a poco su canción. El grito de las curraquillas pequeñas es una nota fugaz como un suspiro. Cuando abandona el nido la repite continuamente pero sin sonidos precipitados, manifestando ya la dulzura característica del ritmo en el adulto. A medida que crece, el grito se fortalece poco a poco, pues la voz de este cantor es siempre bastante suave. Por lo general en junio el pajarillo comienza a modelar sus notas en una frase vacilante de cinco o seis notas, que contiene ya los trazos de su futura canción. Dichas

notas no poseen aún pureza ni dulzura, ni se observa el dominio del valor del tono ni el libre uso de los graciosos intertonos descendentes. Pero parece que el jovenzuelo practica para lograrlos. Canta una o dos notas demasiado fuerte, haciendo que la frase suene como espasmódica. Prueba una y otra vez, dando un impulso lento a cada nota como para dominar el valor del tono. Gradualmente este impulso lento se convierte en una nota acariciadora y la canción va adquiriendo la dulzura de la canción adulta. El pajarillo canta a capricho, pero muy pronto las notas acariciadoras fluyen libremente, la frase se amplía y se llena de intertonos que caen suavemente en *diminuendo,* su línea suavizada por pequeñas curvas ascendentes variables. Pero la belleza de la expresión y del tono en su plenitud no se oyen hasta que el pájaro vuelve la próxima primavera.

Entonces la curraquilla desgrana el día entero su hermosa canción entre el fresco verdor primaveral, y cuando su compañera empieza a empollar la cría el oyente reflexivo puede oír a menudo el fugaz gritito infantil que parecía olvidado hace tiempo, y que reaparece ahora unido al principio de la canción perfeccionada, cantada con mayor dulzura y más bellamente que nunca.

El mirlo

El mirlo posee, a más de una voz bellísima y madura, genio creador. Los modos de sus tonadas son muy diversos, a menudo hermosos, serenos y calmantes, a veces humorísticos o extraños, y con frecuencia de carácter pastoril (generalmente en compás de seis por ocho). La canción de cada pájaro se compone de muchas de estas tonadas, ideadas por él y cantadas luego con variaciones improvisadas sobre la idea original si está de humor. Cuando ha perfeccionado la tonada no suele alterarla.

Un mirlo *compuso* realmente la frase inicial del

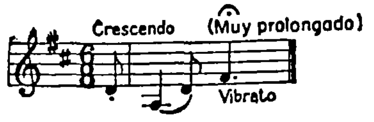
Rondó del *Concierto para violín de Beethoven.* (No era una imitación: puedo jurar que nunca oyó tocar el *Concierto.)* Empezó cantando:



Luego unos días después había alterado la última nota y cantó la frase completa dos veces, exactamente como al principio del Rondó de Beethoven, aunque, naturalmente, en tono más alto.



Durante el resto de la estación esta melodía figuró con frecuencia, entre otras, en su canción. A menudo sólo cantaba la frase una vez y en ocasiones volvía a su idea primera, haciendo una pausa en la última nota largamente sostenida, a la que añadía un eficaz *vibrato.*



Su interpretación del Rondó variaba. Si sólo cantaba la tonada una vez, lo hacía despacio, con fraseo uniforme; cuando la repetía, apresuraba el compás cada vez al final; con un efecto de *rubato* que añadía brillantez a la ejecución —hecha por un mirlo.



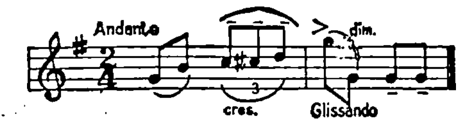
Quizá sea justo mencionar que en la partitura del Rondó de Beethoven la primera corchea —la nota

marcada *rit.*— lleva siempre la palabra *tenuto* escrita debajo, indicando que debe sostenerse la nota, lo cual hacía el mirlo, exageradamente en ocasiones.

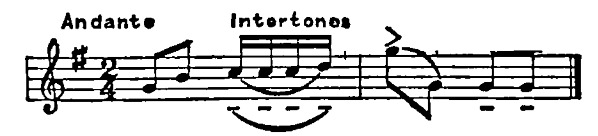
Las tonadas de los mirlos no están siempre completas la primera vez que las cantan. Es interesante escuchar cómo añaden toques que completan la idea musical primigenia. He aquí otro ejemplo. Esta tonada se cantó primero así:



Después de unos días el mirlo introdujo un semitono cromático que formó un eficaz tresillo en la última mitad del primer compás:



Esta alteración hacía una diferencia enorme; el efecto era gracioso y encantador, y lo cantaba con una excelente interpretación musical, desde el punto de vista humano. La octava descendente ligada en el segundo compás fue cantada como deslizándose, y con un toque acariciador en armonía con el tresillo cromático. Cantó así varios días y luego vino una prueba de su criterio musical —interesantísima para un músico. Probó el efecto de alterar el tresillo en cuatro semicorcheas, produciendo esta tonada:



Cantó esto unas cuantas veces, pero lo desechó y volvió al tresillo para el resto de la estación y los años

siguientes. Estaba muy en lo cierto, pues la última alteración era una sobrecarga que estropeaba por completo el sentimiento de la tonada, mientras que con el tresillo resultaba perfecta. Este pájaro, llamado Campo, estaba lleno de ideas originales y algunas eran extrañas, humorísticas y misteriosas, mediante la introducción de *estacattos* de tono bajo y otros experimentos musicales infrecuentes en la canción del mirlo, pero los buenos compositores prueban todo lo que se halla al alcance de su voz.

Cuando se escucha al mirlo componiendo, parece que cierta comprensión intelectual guiara sus dotes musicales. No cabe duda que ha progresado en el camino de la música clásica humana mucho más que cualquier otro pájaro. Como en la mayoría de las especies, en la suya la capacidad difiere según los individuos. Un mirlo cantaba una frase de Bach que pudo haber copiado oyéndomela en el violín. Había en una de las notas un breve trino que le costó en un principio cantarlo claramente, pero después de muchos ejercicios lo logró. Luego empezó a adornar la música de Bach doblando la longitud del trino y añadiendo uno similar a otra nota de la frase. Era un cantor de excepcionales facultades y el resultado fue precioso —un efecto como de flauta. Durante tres años conservó esta elaborada melodía en su repertorio. El segundo año un mirlo vecino, Ladrón, trató de plagiarlo, pero los trinos rebasaban las posibilidades de su técnica vocal. Tras una lucha que degeneró en chillidos, renunció a la empresa. (En la biografía de Ladrón me refiero a su debilidad por las tonadas ajenas.)

El truco del mirlo, de terminar algunas frases con notas altas y chillonas, me recuerda a ciertos compositores que tomaron el hábito de dar por concluído un movimiento con algún extraño adorno, a menudo armónicos elevados, en las composiciones para violín. Pero los mirlos que mejor cantan suelen termi-

nar debidamente sus melodías (¡sin el uso de armónicos artificiales!).

La canción gorjeada por lo bajo del mirlo adulto tiene un sonido más profundo y más de tenor que la de otros pájaros y las melodías más uniformes que teje en esta música resaltan claramente, con efecto de *legato*, entre los bordados de "notas burlonas", "chucs" y otras notas que unen sus tonadas en una canción prolongada y continua. Estas "notas de burla" resultan a veces torpes y chillonas en estas canciones susurradas, pues su tono es más elevado que el del resto de la música. (El tordo y el petirrojo incluyen notas imitativas en sus canciones cuchicheadas sin que se adviertan, pues estas canciones son de tono más elevado y más rápidas.)

Los mirlos jóvenes tienen poca melodía en esta suave música cuando empiezan a cantarse a sí mismos. A veces escuchan a los adultos y sus canciones susurradas contienen pronto una o dos tonadas que cantarán fuerte más tarde. El siguiente caso es un ejemplo de pajarillo que escuchó a los mayores —lo anoté allí mismo mientras observaba a los pájaros.

25 de septiembre de 1948; 5 p. m. Campo, un mirlo adulto, está posado muy alto en una rama de árbol, frente al sol de la tarde, gorjeando una cancioncilla continua y bellísima; muchas frases de una canción completa entretejidas con otras notas. Un macho joven vuela al mismo árbol, se posa a unos dos metros y medio de Campo y lo mira atento, escuchando. Campo deja de cantar y le vuelve la espalda al jovenzuelo. Todo permanece inmóvil unos minutos. El pajarillo se muestra impaciente. Se vuelve en su percha, sigue mirando a Campo y abre y cierra su pico. (Los pájaros hacen esto a menudo cuando quieren comida u otras cosas. En este caso, como lo demuestra su conducta ulterior, quería música.) Entonces Campo empezó a cantar de nuevo su discreta melodía. El jovenzuelo se acerca y mirando hacia la

misma dirección, esponja sus plumas igual que el otro. Tiene de nuevo el aire del que escucha; estoy segura de que está tomando una lección del viejo. Copia las distintas posturas del cantor. La canción se prolonga media hora; ambos pájaros permanecen casi inmóviles excepto que el maestro de la negra toga vuelve a veces un poco la cabeza mientras canta y sus ojos se fijan en el joven oyente, cuya mirada no se despega del maestro cantor. La expresión de ambos pájaros es de profunda satisfacción y concentración. Las plumas negras y nuevas del joven tienen un matiz menos profundo que las del pájaro viejo, y el pico del mirlo adolescente es negro mientras que el de Campo es dorado. Por fin, éste deja de cantar, se estira y brinca hasta la punta de la rama; el joven copia con exactitud esta postura en todos sus detalles y movimientos y luego lo sigue brincando despacio. Campo grita muy fuerte "¡Shriii!" y echa a volar con el pajarillo detrás. "Shriii" es una nota que cantan en ciertas ocasiones, cuando desean llamar la atención, etcétera. (Véase p. 217.)

He oído a un mirlo una canción extraordinaria de un tipo completamente distinto. Me alarmé en un principio al escucharla, pues sonaba como si un tordo músico histérico se estuviera volviendo loco a fuerza de sufrir, gritando enronquecido una canción confusa y reaccionando así al miedo. Precipitándome hacia el pájaro con la idea de salvarle de algún desastre, descubrí que era la apasionada canción de amor de un mirlo en sus últimos angustiosos galanteos a una hembra provocativa, la cual se dejaba perseguir girando en pequeños círculos en el techo de mi leñera. A medida que la persecución cobraba velocidad él se excitaba más; tenía el cuello estirado, las plumas de la cabeza erizadas, los ojos chispeantes y el pico abierto para emitir a boleo su explosivo canto. Ella le dirigía alguna que otra mirada mientras encabezaba esa última danza en la que culminaban muchas

semanas de lentas persecuciones por el prado. De súbito voló a una rama junto a la leñera y allí se aparearon.

Lo curioso de aquella canción es que se componía de muchas notas breves y de frases típicas del tordo músico, no del mirlo. No había repeticiones como en el canto del tordo y ni una sola pausa; la voz y la interpretación carecían de carácter. Todo ello fue como una escena de una ópera en que los cantantes acentúan el dramatismo de sus papeles; el techo con su marco de ramas era un escenario incomparable. Las pocas veces que he oído esta dramática canción de amor ha sido siempre justo antes del apareamiento, pero no parece que esto sea general. Este mirlo no inició su canto ordinario hasta una semana después. Suelo observar que casi siempre los mirlos se aparean antes de dedicar todo su tiempo al canto. Al contrario de la teoría de que uno de los objetos de la canción es atraer a las hembras al territorio del macho, "en estado de criar y dispuestas a aparearse", la hembra busca a menudo al macho muchas semanas antes de que empiece a cantar, y esto se aplica a muchas especies. (El pinzón emplea notas de llamada para comunicarse con su compañera cuando ésta llega por primera vez a su territorio —pero observo que la hembra aparece, en ciertos casos, antes de oírse la llamada de dos notas. La canción del macho brota poco después.)

Lo común es que la canción de cada mirlo se componga de muchas tonadas originales diferentes y a veces con unas cuantas imitaciones de los vecinos de la misma especie. Pero un pájaro que vive en los campos frente a mi jardín compuso una bella melodía, la única que cantó durante toda la estación, sin variar la tonada ni tratar de cantar otra cosa. Su constante repetición no cansaba nunca, pues cantaba de un modo perfecto la preciosa melodía. Al finalizar la estación otro mirlo añadió esta tonada a su

propio repertorio y la primavera siguiente docenas de voces le hacían eco, en un radio de más de un kilómetro, quizá procedentes de sus vástagos. Ni uno sólo de los imitadores captó el espíritu de la melodía; resultaba coja interpretada por ellos si se comparaba con la emisión del compositor. He observado frecuentemente que los mirlos cantan sus propias composiciones de un modo mucho más expresivo que las que plagian.

Como ya dije en el último capítulo, los mirlos menos dotados plagian mucho. Por ejemplo, Ladrón y otros dos pájaros eran malos compositores, sus creaciones no tenían forma ni ritmo, y no pude encontrar una sola frase susceptible de anotarse, pues el material era demasiado confuso. Se componía de una o dos notas con un final comparable al de un *falsetto* muy elevado de una breve nota burlona, u otro engendro tan poco musical como éste. Estos pájaros tenían en su canto algunas tonadas buenas, pero eran plagios de los mirlos llamados Campo, Negrillo, Tinieblas, Hoja de Roble, etc., y muy mal interpretadas sí se recuerda como lo hacían los creadores. Escuchando a estos cuatro mirlos podría llenar una página con las tonadas originales de cada uno, dándome cuenta de que no son imitaciones, pues he seguido su método de componer y conozco íntimamente a todos ellos. Muy de vez en cuando estos buenos cantores incluyen una imitación en su repertorio, pero esto es excepcional, y casi toda su música se compone de temas originales. Tinieblas ha tomado una idea de Campo, pero casi inmediatamente la alteró convirtiéndola en una variación original, la que desechó más tarde. Cualquier cantor puede adoptar una melodía especialmente buena, y al querer distinguir a los pájaros por su canto ha de tenerse en cuenta que los mirlos se imitan a veces unos a otros, así que gran parte del material de una canción debe ser iden-

tificado antes de asegurar quién es el intérprete. No imitan el canto de otras especies.

El tordo músico

La canción de tono elevado y llena de espíritu del tordo difiere mucho de la música de modos poéticos cantada por el mirlo, de madura voz. El tordo cuando trabaja buscando alimento o anidando, es un pájaro dulce y solitario; a menudo se mueve con tal lentitud que parece que está medio dormido o soñando. Por eso resulta doblemente maravilloso el contraste que forma su canción, cuando posado muy alto en su copa favorita, mirando al cielo, lanza sus notas vigorosas en tonos claros y vibrantes. Es una canción llena de vida y energía que puede alegrar hasta los días más tristes, pues canta en noviembre, diciembre y enero, así como en la época de cría, dando nuevos ánimos al oyente que suspira por la primavera.

El talento del tordo reside en su facultad interpretativa; sus frases breves y nítidas deben su belleza a la emisión rítmica y llena de bríos y al bellísimo tono de su voz, dejándonos la impresión de lo bien que canta más que de la hermosura de su canción. Como sucede con los mejores cantores, algunos individuos de la especie están muy por encima de los otros.

Muchos tordos incluyen en su canción notas imitadas, no sólo de su especie, sino también los sonidos que les parece. Uno imitó con gran habilidad el ruido de mi segadora, otro produjo una frase rítmica y martilleante que parecía copiar el ruido hecho al clavar las láminas de un tejado. Para imitar a otros pájaros suelen escoger las llamadas rítmicas de los paros, el picamaderos o pájaro carpintero y algunas de las vigorosas notas de los ruiseñores.

Su cancioncilla por lo bajo consiste en muchas frases y notas unidas sin pausa —como en el mirlo. A veces incluye, en ambas especies, una nueva frase

que el pájaro no ha cantado en su canción completa y, como si la ensayara para después, la repite muchas veces sin interrupción; a menudo el tono susurrante cede a un ensayo más fuerte de la tonada, como si el pájaro quisiera saber cómo resulta cantada en su plenitud. Los tordos y los mirlos jóvenes y también otras especies empiezan cantando una cancioncilla simple y cuchicheada a las pocas semanas de nacer; más tarde eligen trozos de ésta y los ensayan en tono más fuerte para cantarlos en público. Su interpretación y su técnica mejoran pronto, y gradualmente añaden más tonadas, poniendo en juego toda su voz.

La charla

La bella calidad de tono de la charla tiene algún parecido con la del mirlo, pero menos profundidad y variación. Posee el sonido de un tenor o de una viola, menos brillantez que el tordo músico, pero es fuerte y rico dentro de un registro más limitado.

Como es un vagabundo por naturaleza, a menudo canta en lugares distantes, en general la última rama de ciertos árboles altos, y el sonido de su canto llano llega muy lejos, antes de que broten las hojas. En cuanto los árboles verdean deja de cantar. Lo hace de un modo audaz y directo cantando esta música silvestre de línea sencilla y firme que parece la encarnación de la sinceridad y de la verdad.

Estos pájaros cantan a veces frases tranquilas, que pueden contener imitaciones de otras especies, en los intervalos de su canción propia. El grito de los pequeños es una edición en tono elevado de la nota del adulto. Esta nota sirve para muchos fines. Observo que en momentos de alarma su "churr" se hace más duro y con frecuencia pueden discernirse distintas inflexiones en la calidad tonal.

Cuando empieza el otoño es interesante ver a las pandillas vagabundas de pájaros viejos y jóvenes.

En un mes de septiembre vi una reunión de once en un campo muy largo y muy estrecho bordeado de muchos árboles. Uno de los pájaros parecía ser el jefe; siempre se posaba muy a la vista, en las copas más altas, gritaba más fuerte y no dejaba de batir sus alas. Otros dos permanecían en la misma parte del campo que él, posándose atrás en otro árbol, y el resto estaba en el lado opuesto, posados asimismo en árboles y arbustos. El jefe voló hacia adelante a la copa próxima y los demás se movieron en la misma dirección, posándose todos enfrente del cabecilla que también los miraba batiendo alas y gritando vigorosamente. Luego, el pájaro posado en el árbol de atrás voló al árbol del jefe; en seguida dos pájaros del lado opuesto empezaron a gritar y volaron también a aquel árbol; entonces el cabecilla se agitó mucho y giró sobre su percha revoloteando y llamando muy fuerte. Todos estaban tan absortos en sus maniobras que pude pasar cerquísima sin que ninguno advirtiera mi presencia. Debía tratarse de una especie de ceremonia o juego.

Los mirlos incluyen algo parecido entre sus múltiples pasatiempos. A menudo una hembra es la que dirige la ceremonia —o juego— posándose a la vista en una rama, mientras bate las alas y grita "Schriii" nota que sólo emplean en ciertas ocasiones (véase p. 212). A su llamada otros mirlos de ambos sexos se reúnen en su árbol mirándola mientras les vuelve la espalda y revolotea. He visto a catorce mirlos, muchos de un año, pero otros más viejos, reunirse en el árbol, manteniéndose lo más lejos posible, pero todos mirando con ahinco a la hembra y contestando en ocasiones a su grito en un tono misterioso, distinto de la enérgica llamada de ella. A veces es un macho el que dirige. Quizá estas ceremonias tengan alguna relación con el apareamiento. Es posible que el pájaro jefe instruya a los pajarillos de un año.

Volviendo a la charla, he observado que esta es-

pecie ha escaseado mucho en los últimos años. Tampoco se la oye apenas cuando hace mal tiempo, en mi distrito. Una charla anidó algunos años en mi jardín y descubrí que era el tordo músico y no ella quien cantaba cuando hacía mal tiempo. En los días buenos de noviembre o primeros de diciembre cantaban ambos, el primero con bastante frecuencia, la charla muy poco. Los músicos seguían cantando todo el invierno, excepto si la nieve o la escarcha se prolongaban. Mi charla y otros del distrito dejaron de cantar a mediados de invierno para empezar de nuevo en la primera o segunda semana de febrero.

El ruiseñor

Aunque el ruiseñor canta también de día, necesita para su canción el misterio de la noche. Es un gran cantor dramático, con mayor capacidad técnica que los de cualquier otra especie. Su misteriosa nota, repetida en *crescendo*, es maravillosa por su efecto emotivo y por su magistral dominio de la técnica. El equilibrio de esa primera nota suspendida tiene mucho del misterio y de la lejanía de las estrellas en una tranquila noche de verano; desde esas alturas este cantante dramático, con su gran vitalidad, vuelve su canto a la tierra en un brillante alarde de ritmo dinámico; oído de cerca parece un mecanismo poderoso. Las enérgicas frases rítmicas y los burbujeantes trinos en *crescendo* los ejecuta con sorprendente habilidad y fuerza estimulante, pues la vitalidad del pájaro parece inagotable. Apenas hay un momento de respiro entre estas frases; luego viene una pausa más larga, una pausa que forma parte de la canción; cuando la quietud y la belleza de la noche se dejan sentir con creciente intensidad, entonces se oye la nota prodigiosa y parece que ha surgido de la poesía nocturna.

Imaginando esa nota en manos de una curraqui-

lla, se siente que la belleza poética se sostendría durante toda la canción, pero un ruiseñor tiene otras ideas acerca de sus efectos; es un intérprete brillante y pone en juego su voz potente y su técnica magistral. No componen cada uno sus propias tonadas, como el mirlo y las dos familias de tordos; el material de su canción es común a la especie. Algunos introducen variaciones en la manera de cantar las frases ya establecidas.

El petirrojo

El estilo de la música del petirrojo es romántico y bastante florido. Su voz puede ser dulce y su cancioncilla en voz baja de un encanto especial. Cuando emplea el canto para pelear con otros pájaros de su especie, su timbre se hace a menudo chillón y deforma frases que canta musicalmente en otras ocasiones. Particularmente en las disputas territoriales durante el otoño, cuando parece que el canto se utiliza como lenguaje, ciertas frases suenan amenazadoras, insultantes, triunfantes, etc., de acuerdo con el cariz que toma la batalla. Esto puede parecer antropomorfismo, pero es un hecho que podemos saber sin mirar cuándo está dando guerra el petirrojo invasor y seguir gran parte de lo que ocurre por el sonido del canto —la voz, *fonos*, frases usadas y la acentuación de ciertas notas en dichas frases.

Aunque la mayoría de su canto es común a la especie, algunos individuos introducen variaciones considerables. En ocasiones se pueden discernir notas tomadas de otras especies, incluídas sobre todo en la corriente fascinadora de la cancioncilla murmurada. Escuchando atentamente a un petirrojo, oí algo que sonaba como débiles ecos de unas pocas notas de pardillo, jilguero, curruca de cabeza negra, tordo, carbonero mayor, y mirlo, todo entremezclado sin interrupciones en una cancioncilla. La canción fluía tan rápida y continuamente que sólo se distinguían estas imita-

ciones mediante una intensa concentración, pues estaban tejidas entre los ritmos de la propia canción del petirrojo. La hábil mezcla de imitaciones en miniatura con sus propios ritmos prestaba especial belleza a la cancioncilla de este pájaro.

La cancioncilla cantada en voz baja del petirrojo me sugiere la música de los arroyos cantarinos y de los riachuelos que corren por las lomas. Hace mucho, mucho tiempo, antes de que los seres humanos hicieran casas y manejasen la azada en favor suyo, tal vez buscó las abrigadas márgenes de un río para su territorio, pues los petirrojos parecen duchos en el arte de la pesca. He visto a uno de ellos volar hasta una caña que flotaba en un estanque y desde tan inestable percha pescar alimento en el agua con la destreza de un pájaro acuático, pero no pude ver qué había cogido. En otra ocasión en que tiré pan en un lago para las zarcetas, un petirrojo echó a volar, y posándose en unas algas pescó algunos trozos como si fuera un pescador de raza. La mayoría de los pájaros que no viven a orillas del agua no tienen esa habilidad para manejarse en este elemento.

Al cantar esta cancioncilla cuchicheada el petirrojo cierra a menudo los ojillos y la música parece venir de muy lejos. Otras veces vuelve la cabeza de un lado a otro mientras canta esta canción casi inaudible, con el aire de un orador dirigiéndose al público. Otras, las plumas de su cabeza se erizan un poco, pero no hay ningún otro petirrojo a la vista, ni esas manifestaciones son para mí, pues lo he observado estando en casa y el pájaro fuera.

Excepto en estas cancioncillas el petirrojo no es un buen imitador, aunque algunos de ellos cantan breves cadencias que parecen notas de algún otro sílvido, y en casos extraordinarios —como en el del "petirrojo-curruca"— unas imitaciones realmente buenas forman parte del canto excluyendo las tonadas propias de la especie. Los intentos por copiar a otras espe-

cies ponen en claro las limitaciones de la voz del petirrojo, haciéndola sonar chillona y delgada. Ha cultivado un estilo de adornos de técnica adecuada a su timbre, y cuando superpone estos faralaes a algunas imitaciones, suenan fuera de lugar —y su efecto es débil. Por ejemplo, si ensaya la canción de un paro que se distingue por la frescura de la voz y la espontaneidad del ritmo, su voz suena delgada y lastimera, su ritmo débil e indeciso en relación con el del paro. Posiblemente se da cuenta del fracaso; sea como fuere disimula pronto su esfuerzo con un melancólico chorro de intertonos descendentes, dando un final cómico e impropio a la alegre frase del paro. Del mismo modo destroza la música jubilosa del jilguero cayendo en un modo menor —en los petirrojos el uso persistente del modo menor es una veta pesimista. (Me refiero a su efecto, pues literalmente, nuestro modo mayor o menor no es aplicable a la música de los petirrojos o los jilgueros.)

Hasta ahora he advertido que los petirrojos hembras cantan menos la canción completa que los machos, y ésta y su voz son inferiores. Algunas hembras cantan más cancioncillas, pero de baja calidad. Cantan sobre todo en otoño al establecerse en su territorio y, como es natural, no cantan mientras anidan.

La curruca de cabeza negra

No hay música más bella que la canción de la curruca de cabeza negra. Un día, a primeros de junio, una de ellas estaba cantando en la orilla de un pequeño bosque, donde los sauces blancos y los fresnos mezclan sus verdes suaves con los matices más profundos del aliso y del roble. Al principio revoloteaba de árbol en árbol, y sus claras notas plateadas, en frases breves, parecían lanzadas al aire con la misma ligereza con que el viento movía las largas hojas plateadas de los sauces. Luego cantó toda su canción, po-

sado en una rama baja con la cabeza alzada hacia el follaje iluminado por el sol y parecía que pájaro y árboles estaban inseparablemente unidos por una gran inspiración armoniosa. Expresaban juntos a la perfección la música del color y el sonido, pues a la luz del sol las hojas urdían continuamente nuevos diseños de tonos y matices que parecían una contrapartida perfecta al canto de la curruca de cabeza negra tan hermosamente entretejido. Las delicadas frases terminaban en un movimiento impetuoso, luego venía una canción discreta y ondulante en que las notas iban fluyendo más aprisa, hasta el descenso, finamente cincelado, de la cadencia.

Muy cerca del bosque se hallaba el estanque del martín pescador, donde las azules y brillantes libélulas cruzaban por el agua como chispas surgidas del plumaje de aquel pájaro. De los árboles que cobijaban el estanque llegaban las notas más lentas y profundas de un mirlo. Cuando se oyen juntos a la curruca de cabeza negra y al mirlo emitiendo toda su voz, parece que no hay el menor parecido entre sus canciones; el más pequeño de ambos pájaros modela su música con trazos más finos. Pero la calidad de su canto como un sílvido corresponde a la del mirlo como del género de los tordos. A los dos les gusta la tonada de amplias líneas. Las currucas de cabeza negra producen muchos gorjeos finamente entretejidos, pero la parte mayor de su canto empieza cuando a través de ellos pasan a una tonada vibrante y hermosísima. También pueden cantarla sin preliminares, pero logran con frecuencia maravillosos efectos elaborando su canción y reservando la gran melodía para el momento culminante.

Las cancioncillas cuchicheadas de las tribus de la curruca de cabeza negra y del tordo presentan ciertas semejanzas en el modo de expresión. Una vez, en septiembre, un mirlo y una curruca de cabeza negra posados un poco distantes, estaban murmurando sus

cancioncillas. La segunda incluyó en sus propios gorjeos frases imitadas, uniéndolo todo y cantando en tono bajo hasta que imitó dos veces al mirlo, elevando la voz y con un timbre tan idéntico al de aquella ave cuando canta dulcemente, que parecía que los dos pájaros habían cambiado de percha. Después volvió a murmurar, pero cada vez que imitaba al mirlo cantaba más alto. Creo que no lo hacía en honor del mirlo vecino sino porque le gustaba ese tono y le iba bien, ya que en otras ocasiones he oído que hacen resaltar la imitación del mirlo como si tuviera un atractivo especial. También puede imitar bien al tordo músico, pero parece que sus ritmos más agudos reciben ese favor con menos frecuencia.

El andahuertas

La canción gorjeada y largamente sostenida de este pájaro es bella y rica en trinos, pero carece de la hermosa melodía y de los tonos claros y plateados de la curruca de cabeza negra. A muchas personas les cuesta trabajo distinguir a estas dos especies. Hay alguna semejanza entre los gorjeos de la canción de ésta y la música más llena de trinos y melosa del andahuertas, pero a este último le falta la magnífica tonada citada arriba, que aquélla canta con gran soltura, siendo realmente lo más importante de su canción. Y en esto no hay el menor parecido con el sílvido. Se ha concentrado por completo en un gorjeo rico y decorativo que se asemeja mucho a su cancioncilla. En ciertas especies resulta difícil discernir dónde termina ésta y dónde se inicia la canción propiamente dicha.

Las currucas

Las dos currucas tienen, además de su canción principal, un gorjeo variado y largamente sostenido con las mismas líneas que el del andahuertas, pero infe-

rior en calidad. Resulta impropio llamar a esto cancioncilla, pues se puede cantar muy fuerte y es más musical lo mismo por la composición que por la calidad tonal, que sus más dramáticas y conocidas ejecuciones. La encantadora y tímida curruca menor tiene un trino sorprendentemente alto y burbujeante, sobre la misma nota, para su canción principal, unida a un preludio más apacible cantado entre los setos o arbustos bajos. Este preludio forma realmente parte de la canción sostenida que acabo de mencionar; la longitud varía y puede oscilar desde tres notas suaves hasta un largo gorjeo, elaborado en un *crescendo* que parte casi de un murmullo. También puede oírse el largo trino golpeado, sin ninguna clase de preludio, especialmente cuando la estación termina.

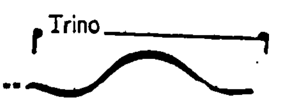
La canción más conocida de la curruca mayor es su tonada de danza en vuelo, cuando brinca sobre el seto, recta y veloz como una saeta, danzando luego hacia abajo al ritmo ligero y elástico de una breve canción, de tono bastante desafinado si se compara con su sostenido gorjeo. Lo mismo que en muchas especies, el grito del pequeño es una nota doble y aguda, "chic-ca, chic-ca, chic-ca, chic-ca" que brota con ritmo agudamente acentuado, y sugiere que el pájaro baila de arriba abajo como sobre muelles. Este grito se hace fuerte pronto y está lleno de vitalidad; este elástico ritmo parece entonces emparentado con la tonada danzada del adulto. Se siente que sólo les falta a esas notas liberarse de su tono monótono para acompañar de modo irresistible al vuelo. En la canción ya madura se discierne el grito del pajarillo.

Su canción gorjeada y largamente sostenida contiene a veces muchas notas imitadas.

El zarcero

Escuchar los trinos del zarcero sin ver el vuelo que los acompaña es como oír las canciones de Schu-

bert sin el acompañamiento de piano del que depende la belleza de la parte vocal. Pero este pájaro se oculta a la vista con demasiada frecuencia, pues su canción en vuelo busca el marco de los árboles cubiertos de hojas y es un deslizarse graciosamente aéreo y sublime, al tenso ritmo de unas notas cada vez más rápidas que se resuelven cuando baja, en el tembloroso movimiento de un trino. Este espléndido trino es cantado de un modo único sobre una curva que aumenta la expresión y presta al trazo recto del canto —todo sobre una nota— la cadencia redondeada que necesita. Este es el diagrama de dicha canción:



La sinuosidad de la curva es muy variable. Esta canción se repite con frecuencia muchas veces, con una pausa momentánea entre las repeticiones. Si no se ve el vuelo, a veces empieza por sonar bastante mecánica, luego el cambio es maravilloso. Hay una pausa breve y entona otra canción muy hermosa, solo una nota de una calidad tonal extrañamente atractiva, y entonada muchas veces con un persuasivo *rallentando*. La seriedad de este canto es profundamente conmovedora. El pájaro permanece posado mientras canta con la cabeza levantada y a veces al cesar la canción la vuelve de un lado y otro como si esperase ver el efecto de su música. Luego reanuda la canción y el vuelo durante un rato, hasta que entona nuevamente la nota más profunda. Esta canción es preciosa, y no la repite como la del trino.

El saltamimbres

En sus mejores momentos este cantor puede contarse entre los pájaros-músicos más extraordinarios. Si

canta bien posee una infinita diversidad de efectos, elabora grandes *crescendos* y sus imitaciones están tan bien insertadas en sus propios ritmos que su canción suena siempre como de una gran originalidad. Varía mucho según los individuos, pues algunos cantan mucho mejor que otros.

Oí su canción por primera vez en un paraje ideal; un lago donde una golondrina de mar, negra, suele detenerse unos días al emigrar en primavera y otoño. Lo que sigue es un extracto de las notas que tomé entonces:

Los nenúfares han abierto ahora sus copas blancas y áureas sobre la lisa superficie de Lye Mere y entre ellas han construído su nido isleño unos colimbos de grandes crestas. En compañía de las negretas, adultos y pequeños flotan perezosamente; las segundas lanzan su nota metálica que vibra aguda, tan pronto fuerte y próxima como débil y semejante a un eco lejano. Dos garzas se yerguen como seculares centinelas sobre la rama ahorquillada de un árbol vetusto que mira al lago. Del lecho de juncos del otro margen viene el latido de una canción rítmica que sugiere una danza salvaje acompañada por el tambor de las tribus primitivas. Una curraquilla está cantando en los árboles junto al agua; y es notable el contraste entre la música de ambos pájaros. El canto sedante de aquél es suavemente redondeado; su voz, dulce y de tonos puros a lo largo de toda la canción. La música inquieta del saltamimbres es angulosa y, aunque tiene muchas frases coordinadas, de bellos tonos, la nota pulsadora es a menudo áspera. Esta reiteración rítmica de notas angulosas o discordantes presta una energía salvaje a su canción y el ritmo sugiere también, en miniatura, la música de ciertos compositores modernos que vuelven a veces a los efectos de percusión de los tambores primitivos.

El cantalarrana

Para mí, la música del cantalarrana es menos original y de efecto más débil que la del saltamimbres. La mayoría de sus frases son imitadas y en general no inserta sus imitaciones en una canción de modo bien equilibrado, que suene como suya propia. Parece estar caricaturizando deliberadamente a los creadores de sus imitaciones, como si representara un número cómico, con generosas repeticiones de sus trozos favoritos. Sin embargo, he oído a estos cantores, cuando llegan, algunas tonadas musicales y bien equilibradas, y creo que esta especie se dedica a la caricatura cuando la excita la defensa de su territorio. Es un pájaro delicioso si se le observa mientras anida y cuando desde el extremo de un junco lanza contra su adversario, el saltamimbres, una descarga de música nerviosa, de frases y notas de enojo espumadas entre doce especies distintas y cantadas con excesivo énfasis.

CAPÍTULO XII

EL CANTO DE LOS PAROS, LOS PINZONES, LOS ALFAREROS

El herrerillo

Los herrerillos tienen tres canciones principales; una de ellas cantada frecuentemente con un vuelo deslizado que se parece al patinaje aéreo del zarcero. Las canciones varían mucho en los detalles según los individuos; creo que la menos conocida es la que llamo tonada del pequeñuelo, pues generalmente se supone que los herrerillos sólo tienen dos canciones. Esta tonada se compone del grito de dos notas del pajarillo, repetido varias veces alegremente y unido con muchos ritmos variables, cuya longitud difiere de acuerdo con el patrón rítmico. Produce el efecto de un rondó de muchos grititos de polluelos que se suceden y sobreponen. Los paros son padres abnegadísimos y a causa de su viveza y emotividad manifiestan más júbilo y excitación en la época del celo que las otras especies. Al oír esta canción del herrerillo, cantada a toda voz desde la copa del árbol más alto a la vista del nido donde su hembra empolla, parece que desborda de alegría mientras teje una música jovial con las notas que emitirá pronto la esperada cría. Cuando los pequeños nacen no reanuda este canto.

Cuando vuela, su estado de ánimo es distinto. Extiende sus alas y flota hacia abajo arrebatadamente mientras desgrana un surtidor de centelleantes notas. Algunos de estos pájaros tienen más de tres canciones. Ambos sexos poseen muchas notas de llamada y una de enojo que se oye mucho si algún extraño se acerca a su nido. El macho usa también una especie de deslizamiento aéreo sin canto —conocido por el

"vuelo fantasma"—, pero he observado que algunos le ponen música a dicho vuelo, aunque a menudo canten esta misma sin volar.

El carbonero mayor

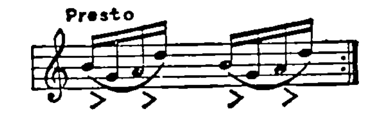
Los carboneros mayores tienen una infinita variedad de canciones y notas para sus charlas, que emplean en ciertos casos. Algunas son comunes a la especie, pero otras son inspiraciones de cada individuo, pues este pájaro tiene una gran personalidad en todas sus cosas y está lleno de inventiva. A veces se empeña en hacer una magnífica imitación de otra especie —aguzanieve, tordo, curruca, curruca de cabeza negra, o cualquier otra que se le encapriche en ese momento. No suele repetir estas imitaciones. Cuando se le observa, de vez en cuando parece que imita a los demás por broma y su representación tiene entonces un público de otros pájaros que revolotean alrededor suyo, contemplándole mientras repite la imitación varias veces seguidas, con la cabeza y el cuello estirados en actitud humorística y brincando de una rama a otra como si bailase. Parece que está haciendo el tonto y divirtiéndose mucho mientras el público lo mira interesado. Esto sucede en otoño cuando los paros alternan amistosamente e inventan a menudo estos pasatiempos. Terminado el espectáculo el público se dispersa y no vuelve a repetirse la imitación.

En las frases de muchos carboneros mayores hay *fonos* que resaltan con gran claridad, como si fuesen palabras. Como saludo entre ellos y para mí dicen "ji-joy". Los que me conocen bien lanzan con frecuencia este grito si me encuentran en la carretera; y si no me detengo y los miro lo repiten con insistencia hasta que les hago caso. Pero cuando no logran atraer mi atención la hembra lanza su nota de enojo; el macho ensaya más a menudo una de sus frases más imperiosas. Un día estaba yo trabajando en el jardín

cuando un carbonero mayor intentó llamarme la atención revoloteando delante de mí y emitiendo sus notas de llamada. Como no quise interrumpir mi faena ni meter mis manos llenas de barro en el bolsillo para sacar la golosina que esperaba, hice como si no le veía y no levanté los ojos del suelo. Pero un carbonero mayor no se inmuta más que cuando tiene miedo. Unos momentos después oí la llamada de dos notas del aguzanieve que parecía sonar encima de mi cabeza. Sorprendida ante tan perfecta imitación miré en seguida al paro —¡había ganado, gana casi siempre! Con vanidosa confianza y meneando ligeramente la cola, se posó sobre mi mano para comer. No volví a oírle aquella imitación; fue una inspiración del momento para obligarme a hacerle caso.

Una canción deliciosa, común a la especie, va acompañada de un trémulo aleteo; es más o menos el mismo movimiento extático que en el vuelo ascendente de la alondra, sólo que el paro permanece en su percha. En efecto, esta canción se asemeja un poco al sonido que produce un dedo recorriendo rápida y ligeramente las cuerdas de una guitarra —claro que en un tono mucho más agudo— y hay una leve aspiración antes de volver, que presta al canto un vaivén que se me antoja muy fascinador. Siempre lo canta oculto: bajo un arbusto, entre el follaje, e incluso a veces bajo una silla, en mi cuarto. Pero esta canción, como las otras, varía en los detalles de los intervalos, etc.

Esta canción del "ti-chu", bien conocida, varía mucho según los individuos y cada pájaro permanece fiel a su propia versión. He aquí dos ejemplos (la canción del compañero de Torzal y la de Tímpano):





Las repetían rápida y continuamente con gran entusiasmo.

Otra canción común entre los paros es ésta:



Sea cual fuere la tonada sus notas vibran siempre llenas de vitalidad y alegría.

En verano y otoño los carboneros mayores jóvenes cantan una cancioncilla suave y continua muy similar a la canción cuchicheada del petirrojo. Es una lástima que los grandes paros adultos desechen esta encantadora cancioncilla. Las hembras comparten algunas notas o frases de conversación y las notas de llamada largas y de tono dulce que profieren mientras guían a sus pequeños constituyen un trozo de música tan encantador como el de otros pájaros. Aunque la dulzura con que la interpretan la hace diferir mucho de las demás canciones, es una especie de miniatura de la anotación que di arriba.

El verano pasado, estando sentada en el huerto escuchando a una curruca de cabeza negra que cantaba desde el seto, el carbonero mayor Tinta voló hasta mí en busca de queso para sus pequeños; se posó en mi mano y estaba a punto de coger la comida cuando se echó hacia atrás súbitamente, miró hacia la cantarina curruca y se quedó en actitud alerta, con los ojos fijos en ella. Luego en vez de apoderarse del queso voló a otra rama cerca de mí y cantó una imitación excelente de los gorjeos de la curruca. La repitió varias veces y después, sacudiéndose las plumas como para arrojar lejos de sí la música, volvió a sus

deberes, o sea a coger el queso y alimentar a sus hijuelos. No he vuelto a oírle esa canción, fue un capricho del momento, imitando a la perfección el ritmo que copió casi exacto, aunque con un poco más de acentuación en los compases. La proeza no era pequeña, pues el gorjeo de la curruca de cabeza negra resulta complicado.

Parece que los carboneros mayores tienen en común con los paros de los pantanos una o dos frases, pues éstas se observan en los repertorios de ambas especies.

EL PARO DE LOS PANTANOS Y EL PARO CARBONERO

Los paros de los pantanos y los paros carboneros tienen varias notas comunes a la especie, así como algunos de sus pájaros emiten frases totalmente inesperadas. Esto se aplica en especial a los primeros, que son capaces de sorprender a su oyente con una magnífica y audaz imitación de otras especies. El 7 de abril de 1948 tuvo lugar este insólito incidente. (Cito las notas tomadas allí mismo.)

En el sitio donde anida un ruiseñor todos los años un paro de los pantanos canta dos de sus frases, una nota en trino y la nota fuerte que va aumentando de velocidad hasta conseguir un efecto vibratorio. Las facultades que despliega el paro en esta imitación son asombrosas. Repite las frases del ruiseñor muchas veces desde una rama alta, batiendo mucho las alas. Entonces canta sus propias canciones en su tono de voz ordinario mientras revolotea alrededor del árbol. Llama "fitz-e-deu, fitz-e-deu" dos o tres veces y dice "bobble-na-na-na". Hoy está lleno de canciones. Luego vuela de nuevo a la copa del árbol para repetir las notas del ruiseñor diez veces más fuerte que sus propias canciones y con un timbre completamente distinto. La hazaña es extraordinaria en un paro de esta clase. Al principio me

engañó, pues los emigrantes vinieron pronto este año; la almendrita cantó el 7 de marzo, la curraquilla el 23 y yo estaba esperando un ruiseñor temprano. Imaginé que la voz no sonaba muy bien porque el pájaro acababa de llegar y podía estar cansado del viaje. Ésta es la única vez en que recuerdo haber sido defraudada por una imitación, y es curioso que el que me engañó fuera precisamente un pájaro que no tiene fama por sus imitaciones. Pero la personalidad de los pájaros es tan fuerte que están siempre contradiciendo su reputación y trastornando todas las teorías.

El cuco

El cuco canta su nombre en cualquier intervalo, desde uno de segunda a uno de quinta. Creo que cada pájaro suele tener su propio intervalo, pero cuando está excitado persiguiendo a la hembra, tartamudea con frecuencia y se presentan otras variaciones de la canción normal. Se dice que "en junio el cuco cambia su tonada". Creo que son las emociones más que la fecha del calendario lo que produce esos cambios. Sin embargo, el cambio de tonada más notable que he escuchado fue en junio y en estado de excitación. El 11 de junio los dos cucos que habían estado constantemente en los alrededores de mi jardín acogieron a otro camarada. Durante tres días consecutivos los tres pájaros estuvieron muy nerviosos; se pavoneaban y se perseguían uno a otro, a la par que emitían extrañas notas guturales. Uno de ellos cantaba sin cesar esta canción con sus dos voces insólitas y sus cambios de intervalo:



Llegué a la conclusión de que el tercer pájaro

era una hembra y que esta canción era cantada por el macho que vino antes a menudo a mi jardín, pues los otros dos no tenían canción de "cuco". A veces se oía la nota burbujeante y otros sonidos raros que los cucos suelen hacer cuando están excitados con sus locas travesuras. Después del 14 de junio no volvió a verse ningún cuco en mi jardín.

Una vez vi a un cuco hembra volar a la copa de un árbol lanzando su burbujeante nota; posada en la horquilla saliente de una rama muerta empezó a hacer gestos como si construyera un nido allí. Giraba muy despacio, oprimiendo su pecho contra la rama, exactamente como si modelara su nido, poniéndose a veces en pie y moviendo el pico lo mismo que si arreglara el material en torno al molde del nido. Su compañero la veía desde un seto próximo. De pronto se puso a llamarla, voló hacia ella y se posó en uno de los extremos de la horquilla. La hembra siguió jugando a hacer su nido y él a pavonearse al modo típico de los cucos. Luego él voló y ella siguió detrás. Unos pocos minutos más tarde volvieron ambos al seto donde el macho había estado antes mirándola. Como después frecuentaron los alrededores del mismo seto, estoy segura de que algún nido cercano fue el primer albergue de sus huevos. No me fue posible observarlos bien porque el dueño de la granja se opuso a ello.

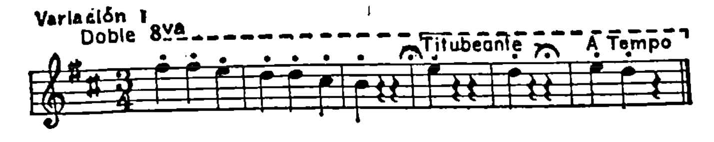
El pinzón real

Los pinzones reales tienen una canción original de un estilo muy diferente a las de otras especies. Creo que cada uno de estos pájaros canta una tonada algo distinta. El bellísimo canto que anoto a continuación es el que oí a Chantre en mi huerto. Pude anotarlo porque empleaba correctamente la escala humana y tenía el sentido del tono, pues hay una sensación concreta de progresión hasta la tónica —o nota primera de la escala.

Cantado en abril:



Cantado en mayo:



repetía estas dos notas:



como si le complaciera la cadencia que termina en dicha tónica. A menudo cantaba sólo esa cadencia —como hacen otros pinzones reales. A veces cantaba sólo la primera mitad de la tonada y únicamente algunas veces tuve la satisfacción de oír su canción completa, siempre entre la una y media y las dos de la tarde (hora de verano). Ya más entrado el año hizo otras variaciones de la tonada, lo mismo que al año siguiente.

Es una verdadera lástima que los pinzones reales sean tan perezosos para cantar su canción completa, pues son magníficos compositores. Es frecuente que silben trozos de su canción al revolotear entre los árboles y su modo de hacerlo me recuerda a las personas que tararean distraídamente fragmentos de música mientras trabajan.

Otro pinzón real de mi jardín cantó la misma clase de melodía, pero insertando una doble nota de llamada en vez de las pausas, lo cual producía un

efecto muy distinto. La primera tonada (la de Chantre) era música de mejor calidad desde un punto de vista humano, porque el pájaro parecía comprender que en las frases musicales las pausas son a veces tan importantes como las notas. El llenar vacíos con notas de llamada resulta decorativo, pero musicalmente no tiene tanta fuerza, ¡aunque es posible que la hembra no estuviese de acuerdo!

Sus notas agudas se parecen mucho a las que emiten las flautas de Pan, tocadas muy suavemente. Por desdicha, el canto de los pinzones reales es algo vacilante, deliberadamente emitido así, lo que no da el debido realce a sus composiciones. Si tuviesen voces más fuertes y una emisión más rítmica serían famosos como cantores. Pero sus tonos dulces son bellísimos y el contemplar a este pájaro delicioso mientras silba su canto llano constituye uno de los auténticos goces de la vida.

El pardillo

No estaría completo lo que se escribiera del canto del pardillo sin citar a su compañera, pues es a ella a quien dedica su "canción de amor" mientras anida, de un modo más directo que los machos de otras especies. El espectáculo es lindísimo. Lo que sigue se refiere a una pareja que me tenía gran confianza, así que mi observación resultó más fácil que en otros casos.

Dos pardillos volaron a una aulaga, muy juntos y gorjeando suavemente. Se posaron en un talud cerca del arbusto; la hembra recogía material para su nido mientras el macho la seguía sin ayudar, pero sin dejar de observar todos sus movimientos con gran interés. Cuando llenó su pico él la acompañó hasta el arbusto; y mientras ella empezaba a construir él se posó muy cerca, y con su pecho y su cabeza escarlata iluminados por el sol cantó un misterioso lenguaje musical de frases medio susurradas, medio cantadas, mezcla-

das con trinos que parecían campanillas y notas acariciadoras y melancólicas. La hembra interrumpía a menudo su labor para mirarlo. La canción se elevó en un trino más lleno y sostenido y antes de que se extinguiera ambos pardillos echaron a volar cantando. Así se hizo el nido; el macho siguiendo siempre a su compañera y cantando cerca mientras ella trabajaba. Cuando empolló los cuatro huevos en su coqueto nidito él se situaba siempre enfrente, cantando desde donde ella lo pudiera ver. El nido estaba bastante expuesto por la parte de abajo y cuando los pajarillos de grises plumones sintieron el calor del sol, su madre, posada en una rama que sobresalía sobre el nido, extendió sus alas a modo de sombrilla encima de la cría mientras su compañero la proveía de alimentos y canciones. Pero un grajo descubrió el nido y una mañana los pobres pardillos revolotearon por el arbusto de aulaga buscando y llamando a sus perdidos pequeños. Toda la mañana la pasaron gritando y revoloteando sobre la mata de manera que inspiraban compasión Luego el macho empezó a cantar con una voz más fuerte y llena que antes y en respuesta a su canto la madre renunció a la búsqueda y voló hacia él; permanecieron un rato en el arbusto gorjeando; después, súbitamente, se irguieron de común acuerdo y en un vuelo decidido y enérgico abandonaron el lugar de su desgracia para no volver. Prudentemente habían decidido buscar otro sitio para su segunda cría.

La música del pardillo tiene mucha variedad de colorido tonal, desde las notas más delicadas y suaves hasta la brillantez de los trinos en *crescendo*. Cuando en la época de las bandadas se reúnen para cantar en coro, el efecto concertado de las subidas y los descensos de tono es maravilloso, y parece que los pardillos hacen todo lo posible por producir dicho efecto. Es interesante observar y escuchar estos conciertos. Alrededor de treinta pájaros empiezan por volar a un árbol, animados y resueltos, posándose todos simultá-

neamente y muy próximos unos de otros. Entonces uno de ellos empieza a cantar; cuando va más o menos en la tercera nota otro se une a él, los demás siguen en rápida sucesión, tal vez entran en el coro hasta seis a la vez, unos trinando, otros gorjeando, algunos cantando hacia arriba y hacia abajo notas ligadas, hasta que las voces se combinan en un gran *crescendo* sostenido durante unos minutos. Luego el volumen del tono se extingue gradualmente mientras se ve del otro lado del campo otra bandada que vuela aprisa al árbol de los pardillos. Se instalan al lado de los cantores y el coro aumenta, pues las dos bandadas unen poco a poco su canto hasta que todos los pájaros se juntan en un *crescendo* redoblado. El eco de este coro llega lejos, conmoviendo a otras bandadas que comen en los campos distantes. Al poco tiempo hay otro apresurado batir de alas y el árbol desnudo ve todas sus ramas cubiertas de pardillos, todos cantando con su más estrepitoso *fortissimo*. La canción llega a su punto culminante, sostenido un momento; luego el tono cae y se eleva de nuevo, hasta que de pronto los pájaros vuelan todos juntos, y sus mentes concentradas en la música obedecen al mismo impulso en el vuelo. El árbol abandonado, desnudo, parece ahora extrañamente silencioso y falto de vida.

La entrada gradual de los pardillos en el coro se debe sin duda al objeto de elaborar un *crescendo*, ya que estos efectos de *crescendo* y *diminuendo* desempeñan un importante papel en el canto de los pájaros.

Los gorriones

En otoño, grandes bandadas de gorriones caseros y campesinos se congregan para cantar en coro. Sus notas ásperas y parlanchinas producen, como es natural, una música burda, pero al menos parecen esforzarse porque tenga volumen. Al contrario que los pardillos, sus naturalezas indómitas son incapaces de

concentrarse largo tiempo en la música, pues en el coro de píos pueden oírse muchos feos graznidos, cuando algunos miembros de él picotean a sus vecinos intentando quitarles sus perchas. ¡Los gorriones quieren siempre lo que poseen los otros, hasta la rama donde se posan! Su coro de píos representa un esfuerzo musical mejor que su charla o gorjeo solitario, que apenas pueda llamarse canción.

El jilguero

La canción de un jilguero es su propia imagen musical; llena de un alegre encanto y una brillantez artísticamente mezclados con tonos apacibles; ligero, rápido y espontáneo de movimiento, vivo y jovial en su efecto. El tordo, el mirlo o la curruca de cabeza negra cantan con la cabeza levantada hacia el cielo, sin llamar la atención hacia sus bellas plumas mientras se pierden en su canto, pero el jilguero procura que sus brillantes colores sean vistos mientras canta su canción completa desde la copa de un árbol, en primavera. Inclinándose muy bajo vuelve la cabeza para lucir su cara escarlata; y siempre cantando gira sobre su percha, extendiendo levemente las alas para que las estrías de oro se vean mientras da a los trinos de su canción la brillantez que les cuadra.

Como en la mayor parte de las especies, su canción llega a su plenitud en primavera, pero la música alegre y flúida del jilguero puede oírse todo el verano y todo el otoño, siendo entonces doblemente preciosa porque el canto de los pájaros escasea. Tal vez dan una impresión de dicha mayor que cualquier otra especie; todos sus actos parecen tener su música, pues su nota de llamada, continuamente repetida por viejos y jóvenes, es coquetamente musical y un goce para el oído. Las voces de esta llamada suenan como "ueit-e-bit, ueit-e-bit" [1] y dichas palabras resultan muy pro-

[1] *Wait-a-bit*, que significa en inglés "espera un poco". (T.)

pias, especialmente cuando vuelan y parecen querer atraparse unos a otros con sus brincos aéreos.

Los pájaros jóvenes empiezan pronto a practicar su canción, de tono inseguro y áspero al principio, pero trabajan de veras, posados muy alto en algún rincón apacible, refinando su calidad tonal y añadiendo paulatinamente más notas a su canción.

Una bandada de jilgueros se posa a veces en la copa de un árbol para cantar. Su idea de la música en coro difiere de la del pardillo. Cada pájaro acentúa sus frases, voces y cadencias, de modo que las distintas voces resaltan claramente en contrapunto. Esta manera de cantar por partes parece intencionada y difiere del sonido que se logra cuando unos cuantos coinciden cantando en las pausas que hacen mientras comen entre los cardos del camino. Al escucharlos ayer, un pájaro recalcó mucho esta frase, común entre los jilgueros:



El efecto era magnífico contra los pasajes de notas rápidas y los trinos de los otros pájaros. Habían aprendido lo que vale hacer pausas breves todos juntos después de las cadencias, siendo esto quizá la prueba más definitiva de que estaban cantando juntos de común acuerdo y no cada pájaro cantando su propia canción de un modo personal. Algunas veces se ha dicho que el canto del jilguero es parecido al del canario, pero la música de aquél, como su personalidad, es mucho más delicada que la de éste.

El verderón

¡El verderón debe aprender algunas lecciones del jilguero, sobre todo de delicadeza! Su canción robusta,

que suena mejor a primeros de temporada, es gratamente musical; pero se vuelve pronto perezoso y suelta impasible, monótonamente, como un buhonero que pregona su mercancía, la parte menos musical de su canto —dos o tres notas que terminan en "briiiiiise".[1] Cuando avanza la estación suprime todas las notas, excepto estas últimas, que repite persistentemente con una voz más tosca y peor modulación. Esta peculiaridad tal vez se deba a un rasgo molesto de su carácter, que se manifiesta cuando se vuelve audaz y confianzudo en el comedero, pero es una lástima que tome la costumbre de tararear la parte menos musical de su canto cuando posee trinos y otras notas muy agradables. Al iniciarse la primavera canta a veces mientras revolotea sobre los arbustos y las copas de los árboles.

Una de sus notas de llamada consiste en un lindo y pequeño trino cuya longitud varía. Cuando anidan, el macho y la hembra lo amplían considerablemente y usan dicha nota a menudo para llamarse desde el nido; los trinos rápidos y próximos, sostenidos en un mismo nivel de tono, suenan como timbres eléctricos en miniatura. Cuando un pájaro emite el trino nunca le falta una respuesta similar del compañero, desde un arbusto distante o volando rápidamente hacia él.

Al hablar del pardillo y del jilguero mencioné las notas altas y bajas ligadas de sus canciones. El "briiiise" del verderón se arrastra hacia arriba o hacia abajo, y a veces en ambas direcciones sobre un perezoso *glissando*. Parece una nota común a los pinzones y que cada especie canta de acuerdo con su temperamento y su gusto. Las tres especies emplean mucho dicha frase, lo mismo en su canción que por sí sola. El pardillo susurra con frecuencia entre sus pasajes rápidos esta frase de pinzón o la canta en los

1 "Tswee" en el *Manual*.

tonos más delicados que emitió nunca un pájaro, cambiando de *fonos* para ambas notas. El jilguero canta



y en cada caso se usa un *glissando* hacia arriba o hacia abajo, alternando a veces los dos, otras repitiendo sólo una de las direcciones. Sucede lo mismo con los tres pinzones. Ahora debo excusas a los verderones por mi falta de cortesía al hablar de su perezosa versión de dicha nota. El pardillo verde es en ocasiones un buen cantor y me gusta mucho observarlo.

El triguero

Oí por primera vez la canción de este pájaro un día de agosto, sentada al borde de un trigal en declive. Un viento fuerte y borrascoso soplaba como un rumor sordo a través de las espigas duras y tiesas; por otra parte, todo estaba tranquilo y no había pájaros a la vista. De pronto se detuvo el viento y otro sonido que yo no conocía me llegó desde el otro lado del trigal. Durante unos momentos parecía también el viento jugueteando entre el trigo rígido y maduro; luego me levanté a recorrer el vasto campo en busca de aquel ave. Estaba posada en lo alto de un cardo rodeado de un mar de oro, y emitía su canción cada segundo, como si insuflara vida a los granos del trigo. "Ticker, ticker, durii-er, ticker, ticker, duriis-ir"; un pequeño sonido en el vasto espacio de las tierras abiertas; y, sin embargo, parecía algo vital en ese campo de trigo.

Cuando se reúnen en bandadas, en otoño, es otra época en la que se puede apreciar plenamente esta especie. En septiembre y a primeros de octubre se congregan en gran número en los pantanos cubiertos de juncos a varias millas de mi casa. Una bandada de

sesenta o más pájaros se posa en un arbusto a dar cuerda a sus relojitos —pues así suena su canción. Parecen demasiado preocupados para advertir o temer al que los observa a unos seis pies de distancia, pero si doy un paso más unos pocos echarán a volar con su llamada "ticker, ticker, ticker" y otros les seguirán hasta que todos estén volando, tic-taqueando como un montón de presurosos relojes. "Ticker" es su grito de bandada, pero también con frecuencia inician con él su canción. Incluso su vuelo sugiere un aparato de relojería; el movimiento zumbador de sus alas parece el de un volante que gira a enorme velocidad, empujado con fuerza para sostener en movimiento al pesado conjunto. Pero el triguero, aunque no es un gran cantor, parece de vital importancia tanto en esa tierra pantanosa como en el campo de trigo maduro.

El cerillo

La canción del cerillo debe su belleza a una cadencia maravillosa que no canta siempre, especialmente en algunos distritos del norte, donde creo que dicho canto carece con frecuencia de la perfección que puede alcanzar. Tal vez el clima sea allí menos favorable, pues dicha especie canta mejor en días templados y al sol, y elige la media mañana o la media tarde para su música y canta en pleno calor durante el verano.

Posado en algún punto elevado, el cerillo canta su cancioncilla compuesta de unas pocas notas rápidas, de tono igual, que conducen a una cadencia de una nota que se sostiene en alto y cae en la nota final, siendo muy bello este ascenso y descenso del intervalo cuando el pájaro canta lo mejor que puede; el buen cantor pone el equilibrio justo en el tono y pronuncia claramente el hermoso cambio de *fono* en la nota alta "no". El ascenso y descenso del intervalo y los cambios de voces son sin duda difíciles de realizar y el pajarillo necesita mucho tiempo antes de poder si-

quiera ensayar la cadencia. Las rápidas notas iniciales son las que se cantan primero y después de unas semanas puede emitir la nota alta de un modo torpe, como si el pájaro creyera que rebasa su capacidad técnica; la última nota, con la súbita caída de tono, no suelen intentarla hasta el año siguiente. Oí cierta vez a un cerillo joven y a otro adulto cantando desde unos árboles vecinos. El contraste tenía interés. En este caso el más joven entonó su canción en quinto más alto, aproximadamente, y ese esfuerzo prematuro terminó en una nota alta chillada, como si se le hubiera quebrado la voz. Como su canción estaba entonada tan alto, quizá la nota culminante no cabía en ella. El canto del pájaro maduro demostró la perfección artística a que puede llegarse incluso en la cancioncilla del cerillo.

EL CHORLITO, LA GALLINETA PETIRROJA

Los pájaros pueden crear un ambiente remoto con sólo una o dos notas. Esto se aplica sobre todo a la bella llamada del chorlito y a su música de *crescendos* y *diminuendos;* canción nacida en el aire con trinos viajeros que parecen llegar del infinito, ligando la hermosura ignota con toda la que ya conocemos. Las notas y los trinos de la gallineta petirroja tienen la misma calidad impresionante, como las otras zancudas más pequeñas, que estremecen el aire con su coro de notas claras mientras ellos mismos permanecen invisibles, como espíritus, contra el suelo pardo, hasta que de pronto cesa la música y aparecen como una sola forma blanca y oscilante, moviéndose aprisa sobre la tierra —el coro encarnado en una bandada en vuelo. Luego el vuelo se interrumpe y la veloz bandada parece haber volado bajo tierra, tan invisibles se hacen las zancudas al aterrizar juntas, emitiendo de nuevo una música suave con sus voces claras y líquidas que impresionan tan extrañamente. Fuertes lazos unen la

música y el vuelo. Ambas artes pertenecen a la libertad del aire y del espacio, ambas transforman el movimiento en ritmo mediante el equilibrio del tiempo.

El alfarero

El alfarero y los pitpit combinan el canto con el vuelo; el de ambos pájaros es bellísimo, pero la música del primero es mucho más rica. Su canción varía mucho en belleza, pues algunos suprimen el vuelo; y entonces presentan una edición resumida de la canción, pues nunca llegan a su expresión completa sin combinarla con el vuelo habitual, Ambas manifestaciones están tan unidas que las mejores canciones acompañan a los mejores vuelos. Cantan una canción muy abreviada con un breve revoloteo y deslizamiento de retorno a la misma percha, pero el canto en pleno vuelo puede lograr una perfección maravillosa.

Para mí hay un alfarero que resalta entre todos los que he oído. Era un día de primavera cuando las hayas de las lomas de Wolstonbury estaban prontas a verdear —pequeños surtidores de follaje apuntaban aquí y allí. De uno de estos árboles salió el pequeño pájaro color castaño, en cuyas plumas encendía el sol un matiz igual al de las yemas de las hayas, mientras su panza pálida brillaba igual que los tallos plateados de los árboles. Planeó como una alondra sobre sus vibrantes alas y luego lanzando al aire su exquisita canción revoloteó un momento y flotó hacia abajo sobre sus alas bien extendidas en una espiral perfecta, hacia otro árbol, entonando acariciadoramente el "si-si-si" mientras sus notas llegaban cada vez más lentas hasta que aterrizó con un último "siii" prolongado, y luego cambió su tonada por la de "i-chuff, i-chuff, i-chuff" —y estas últimas notas sonaron como si cobrase aliento después de posarse. Se irguió pronto de nuevo y repitió muchas veces esta perfecta canción, en vuelo, con una curva aérea sobre los árboles, desli-

zándose siempre con su canción acariciadora hasta otra haya. Esto me dio la caprichosa impresión de que celebraba algún rito maravilloso bendiciendo las hayas de Wolstonbury mientras empezaban a desplegarse sus hojas. Es una lástima que esa bellísima canción en vuelo sea abreviada con frecuencia por cantores perezosos o incompetentes.

La alondra

Parece que la alondra pertenece más al cielo que a la tierra. Cuando canta cerca de ésta sin remontarse su canto carece de fervor. Un trémolo de alas —o vibrato— acompaña siempre su canto en pleno vuelo. He visto a una alondra cantando su canción frente a una brisa vigorosa y dejándose ir lentamente a la deriva, hacia atrás, sobre sus alas trémulas. Cuando el seto del campo se divisó abajo, la canción y el revoloteo cesaron de súbito, y voló de prisa hacia adelante, contra el viento, con alas que batían firme pero rápidamente, alternando con pausas en que cerraba las alas o se hundía en el aire acompañado por su llamada "sip, sip". Tienen una cancioncita corta, que cantan junto a la tierra o cuando se persiguen unas a otras, que parece una charla o una ampliación de una de sus llamadas —la del trino.

La música de este pájaro tiene para mí un significado especial. Una de las grandes experiencias de mi vida fue esta canción, oída por vez primera alrededor de los once años, dándome plena cuenta de su hermosura. Yo estaba tumbada en la vertiente de una duna, con un libro abierto, a punto de empezar a leer, cuando el canto de la alondra me detuvo; mientras el pájaro se deslizaba arriba en el cielo, sobre mi cabeza, su música me trajo una revelación gloriosa de la belleza, no sólo por ella misma, sino porque parecía el verdadero significado de la existencia. Ciertos detalles de la escena permanecen vivos en mi memoria,

especialmente las matas de yerba en la alta colina de arena sobre mí; último pináculo de tierra tras el cual se hallaba el cielo azul, el mundo de la alondra.

En general se supone que un pájaro, pese a la fuerza de inspiración que emana de su canto, carece del alma inmortal que posee el hombre. Entre los que sienten con fuerza la atracción espiritual de la música de los pájaros debe haber algunos que se planteen esta cuestión: ¿Cómo puede la música de los pájaros conmover con tal fuerza el alma humana si el espíritu del pájaro, vertido en su canción, no es un componente de lo Divino?

"La estrellada voz ascendiendo se extiende
despertando al adelgazarse algo afín con él,
lo mejor en nosotros:
....
Nuestra sabiduría habla desde una sangre desfalleciente,
nuestra pasión es demasiado plena,
queremos la clave de su salvaje nota de verdad
en una garganta llena de música."

ÍNDICE

Prefacio 9

Primera Parte

LA CONDUCTA DE LOS PÁJAROS

I. Preliminares: Confianza, juicio y conducducta inteligente 13
II. Biografías de pájaros: los carboneros mayores 24
Notas sobre la época de cría, 1950 61
Árbol genealógico de los carboneros mayores (cuadro) 79
III. Biografías de pájaros: los mirlos 81
La Casa de los Pájaros (grabado) 93
IV. Notas otoñales sobre petirrojos 95
V. Identificación, amistad y juegos 109
VI. Refugio nocturno, comida y cajas para los nidos 125
VII. Los pinzones y otros pájaros 139
El pinzón real 139
El pinzón 142
El verderón 146
El jilguero 148
Gorriones y golondrinas 150
El tordo 151
La moscareta 152
VIII. La psique de los pájaros 155
Las emociones 155

Memoria e identificación 165
Inteligencia 166
El vuelo y sus manifestaciones 178

Segunda Parte

EL CANTO DE LOS PÁJAROS

IX. El ambiente y el canto de los pájaros ... 185

X. Análisis de la técnica en el canto de los pájaros 192
Tipos de ritmo y análisis técnico de las especies 195

XI. El canto de las tribus de sílvidos y tordos. 205
La almendrita 205
La curraquilla 206
El mirlo 207
El tordo músico 215
La charla 216
El ruiseñor 218
El petirrojo 219
La curruca de cabeza negra 221
El andahuertas 223
Las currucas 223
El zarcero 224
El saltamimbres 225
El cantalarrana 227

XII. El canto de los paros, los pinzones, los alfareros 228
El herrerillo 228
El carbonero mayor 229
El paro de los pantanos y el paro carbonero 232
El cuco 233
El pinzón real 234
El pardillo 236

Los gorriones 238
El jilguero 239
El verderón 240
El triguero 242
El cerillo 243
El chorlito, la gallineta petirroja 244
El alfarero 245
La alondra 246

Este libro se acabó de imprimir el día 31 de julio de 1971, en los talleres de Litográfica Ingramex, S. A., Centeno 162-1, México 13, D. F. Se imprimieron 5 000 ejemplares.

Los *Breviarios* del FONDO DE CULTURA ECONOMICA constituyen la base de una biblioteca que lleva la universidad al hogar, poniendo al alcance del hombre o la mujer no especializados los grandes temas del conocimiento moderno. Redactados por especialistas de crédito universal, cada uno de estos *Breviarios* es un tratado sumario y completo sobre la materia que anuncia su título; en su conjunto, cuidadosamente planeado, forman esa biblioteca de consulta y orientación que la cultura de nuestro tiempo hace indispensable.

ARTE LITERATURA RELIGION Y FILOSOFIA HISTORIA PSICOLOGIA Y CIENCIAS SOCIALES CIENCIA Y TECNICA

